



TITANIC 2020

COLIN BATEMAN

Siruela

COLIN BATEMAN

Titanic 2020



Ediciones Siruela

TITANIC 2020

COLIN BATEMAN

Traducción del inglés de
Clara Ministral

Las Tres Edades Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Prólogo

TITANIC 2020

1. El nuevo *Titanic*

2. Sorpresa

3. La ansiedad del polizón

4. El hombre del culo al aire

5. Prim

6. El terremoto

7. San Diego

8. El capitán Smith

9. Pelear y morir

10. Vida en la cámara frigorífica

11. Hielo

12. Cuestión de fe

13. El secreto de Prim

14. Jonas Jones

15. Miami

16. El polizón

17. El director del *Titanic Times*

18. Ty

19. El *Titanic Times*

20. Epidemia a bordo

21. La flota

22. Delfines

23. El auditorio

24. La hoguera

25. Ebrios de poder

26. El episodio de la pizza

27. La playa
 28. Mamá Joss
 29. El motín
 30. «Dispara a alguien»
 31. La cura
 32. Tiempos difíciles
 33. El *Olympic*
 34. El barco fantasma
 35. Pedroza
 36. Muerte
 37. El más allá
 38. Despedidas
 39. Los perros salvajes
 40. La nueva travesía
- Créditos

TITANIC 2020

A Matthew

Para ahorrarnos un montón de tiempo, vamos a asegurarnos de que tenemos claras unas cuantas cosas desde el principio:

1. En el presente año, 2020, cuando el nuevo Titanic se está preparando para comenzar su viaje inaugural, a nadie le cabe duda de que no existe un transatlántico más lujoso y de mayor calidad en todo el mundo. Es imposible que se hunda.

2. El Titanic original se construyó en la ciudad de Jimmy, Belfast. Se hundió en la madrugada del 15 de abril de 1912.

3. El bisabuelo de Jimmy participó en la construcción del primer Titanic. El bisabuelo de Jimmy era un negado para construir cosas..., normal que se hundiera.

4. Todo el mundo decía que era «imposible» que el Titanic se hundiera. Mil quinientos pasajeros y miembros de la tripulación perdieron la vida cuando se hundió el Titanic. Moraleja: no hagas caso a lo que diga la gente. Y aprende a nadar.

5. La historia es un peñazo. Si de verdad quieres aprender lo que pasó con el antiguo Titanic, alquila la peli.

6. No sé cuál puede ser el punto 6, pero seguro que algo se me ocurrirá.

7. No, todavía nada.

PRÓLOGO

Ésta es la parte que viene antes de que empiece de verdad la historia –es decir, antes del *Fin de la Civilización Tal y Como la Conocemos*– y que de alguna manera ayuda a explicar qué hacía Jimmy Armstrong *el Suertudo* viajando de polizón en el nuevo *Titanic*. Es bastante emocionante, aunque no tanto como el resto – con todo lo de *la epidemia, el amotinamiento y los perros devoradores de carne humana*–, pero merece la pena leerlo para comprender que en realidad no estaba allí por gusto y que, por una vez, sólo estaba intentando hacer algo bien.

Era el año 2020 y las cosas no habían cambiado demasiado. A veces, Jimmy Armstrong *el Suertudo* estaba hasta la coronilla de oír hablar del *Titanic*. Parecía que fuera él quien hubiera viajado a bordo del barco o algo así, en lugar de aquel viejo antepasado mohoso que se había hundido con ese trasto cutre. Sin embargo, le gustara o no, Jimmy Armstrong *el Suertudo* estaba condenado a que el *Titanic* estuviera muy presente en su vida. Su abuelo siempre estaba hablando del *Titanic*, sus padres siempre estaban hablando del *Titanic* y, como habían empezado a construir un *nuevo Titanic* al lado de su colegio –y se veía cómo iba tomando forma, día tras día, ya que era tan grande como una ciudad–, todos sus profesores y la mayoría de sus compañeros también estaban siempre hablando del *Titanic*.

Ahora, como algo especial, estaban a punto de hacer una visita guiada por el nuevo *Titanic*¹.

Había treinta y ocho chicos y chicas del colegio de secundaria East Belfast subidos a un autobús diseñado sólo para la mitad. Estaban apretujados en los asientos, de pie en el pasillo, empujándose, gritando, pellizcándose, dándose puñetazos e insultándose mientras se asaban de calor en aquella sofocante mañana de junio. Querían bajar del autobús, pero el conductor, el rechoncho Sr. Carmichael, no pensaba dejarles hasta que el

profesor a cargo del grupo, el Sr. McDowell, le diera luz verde. Y éste no parecía tener ninguna prisa, quizá porque él ya estaba en el muelle, disfrutando de la fresca brisa marina mientras hablaba de la visita con el guía que les había proporcionado la White Star International, la empresa propietaria del *Titanic*.

Por fin, las puertas se abrieron y el Sr. McDowell fue recibido con un aplauso lleno de sarcasmo.

–Vale, vale –dijo–, silencio. Ahora, por favor, bajad todos sin alborotar y poneos en dos filas bien ordenadas...

El Sr. McDowell estuvo a punto de ser aplastado en la estampida que tuvo lugar a continuación. Pidió orden a gritos, pero no le hicieron ni caso. El guía de la White Star los miró con aprensión. La idea de invitar a los alumnos del colegio de la zona había sido suya. Se le había ocurrido que sería una buena forma de hacer publicidad, pero ya no estaba tan seguro.

El Sr. McDowell agitó las manos en el aire.

–Venga, ya vale..., un poco de tranquilidad...

Jimmy recibió una colleja de alguien que estaba detrás de él.

–¡Ay!

–¡Armstrong! –dijo bruscamente el Sr. McDowell–, ¡estate quieto ahora mismo!

–¡Yo no he sido, profesor!

–¡Silencio!

Jimmy se volvió y lanzó una mirada asesina a su amigo Gary, que se rió por lo bajo.

–Bueno, vamos a ver: el Sr. Webster ha tenido la amabilidad de aceptar ser nuestro guía...

–¡Ay! –gritó Jimmy dándose la vuelta–. Para ya o te juro que te...

–¡Armstrong! ¡No pienso volver a repetírtelo!

–Profesor, es que...

–Armstrong, te lo advierto: una palabra más y te vuelves derecho al autobús.

–Ésta me la pagas... –refunfuñó Jimmy con disimulo.

El Sr. Webster, un hombre con la cara colorada y con una incipiente calvicie, levantó una mano cuando los alumnos empezaron a acercarse a la plancha de carga y descarga.

–Bien, aunque para nosotros es un enorme placer teneros a bordo, debo advertiros que estamos dando los últimos retoques al barco, por lo que todavía se considera que es una

zona en obras. Tengo que insistir muchísimo en lo importante que es que os mantengáis unidos al grupo, que no os alejéis, que no...

–¡Ay!

Esta vez, Jimmy no pudo controlarse: se dio la vuelta y golpeó a Gary con fuerza. Gary dio un grito de dolor y se llevó rápidamente la mano a la nariz, para impedir en vano que la sangre empezase a salir.

–¡Te he avisado! –gritó Jimmy furioso–. No digas que no...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, alguien le agarró de la chaqueta por detrás y le arrastró hasta ponerle delante de sus compañeros.

El Sr. McDowell, mucho más alto que él, tenía la cara roja.

–¡Armstrong, ya me he cansado de ti!

–¡Yo no he sido, profesor!

–¿No le has dado un puñetazo a Higgins?

–Sí, ¡pero él me estaba pegando!

–La culpa siempre es de otro, ¿verdad, Armstrong?

–No, profesor... Sí, profesor, pero es que él me estaba...

–Eres un gamberro, Armstrong. Siempre lo has sido y siempre lo serás... Ahora vuelve al autobús.

–Pero profesor...

–¡Vuelve al autobús! ¡No voy a permitir que le estropees el día a todo el mundo! Ya has hecho quedar mal a tus compañeros y al colegio. Si dejas que vengas, ¡seguro que nos hundes el barco! ¡Vamos, sube al autobús!

Jimmy estaba que echaba chispas. Odiaba a Gary Higgins, odiaba al Sr. McDowell, odiaba al Sr. Webster y, ahora que lo pensaba, también odiaba el *Titanic*.

Una hora más tarde, todavía no había ni rastro de sus compañeros. El conductor del autobús, el Sr. Carmichael, sintió lástima de él, se levantó de su asiento y, moviendo su considerable mole, avanzó lentamente por el pasillo.

–He pensado que quizá querías compañía –dijo mientras se apretujaba en el asiento de enfrente.

Jimmy le miró de arriba abajo.

–No, gracias.

Carmichael siguió como si no le hubiera oído.

–¿Has visto esto?

Tenía en la mano un folleto en color, con una foto del nuevo *Titanic* en la portada.

–Me lo han dado para que lo leyera. Vienen todos los datos y las cifras. Todos los años voy a cientos de sitios con colegios como el tuyo, pero lo único que me dan son los folletos. Siempre me toca quedarme en el autobús –empezó a pasar las hojas–. De todos modos, he pensado que igual te interesaba.

–No.

–Por ejemplo, cuánto ha costado ese enorme trasto... Aquí pone que seiscientos millones de dólares.

–No me interesa.

–Pesa ciento cuarenta y dos mil toneladas.

–Me da igual.

–Tiene un helipuerto, una pista de patinaje sobre hielo y un cine.

–Qué aburrimento.

–Tiene quince cubiertas.

–Me duermo...

–Mil trescientos tripulantes...

–Voy a empezar a roncar.

–... y son de sesenta y cinco países diferentes. Cuando el barco llegue a Miami, se subirán dos mil pasajeros...

–¿Puedes callarte? –dijo Jimmy bruscamente–. Por favor.

–Y luego está toda la comida. Los pasajeros consumirán veintiocho mil huevos a la semana. Imagínate.

–¡Me da lo mismo! Por favor, cierra tu enorme boca.

Carmichael se quedó mirándole unos instantes con los ojos entrecerrados. Después dijo:

–Y se van a comer dieciocho mil porciones de pizza. Y cinco mil quinientos kilos de pollo...

–¡Por el amor de Dios!

Jimmy se levantó de su asiento de un salto y avanzó por el pasillo a toda velocidad. A Carmichael le pilló por sorpresa y tardó unos instantes en levantarse de su propio asiento y seguirle.

Jimmy se quedó observando el tablero de mandos del autobús, intentando averiguar

con qué botón se accionaban las puertas. Sólo quería sentarse al borde del muelle y respirar un poco de agradable brisa fresca. Pero el autobús estaba viejo y destartado y hacía mucho que los símbolos de los botones, palancas e interruptores se habían borrado.

–¡Apártate de los mandos! –gritó Carmichael mientras caminaba pesadamente por el pasillo–. ¡No toques eso...!

Pero ya era demasiado tarde. En lugar de jugársela a un solo botón, Jimmy los apretó todos. Se dio la vuelta, convencido de que las puertas iban a abrirse y entonces podría salir del autobús.

Jimmy Armstrong no era conocido como Jimmy Armstrong *el Suertudo* por los profesores del colegio East Belfast. Era más habitual que se refirieran a él como «ese condenado chaval», «el idiota de Armstrong» o, simplemente, como «lo peor». Como en «Me temo lo peor».

En ocasiones, sin embargo, era algo recíproco. Esta vez, por ejemplo, cuando Jimmy vio que se abrían las puertas de vaivén del fondo del pasillo y aparecía el director, flanqueado por dos agentes de policía y seguido por Carmichael, el conductor del autobús, y por su profesor, el Sr. McDowell, él también pudo pensar: «Me temo lo peor». El conductor estaba calado hasta los huesos. McDowell tenía la cara tan pálida que parecía que hubiera resucitado de entre los muertos. Al director le salía humo por las orejas. Todo aquello no presagiaba nada bueno.

El director, el Sr. McCartney, dio unos golpecitos en la ventanilla de cristal ahumado que había en la pared, por encima de la cabeza de Jimmy. Se abrió inmediatamente y la Sra. James, su mofletuda secretaria, asomó la cabeza.

–¿Han llamado a sus padres? –preguntó el director.

–Sí, Sr. McCartney, pero no quieren venir. Están hartos.

El director miró a Jimmy:

–¡Venga, para adentro!

El Sr. McCartney le agarró del brazo y le llevó hasta su despacho. Le empujó hacia una silla y, volviéndose hacia sus acompañantes, dijo:

–Por favor, señores, permítanme cinco minutos.

Puso cara de fastidio, cerró la puerta y se dirigió a su mesa. Se quedó sentado mirando

fijamente a Jimmy durante casi un minuto, tamborileando con los dedos en la mesa todo el tiempo. Finalmente, dijo:

–¿Qué vamos a hacer contigo?

Jimmy se encogió de hombros.

–Encogerse de hombros ya no es suficiente, Jimmy.

Jimmy volvió a encogerse de hombros.

El director suspiró.

–Quiero asegurarme de que me queda absolutamente claro todo lo que ha sucedido, Jimmy. Y, por favor, corrígeme si hay alguna imprecisión. En primer lugar, al llegar al muelle, el Sr. McDowell te advirtió varias veces que guardaras silencio. Después hiciste sangrar por la nariz al joven Higgins, como consecuencia de lo cual te mandaron volver al autobús. Cuando el Sr. Carmichael intentó entablar conversación contigo, le dijiste que «cerrara su enorme boca». A continuación echaste a correr por el autobús y apretaste un botón que hizo que se soltara el freno de mano, lo que provocó que el autobús rodara hacia atrás y estuviera a punto de caer al agua. El Sr. Carmichael consiguió detenerlo justo a tiempo y, muy nervioso y alterado, te siguió hacia fuera. Te echaste hacia un lado a propósito, haciendo que el Sr. Carmichael tropezara con una amarra, lo que hizo que cayera al agua desde el borde del muelle, desde una altura de unos diez metros. Por suerte para ti, la policía portuaria lo localizó inmediatamente y fue rescatado –el director carraspeó–. Dime, Jimmy, ¿te parece que ha sido un resumen preciso y objetivo de lo que has conseguido hoy?

–Sólo estaba intentando abrir las puertas.

–¿Te dio permiso alguien para hacer eso?

–No, pero ¿qué iba a...?

–¡BASTA! –el Sr. McCartney golpeó fuertemente la mesa con el puño–. En todos los años que llevo en la enseñanza, jamás había visto una falta de disciplina tan descarada, una falta de respeto como ésta, una...

El Sr. McCartney se levantó de golpe y atravesó la habitación hasta llegar a una ventana. Se quedó observando las flores y los arbustos del jardín del colegio. Su pierna izquierda parecía temblar sin que pudiera controlarla. Sus labios se movían sin emitir ningún sonido, como si estuviera contando. Se volvió de nuevo hacia Jimmy, pero permaneció junto a la ventana.

–Dime, Jimmy, ¿qué harías tú en mi situación? Ante este tipo de comportamiento –

Jimmy miró fijamente al suelo—. Vamos, Jimmy, quiero saberlo, de verdad.

—Bueno, seguro que puede buscarse otro trabajo. El Sr. McCartney movió la cabeza con tristeza.

—Siempre tienes algo gracioso que decir, ¿verdad? Con tal de divertirte, ¡te da igual que una persona se rompa la nariz, que otra casi se ahogue o que casi nos quedemos sin un autobús escolar que cuesta un dineral! ¡Con tal de poder salir con algún comentario de listillo! Bueno, pues a ver si esto también te parece tan divertido, Jimmy: ¡estás expulsado! ¡Fuera de mi despacho! ¡No quiero volver a verte la cara!

Jimmy estuvo deambulando por el centro de la ciudad, viendo tiendas. Según fue avanzando el día, sin embargo, se fue aproximando cada vez más a su casa hasta que, justo después de las siete, se encontró encaramado en lo alto de una pequeña colina situada en un erial lleno de maleza justo detrás de su casa, intentando armarse de valor para enfrentarse a la furia de su familia. Tenía la esperanza de que sus padres se fueran al pub, como siempre, pero cuando dieron las nueve quedó claro que no iban a ir a ningún lado. Le estaban esperando. Había anochecido y se moría de hambre. Estaba empezando a pensar en la posibilidad de comer flores y hierbajos o lamer una lata oxidada de Coca-Cola cuando, de repente, oyó una voz que llegaba desde la oscuridad.

—Eh, Jimmy...

Jimmy se levantó rápidamente y ya había bajado hasta la mitad de la colina por la otra ladera cuando volvió a oír la voz:

—Jimmy... Tranquilo, Jimmy, soy yo.

Jimmy se volvió y miró hacia la cima de la colina. Sólo distinguió la silueta de una figura ligeramente encorvada que se encontraba donde había estado él tan sólo unos momentos antes.

—¿Abuelo?

—¿Quién si no? Jimmy, chico, te has pasado horas aquí sentado.

—¿Cómo? ¿Me has visto?

—Jimmy, todos te hemos visto. ¿Cuándo vas a bajar?

Jimmy negó con la cabeza, pero ahora se sintió con la confianza suficiente para acercarse hasta su abuelo en lo alto de la colina.

—Eres igualito que tu padre —dijo el abuelo—. Un cabezota.

Jimmy se encogió de hombros.

–Bueno, si vas a quedarte aquí fuera, podrías echarme una mano –el abuelo sacó un pequeño sobre marrón de su bolsillo trasero–. El otro día estuve en el desván, revolviendo entre todos los trastos que quedaron allí cuando murió mi padre. ¿Y a que no sabes lo que encontré?

–Un montón de facturas sin pagar, con la suerte que tenemos...

–No, Jimmy. Mira –le dio la vuelta al sobre y le cayó una moneda de cobre en la palma de la mano, sólo una–. Creo que es el penique de la suerte de Jimmy *el Suertudo*.

–¿El qué? Jimmy miró la moneda con los ojos entrecerrados.

Era unas cinco veces más grande que un penique normal y, aunque era posible que fuera de cobre, hacía mucho tiempo que había perdido su brillo.

–Pensaba que se había hundido con él en el *Titanic* –dijo el abuelo–. Lo creas o no, chico, hubo un tiempo en el que todo les iba bien a los Armstrong. Al primer Jimmy *el Suertudo* le dieron este penique cuando era niño, y cuando se hizo mayor consiguió un trabajo en el *Titanic* y un pasaje gratis para ir a América. En aquellos tiempos, eso era como ganar la lotería. No sé, se me ocurre que a lo mejor el primer Jimmy *el Suertudo* pensaba que ya había tenido toda la suerte que le hace falta a un hombre, así que, antes de partir, se lo dio a su hermano pequeño para que él también pudiera tener suerte.

–Y entonces se fue y se ahogó.

–Puede que pensara que estaba haciendo lo correcto.

Jimmy, que apenas estaba familiarizado con el concepto de hacer lo correcto, negó con la cabeza.

–No debería haberse molestado. O sea, fíjate en nuestra familia. Si hicieran un documental sobre nosotros, se titularía *Los Armstrong: Cien años de desgracias y catástrofes*.

El abuelo lanzó la moneda al aire y volvió a atraparla.

–¿Y si la moneda realmente traía buena suerte pero, de alguna manera, el primer Jimmy *el Suertudo* convirtió la buena suerte en mala suerte por regalarla antes de tiempo? Si la moneda ha estado en nuestro desván desde entonces, puede que haya sido eso lo que ha impedido que nos fuera bien. Puede que haya tenido la culpa de todo lo que nos ha salido mal.

Jimmy se encogió de hombros.

–Bueno, chico, si de todas formas no vas a volver a casa todavía, ¿qué tal si le haces un favor a un anciano? –le lanzó la moneda a su nieto, que alargó la mano rápidamente

por instinto y la cogió—. Si es verdad que nos ha traído toda esa mala suerte a lo largo de los años, ¿por qué no te acercas al agua y la tiras? Quizá vuelva a donde tiene que estar, al bolsillo del viejo Jimmy, y puede que así cambie nuestra suerte. ¿Tú qué crees?

—Creo que estás como una regadera —dijo Jimmy.

—Te daré dinero para patatas fritas.

—Trato hecho —contestó Jimmy.

Y así fue como empezó todo realmente, haciendo un favor tonto a su anciano abuelo sólo para retrasar el momento de recibir los gritos de sus padres. Lo que menos se imaginaba Jimmy entonces, mientras caminaba lentamente por las oscuras calles que conducían al paseo marítimo, es que jamás volvería a ver a ninguno de ellos.

EL NUEVO *TITANIC*

Diez minutos después de despedirse de su abuelo, Jimmy estaba parado a la orilla del mar con la moneda en la mano, preparándose para lanzarla sobre las tranquilas aguas haciendo la rana. Cuando echó el brazo hacia atrás para lanzar la moneda, la luna salió de detrás de una nube como hace a veces y, arrojando su pálida luz sobre la orilla, iluminó, a menos de un kilómetro y medio por la costa, la enorme silueta del *Titanic*. Jimmy se detuvo. Maldito barco. Por su culpa todo le había salido mal ese día. El puñetazo, el autobús, el conductor que casi se ahoga, la expulsión... Todo acababa conduciéndole al *Titanic*.

De nuevo la rabia se apoderó de él. Estaba ciego de ira.

Era Jimmy Armstrong, no podían tratarle así. Le debían una disculpa, todos y cada uno de ellos. Y también una visita al barco. Mientras estaba allí parado mirándolo, comprendió que la única forma de verlo por dentro sería organizando la visita él mismo. ¿Acaso no estaba el barco ahí parado, vacío, sin hacer nada? ¿Y tenía él algo que hacer además de retrasar el momento de recibir los gritos de sus padres? ¡Pues que se fueran todos a freír espárragos! Él también iba a hacer su visita, ahora mismo.

Jimmy miró el penique de la suerte. Todavía pensaba tirarlo al mar, como quería su abuelo, pero antes iba a hacer otra cosa. Iba a buscar la parte más visible del barco, un lugar en el que fuera imposible que no lo leyeran, e iba a grabar «Jimmy Armstrong estuvo aquí» con la moneda, con unas letras tan profundas que jamás podrían borrarlas. Así aprenderían que con él no se jugaba. No es que fuera una idea muy brillante, pero era totalmente coherente con muchas de sus ideas anteriores.

No tuvo ningún problema para acceder al muelle, sólo fue cuestión de saltar un par de

vallas. Había una caseta de seguridad al final del atracadero, pero, como había accedido al muelle desde la parte trasera, ya estaba detrás de ella. La barrera situada de un lado a otro de la calle estaba levantada para permitir que los camiones que transportaban los suministros tuvieran acceso a la media docena de planchas que habían bajado hasta al muelle. Dos de las planchas eran más anchas que autovías. Los vehículos pasaban por encima con gran estrépito y depositaban sus mercancías directamente en las entrañas del barco. Por las otras planchas, más estrechas, iban y venían los equipos de trabajadores cargados con cajas. Había mucho movimiento, desde luego, pero no era constante. Escondido tras una pila de cajas de madera que habían dejado apartadas, Jimmy observó que entre el final de una entrega y el comienzo de la siguiente había un lapso de tiempo de uno o dos minutos que quizá le permitiría meterse rápidamente por una de las planchas sin que le vieran, incluso aunque hubiera gente en las planchas contiguas.

Hubo un momento –hay que reconocer que muy breve–, justo antes de lanzarse al ataque hacia el *Titanic*, en el que Jimmy se paró a pensar si estaba haciendo bien, si estaba a punto de transformar una situación mala en una situación horrible. Pero entonces, como suelen hacer los delincuentes y los políticos, fue capaz de justificar sus actos recordándose a sí mismo que él era la víctima, el que había sido tratado injustamente, y que sólo estaba defendiéndose y, lo que es más, ¡contraatacando! Estaba en su derecho. Y si por casualidad le descubrían, no tendría más que hacerse el tonto. Todavía llevaba puesto el uniforme del colegio. Podría decir que había estado de visita en el barco con el colegio unas horas antes y que se había quedado encerrado en uno de los camarotes por accidente. O que se había resbalado, se había caído y había perdido el conocimiento. Había un millón de tonterías que podía decir. Era un experto en decir tonterías.

De modo que, tras convencerse a sí mismo, Jimmy salió de entre las sombras a toda velocidad y avanzó por la plancha con el corazón latiéndole a mil por hora. Iba tan rápido, y la plancha terminaba de una forma tan abrupta, que al llegar al final estuvo a punto de salir volando. Dio un patinazo y frenó contra una montaña de cajas de cartón, para después agacharse y rodearla sigilosamente hasta quedar oculto. Se detuvo un momento para recuperar el aliento antes de asomar la cabeza con cautela para echar un vistazo. Había una docena de montañas de cajas parecidas a su alrededor, todas esperando para ser distribuidas por el barco. Había un montón de hombres vestidos con monos de trabajo de distintos colores concentrados en las tareas de conducir, cargar y

mover cosas, pero por el momento estaba a salvo. Sin embargo, estaban llenando el barco de provisiones, por lo que todas las cubiertas inferiores iban a estar como ésta, muy iluminadas y concurridas. Tenía que llegar a un lugar más seguro. Ya había trabajadores volviendo a la plancha por la que había entrado. Tenía que ponerse en marcha, y tenía que hacerlo inmediatamente.

Jimmy levantó la caja que tenía más cerca, se aseguró rápidamente de que podía con ella y después se la puso sobre el hombro y echó a andar. En unos instantes, ya se había alejado de la zona de distribución más próxima. Giró y se metió por un pasillo largo y recto. Dos hombres venían caminando en dirección a él, charlando en una lengua que no reconoció. Jimmy movió ligeramente la caja hacia delante y la colocó de tal manera que, aunque tuvieron que pasar pegados a él, no pudieron verle la cara. Pronunciaron unas palabras, pero no supo si iban dirigidas a él; Jimmy solamente soltó un gruñido y siguió caminando. Llegó a unas escaleras, miró a un lado y a otro, dejó la caja en el suelo y salió disparado hacia arriba. Al final de las escaleras había un ascensor cuyas puertas se abrieron en cuanto apretó el botón de llamada. Escogió el noveno piso al azar. Las puertas se cerraron lentamente y Jimmy suspiró aliviado.

Pero el alivio le duró poco.

Cuando el ascensor se elevó por encima del lugar en el que había estado parado, Jimmy se dio cuenta de repente de que las paredes eran de cristal y de que ahora se le podía ver prácticamente desde cualquier punto del hueco que ocupaba la parte central del barco. Estaba atravesando un enorme centro comercial de cuatro pisos que ocupaba prácticamente la superficie del barco de un extremo a otro. Refulgía con la luz de las lámparas de araña y estaba lleno de selectas tiendas de ropa de diseño, heladerías y bares de vinos. Sin duda le habrían visto..., si hubiera habido alguien allí. Pero el centro comercial estaba completamente vacío. Desierto. Como una ciudad fantasma muy bien cuidada. Después de lo que le pareció una eternidad, por fin volvió a quedar oculto en la oscuridad del hueco del ascensor.

Sonó una campanilla y Jimmy observó en tensión cómo se abrían las puertas del ascensor, pero no había nadie allí. Salió. Escuchó. No se oían voces. No se oían pasos. Se aventuró hacia delante y recorrió con la mirada los rectos y largos pasillos en penumbra, por los que fue avanzando con cuidado. Vacilante, iba abriendo las puertas de los camarotes, miraba en su interior y después seguía avanzando rápidamente. Poco a poco se fue relajando. Definitivamente no había ni un alma tan arriba. Corrió por los

pasillos, no con miedo sino con euforia, trotando como un animal al que hubieran soltado de un zoo. Y no se limitó a la novena planta. Se abrió camino hasta la planta más alta, la decimoquinta, deteniéndose en cada piso a examinar los planos enmarcados que colgaban de las paredes a intervalos regulares para familiarizarse con la distribución y fijarse en las zonas que debía evitar.

Bajo él había diez cubiertas ocupadas por los camarotes de los pasajeros, aunque cada cubierta tenía además alguna otra atracción, como una biblioteca, un cine o un restaurante. Por debajo de los camarotes de los pasajeros estaban el centro comercial y un elegante comedor que ocupaba a su vez otros tres niveles. Más abajo estaban los camarotes de la tripulación, las cocinas, los almacenes y la enfermería, y, por debajo de todo esto, las enormes turbinas que propulsaban el barco. Su profesor tenía razón, era como una ciudad flotante. Y como había dicho el conductor gordinflón, tenía hasta un helipuerto... y una pista de patinaje sobre hielo. Nunca había patinado sobre hielo, pero, al encontrar varias cajas llenas de patines sin estrenar, pensó: ¿Por qué no?», y se deslizó sobre el immaculado hielo. Se cayó. Cayó y cayó y volvió a caerse una y otra vez, y rió y rió y volvió a reírse una y otra vez. En la media hora que estuvo allí, ni una sola vez consiguió mantenerse en pie sin agarrarse a nada durante más de unos segundos. Pero estaba encantado. Tenía las piernas doloridas y las rodillas en carne viva, pero se lo estaba pasando bomba. Al terminar, volvió a la decimoquinta cubierta y, tranquilamente, salió al exterior, donde soplaba una fresca brisa nocturna. Estando allí, tan arriba, completamente solo, tenía la sensación de que las desgracias de aquella mañana le habían ocurrido a otra persona. Se imaginó que iba al mando del *Titanic*. Lo llevaría navegando por los grandes océanos del mundo, ¡correría fantásticas aventuras!

Ya eran casi las cuatro de la madrugada. Tenía hambre y sed. Había muchos restaurantes en el barco, pero no abrirían hasta que llegaran los pasajeros. Si quería comer, tendría que atreverse a bajar hasta las cocinas... y, mirando por encima de la borda del barco, vio que aún estaban cargando provisiones en el muelle. Era demasiado peligroso. Se lo estaba pasando en grande, no merecía la pena arriesgarlo todo simplemente porque le estuvieran sonando las tripas.

Entonces se le ocurrió una idea genial: los minibares de los camarotes. Jimmy escogió la más grande y la mejor de las suites presidenciales y se sirvió CocaCola Light y Toblerones. Se tumbó en una cama enorme y se dio un buen atracón.

¡Esto sí que era vida!

Ya no era sólo el capitán. Ahora era el dueño. Todo aquello era suyo. Era el Jimmy Armstrong que había ido a América a bordo del *Titanic*, pero esta vez había sobrevivido. Se había hecho rico y famoso y ahí estaba, no partiendo, sino volviendo a casa, a su ciudad natal. ¡Tenía que celebrarlo! ¡Un brindis por su éxito! Jimmy volvió a abrir el minibar. ¡Champán!

«¿Por qué no?»

Jimmy descorchó una botella. La espuma del líquido dorado salpicó la lujosa moqueta. Ni siquiera pensó en limpiarlo. Ya lo haría alguno de sus criados por la mañana. El champán estaba un poco amargo, pero se dio cuenta de que, cuanto más bebía, mejor le sabía y más contento se ponía. Odiaba a Gary Higgins con todas sus fuerzas, pero le habría gustado que hubiera estado allí en ese momento para disfrutar de aquello con él. O sus padres. O su abuelo.

«Abuelo, ¡es todo mío! ¡El *Titanic*!»

Aunque él no le pondría ese nombre.

Jimmy levantó la botella.

–Bautizo esta embarcación con el nombre de... ¡el *Jimmy*! ¡Que Dios bendiga a todos los que naveguen en ella!

Soltó una risita y volvió a desplomarse sobre la cama. Dio otro trago. Estaba muy relajado. Los ojos le parpadearon. Había sido un día muy largo, y sus aventuras en el *Titanic* habían sido tan agotadoras como emocionantes. Pero sabía que tenían que terminar. Tenía que ir a casa, enfrentarse a las consecuencias de lo que había hecho. Aunque primero iba a cerrar los ojos cinco minutitos para recargar las pilas. Después podría salir disimuladamente de allí, antes de que amaneciera.

Jimmy cerró los ojos.

«Cinco minutitos.»

«O diez.»

SORPRESA

Estaba soñando.

Bueno, no, qué va.

Las voces habían empezado a sonar en una extraña aventura en la que aparecían hámsteres parlantes, pero ahora no parecía que estuvieran dentro de su cabeza, sino fuera. Habían sido expulsadas y sustituidas por un insoportable dolor que le recorría todo el cuerpo. Por primera vez en su vida, Jimmy entendió la razón por la que su padre se encontraba en un estado tan lamentable por las mañanas y, bastante a menudo, también por las tardes. Demasiado alcohol. Ahora él estaba sufriendo su primera resaca. Por si eso fuera poco, por la ventana de la terraza entraba una luz cegadora. Y las molestas voces de esos hámsteres sonaban cada vez más altas, cada vez más altas...

Jimmy se incorporó de un salto.

«¡Es de día!»

«¡He dormido toda la noche!»

Las voces venían de fuera, del pasillo.

«Ay, no; ay, no; ay, no; ay, no...»

«¡Mi cabeza!»

«¡Voy a vomitar!»

«Voy a vomitar en la cama..., ¡y me van a pillar!»

«¡Tengo que levantarme!»

Jimmy se deslizó hasta el borde de la cama y se puso de pie tambaleándose. Parecía que todo el camarote daba vueltas a su alrededor. Las voces estaban muy cerca. Miró a un lado y a otro, aterrorizado. Era demasiado tarde para salir de la habitación. «¡Escóndete en algún sitio! ¡Donde sea!» Dando traspies, se acercó a los armarios, después a la terraza y al baño, pero al final se tiró debajo de la cama. Se hizo un ovillo y aguantó la respiración para intentar no vomitar.

«¡Que pasen de largo! ¡Que pasen de largo!»

Pero no pasaron de largo, claro. Tenían que escoger un camarote entre todos los que había en el barco y tuvieron que pararse precisamente en el suyo.

Porque, claro, era Jimmy Armstrong *el Suertudo*. Así que, aunque se suponía que no tenía que haber pasajeros en el barco hasta llegar a Miami, las únicas personas a bordo del barco que no eran miembros de la tripulación evidentemente iban a querer *su* camarote.

–Éste es el nuestro –dijo un hombre.

–Cariño, ¡es una maravilla! –dijo una mujer. Se oyó el sonido de un beso y después, con una voz más seria, la mujer se dirigió a otra persona–: Cariño, ¿puedes ir un poco más deprisa?

–¿Qué prisa hay?

Era la voz de una chica que venía detrás. Hablaba como si estuviera enfadada.

Jimmy vio entrar dos pares de zapatos en el camarote. Los primeros eran negros y fuertes, los otros eran finos, de color rojo y con tacones altos. A los pocos instantes se les unió un tercer par: zapatillas deportivas, con cordones rosas.

–¿A que es precioso, cariño? –preguntó la mujer.

–No está mal –contestó la chica.

–Por ahí mismo se llega a tu habitación –dijo el hombre.

Las zapatillas deportivas se dirigieron hacia la derecha. Tras una breve pausa, la chica dijo:

–¿No es más que eso? Es enana.

–No es enana, cariño –dijo la madre.

–De hecho, para un transatlántico es enorme –añadió el padre.

–Sigue siendo pequeña –contestó la hija.

Jimmy se retorció. Estaba deseando salir de allí.

–Pero bueno, ¿será posible...? –dijo el padre. Jimmy vio cómo los zapatos del hombre cruzaban el camarote rápidamente y se paraban a los pies de la cama–. Mirad esto.

–¿Champán? –dijo la madre. Jimmy le vio las rodillas a la mujer cuando se agachó junto a la cama. Aguantó la respiración–. Envoltorios de chocolatinas. ¿George? Y mirad... ¡Alguien ha dormido en mi cama!

La chica se echó a reír y la madre dijo bruscamente:

–No tiene gracia, Claire.

Pero estaba claro que para Claire sí la tenía.

–¡Alguien ha dormido en mi cama! –la imitó–. ¿Crees que habrá sido Ricitos de Oro?

El padre chasqueó la lengua.

–Claire, tu madre tiene razón, esta habitación no está a la altura. A alguien se le va a caer el pelo por esto. Vamos a cambiarnos a otra suite.

Claire resopló.

–Papá, basta con estirar la cama y tirar los envoltorios a la papelera.

–No es eso –dijo la madre–. Éste es el barco de tu padre, Claire, tiene todos los lujos habidos y por haber. ¿Qué se puede esperar si hasta cuando el ingeniero jefe y propietario del barco sube a bordo se encuentra con una habitación llena de basura?

–Exacto –dijo el padre antes de salir del camarote con paso firme.

La madre dijo:

–Claire, podrías mostrar un poquito más de interés. Éste es un momento muy importante para tu padre.

No hubo respuesta. Jimmy supuso que la chica se había encogido de hombros. Parecía una niña consentida. Él se encogía de hombros de una forma totalmente distinta, claro. La madre de Claire volvió a intentarlo:

–Cariño, cuando seas mayor recordarás este viaje y te darás cuenta de lo que significa haber estado entre los primeros pasajeros que viajaron a bordo del nuevo *Titanic*. Es un momento histórico.

Después de otra pausa, Claire contestó:

–Podríamos haber ido en avión.

–¡Claire!

La madre salió de la habitación dando fuertes pisadas.

Claire soltó un largo suspiro melancólico antes de seguir a sus padres de mala gana. Jimmy esperó hasta que dejó de oír la discusión que habían reanudado. Después salió de debajo de la cama arrastrándose y se puso de pie con cuidado. Estaba mareado y tenía ganas de vomitar. Si eso era lo que hacía el alcohol, no pensaba volver a probarlo nunca más. Miró el reloj. ¡Virgen santísima! ¡Eran más de las once de la mañana! ¡El barco y el muelle iban a ser un hervidero! ¿Cómo podía salir del barco sin que le vieran?

«No lo pienses..., demasiado dolor de cabeza..., hazlo y ya está.»

Llegó hasta la puerta y se asomó al exterior. La familia se alejaba por el pasillo, a la

derecha. Jimmy giró a la izquierda y, moviéndose tan rápido como le permitía su delicado estado, enseguida llegó a unos ascensores. Pulsó el botón de llamada.

«¿En qué estaría pensando? ¡Me subí al barco para grabar mi nombre y darles una lección! ¡Y ni siquiera lo he hecho!» Se tocó el bolsillo de la camisa. El penique de la suerte seguía ahí. «¡Tendría que haberlo tirado al mar cuando tuve la oportunidad!»

Echó un vistazo a las luces de encima de las puertas, que indicaban que el ascensor subía sin detenerse.

«Relájate. ¿Qué has hecho que sea tan horrible? Colarte en un barco y comer chocolate. Beber un poco de champán. Deshacer una cama. No es precisamente el delito del siglo. No has hecho nada de lo que debas avergonzarte, mantén la cabeza bien alta.»

La habría mantenido bien alta si hubiera podido. Pero se encontraba fatal. El barco entero parecía vibrar a su alrededor.

¡Tilín!

El ascensor estaba vacío. Entró, pulsó el botón de la Cubierta Tres y se pegó a la pared del fondo mientras el ascensor bajaba y atravesaba el centro comercial. Para protegerse un poco más, cerró los ojos, como si, de alguna manera, el hecho de que él no pudiera ver nada significara que nadie podría verle a él. Todavía estaba medio borracho.

¡Tilín!

Las puertas se abrieron.

Había dos hombres delante de él. Llevaban gorras negras y flamantes camisas blancas de manga corta con elegantes estampados en las mangas. Uno de ellos iba diciendo:

–Pero, capitán, es nuestra mejor oportunidad para...

Pero se detuvo al ver a Jimmy. Los dos se quedaron mirándole perplejos.

–¿Quién narices eres tú? –preguntó el capitán, un hombre corpulento con una cuidada barba cana.

Jimmy lo intentó. Salió del ascensor y dijo:

–No se preocupen, estoy con la visita escolar.

Decidió arriesgarse. Seguro que el barco recibía visitas de muchos otros colegios.

–¿Qué visita escolar? –preguntó el otro hombre, más alto y más delgado.

–Esa de ahí –dijo Jimmy señalando a su izquierda. Cuando los dos hombres se volvieron para mirar, Jimmy salió corriendo a toda velocidad hacia su derecha. Al momento, fueron corriendo detrás de él. El capitán iba voceando y su acompañante daba gritos por su *walkie-talkie*. Jimmy dobló una esquina dando un patinazo y salió

escopetado por un pasillo. Estaba lleno de tripulantes que se movían de acá para allá, que entraban por unas puertas y salían por otras, que cargaban cajas y sacos y empujaban carretillas, que charlaban y cantaban en media docena de lenguas diferentes (y, por suerte, todas distintas de la suya). Mientras sus perseguidores corrían gritando detrás de él, Jimmy fue metiéndose por entre la gente, sin apenas bajar el ritmo en ningún momento.

«¡Puedo hacerlo!»

«¡Voy a lograrlo!»

La adrenalina le corría por el cuerpo, expulsando su dolor de cabeza y quitándole las ganas de vomitar.

«¡Libertad!»

«¡Mi escapatoria!»

Atravesó las puertas del final del pasillo como una exhalación, salió a la cubierta y se volvió a un lado y a otro, buscando desesperadamente la plancha más cercana para salir al muelle.

Pero no había ninguna plancha.

Por la sencilla razón de que no había muelle.

De hecho, no había tierra firme.

El *Titanic* estaba en alta mar, avanzando a toda máquina en dirección a América.

LA ANSIEDAD DEL POLIZÓN

En varios avisos por megafonía, el capitán pidió a Jimmy que se entregara, diciéndole que no se preocupara, que no se iba a meter en ningún lío.

Ya, claro.

Estaba viajando de polizón. No se veía tierra firme por ninguna parte, en ninguna dirección. Estaba metido en UN BUEN LÍO.

Los avisos fueron seguidos de un registro cubierta por cubierta y camarote por camarote. Pero el barco era demasiado grande y la tripulación, demasiado pequeña. Aunque Jimmy sólo tenía unas horas de experiencia en moverse por el *Titanic*, tenía trece años de experiencia en ser perseguido, así que la aprovechó. En todo momento les sacaba ventaja a sus perseguidores. Y, a ratos, mucha ventaja.

Al pensar en lo que había hecho, Jimmy se debatía entre asustarse y ponerse eufórico. Tenía una ligera sensación agria en el estómago, y no eran solamente los efectos secundarios del champán. Sus padres, una vez que consiguieran reprimir las enormes ganas de abofetearle, se iban a preocupar muchísimo. Su abuelo, que le había encargado la misión de tirar el penique de la suerte, seguramente estaría culpándose a sí mismo, convencido de que Jimmy se había resbalado, se había caído al agua y se había ahogado.

Pero, por otro lado... ¡menuda historia iba a poder contar cuando volviera! Algunos chavales se saltaban las clases una tarde y se creían muy guays. Incluso ser expulsado era relativamente corriente. Pero fugarse a bordo del *Titanic*... ¡Ésa sí que era una historia digna de ser contada!

Lo más fácil sería entregarse. ¿Qué era lo peor que podían hacerle? ¿Gritarle? Era la primera hora de la tarde de la primera jornada de viaje. Si se rendía ahora, seguro que se verían obligados a regresar a Belfast para entregarle.

Pero... ¿y si se quedaba escondido?

¿No llegarían a un punto de no retorno, a partir del cual sería más razonable seguir hasta América y mandarle a casa desde allí?

¡Claro!

Cuanto más pensaba en esa posibilidad, más sentido cobraba. Sólo tenía que esquivarlos durante unos días, después entregarse..., ¡y disfrutar del resto del crucero por todo lo alto! ¡Y a lo mejor le mandaban a casa en un vuelo en primera clase!

¡Estupendo!

Jimmy echó una cabezadita en un camarote de la décima planta y después se sentó en la terraza a disfrutar de un Toblerone. Con la caída del sol, la temperatura también descendió y se levantó un viento frío, así que volvió a entrar. Era hora de moverse. Había llegado a la conclusión de que no era seguro quedarse demasiado tiempo en un mismo sitio. Además, todavía le quedaba mucho barco por explorar. Sin embargo, al asomar la cabeza para asegurarse de que el pasillo estaba despejado, comprobó horrorizado que había dos oficiales que venían corriendo directos hacia él. Jimmy dejó escapar un grito de sorpresa, salió pitando de la habitación y corrió lo más rápido que pudo en dirección contraria. Los oficiales fueron corriendo detrás de él, gritándole que se detuviera, pero Jimmy era demasiado joven y demasiado ágil y, a pesar de que tenían *walkie-talkies* con los que pedir ayuda, enseguida consiguió despistarlos.

Un poco más tarde, Jimmy bajó por las escaleras a la sexta planta, escogió unos cuantos libros de la gran biblioteca pública y después deambuló por el pasillo hasta que encontró un camarote que le gustaba. Volvía a estar completamente relajado. Se habían topado con él por casualidad, y eso era imposible de prever. Pero habían desaprovechado su oportunidad y él seguía confiando en sus habilidades para esquivarlos. Cerró la puerta, encendió una lámpara de la mesilla de noche, sacó otro Toblerone del minibar, se tumbó en la cama y se puso a hojear un libro sobre Florida. Se preguntó si habría alguna posibilidad de escaparse del barco cuando llegara a Miami. Podría hacer autostop hasta Orlando e ir a Disney World o a alguno de los otros parques temáticos gigantescos que había allí. Quizá su vida iba a ser así a partir de ahora. Podría vivir alejado de la civilización, valiéndose de su ingenio, viajando, como un vagabundo, un súper vagabundo. Podría ser un Robin Hood de nuestro tiempo, robar a los ricos y... quedarse

con todo. Jimmy se rió y cerró el libro. Era fácil soñar en ese barco. El propio barco ya era como un sueño. Volvió a acercarse al minibar.

«Creo que esta vez quiero cacahuetes.»

Se sentó en el borde de la cama y masticó en silencio mientras trataba de imaginarse cómo sería el *Titanic* cuando tuviera a sus miles de pasajeros a bordo. Si para entonces seguía de polizón, seguramente sería aún más fácil evitar que le descubrieran. Podría perderse entre la muchedumbre y navegar por el mundo eternamente.

Seguía teniendo hambre, así que volvió a abrir la puerta del minibar y seleccionó un botecito de cristal con gominolas. Mientras buscaba algo de beber –no champán, desde luego–, su mirada fue a parar a una lista de precios que estaba pegada a la puerta por dentro. Los Toblerones costaban seis dólares. Calculó que eso eran ¡unas cuatro libras! ¡Era carísimo! La Coca-Cola Light, que encima venía en latas pequeñas, costaba ¡cinco veces más que en casa! Los pasajeros estaban locos si estaban dispuestos a pagar tanto. Debajo de la lista de precios venían las instrucciones de pago:

No es necesario que lleve un control de sus consumiciones. Cada vez que saca un artículo del minibar, queda registrado automáticamente en su cuenta, que podrá pagar al 'nal del viaje.

Jimmy sonrió. Se estaba poniendo morado a costa de otros. Bueno, seguro que podían permitirselo. Probablemente ni siquiera se dieran cuenta.

Justo cuando estaba abriendo las gominolas, se le encendió la bombilla.

Volvió a leer atentamente las instrucciones de p a g o .

Cada vez que saca un artículo del minibar, queda registrado automáticamente en su cuenta, que podrá pagar al 'nal del viaje.

«¡Cada vez que saque algo les va a salir en el ordenador! Y sabrán que en este camarote no tendría que haber nadie. ¡Así es como me encontraron antes! ¡Y he cogido otro Toblerone hace quince minutos!»

Jimmy tiró las gominolas y salió corriendo al pasillo, temiéndose lo peor.

Pero estaba vacío.

Puede que estuviera sobreestimando la inteligencia de sus perseguidores. O puede que atraparle no fuera tan importante cuando tenían que pilotar un barco del tamaño del *Titanic* por el Atlántico. Estaba volviendo a la habitación cuando oyó la campanilla de un ascensor que llegaba, seguida de unos pasos apresurados.

¡Venían a por él!

EL HOMBRE DEL CULO AL AIRE

Aunque por los pelos, consiguió escapar. Cuando estuvo a suficiente distancia de sus perseguidores, incluso se atrevió a detenerse al final del pasillo y hacer un pequeño baile triunfal. Luego casi le da un ataque al oír unas pisadas que se aproximaban a él desde las escaleras, pero era una limpiadora, que se quedó tan sorprendida de ver a Jimmy como Jimmy de verla a ella. Incluso se apartó para dejarle paso cuando fue corriendo hacia ella.

Al pensarlo más tarde, a Jimmy le extrañó que no hubieran aprendido la lección después de su primer intento. De nuevo le habían localizado, pero le habían dejado una vía de escape. Si hubieran ido hacia él desde los dos extremos del pasillo, le habrían atrapado. Mejor para él, claro. Había desenmascarado la estrategia del minibar. Ahora, cuando le entraba hambre, cogía lo que quería y se cambiaba rápidamente de piso antes de que pudieran atraparle.

Pero el verdadero problema era el hambre.

Los Toblerones, los frutos secos y las gominolas enseguida perdieron su atractivo y, tras pasar una segunda noche en el barco, en un pequeño camarote de la octava planta, se despertó con unas ganas irresistibles de tomar un desayuno de verdad. Quería cereales. Y beicon. Y salchichas. Y huevos. Fritos. Revueltos. Pasados por agua. Con trozos de pan tostado para mojar en la yema. El hecho de que en casa a menudo le bastara con desayunar una Coca-Cola Light ahora daba igual. Estaba muerto de hambre y la única solución era volver a ponerse en peligro y hacer una incursión en la cocina y el restaurante de la tripulación, situados mucho más abajo. Supuso que, como todavía no habían embarcado los pasajeros, ninguno de los múltiples restaurantes estaría aún en funcionamiento, así que era el único lugar en el que habría comida caliente.

Lo que necesitaba, decidió, era un disfraz.

El uniforme del colegio le delataba. Necesitaba pasar desapercibido. Había al menos un centenar de tripulantes a bordo –y a éstos se sumarían otros mil en Miami–, pero seguramente aún estarían todos conociéndose. Otra cara desconocida no llamaría demasiado la atención, aunque aparentara tan poca edad, sobre todo si llevaba la ropa adecuada. Jimmy ya se había fijado en que los marineros llevaban uniformes blancos, mientras que los maquinistas vestían monos y gorras azules, el personal de hostelería iba de verde y los limpiadores, de rojo. Pensó que jamás colaría como marinero, pero, si se hacía con un conjunto de mono de trabajo y gorra a juego, seguro que podría pasar desapercibido. Sólo era cuestión de tener la cara dura de intentarlo.

Tener cara dura nunca era un problema para Jimmy Armstrong.

Tras estudiar el plano correspondiente, Jimmy localizó un almacén en el segundo piso en el que parecía probable que pudieran estar guardados los uniformes de la tripulación. Al llegar allí, descubrió que estaba situado en un cruce de varios pasillos por el que no dejaba de pasar gente. Tuvo que estar casi una hora observando pacientemente desde el oscuro hueco de una escalera antes de poder atravesar el cruce a toda velocidad e intentar abrir la puerta. Pero estaba cerrada con llave. Antes de que pudiera intentar forzarla, se oyeron unas pisadas en las escaleras que tenía detrás y tuvo que irse dando saltos por el pasillo y refugiarse detrás de la primera puerta que pudo abrir.

Al entrar, se encontró de frente con el culo de un hombre.

Era blanco, fofo y granujiento. Parecía una calva a la que hubieran dado de palos.

Estaba en el vestuario masculino. Por suerte, el ruido que hizo al entrar muerto de miedo quedó tapado por el ruido del agua que golpeaba las baldosas del suelo de las duchas. Jimmy se escondió rápidamente detrás de una fila de taquillas justo al mismo tiempo que el culo, y el hombre que llevaba pegado, se metía en la ducha. Por suerte no había nadie más en el vestuario que el Hombre del Culo al Aire, Fofo y Granujiento. Mientras el HCAFG se ponía a cantar algo que sonaba vagamente a japonés, quedó envuelto en una nube de vaho, lo que permitió a Jimmy aventurarse a salir y quitarle el mono de trabajo rojo. Se lo puso delante del cuerpo. Las mangas y las perneras eran un poco largas, pero, doblándolas un poco, servirían. Se cambió de ropa rápidamente, cogió la gorra del hombre, que colgaba de un segundo gancho, y tiró a una papelera el uniforme del colegio, que a estas alturas olía bastante mal. Tras asegurarse de que llevaba la gorra bien calada y de que la visera le tapaba la cara, salió del vestuario hacia el

concurrido pasillo. Al principio se movía con indecisión, convencido de que estaban a punto de descubrirle, pero muy pronto se dio cuenta de que nadie le prestaba atención. ¡Era uno de ellos!

Y ahora, ¡a por comida!

Las puertas del comedor estaban abiertas y parecía que el ajetreo del desayuno ya había pasado; sólo quedaban unos cuantos tripulantes comiendo o eligiendo la comida de una larga mesa de bufet. Jimmy se dirigió resueltamente al surtido de platos calientes, cogió un plato y empezó a llenarlo. Tenía tanta hambre que podría haber metido la cabeza en los huevos revueltos y haberlos engullido. Pero tenía que ceñirse al plan: coger provisiones y después volver a los camarotes de los pasajeros para disfrutar del banquete relativamente a salvo.

Cuando ya no le cabía nada más en el plato, Jimmy se dispuso a salir por la puerta, pero se topó con un cocinero con cara de pocos amigos que le bloqueaba el paso. Las venas de un lado de la cabeza se le hincharon cuando se puso a gritar algo incomprensible. Jimmy se encogió de hombros e intentó pasar, pero el cocinero no se movió ni un centímetro.

Detrás de Jimmy, una voz dijo:

–Por si quieres que te lo traduzca, está diciendo que no puedes sacar comida del restaurante.

Jimmy miró a su alrededor. Había un hombre mayor –tendría como poco la edad de su abuelo, puede que unos sesenta años– sentado en una de las largas mesas con bancos.

–Yo en tu lugar movería el culo, ese Pedroza está como una auténtica cabra. Esta misma mañana le ha sacado un cuchillo a un tipo por manchar de huevo la moqueta.

Pedroza miró a Jimmy echando chispas por los ojos. Jimmy apartó la mirada.

–¿Por qué no vienes aquí conmigo, Jimmy?

Jimmy se quedó helado.

–Vamos, Jimmy, sólo quiero hablar.

Jimmy se dio la vuelta lentamente. El anciano señaló el asiento de enfrente con la cabeza. Jimmy recorrió el restaurante con la mirada: aún quedaban otros cuatro tripulantes desayunando, pero no parecía que estuvieran prestando atención. Pedroza se quedó en la puerta. Jimmy se enfadó consigo mismo por haber sido descubierto tan fácilmente.

–¿Cómo... cómo lo has sabido? –preguntó mientras se sentaba en el banco con

desconfianza.

–Bueno, tengo esto... –el anciano desdobló una hoja de papel en la que aparecía una foto de Jimmy, una que reconoció del colegio–. Nos la mandaron cuando dimos el aviso de que teníamos un polizón a bordo. Pensé que si me sentaba aquí el tiempo suficiente, a lo mejor aparecías. Es lo que tiene el hambre. Buen intento lo de la ropa, pero aparentas unos doce años.

–¡Tengo trece!

El anciano alargó la mano.

–Me llaman Prim –dijo, y Jimmy simplemente le miró la mano–. No es mi verdadero nombre, claro. Es un apodo. ¿Sabes de dónde viene?

–¿Te lo puso tu primo?

Prim se rió.

–Muy buena. No, viene de la palabra *primicia*; la usábamos los reporteros en los viejos tiempos. Si tenías una exclusiva, se decía que tenías una primicia. Y yo era uno de los mejores. Prim Morrison –Jimmy se encogió de hombros y Prim apartó la mano que Jimmy no había querido estrechar–. Bueno, chico, nos has estado mareando bien, ¿eh? Qué pena que todo esto tenga que acabar, ¿verdad? –Jimmy volvió a encogerse de hombros. Prim se inclinó hacia delante y bajó la voz–. ¿O no?

Jimmy le miró sin decir nada.

–Mira, chico, ahí arriba están muy enfadados contigo, con todo el lío que has armado.

–¿Lío? ¡Si sólo he robado un par de Toblerones!

–Jimmy, ¿te crees que el Sr. Stanford está tirándose de los pelos por unas cuantas chocolatinas? Está tirándose de los pelos porque va a tener que dar la vuelta y llevarte otra vez a Belfast. Si tiene que hacer eso, el barco llegará a Miami con retraso, lo que significa que los pasajeros le demandarán y le reclamarán millones de dólares por estropearles el crucero, ¿entiendes? Y te aseguro, chico, que si demandan al Sr. Stanford y le reclaman millones de dólares, él te va a demandar a ti y te va a reclamar exactamente la misma cantidad, que no te quepa ninguna duda.

–Que me reclame lo que le dé la gana. No tengo tanto dinero, y mi familia tampoco.

Prim resopló.

–Bueno, Jimmy, nos estamos adelantando a los acontecimientos. Yo sólo digo que, si te encuentran, el capitán no tendrá más remedio que dar la vuelta. Sólo llevamos dos días de viaje.

–¿Cómo que *si* me encuentran?

Prim sonrió. Tenía los dientes blancos como la nieve, pero parecía como si no los tuviera bien sujetos a la boca.

–Bueno, estaba pensando... Yo no quiero volver a Belfast; el capitán está claro que tampoco; en cuanto al Sr. Stanford, el dueño, volver es lo último en el mundo que querría hacer. El problema es que ellos son tan buenos y honrados que, si te atrapan, se sentirían obligados a dar la vuelta. Yo, en cambio, no soy especialmente bueno ni honrado. Así que, si te diera la oportunidad de seguir desaparecido para así asegurarnos de que el viaje sigue adelante y llegamos a América, ¿qué dirías?

–¿A qué te refieres con «seguir desaparecido»?

–Al menos hasta que atraquemos en Miami. Yo te conseguiré comida. Y un sitio donde dormir. Estoy seguro de que no te cogerán.

–¿Y por qué ibas a hacerlo? ¿Qué ganas tú con esto?

–A cambio de ayudarte, me gustaría que tú me ayudaras a mí.

Jimmy frunció el ceño.

–¿Cómo?

–Bueno, ven por aquí y te lo enseñaré.

Hasta que el anciano *rodó* hacia atrás Jimmy no se había dado cuenta de que iba en silla de ruedas. Sus piernas acababan en las rodillas. Al ver la cara de sorpresa de Jimmy, Prim dio unas palmaditas en el lugar en el que anteriormente habían estado sus piernas.

–Esto te servirá como advertencia... Anoche se me cayó al suelo un trozo de pizza y ese chiflado –señaló con la cabeza a Pedroza, que había vuelto a colocarse detrás de la mesa del bufet, e hizo un gesto con la mano como si se cortara las piernas con un cuchillo– se enfadó y me las cortó. ¡Zas, zas! Las tiene metidas en hielo hasta que aprenda a comportarme en la mesa.

Prim asintió muy serio, giró la silla de ruedas y empezó a avanzar en dirección a la puerta.

–Menuda sarta de tonterías –dijo Jimmy.

Sin embargo, le siguió.

PRIM

Los largos y rectos pasillos eran perfectos para ser recorridos a toda velocidad en silla de ruedas. Jimmy tuvo que ir corriendo muy deprisa para poder seguir el ritmo. Al final, Prim le hizo pasar a una suite situada en la octava planta. En lugar de cama, armarios o minibar, había cajas de cartón que cubrían casi todo el suelo.

–Bien –dijo Prim–, la historia es la siguiente: a nuestros pasajeros les gusta despertarse por la mañana y tener un periódico esperándoles delante de su puerta, igual que en casa. Así que eso es lo que hago yo: redactar, editar, maquetar e imprimir un diario. Es una mezcla de noticias de los países de los que proceden los pasajeros (sobre todo de Estados Unidos) y de artículos sobre el barco, información sobre pasajeros interesantes, reseñas de miembros de la tripulación y cosas así. No es muy largo (diez, doce páginas, a veces hasta dieciséis), pero es importante; ayuda a la gente a no tener la sensación de estar totalmente aislada del mundo exterior.

–¿Y no pueden poner la tele y ya está?

–Estamos en mitad del océano, no hay señal. En la tele ponemos vídeos que llevamos en el barco, sobre todo programas de televisión antiguos y documentales sobre las islas por las que pasa el crucero. Si quieren noticias, tengo que dárselas yo. Llevo veinticinco años haciéndolo en los distintos transatlánticos de los Stanford, hijo, desde que me quedé sin estas dos –dijo dándose unos golpecitos en las... bueno, en las no piernas.

–Así que no ha sido Pedroza.

–Las perdí en la primera Guerra del Golfo. ¿Te acuerdas de aquello?

–No había nacido.

–El periódico *Daily Express* me consiguió un puesto en un portaaviones. Iba a ser mi primer trabajo como corresponsal de guerra. Cuando me lo dijeron, me entusiasmé tanto

que pensaba ir corriendo hasta mi casa para contárselo a mi mujer, sólo que por el camino me atropelló un taxi. Me dejó las piernas tan destrozadas que tuvieron que amputármelas.

Jimmy no supo qué contestar a eso. De hecho, estaba haciendo grandes esfuerzos para aguantar las ganas de reír. A veces uno no puede contenerse. Intentó ocultarlo señalando las cajas con la cabeza y diciendo:

–¿Entonces qué pasa con todo esto?

–¿Entiendes de ordenadores?

–Algo.

–¿Y has usado alguna vez un destornillador?

–Alguna que otra vez.

–¿Has conectado alguna vez los cables de un enchufe?

–Claro.

–Muy bien, entonces necesito que abras estas cajas y que lo montes todo. Es un rollo hacerlo desde una silla de ruedas. Así que puedes empezar organizándome todo esto.

Jimmy dirigió la mirada a las cajas y de nuevo a Prim.

–Oye, no soy una especie de esclavo que vaya a trabajar sin cobrar.

Prim se quedó pensando un momento y después contestó:

–Sí que lo eres.

Jimmy era indisciplinado, desobediente e irrespetuoso. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Pero cuando una cosa le interesaba, se entregaba a ella en cuerpo y alma. Además, era muy mañoso. En realidad no le quedaba más remedio que serlo, ya que en casa nunca había mucho dinero, así que, si quería algo, tenía que hacerlo él mismo. Fabricó una motocicleta con piezas que otros habían tirado y construyó una casa en un árbol que más bien parecía una fortaleza, con luz eléctrica y nevera incluidas. Si le dejaban a su aire y no estaban encima de él, era capaz de hacer cosas, sobre todo si veía que iban a valer para algo. Le pareció que trabajar para Prim a cambio de un crucero gratis tenía sentido.

El propio Prim no estaba del todo convencido, así que se quedó al final del pasillo para asegurarse de que Jimmy no se escabullía y volvía a perderse en las profundidades del barco. Pero la puerta de la redacción permaneció cerrada y, cuando Prim volvió a entrar al cabo de una hora, se llevó una auténtica sorpresa al ver que todo el trabajo estaba

hecho. Había dos escritorios montados, cada uno con un ordenador y un escáner encima, ambos encendidos y aparentemente funcionando perfectamente; la impresora estaba instalada y tenía al lado una torre de papel para imprimir; había un armario archivador atornillado a la pared, y todos los envoltorios estaban doblados y cuidadosamente apilados en una esquina para tirarlos más tarde. Jimmy estaba sentado delante de uno de los ordenadores, instalando un programa.

–Pensaba que ni siquiera habrías abierto las cajas –dijo Prim. Jimmy se encogió de hombros–. Qué maravilla.

–Bueno, ¿y ahora, qué? –preguntó Jimmy–. Todavía no hay pasajeros a bordo, así que ¿te sientas sobre tus posaderas a esperar a que llegemos a Miami y ya está? –preguntó, sin pararse a pensar realmente en lo que estaba diciendo–. Bueno, a ti no te queda otra que sentarte sobre tus posaderas, pero ¿éste es todo el trabajo que tenías que hacer?

Prim se echó a reír a carcajadas.

–No ha hecho más que empezar, hijo, ¡no ha hecho más que empezar! Lo que tenemos que hacer ahora es asegurarnos de que todo funciona, empezar a hacer unos cuantos periódicos de prueba, imprimirlos, repartirlos y ver qué opinan los lectores. Cada barco tiene su propio diseño, ¿no?, su propio carácter, y eso tiene que reflejarse en el periódico, así que cuanto antes nos...

Jimmy puso una mano en alto.

–No dejas de hablar en plural, ¿de quién estás hablando exactamente?

–De ti y de mí.

–Te he abierto las cajas y te he montado el equipo, creía que eso era todo.

–Bueno..., pensaba que a lo mejor querrías ayudar a hacer el periódico.

–¿Por qué?

Prim juntó las manos sobre el regazo. Miró a la terraza y al mar de color gris que se extendía tras ella.

–Porque yo solo no puedo hacerlo. Verás, chico...

De pronto se oyó un golpe seco en la puerta. Al ver el pánico en los ojos de Jimmy, Prim levantó una mano con un gesto tranquilizador.

–Tranquilo –dijo en voz baja–, he encargado que trajeran algo de comida para ti. Aun así..., será mejor que te metas en el baño hasta que el terreno esté despejado.

Jimmy se escondió, pero dejó la puerta entreabierta.

Prim se puso delante de una de las mesas, de espaldas a la puerta.

–¡Adelante! –dijo, y cuando se abrió la puerta, añadió–: Puede dejarlo en...

Al mirar hacia atrás, sin embargo, vio lo que Jimmy ya había visto: era Claire, la adolescente malhumorada de los cordones rosas. Llevaba el pelo negro por delante de un ojo y estaba mascando chicle. Apenas miró a Prim mientras hablaba; prefería mirarse atentamente las uñas, que llevaba pintadas de color fucsia.

–Mi padre me ha dicho que venga a ayudarte a desembalar... Anda –por fin había levantado la vista–, si ya está hecho.

–Sí, Claire, ya está terminado.

–¿Lo has hecho tú todo?

–No, me ha ayudado un equipo de elfos. ¿Estoy en lo cierto al pensar que fue ayer cuando tu padre te mandó que vinieras a ayudarme?

–Sí, bueno, es que estaba ocupada.

–Claro, ya me imagino.

–¿Eso es todo entonces?

–Sí, Claire.

–Vale, hasta luego.

Se encogió de hombros y salió del camarote. Prim esperó hasta estar seguro de que se había ido y entonces le dijo a Jimmy que saliera del baño.

–Lo siento. La hija del dueño –sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro–. Y pensar que algún día heredará todo esto... –dijo Prim agitando la mano sin señalar a nada en particular–. Probablemente lo pinte de rosa.

Jimmy se sentó en el borde de una de las mesas y cruzó los brazos. No tenía ni el más mínimo interés en oír hablar de Claire Stanford.

–Bueno, ¿entonces por qué no puedes hacer el periódico tú?

–Verás, Jimmy, lo que ocurre es lo siguiente: ésta es la última travesía que hago para la empresa; mi trabajo es simplemente poner en marcha el periódico en el *Titanic* como he hecho en todos los otros barcos de los Stanford y luego, cuando lleguemos a Miami, pasarle las riendas al nuevo encargado. Si consigo terminar este viaje, me espera una buena pensión de la empresa, ya que habré completado mis veinticinco años de servicio. Pero si, por algún motivo, no termino esta travesía, no me darán nada. Así funcionan las grandes empresas. Y, bueno, la cosa es que no sé si puedo hacerlo. No me encuentro bien, hijo. No son las piernas, estoy acostumbrado a no tenerlas, es lo demás... Tengo

mal la tensión, Jimmy, me tiemblan mucho las manos, y se me nubla la vista y no puedo mantener la concentración durante más de... En realidad, mentí a los médicos antes de partir. Les dije que estaba bien, pero no lo estoy. Si no me ayudas con esto, me van a poner de patitas en la calle –se quedó pensando un momento en lo que había dicho–. Bueno, ni siquiera eso. Jimmy, quiero que me ayudes a hacer el periódico. Harás un poco de todo: buscar las noticias, redactarlas, maquetarlo, imprimirlo... ¿Lo harás, Jimmy? ¿Me ayudarás?

–No.

–Anda, Jimmy, ¿por qué no? No te costaría nada hacerlo.

–Mira, lo siento, ¿vale? Es que... lo haría fatal, ¿entiendes?

–Pero ¿cómo lo sabes?

Jimmy se encogió de hombros.

–Lo sé y ya está, ¿vale?

Prim acercó la silla de ruedas un poco más y, suavizando la voz, dijo:

–Te expulsaron del colegio, ¿verdad?

–¿Cómo lo...?

–Lo ponía en el informe que enviaron con tu foto. ¿Por qué te expulsaron?

–Porque soy tonto.

–Bah, ¡chorradas! –le espetó Prim–. ¡Tú no eres tonto, Jimmy! Al menos no tonto en plan *burro*. Sí, puede que tonto en plan *cabezota*, o quizá tonto en plan *yo siempre soy el que más sabe*.

Jimmy se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

–Jimmy, hijo, ésa es la clase de tonto que consigue cosas, que cambia las cosas. La gente llama tontos a los demás cuando no los entiende. ¿El tío que inventó la rueda? Seguro que le llamaron tonto. ¿El que inventó la aspirina? Seguro que le dijeron que era un burro. Mira la fotografía, eso sí que fue un error tonto, y ¿qué sería de nosotros sin ella? ¿Entiendes lo que te quiero decir? Puedes hacerlo, Jimmy, sé que puedes. Es tu oportunidad de demostrarte a ti mismo que no eres la clase de chaval que dicen que eres. Entonces, Jimmy, ¿cuento contigo? ¿Estamos juntos en esto?

–No –dijo Jimmy.

–Te pagaré –dijo Prim.

–Vale –dijo Jimmy.

EL TERREMOTO

A miles de kilómetros del *Titanic*, un leve terremoto sacudió la ciudad de San Diego, en California. Murió una persona, hubo veintisiete heridos y se derrumbaron una docena de edificios.

–Verás –dijo Prim–, ésa no es una noticia especialmente significativa. Sin embargo, si miras nuestra lista de pasajeros, quizá te encuentres con que hay decenas de ellos que vienen de San Diego, y te aseguro que para ellos sí será una noticia importante. Estarán preocupados por sus parientes, por sus negocios..., ¿entiendes lo que quiero decir?

Jimmy había encontrado la noticia en la página web de un periódico. Ahora la estaba copiando en el periódico del barco, que habían empezado a elaborar esa mañana, pero Prim le detuvo:

–No, Jimmy, no puedes copiarla sin más. Tienes que elaborar tu propio artículo, basándote en lo que has leído ahí.

–¿Por qué?

–Porque esas palabras, puestas en ese orden, son propiedad de esa página web. Tienes que coger los hechos que aparecen ahí y reescribirlos.

–¿Entonces puedo robarles los hechos?

Prim suspiró.

–Hasta cierto punto. Deberías leer esta noticia en... digamos una docena de portales de noticias distintos, porque cada uno dará su propia versión de ella. En uno sabrán cómo se llamaba el hombre que ha muerto, otro incluirá una entrevista con un destacado experto en terremotos, puede que en otro sepan cuánto tiempo se necesitará para reparar los edificios afectados. ¿Entiendes a qué me refiero?

Sí, más o menos lo entendía.

–Siempre que escribas una noticia, tiene que responder a las cinco reglas básicas del periodismo. Es muy sencillo: tienes que preguntar *quién, qué, dónde, cuándo, cómo*. ¿De acuerdo?

–Quién, qué, dónde, cuándo, cómo –repitió Jimmy.

–Eso es. *Quién* es quién ha muerto; *qué* es qué ha provocado su muerte; *dónde* obviamente es San Diego; *cuándo* es cuándo ha ocurrido, claro, y *cómo* es qué ha provocado el terremoto.

–Quién, qué, dónde, cuándo y cómo –volvió a repetir Jimmy.

–Exacto.

–Entonces ¿*quién* me va a traer el almuerzo? ¿Te refieres a eso? –preguntó Jimmy.

–Bueno...

–¿*Qué* me vas a traer? ¿Y de *dónde* lo vas a traer?

–Jimmy, sólo son las once...

–Entonces ¿*cuándo* me lo vas a traer? ¿Y *cómo* vas a traérmelo antes de que me muera de hambre?

–Muy gracioso, Jimmy –comentó Prim con sequedad.

–No tiene gracia, me estoy muriendo de hambre. Es duro ser periodista.

Prim respiró hondo.

–Está bien, Jimmy. Aunque casi ni hayamos empezado, iré a buscarte algo de comer – giró la silla de ruedas hacia la puerta–. Eso sí, si no fuera porque eres un delincuente en busca y captura, está claro que sería al revés.

A Jimmy le preocupaba un poco la parte de la maquetación del periódico, pero enseguida Prim le tranquilizó:

–No te preocupes, Jimmy, hay programas de ordenador para eso. ¡Hasta un burro podría hacerlo!

–¿Me estás llamando burro?

Prim se quedó mirándole durante largo rato y después dijo:

–Bueno, hay burros muy listos por el mundo.

A última hora de la tarde, Prim dijo:

–Voy a salir a estirar las piernas, por así decirlo.

Cuando se fue, Jimmy siguió navegando por Internet en busca de las últimas noticias

y, mientras lo hacía, sus pensamientos volvieron a llevarle hasta su casa. Sus padres estarían tirándose de los pelos (y no es que a su padre le sobrara mucho). Ahora tenía la oportunidad de mandarles un e-mail..., si hubieran tenido una dirección de correo electrónico, acceso a Internet o, ya puestos, un ordenador. Bueno, podrían esperar unos días. A lo mejor así aprenderían a apreciarle un poco más. Aunque, claro, no había nada que le impidiera enviarles un mensaje a través del colegio, que tenía página web.

El colegio... La verdad es que lo echaba de menos, un poquitín. No las clases, claro, pero sí a sus amigos. Sus travesuras. Si hubiera podido cambiar algo de los últimos días, se habría traído a Gary Higgins para correr aquella aventura con él. Se lo habrían pasado en grande juntos.

Al pensar en Gary, le vino a la memoria la expulsión. ¿Qué otra alternativa le había quedado al director? Absolutamente ninguna. Había sido un irresponsable y un maleducado y había estado a punto de destrozar un autobús escolar. Debería enviar un e-mail al Sr. McCartney y disculparse por lo que había hecho.

Jimmy entró en la página web del colegio e hizo clic en la dirección de correo electrónico del Sr. McCartney.

«Estimado Sr. McCartney», escribió.

Entonces empezó a dudar. Sabía lo que *tenía* que escribir. Sabía lo que *debía* escribir. Pero era Jimmy Armstrong, y apenas cabía ninguna duda sobre lo que *iba* a escribir.

Estimado Sr. McCartney:

¿Qué tal está, buitre tiñoso y calvorota? ¿Sabía que su secretaria parece un hámster? ¿Se mete frutos secos en los mofletes? ¿Tiene una ruedecita para hacer ejercicio? ¿Está teniendo una aventura con ella?

Si es así, sus hijos también serán buitres tiñosos y calvorotas, pero con el atractivo añadido de tener unos buenos piños y grandes mofletes en los que meterse frutos secos.

Atentamente,

Jimmy Armstrong

El dedo de Jimmy vaciló antes de apretar el botón de «enviar»..., pero sólo durante un par de segundos. No pensaba volver al colegio. Ahora estaba en alta mar, tenía un trabajo y le estaban pagando por ello, así que...: «¡Váyase al cuerno, Sr. McCartney!».

Lo envió.

Ahora Jimmy era periodista. Tecló un titular: «Un leve terremoto en San Diego deja pocas víctimas».

Era cierto, no había muerto mucha gente. Lo que Jimmy no podía saber, al menos entonces, es que el terremoto desencadenaría una serie de acontecimientos que desembocarían en el fin de la civilización tal y como la conocemos.

En serio.

SAN DIEGO

Todo el mundo sabe que si unos adolescentes pueden escoger entre lanzar al aire una botella que acaban de encontrar y ver cómo se hace añicos o dejarla cuidadosamente donde no pueda romperse, casi con total seguridad optarán por lanzarla.

Si tienen la oportunidad de lanzar dos botellas, es poco probable que se conformen con romper una y dejar la otra intacta.

Los adolescentes en cuestión se llamaban Cameron Rodríguez y Patrick Hernández, un dato que conocemos porque, a los pocos días de lanzar las botellas, ambos estaban muertos.

Vivían en un barrio de viviendas sociales en San Diego (California). Era una zona conflictiva y peligrosa. A menudo, cuando querían jugar sin que los molestaran las pandillas de la zona, salían del barrio y, colándose por debajo de una alta alambrada, iban a un terreno lleno de abundante césped que rodeaba un laboratorio, propiedad de una empresa llamada Boris Bio Tech. La mañana del terremoto de San Diego, todos los empleados del laboratorio estaban participando en un torneo de *softball* a varios kilómetros de allí. Notaron el terremoto, pero ni se les pasó por la cabeza que podría afectar al edificio o que, de hecho, conduciría al fin de la civilización tal y como la conocemos. ¿Cómo se les iba a ocurrir? Mientras ellos disfrutaban de la cerveza y los perritos calientes, el temblor hizo que cediera un pestillo defectuoso de un armario del laboratorio, lo que provocó que unas treinta botellas cayeran de sus baldas. Todas menos dos aterrizaron en el suelo enmoquetado sin causar ningún daño. Las otras dos rebotaron contra una mesa y salieron por una ventana abierta. El laboratorio estaba situado en la planta baja, así que no tuvieron que recorrer mucha distancia antes de aterrizar, totalmente intactas, en el mullido césped.

Podrían haber permanecido allí hasta que los empleados del laboratorio las descubrieran al día siguiente –y no habrían provocado una catástrofe mundial– de no haber sido por la curiosidad de Cameron Rodríguez y Patrick Hernández. Ellos solamente se estaban divirtiendo. No podían saber que el grueso del trabajo que se hacía en Boris Bio Tech era altamente confidencial ni que en el laboratorio se fabricaban gases tóxicos para ser empleados en la guerra química. No para atacar a otros países, se entiende, sino para defenderse de los posibles ataques de otros países que utilizaran sus propios gases tóxicos. Una de las botellas contenía un gas tóxico absolutamente mortífero. La otra también contenía un gas tóxico absolutamente mortífero, pero un poco distinto. Pero lo que hicieron Cameron y Patrick al lanzar estas botellas al aire y romperlas en pedazos era algo que los científicos de Boris Bio Tech ni siquiera se habían atrevido a intentar jamás. Mezclaron el contenido de las dos botellas.

* * *

En el *Titanic*, mientras tanto, el terremoto seguía siendo solamente una pequeña noticia en un periódico hecho casi en su totalidad por Jimmy Armstrong. Cuando por fin regresó Prim, más tarde, no tenía buen aspecto. Tenía los ojos enrojecidos, la piel llena de manchas y la frente sudorosa. Jimmy se había sorprendido de lo mucho que había disfrutado reescribiendo los artículos y encajándolos después en las páginas del periódico, y estaba deseando enseñarle a Prim el producto casi acabado, pero Prim se hallaba en un estado demasiado lamentable para mirar.

–Seguro que está bien..., luego lo veo... –dijo–. Necesito tumbarme.

La suite en la que se hacía el periódico tenía un pequeño dormitorio al fondo, en el que Prim entró rodando.

–¿Qué... qué quieres que haga? –preguntó Jimmy desde la puerta.

–Lo que quieras...

–¿Quieres que traiga a un médico?

–No..., dormir... –Prim pasó de la silla a la cama levantando su propio cuerpo con los brazos–. Cansado... Ah, han encontrado tu uniforme..., así que... ten... cuidado. El capitán me ha dado esto..., ha pensado que igual de aquí se puede sacar un artículo...

Cógelo –dijo mientras sacaba algo pequeño del bolsillo de la camisa y se lo lanzaba a Jimmy. Jimmy lo cogió. Su penique de la suerte–. Ya me lo contarás... Luego...

La cabeza de Prim se inclinó hacia un lado e inmediatamente empezó a roncar. Jimmy dio la vuelta a la moneda que tenía en la mano. Se había olvidado por completo de ella y de su estúpida historia. Bueno, ahora que Prim estaba durmiendo y que su trabajo en el periódico estaba terminado, era tan buen momento como cualquier otro para deshacerse de ella. Subiría al punto más alto del barco –el rocódromo de la última cubierta– y lanzaría la moneda al agua desde allí. Jimmy no se había creído ni por un momento que el penique trajera mala suerte o estuviera maldito, pero lo haría por su abuelo, que estaba claro que sí lo creía.

Cuando se dio la vuelta para salir de la habitación, se sorprendió al ver que detrás de él, en un rincón, había dos piernas ortopédicas. Se sonrió. Puede que ésas fueran las piernas que Prim pretendía estirar antes. Se preguntó por qué el anciano preferiría usar una silla de ruedas. Sin embargo..., «no es asunto mío». Cerró la puerta cuidadosamente.

Su intención era deshacerse de la moneda, pero por el camino encontró distracciones, claro. En la duodécima planta descubrió una sala de juegos recreativos que no había visto en los planos del barco. Se pasó una hora jugando al *pinball*. Echó una partida de hockey de mesa él solo. Había un juego clásico de *La guerra de las galaxias* en el que había que atacar la Estrella de la Muerte. Jugó nueve partidas seguidas, golpeando rabioso la máquina cada vez que acababa hecho chamusquina. Cuando salió de la máquina, Claire Stanford estaba parada delante, con los brazos cruzados.

–Huy –dijo Jimmy.

–Así que tú eres el idiota que se ha escapado en un barco.

–Así que tú eres la hija creída del dueño.

–¿Cómo te atreves?

–¿Cómo te atreves?

–¡Estás metido en un buen lío!

–¡Estás metido en un buen lío!

–¡Deja de hacer eso!

–¡Deja de hacer eso!

–No...

–No...

–No me...

–No me...

–¡No me haces gracia!

–¿No?

–¡Ajá, esta vez no me has imitado!

–*¡Ajá, esta vez no me has imitado!*

–Mi padre te va a meter...

–*Mi padre te va a meter...*

–... en una celda y va a tirar la llave.

–Antes tendrá que cogermé.

Claire le miró enfadada.

–Ya te he cogido yo.

Jimmy se rió.

–A mí me da que no.

–Sí, te he atrapado. Eres mi prisionero.

–¿Ah, sí? Eso será hasta que pase por delante de ti y me escape.

–No te voy a dejar.

–¿Ah, no?

Jimmy dio un paso hacia ella.

–Soy cinturón negro de yudo –dijo Claire poniendo las manos en alto.

–Y yo tengo un cinturón negro en mi casa. Para que no se me caigan los pantalones.

Jimmy avanzó, disponiéndose a pasar por delante de ella. Mantuvo el hombro derecho inclinado hacia abajo, con intención de darle un buen empujón al pasar a su lado. Pero justo cuando se inclinó hacia ella, Claire le agarró el brazo, se lo levantó retorciéndolo, lo pasó por encima de su propio hombro y, poniendo todo su peso debajo del cuerpo de Jimmy, le levantó. A Jimmy se le despegaron los pies del suelo y salió despedido; fue a parar a un rincón y se quedó tirado en el suelo. Y encima se dio en la cabeza con el juego de *La guerra de las galaxias*.

La miró un poco aturdido y después sacudió la cabeza.

–Ha sido suerte –dijo.

–No lo creo.

Jimmy se puso de pie. Desde luego, Claire era más fuerte de lo que aparentaba. Pero ella era una chica y él era el producto duro y curtido de los barrios pobres de Belfast. No iba a hacerle daño, pero le iba a dar una lección que nunca olvidaría.

Diez segundos más tarde, Jimmy estaba otra vez tirado en el suelo. Claire estaba de

pie a su lado, dando botes a izquierda y derecha.

–¿Qué pasa, quieres más? Ahora ya no me imitas, ¿eh? ¿Eh?

–¿Qué quieres, un trofeo? –dijo Jimmy bruscamente–. Bueno, ya veo que te sabes unos cuantos trucos. Seguro que tu papá te pagó las clases de yudo.

–¿Y?

–Pues que no estamos en igualdad de condiciones, ¿no? Así que la niña rica de papá es cinturón negro... Pues vaya cosa. Seguro que también tienes un poni.

Claire cruzó los brazos y le lanzó una mirada despectiva.

–Di lo que te dé la gana, te va a dar igual. Eres mi prisionero.

Jimmy miró rápidamente a su alrededor. Había dos salidas cerca. Puede que a ella se le diera bien el yudo, pero él corría muy deprisa. No debía avergonzarse por salir corriendo. Sobrevivir era más importante.

Como si pudiera oír lo que estaba pensando Jimmy, Claire dijo:

–Y ni sueñes con que vas a conseguir irte corriendo. Soy velocista. He ganado medallas y he representado a mi colegio en competiciones nacionales.

–Uuuuuuuuh –dijo Jimmy–, eres lo más, ¿eh?

–Venga, levántate. Voy a llevarte con el capitán.

Jimmy se puso de pie.

–¿Y qué tal si tenemos una pelea justa?

–La otra ha sido justa, lo que pasa es que peleas fatal.

–No sé, podemos hacer algo en lo que ninguno de los dos esté entrenado. Eso sería justo. El hockey de mesa, por ejemplo.

Claire miró hacia la mesa.

–Puedo ganarte a lo que sea –dijo.

–Si gano yo, dejas que me vaya.

–¿Y si gano yo?

–No vas a ganar, pero si ocurre un milagro y lo consigues, seré tu prisionero, me comportaré y, de propina, no volveré a repetir lo que digas.

–¿Lo prometes?

–¿*Lo prometes?*

Claire estuvo a punto de reírse. Se las arregló para transformar la risa en un gruñido y señaló la mesa con la cabeza.

–Trato hecho –dijo.

* * *

Puede que Claire tuviera un padre con dinero y hubiera dado clases de yudo con un entrenador carísimo, pero Jimmy era un veterano de los recreativos. Cuando no estaba en clase, prácticamente vivía en una sala de juegos recreativos. Casi nunca tenía dinero para jugar a las máquinas, pero lo conseguía retando a otros chicos a jugar contra él. Rara vez perdía. No existían títulos ni competiciones oficiales, pero, si preguntáramos a cualquier alumno del colegio de Jimmy, confirmarían que merecía ser coronado Campeón de Hockey de Mesa del distrito este de Belfast.

Acordaron jugar al mejor de cinco partidas. Jimmy dejó ganar la primera a Claire, sólo para ver la expresión de chulería y altivez que ponía. Le dejó ganar la segunda y le encantó ver cómo se regodeaba ella con cada disparo victorioso.

Y entonces acabó con ella.

Le dio una auténtica paliza.

Claire tenía la cara colorada, la frente empapada en sudor y los labios apretados del enfado y, cuando Jimmy marcó el último gol, con el que conseguía la victoria, ella dejó escapar un grito de frustración.

–¡No es justo! –exclamó.

–*¡No es justo!* –la imitó Jimmy.

–¡Tú has jugado antes a esto!

–*¡Tú has jugado antes a esto!*

Jimmy puso las manos en alto, haciendo como si pidiera perdón.

–Eres un... un... un...

–Campeón –dijo Jimmy–. Y ahora me largo, libre como un pájaro.

Silbó como un pájaro mientras pasaba por delante de Claire con aire despreocupado. Pero entonces se detuvo y alargó la mano.

–Oye, sin rencores, ¿eh?

Fue un gesto civilizado que Claire no se esperaba, mucho más propio de los círculos en los que solía moverse ella. Quizá fuera una consentida, pero estaba bien educada, así que, aunque de mala gana, le estrechó la mano.

Jimmy sonrió amablemente y, de repente, le retorció el brazo a Claire, la puso de espaldas a él y la empujó dándole una fuerte patada en el culo con el pie izquierdo. Claire

salió disparada por la sala, chocó contra el juego de *La guerra de las galaxias* y se desplomó sobre el suelo.

–Imbécil –dijo Jimmy riéndose, antes de salir trotando alegremente de la sala de recreativos.

Estaba eufórico. Primero el hockey de mesa, luego el humillante golpe de gracia. Por su propio carácter y por la educación que había recibido, intentaba ganar a toda costa y no veía nada de malo en ello. Ya fuera en las peligrosas calles de su ciudad o en el ambiente más lujoso del *Titanic*, todo era cuestión de supervivencia. La mejor defensa es un buen ataque y, si Dios cree conveniente darte ventaja, tú la aprovechas al máximo.

Aunque al pensarlo más tarde se daría cuenta de que quizá debería haber optado por intentar no llamar la atención durante un rato, aún le quedaba otro escalón que superar. O al menos un rocódromo. Subió hasta la última cubierta y empezó a trepar por la pared artificial. Estaba oscureciendo y una fría brisa le golpeaba el cuerpo con fuerza. Normalmente, los miembros de la tripulación daban arneses de seguridad a los pasajeros que intentaban escalar, pero, aunque hubiera habido uno disponible, Jimmy no lo habría necesitado. En sólo unos minutos subió hasta lo alto del rocódromo, casi sin perder el resuello, y se quedó sentado a horcajadas en la cima. Miró al mar. América estaba en algún lugar delante de él. Al navegar por Internet en busca de noticias, había estado investigando un poco sobre el tiempo que podía tardar un barco en cruzar el Atlántico y, aunque dependía del tamaño y de la velocidad, calculó que estarían aproximándose a la mitad del camino. Al día siguiente, ya no habría vuelta atrás.

Jimmy se metió las manos en los bolsillos del mono... y encontró el penique de la suerte. Agarrándose al rocódromo con una mano, echó la otra hacia atrás para lanzarlo...

–¡EH, CHAVAL!

Jimmy miró hacia abajo. El capitán Smith y otros tres oficiales estaban mirándole.

–¡BAJA DE AHÍ AHORA MISMO!

Jimmy miró a su alrededor. Después volvió a llevar la vista abajo.

–¿Me decís a mí?

–¡BAJA DE AHÍ!

Jimmy respiró hondo. A menos que de pronto desarrollara la capacidad de volar o de nadar larguísimas distancias, esta vez no tenía escapatoria. Se metió el penique de la suerte en el bolsillo y empezó a descender.

Cuando por fin llegó a la cubierta, después de haberse tomado su tiempo, le cogieron,

le agarraron bien fuerte del brazo para que no pudiera moverse y se lo llevaron de allí a toda velocidad. Mientras avanzaba por la cubierta, Claire Stanford surgió de entre las sombras.

—¿Ahora quién es el imbécil? —dijo entre dientes. A continuación, mientras iba caminando detrás del prisionero y de sus acompañantes, añadió—: En realidad no tengo un poni. Tengo tres.

EL CAPITÁN SMITH

No estaba en un juicio, pero lo parecía.

Jimmy fue arrastrado hasta el camarote del capitán Smith en la Cubierta Doce y le hicieron quedarse de pie en medio de la habitación mientras el capitán y el primer oficial Simon Jeffers le observaban desde detrás de una mesa. A los pocos instantes se unió a ellos el Sr. Stanford, responsable del diseño del barco y propietario de la compañía de cruceros. Claire Stanford estaba sentada a su lado. Cada vez que Jimmy la miraba con el ceño fruncido, a ella se le dibujaba una fastidiosa sonrisita burlona en la cara.

–¿Y bien? –preguntó el capitán.

–Sí, bien, dentro de lo que cabe –contestó Jimmy.

Los ojos del capitán se encendieron de ira.

–Quiero decir: ¿y bien, qué tienes que decir en tu defensa?

Jimmy se encogió de hombros.

–¿Tienes idea del lío que has armado?

–Sí, más o menos.

–¿Y?

–¿Y qué?

–¿Tienes algo que decir?

Jimmy se quedó pensando un momento.

–Bonito barco.

El Sr. Stanford se levantó de un salto.

–¿Cómo te atreves? –gritó—. ¿Te parece divertido?

Jimmy se encogió de hombros.

–¿Tienes idea de lo preocupada que está tu familia? ¿De las horas de trabajo que

hemos tenido que dedicar a buscarte? ¿De los gastos que vamos a tener que afrontar si tenemos que regresar al puerto? ¿Tienes idea de todo eso?

–Más o menos.

–Una vez más, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

Jimmy miró a los tres hombres. Dos de ellos llevaban uniforme, el otro vestía un traje gris. Los tres parecían estar enfadadísimos.

Jimmy se encogió de hombros.

El Sr. Stanford golpeó la mesa con el puño.

–¡Me están entrando unas ganas enormes de tirarle por la borda!

Dejó escapar un fuerte suspiro y volvió a sentarse.

El primer oficial Jeffers se inclinó hacia el dueño del barco y, con una voz suave y contenida, le dijo:

–En realidad, Sr. Stanford, todavía no hemos informado a Belfast de que le hemos encontrado. Podríamos tirarle por la borda y nadie se enteraría.

El capitán Smith asintió con la cabeza al tiempo que encendía su pipa.

–Bien pensado –dijo–. Somos los únicos testigos. Aparte de Claire, claro. ¿Tú qué dices, Claire? ¿Le tiramos al agua?

–Desde luego –dijo Claire.

Jimmy tragó saliva. Estaba seguro de que no iban a tirarle por la borda. O creía estar seguro. Pero también había oído que en el mar ocurren cosas extrañas. Y además seguía teniendo su penique de la suerte en el bolsillo, que seguro que le iba a traer la ruina. Aun así..., aun así..., aunque sabía que las probabilidades de que le tiraran al mar eran mínimas, pensó que lo apropiado sería mostrar un poco de arrepentimiento. Un poco de falsa humildad.

–Lo siento –masculló.

–¿Qué has dicho? –preguntó el capitán.

–Lo siento.

–¿Por qué?

–Por lo que haya hecho.

–¿Sabes qué es lo que has hecho?

–Sí.

–Entonces ¿qué tal si nos lo dices? –dijo el Sr. Stanford.

Jimmy negó con la cabeza.

–O sea, que no lo sabes, ¿no?

Jimmy respiró hondo. Estaba intentando no perder los nervios. Stanford era igualito que McCartney, siempre tenía que seguir insistiendo. Jimmy no se había disculpado de verdad por nada en su vida, pero, ahora que había hecho el esfuerzo, por lo visto no era suficiente. Stanford estaba empeñado en hacerle explicar hasta el último detalle de sus supuestas fechorías.

–Mire –dijo–, lo siento, ¿vale? Me colé en el barco y no debería haberlo hecho. Me quedé dormido. Yo no pretendía viajar de polizón, o como lo llaméis. Yo no quiero estar aquí...

–Entonces ¿por qué no te entregaste en cuanto te diste cuenta?

–¿Lo habría hecho usted? –contestó Jimmy bruscamente.

Al primer oficial Jeffers casi se le escapó la risa al oír eso. En la cara de Smith se insinuó una sonrisa. Pero los ojos de Stanford echaban chispas.

El capitán dio una calada a su pipa.

–Bueno –dijo–, ya no hay nada que hacer. Y por mucho que nos guste la idea de tirarte a los tiburones, lo único que conseguiríamos sería meternos en un lío, cosa que no podemos consentir. Bien, gracias a la asombrosa velocidad a la que estamos viajando (lo cual hay que agradecerle al Sr. Stanford, de verdad que este barco es impresionante), enseguida llegaremos a la mitad de nuestro viaje a Miami, y me temo que eso hace que resulte poco práctico dar la vuelta y regresar a Belfast. Así que tendrás que quedarte con nosotros hasta que llegemos a puerto. Una vez allí, te entregarán a las autoridades, que harán contigo lo que crean conveniente. Sin embargo, capitán Armstrong, eso no significa que vayas a viajar gratis. Te pondremos a trabajar.

–¿A trabajar en qué? –preguntó Jimmy.

–¡En lo que nosotros decidamos! –estalló el Sr. Stanford.

El capitán Smith le indicó que se calmara haciendo un gesto con la mano y después señaló con la cabeza al otro lado del camarote.

–Claire, ¿puedes decirle a Prim que pase?

Claire salió rápidamente. Prim, que obviamente había estado esperando fuera, apareció en la puerta a los pocos instantes. No miró a Jimmy mientras maniobraba con la silla de ruedas para entrar ni cuando se detuvo a su lado.

–Capitán –dijo–. Sr. Stanford.

Saludó a Jeffers con una inclinación de cabeza.

–Prim, has pedido que el chico trabaje para ti en el periódico.

–Sí, capitán. Tengo entendido que tendría que estar en el colegio. Pues bien, yo tengo cientos de cosas que le puedo mandar hacer. Le voy a matar a trabajar.

El capitán Smith le hizo un gesto con la cabeza a Jimmy.

–¿Entonces puedo confiar en que vas a trabajar en el periódico y no vas a causar más problemas?

Jimmy suspiró. Después asintió con la cabeza.

–Estupendo. ¿Y Claire? –Claire había vuelto a su asiento, pero el capitán le hizo un gesto para que se levantara y se pusiera delante de ellos. Ella se quedó de pie al otro lado de Prim—. Deberíamos darte las gracias por habernos conducido hasta nuestro polizón – en la cara de Claire se dibujó una enorme sonrisa—. Sin embargo, quizá no sepas que tu encuentro con el joven Sr. Armstrong en la sala de juegos recreativos fue grabado por las cámaras.

La sonrisa vaciló.

–¿Cómo que...?

–Claire, cállate y escucha –dijo su padre bruscamente.

–Papá, no me hables...

–¡Claire!

Se quedó callada.

El capitán le hizo un gesto con la cabeza al Sr. Stanford antes de continuar.

–Sí, Claire. Si tenemos una sala de juegos recreativos, es importante que controlemos lo que pasa allí. A los padres les gusta saber si sus hijos están haciendo travesuras o si tienen problemas con algún abusón. El primer oficial Jeffers vio por casualidad tu pequeño altercado con Jimmy, ¿no es así, Jeffers?

–Sí, señor. Sólo vi el final –y, sonriendo a Claire, añadió–: Parece que las clases de yudo han valido la pena.

Esta vez, Claire no consiguió sonreír.

–De hecho –dijo el capitán–, cuando nos alertaron de lo que estaba pasando, fuimos todos a ver. Lo escuchamos. Sí, Claire, tenemos un sistema con la tecnología más avanzada y oímos hasta la última palabra. Así que comprenderás que nos quedáramos un poco disgustados al oír cómo le prometías al chico que le dejarías irse si te ganaba al hockey de mesa y después rompías el trato de inmediato al seguirle hasta el rocódromo e informarnos de dónde estaba.

–¡Fue porque me pegó! –estalló Claire.

–Lo cual tampoco debe perdonarse. Sin embargo, un trato es un trato. Es horrible no poder confiar en alguien.

Claire miró a su padre con esperanza.

–Papá...

–El capitán tiene razón, Claire. Me quedé muy decepcionado. Y no sólo es eso; tu madre y yo estamos muy disgustados por la forma en que te has estado comportando últimamente.

–¿Qué?

–Estás de mal humor, no obedeces, nunca tienes una palabra amable...

–¡Papá, por favor, no delante de...!

–... para nadie, estás todo el día enfadada y no haces nada...

–¡Papá!

–No, Claire, ya nos estamos cansando de tu actitud. El motivo por el que sacamos ahora este tema es que el capitán tiene una solución.

–¿Que el capitán qué?

–Claire, te dejamos venir de viaje porque para mí era importante que mi familia estuviera conmigo. Se suponía que tenía que ser un acontecimiento muy especial para nosotros. Pero has estado a punto de estropearnos el viaje a todos.

–Yo...

–¡Silencio! –dijo Stanford. Los ojos de su hija se llenaron de lágrimas—. Veamos..., ¿capitán?

–Claire, la semana pasada fue tu cumpleaños, ¿verdad?

–¿Qué?

Ahora tenía cara de no entender nada.

–Dime, ¿qué te regalaron tus padres?

Se disponía a encogerse de hombros, pero entonces dijo de repente:

–Una cámara.

–¿Qué tipo de cámara?

–No sé.

–No lo sabes porque aún está guardada en su caja –dijo el Sr. Stanford—. Es una cámara digital de última generación. Los fotógrafos profesionales darían cualquier cosa

por tener una de éstas, y no hace falta que te diga que costó un dineral. Pero ella casi ni la miró.

–Yo no pedí una cámara –dijo Claire de mala gana.

Stanford agitó la cabeza con tristeza y después miró al capitán levantando una ceja.

–¿Ves con lo que tengo que lidiar?

El capitán asintió con la cabeza.

–Claire, tus padres han llegado a la conclusión de que debes aprender unas cuantas cosas, no sólo sobre la honradez, sino también para que te des cuenta de la vida tan privilegiada que llevas. Para serte sincero, se les ha acabado la paciencia contigo y, al menos durante el resto de este viaje, están dispuestos a dejar en mis manos todo lo relativo a la disciplina.

–¿Disciplina? –dijo Claire mirando incrédula a su padre, que ahora estaba sentado en su silla con la espalda apoyada en el respaldo y los brazos cruzados–. ¡No puedes hacer eso...!

–Bueno, Claire, ya lo ha hecho. Y lo que he decidido...

–¡No puedes hacer eso! –repitió Claire, sólo que más alto.

–¡Cállate, Claire! –le ordenó su padre.

Claire se quedó sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

–... lo que he decidido es que cojas tu nueva cámara, aprendas a usarla y trabajes con Prim y con Jimmy en el periódico. ¿No es así, Prim?

Prim asintió.

–Nos será de gran ayuda.

Jimmy puso cara de espanto.

–¿Qué me dices, Claire? –preguntó el capitán.

–No pienso hacerlo. No puede obligarme.

–Muy bien –dijo el capitán. Se volvió y le hizo una seña al Sr. Stanford, que movió la cabeza apenado.

Claire se fijó en este intercambio.

–¿Qué? ¿Qué pasa?

–Claire, si no puedes hacer algo tan sencillo como lo que te estamos pidiendo, no nos dejas alternativa. Sé las ganas que tenías de ir de compras en Miami y de viajar por el Caribe con nosotros, pero me temo que, en lugar de eso, cogerás el primer avión de vuelta y regresarás al colegio.

Claire le miró horrorizada.

–¡No puedes hacer eso! ¡Soy tu hija!

–A veces tengo mis dudas –contestó el Sr. Stanford.

* * *

Al final acabó accediendo. No tenía elección. Prim salió del camarote primero y Jimmy y Claire fueron detrás de él.

–Te odio –masculló Claire, dirigiéndose a Jimmy.

–No tanto como yo a ti –masculló Jimmy.

–Y yo os odio a los dos –masculló Prim– y, sin embargo, tengo que trabajar con vosotros. Ahora cerrad la boca y espabilad.

PELEAR Y MORIR

De camino a la oficina de Prim, Jimmy y Claire discutieron, se pelearon, se maldijeron y se lanzaron insultos, improperios y todo lo que encontraron. Siguieron dale que dale, sin parar..., hasta que finalmente la silla de ruedas de Prim se paró en seco con un chirrido. Se dio la vuelta y gritó:

–¡BASTA!

Jimmy le soltó el pelo a Claire.

Claire dejó de pisarle el pie a Jimmy.

–No hace falta gritar –dijo Jimmy.

–No soy sorda –dijo Claire.

–Bien, pues entonces... estaos quietos. Os lo pido por favor –abrió la puerta y los hizo pasar–. Vais a trabajar juntos tanto si os caéis bien como si no, así que haceos a la idea. Eso sí, os aseguro que va a ser muchísimo más fácil si aprendéis a llevaros bien. ¿Está claro?

Jimmy se encogió de hombros. Claire se miró las uñas.

–Bien. Ahora, Jimmy, quiero que le expliques a Claire lo de *quién, qué, dónde, cuándo, cómo...*

–¿Lo de qué? –preguntó Claire.

–Cómo escribir un texto para el periódico –contestó Jimmy.

Claire resopló.

–Ya sé cómo se escribe un texto.

–Esto es distinto, Claire –dijo Prim–. Es periodismo.

–Son noticias, no cuentos de hadas sobre tus pequeños ponis –añadió Jimmy.

–¡Cierra el pico!

–¡Chicos, por favor!

–Fui la directora del periódico de mi colegio –dijo Claire.

–*Fui la directora del periódico de mi colegio* –la imitó Jimmy–. ¿Qué periódico era, *La Gaceta del Poni*?

Siguieron discutiendo hasta que, poco a poco, se dieron cuenta de que Prim se había quedado quieto, observando, sin molestarse en regañarlos. Tras intercambiar unos cuantos insultos más, se quedaron en silencio.

–Bueno –dijo Prim en voz baja–, está claro que esta noche no vamos a conseguir llegar a ningún lado. Además, yo ya me he cansado de todo esto. Quiero que os vayáis a vuestras habitaciones, y quiero que los dos recapacitéis. El capitán Smith os ha explicado perfectamente a cada uno lo que os va a pasar si no me ayudáis con esto, así que o venís mañana por la mañana bien despiertos y espabilados y con una buena actitud o no aparezcáis por aquí y ateneos a las consecuencias.

Jimmy se encogió de hombros. Claire volvió a examinarse las uñas.

–Bien. Largo de aquí.

Salieron juntos de la redacción. Fueron por el pasillo el uno al lado del otro, sin decir nada. Cuando llegaron a los ascensores del final del pasillo, los dos entraron. Claire apretó el botón de la planta decimocuarta. Jimmy apretó el botón de la novena. Fueron subiendo sin hablarse ni mirarse.

Cuando se abrieron las puertas, Jimmy salió del ascensor.

–Cabeza hueca –dijo Claire.

Las puertas empezaron a cerrarse.

–Culo gordo –dijo Jimmy.

Aquella noche, mientras ellos dormían sumidos en sus propios sueños y pesadillas, el virus se estaba propagando rápidamente por la ciudad de San Diego. En los telediarios lo bautizaron con los nombres de «la Epidemia» o «la Muerte Roja». En el hospital St. Mary's, al que habían llevado a los dos jóvenes moribundos, los médicos fueron totalmente incapaces de identificar la causa de su enfermedad y ni siquiera se dieron cuenta de que ellos mismos se habían contagiado. Para cuando se puso en marcha un procedimiento de cuarentena suficientemente estudiado, ya era tarde. El virus era demasiado fuerte. Miles de personas estaban cayendo enfermas. Primero les subía

mucho la fiebre, luego les salían unas enormes llagas palpitantes. Al final, los pulmones se llenaban de una sustancia tóxica amarilla y las víctimas se ahogaban.

La ciudad estaba muriendo. Sobre el estado, el país y el mundo entero pesaba una sentencia de muerte.

–Podemos usar esto, ¿no? –preguntó Jimmy a la mañana siguiente, señalando una noticia que tenía abierta en la pantalla de su ordenador. Prim acercó su silla de ruedas, se puso a su lado y examinó la noticia con atención. El gobernador de California había declarado el estado de excepción en San Diego y le estaban instando a que hiciera lo mismo en Los Ángeles. Se habían cancelado todos los vuelos que tenían que despegar o aterrizar en esas dos ciudades y se habían cerrado las carreteras. Los científicos estaban intentando por todos los medios identificar el origen del brote y desarrollar una cura. A los pacientes se les administraban fuertes dosis de antibióticos, pero con pocos resultados. El presidente dijo que rezaría por los habitantes de California. Poco después de que se hicieran públicas estas declaraciones, se había confirmado el primer caso en Washington D. C.

–Bueno, en este caso tenemos varias opciones –dijo Prim–. Como periodista, está claro que te interesa utilizarla; es una gran noticia y tiene todo lo que uno puede desear: dramatismo, tragedia, muertes... Pero no debes olvidar que estás en un crucero y no quieres que cunda el pánico entre los pasajeros. Y si media California está en cuarentena, es probable que los pasajeros de San Diego o Los Ángeles con los que contábamos no consigan llegar al barco a tiempo, así que no hace falta que escribamos para ellos. Lo que tenemos que hacer es practicar el periodismo responsable: dar la noticia con calma y naturalidad, sin sensacionalismo.

–Vaya, mi titular iba a ser «Vamos a morir todos».

Prim se echó a reír.

–Estamos hablando de California... De Hollywood.

Lo exageran todo. Dentro de unos días nos enteraremos de que no es más que una gripe mala.

–¿Y qué tal «Los californianos deberían dejar de lloriquear y volver al trabajo»?

–No.

Media hora más tarde, se abrió la puerta y apareció Claire bostezando. Prim miró el reloj.

–Jimmy lleva aquí desde las ocho y media. Son las diez y cuarto.

–He estado nadando. Y luego tenía que hacerme la manicura.

–La hora de entrada son las ocho y media.

–Relájate, hombre. Que no es un trabajo de verdad...

Prim se lo tomó como un ataque directo a su profesión.

–Si mañana llegas tarde, estás despedida –dijo bruscamente–. Entonces tu padre tomará las medidas oportunas.

Claire puso cara de fastidio.

–Vale, vale, no te pongas así. He venido, ¿no? –dijo mientras se sentaba al lado de Jimmy. Él no le había dirigido la mirada ni había abierto la boca. Seguía mirando atentamente a la pantalla–. Buenos días, James.

–Me llamo Jimmy.

–¿Ése no es el diminutivo de James? Me gusta mucho más James. James es nombre de rey, Jimmy es nombre de alguien que viene a arreglarte el desagüe.

–Me llamo Jimmy.

–Tú mismo –contestó Claire. Miró a Prim–. Bueno, ¿qué quieres que haga?

Jimmy no podía creerlo. Su primer encargo de verdad era bajar a las cocinas y entrevistar a Pedroza, el jefe de cocina. Claire tenía que ir con él y hacer las fotos.

Jimmy empezó a protestar inmediatamente.

–Pero si me dijiste que está como una auténtica cabra.

–Eso es lo que buscas en una entrevista, alguien con un poco de personalidad.

–¿Y si se pone como loco conmigo?

–Mejor todavía.

Jimmy miró a Claire.

–¿A qué viene esa sonrisita?

–A nada, James.

Encontraron a Pedroza tomando un café y leyendo un periódico atrasado en una mesa de un pequeño recinto de la cubierta situado delante de las cocinas y reservado para el personal de hostelería. El suelo estaba lleno de colillas.

Jimmy se le acercó vacilante. Prim le había dicho que Pedroza le estaría esperando, pero, desde luego, no lo parecía. Sus ojos negros se clavaron en Jimmy.

–Eh..., hola..., soy... del... pe-ri-ó-di-co... –empezó Jimmy, señalando el periódico–. He venido... para... en-tre-vis-tar-le...

Pedroza lo miró con gesto inexpresivo.

–Parece que estás hablando con un anciano sordo –dijo Claire.

–Cállate –contestó Jimmy con brusquedad. Volviéndose hacia Pedroza, continuó–: ¿Habla... usted... mi... i-dio-ma? ¿Ha... trabajado... antes... en... un... barco... –agitó la mano a su alrededor, sin señalar a ningún lugar en concreto– como... éste?

Pedroza frunció el ceño y pronunció algo rápido y cortante en una lengua que Jimmy no reconoció.

–¿De... dónde... es... usted? –y, señalando al mar, añadió–: ¿Viene... de... muy... lejos?

Pedroza se quedó pensando un momento. Entonces se le encendió el rostro de repente y señaló el agua.

–Pescado –dijo.

–Muy buena –dijo Claire.

–¿Por qué no cierras la boca? –estalló Jimmy–. ¡Me gustaría ver si tú lo sabes hacer mejor!

Claire sonrió con sarcasmo, se sentó enfrente de Pedroza y empezó a hablarle con fluidez en portugués. Jimmy se quedó boquiabierto. Unos instantes más tarde, de la boca del jefe de cocina empezó a salir un torrente de palabras, pronunciadas al tiempo que gesticulaba animadamente con las manos. Claire se volvió hacia Jimmy.

–Es de origen africano, pero está afincado en Lisboa, en Portugal; está casado, tiene seis hijos y lleva quince años trabajando como jefe de cocina para la White Star; sólo vuelve a casa para ver a su familia dos veces al año y los echa mucho de menos. ¿Piensas anotar algo?

Jimmy buscó a tientas su bolígrafo.

–Esto..., sí, espera... –empezó a escribir lo más rápido que podía–. Lisboa..., seis hijos..., sólo vuelve a casa... –entonces levantó la vista y preguntó–: ¿Por qué no me has dicho que hablabas portugués?

–No me has preguntado.

Antes de que Jimmy pudiera contestar, Claire volvió a dirigir su atención al jefe de cocina y empezó a bombardearle a preguntas. En cuanto Pedroza contestaba, ella lo traducía con la misma vivacidad y Jimmy anotaba rápidamente los detalles. Ciento cinco mil comidas preparadas a la semana..., trescientos mil postres..., seiscientos ochenta kilos

de café..., treinta y seis mil quinientos litros de helado... Cuando ya había llenado siete páginas de cifras y datos y todos parecían estar mucho más relajados, Jimmy dijo:

–Pregúntale por qué grita a la gente que tira la comida en la moqueta o que intenta sacar comida del restaurante a escondidas.

Claire repitió la pregunta. Pedroza se levantó de su asiento y le dio un empujón a Jimmy en el pecho. Le gritó algo. Después volvió a empujarle. Jimmy dio un paso atrás. Pedroza gruñó algo más. Al tiempo que Jimmy iba retrocediendo, Pedroza avanzaba delante de él. Claire fue traduciendo entrecortadamente mientras los seguía por la cubierta.

–Dice que... no soporta a la gente descuidada..., que él se mata a trabajar para preparar la comida pero que, como es gratis, a la gente le da igual que se caiga al suelo..., no la recogen..., la aplastan en la moqueta... Se llenan los platos de comida... y luego sólo comen un poco... y dejan el resto..., luego prueban otra cosa... Son unos glotones y unos vagos... Y con la comida que dejan... se podría dar de comer durante muchos años a su pueblo de África.

Pedroza tenía a Jimmy acorralado contra la barandilla y seguía farfullando.

Jimmy miró a Claire en busca de ayuda.

–Claire, por favor, ¡dile que se aparte!

Claire lo dijo rápidamente en portugués.

–De paso –añadió Jimmy–, le puedes decir también que está como una auténtica cabra y que, como vuelva a escupirme en la cara, le voy a retorcer las orejas hasta arrancárselas y se las voy a pegar a la nariz.

–¿Por qué no me lo dices tú mismo? –preguntó Pedroza, esta vez en un inglés perfecto.

–Eh... eh... eh... eh... eh... eh...

Pedroza se echó a reír, le dio otro empujón en el pecho y se alejó. Volvió a su asiento y cogió su periódico.

Claire se quedó mirándole sin dar crédito.

–Entonces hablas...

Pedroza entornó los ojos.

–A veces conviene tener secretos –dijo dirigiendo la mirada a Jimmy y sin hacer el menor intento por disimular su desprecio–. Y a veces conviene saber cuándo hay que mantener la boca cerrada.

Jimmy notó cómo le recorría un escalofrío.

De camino a la redacción del periódico, Jimmy preguntó:

–¿Has notado que en todas las fotos que le has sacado sale con algún cuchillo en la mano?

–Claro, es jefe de cocina.

–Me da mal rollo.

–Tú a mí sí que me das mal rollo.

Jimmy torció el gesto.

–Éstas están geniales –dijo Claire, que iba revisando las fotos mientras se iban acercando a la redacción.

–Sí, vale –dijo Jimmy.

Al volver a entrar en la redacción, vieron sorprendidos que Prim estaba *de pie* junto a la ventana, mirando al exterior. Se golpeó las piernas con el puño, haciendo un ruido hueco y metálico.

–He pensado que debía sacarlas a dar una vuelta –dijo sonriendo–. Tierra a la vista y todo eso. No me van a hacer ganar una medalla olímpica en una carrera de velocidad, pero no están mal. Bueno, ¿qué tal nuestro jefe de cocina?

–Como una auténtica... –empezó a decir Jimmy, que ya se había sentado a su mesa y estaba empezando a escribir en el ordenador.

–Bien... –dijo Claire al mismo tiempo.

Prim llevó la mirada del uno al otro.

–Bueno, vamos a echar un vistazo a esas fotos.

Claire empezó a apretar botones en el cuerpo de su cámara.

–Si la conecto a un monitor, podemos...

Pero entonces se detuvo. Apretó unos cuantos botones más y, a continuación, levantó la vista. Tenía la cara pálida.

–Las he borrado.

–¿Qué? –dijo Prim.

–Estaba intentando eliminar las que no me gustaban, pero las he borrado todas.

–Déjame ver.

Prim cogió la cámara. Al cabo de un ratito, dejó escapar un largo suspiro.

–¿Por casualidad te has leído las instrucciones antes de empezar a apretar botones?

Claire se miró las uñas atentamente.

–Cabeza hueca –dijo Jimmy.

Claire levantó la vista rápidamente.

–Y tú...

–¡Basta! –dijo Prim señalándola con el dedo, con un gesto de advertencia. Claire se mordió la lengua–. Bueno, Claire, se han borrado. Estas cosas pasan, no es el fin del mundo. Sin embargo, quiero terminar el periódico esta tarde, imprimir unas cuantas copias y que el capitán le eche un vistazo. Pero no puedo meter el artículo de Jimmy sin foto. Si bajas corriendo a la cocina y le sonrías amablemente, igual convences a Pedroza de que vuelva a posar para ti.

–Vale. Lo siento mucho.

Claire volvió a coger la cámara y se dirigió hacia la puerta. Al pasar por detrás de Jimmy, echó un vistazo a su pantalla.

–*Jefe* se escribe con jota –masculló.

Cuando estaba saliendo por la puerta a toda velocidad, Jimmy le gritó:

–¡Y *cagada* se escribe con ge!

VIDA EN LA CÁMARA FRIGORÍFICA

Prim estaba furioso. Hacía una hora que Claire se había ido corriendo a volver a hacerle la foto a Pedroza y todavía no había vuelto. El periódico estaba listo para imprimir salvo por el hueco en el que tenía que ir la foto del jefe de cocina portugués. Jimmy sabía que era un simulacro, una edición de prueba que sólo iban a ver el capitán y unos cuantos miembros de la tripulación, pero aun así, y por raro que pareciera, estaba entusiasmado, ya que en el interior estaba su artículo. Prim lo había leído; había eliminado un par de párrafos y había cambiado otros de sitio, pero después se había mostrado más que satisfecho con su trabajo.

–Jim, chico –dijo–, creo que tienes talento para esto.

Jimmy se encogió de hombros y dijo:

–Sí, ya.

En los dos años que llevaba en el colegio East Belfast, nadie había insinuado jamás que tuviera talento para nada. Aparte de para causar problemas.

–¿Dónde se habrá metido esta chica?

–Estará haciéndose la manicura –sugirió Jimmy–. O contando su dinero.

Prim hizo como si no le hubiera oído.

–Anda, Jimmy, hazme un favor. Baja corriendo a las cocinas y mira a ver si sigue allí. A lo mejor está intentando hacer algo artístico con la cámara. Dile que no hay tiempo para esas tonterías, tengo que publicar un periódico. Tráela aquí ahora mismo.

Si hubiera estado en casa, habría mandado a paseo a cualquiera que le hubiera pedido un favor, o habría exigido que le pagaran por adelantado y después probablemente ni lo habría hecho, pero esto era diferente. Quería ver su trabajo publicado. Y su nombre.

Quería leer «Jimmy Armstrong» debajo del titular. Pero eso no iba a ocurrir a menos que Claire apareciera con las fotos.

No había ni rastro de ella en las cocinas. Pedroza le dijo de mala gana que había estado allí pero que ya se había ido y después echó a Jimmy de la cocina porque estaba ocupado. Jimmy subió entonces hasta la lujosa suite de la familia de Claire, en la décima planta. La puerta estaba abierta y Jimmy vio a la madre de Claire en la terraza. Llamó a la puerta de todas formas, pero, al no obtener respuesta, entró en el camarote. La madre tenía montado un caballete y estaba pintando la puesta de sol, pero el ruido del viento le impidió oír cómo se acercaba Jimmy, así que cuando la saludó casi se muere del susto.

–Perdón –dijo Jimmy–, estaba buscando a Claire.

–¿No sabes llamar a la puerta? –contestó la Sra. Stanford.

–He llamado.

Le miró de arriba abajo, con cierta desconfianza.

–Tú eres el polizón, ¿no? –dijo. Jimmy se encogió de hombros–. Dime, ¿de qué estás huyendo?

–De nada.

–Tienes que estar huyendo de algo. Si no, ¿por qué ibas a viajar de polizón?

–Fue sin querer.

–Creo que podría admirar a un joven que se haya escapado por algún motivo. No tengo tan claro que pueda admirar a uno que se haya escapado por error.

Jimmy la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Ha visto a Claire?

–Ah, ha estado aquí hace unos minutos. Ha entrado y ha salido hecha una furia.

–¿Sabe adónde ha ido?

–¿Cómo voy a saberlo? Soy la última persona a la que le cuenta sus cosas. Y te voy a hacer una advertencia, jovencito. Bastante problemática es ella de por sí, así que no vayas a pervertirla todavía más. Conozco a los de tu calaña.

Jimmy se quedó parado sin decir nada. Estaba convencido de que no conocía en absoluto a «los de su calaña». Y, desde luego, no le conocía a él. Señaló el cuadro con la cabeza.

–¿Lleva mucho tiempo pintando?

–Toda mi vida, hijo, toda mi vida.

–Pues, con tanta práctica, se le debería dar un poquito mejor.
Jimmy salió del camarote a toda velocidad.

Encontró a Claire veinte minutos más tarde, mirando al mar desde la última cubierta. Tenía la cámara apoyada en una tumbona a su lado. Jimmy se le acercó por detrás.

–¿A qué estás jugando, holgazana? –le dijo bruscamente.

Igual que su madre, Claire no le había oído acercarse. Sin embargo, en vez de poner cara de enfado, puso una expresión de auténtico pánico. Tenía los ojos rojos de haber llorado. Estaba claro que le pasaba algo. Pero no era asunto suyo. Claire señaló la cámara y dijo:

–Ahí la tienes, cógela.

–Has sacado las fotos, ¿no?

–Sí, he sacado tus estúpidas fotos.

–Entonces tienes que venir a pasarlas al ordenador y ayudar a escoger la más apropiada.

–Yo no *tengo* que hacer nada. Llévala tú si quieres. No es más que un estúpido periódico de mentira.

–Vale.

Jimmy cogió la cámara y se dispuso a marcharse. Pero entonces decidió que no iba a perdonarla tan fácilmente. Se quedó parado con los brazos en jarras.

–Eres incapaz de hacer algo durante más de cinco minutos sin ir llorándole a tu papá, ¿verdad? Eres una inútil.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero no había dado más que unos pocos pasos cuando Claire pegó un grito, se tiró en una de las tumbonas y hundió la cara en las manos. Con esto sólo consiguió que Jimmy se enfadara todavía más. Volvió hasta la tumbona dando fuertes pisadas.

–¿Qué te pasa? ¿Se te ha caído al agua tu tarjeta oro? ¿Se te ha saltado el esmalte de uñas?

–¡Vete!

–Vale –dijo mientras volvía a darse la vuelta.

–¡No, espera!

Jimmy soltó un fuerte suspiro.

–¿Qué quieres?

Claire seguía teniendo la cara pegada a las tablillas de madera de la tumbona.

–¿Por qué me odias? –preguntó con una débil vocecita.

Jimmy ni siquiera tuvo que pararse a pensar en la respuesta.

–Es una mezcla de tu físico y tu carácter.

Claire se quedó callada un momento. Después se volvió lentamente y se secó las lágrimas.

–Yo también te odio –dijo–, pero tengo miedo y necesito contárselo a alguien.

–¿Miedo de qué?

–¿Me prometes por lo que más quieras que no se lo dirás a nadie?

–No.

–Por favor...

Lo pidió con tanto sentimiento que Jimmy se vio obligado a encogerse de hombros lo mejor que sabía. Después se sentó en una tumbona. No al lado de Claire, sino dejando tres tumbonas entre medias.

–Bueno, ¿qué pasa?

Claire respiró hondo y se puso la mano en el pecho mientras intentaba calmarse. Al hablar no miró a Jimmy, sino a la cubierta, y su voz sonó poco segura, como si estuviera contando un sueño que no recordara bien.

–Pues... he bajado a hacer las fotos... a las cocinas... pero no había nadie allí, así que he ido directa a las cámaras frigoríficas. ¿Las has visto? Son enormes y hay como diez o doce... Entonces he oído voces que salían de una de ellas... y la puerta estaba abierta, un poquitín... Yo sólo quería hacer la estúpida foto, ¿vale? Bueno, pues he mirado dentro y había... como... gente... Y no eran tripulantes, era como una familia..., hombres, mujeres y niños... Allí sentados tan tranquilos, hablando... La cámara frigorífica ni siquiera estaba encendida, así que no hacía frío. Había tumbonas en el suelo y ropa tirada por todas partes, y olía fatal... Y uno de ellos me ha visto, y yo me he quedado helada... Entonces ha gritado algo y yo he empezado a retroceder..., pero me he chocado con Pedroza, que ha empezado a gritarme..., y ni siquiera en portugués o en inglés, sino en... no sé, en alguna lengua africana o algo así. Le he dicho que sólo quería volver a sacarle la foto, y él se ha calmado y ha sonreído... y así daba todavía más miedo. Me ha llevado de vuelta a la cocina, ha cogido un cuchillo enorme y lo ha tenido en la mano mientras le sacaba la foto y, justo cuando se la estaba haciendo, me ha dicho: «Como le cuentes a alguien lo que has visto ahí dentro, te voy a cortar la cabeza con este cuchillo. Y luego le voy a

cortar la cabeza a tu madre. Y después a tu padre. ¿Está claro?». Y entonces ha sonreído y se ha ido.

Levantó la vista por primera vez y miró directamente a Jimmy. Él se quedó asintiendo con la cabeza para sí mismo durante unos instantes.

–Entonces ¿qué tal ha quedado la foto?

–¡Por favor, Jimmy! Estoy hablando en serio.

–Bueno, son polizones, ¿no? Y Pedroza te ha amenazado con matarte porque tu historial con los polizones deja bastante que desear, ¿no?

–¡Eso no es justo!

–¿No?

–No. Lo tuyo era... diferente. ¡Esto es una familia entera viviendo en una cámara frigorífica! Podrían ser cualquier cosa. ¿Y si son terroristas?

–¿Tenían pinta de terroristas?

–¿Qué pinta tienen los terroristas?

–No tengo ni idea.

–Jimmy..., ¡por favor! ¡No deberían estar ahí! ¡Pero Pedroza me va a matar si se lo cuento a alguien!

Jimmy asintió. Después levantó un dedo, como si de repente lo hubiera visto todo claro.

–Ya sé lo que está pasando...

–¿Qué?

–Todo es producto de tu imaginación.

–¿De mí...?

–Te has inventado todo eso simplemente para añadir un poco de emoción a tu vida, o para que mucha gente pase miedo o se preocupe porque... Bueno, porque así es como eres tú. Te gusta ser el centro de atención.

–Serás... ¡serás! –dijo Claire mientras estiraba el brazo de repente y le quitaba la cámara de las manos–. Muy bien, ¡te lo demostraré! Voy a bajar y les voy a sacar una foto. Y si de verdad fueras un periodista como es debido, tú también querrías venir para intentar hacerte con la noticia, pero está claro que no lo eres. ¡Ni siquiera sabes escribir sin faltas!

Resopló con desprecio y se alejó dando fuertes pisadas en dirección a los ascensores.

–¡Avísame si te corta la cabeza! –le gritó Jimmy.

Si mezclas la rabia con el miedo, a menudo obtienes adrenalina. A Claire le recorría el cuerpo como si fuera electricidad. Estaba decidida a demostrar que la misteriosa familia de Pedroza existía. Sólo necesitaba un segundo para sacar una foto y entonces haría que Jimmy Armstrong se tragara sus palabras.

La primera persona a la que vio al llegar a las cocinas fue al propio Pedroza. Estuvo a punto de darse la vuelta allí mismo. Pero estaba demasiado ocupado supervisando la preparación de la cena para reparar en ella y Claire pudo esconderse detrás de un mostrador y salir corriendo, medio agachada, hacia las cámaras frigoríficas.

«Vale, de momento todo va bien.»

La sala de las cámaras frigoríficas tenía seis enormes puertas a cada lado. Cinco estaban cerradas, pero la sexta, en la que antes había visto a la familia, todavía estaba abierta de forma tentadora. Claire se descolgó la cámara del hombro, la preparó como le había enseñado Prim y se aventuró hacia delante con cautela. No había luz en el interior de la cámara frigorífica, así que tendría que usar el flash. Iba a llamar la atención de quienes estuvieran escondidos dentro, pero no tenía alternativa.

«Dispara y sal corriendo. ¡Dispara y sal corriendo!»

Claire se paró a un lado de la puerta. Sólo oía el rumor de las otras cámaras frigoríficas, el zumbido de los fluorescentes del techo y sus propios latidos. Comprobó la cámara de fotos una vez más. Sólo tendría una oportunidad. No iba a pedirles que dijeran «patata».

«¡Respira hondo!»

Contó hasta tres, se puso delante de la puerta, levantó la cámara y disparó. Ya se estaba dando la vuelta cuando saltó el flash, pero se detuvo inmediatamente. No hacía falta salir corriendo. La cámara frigorífica estaba completamente vacía.

Claire miró dentro de la cámara. Además de la gente, también habían desaparecido todas sus pertenencias: las maletas andrajosas, la basura del suelo, incluso la tumbona. Miró a izquierda y derecha, para comprobar si se había metido en otra cámara.

«No. Estoy segura.»

Sólo había pasado una hora desde su espeluznante encuentro con Pedroza... Tiempo suficiente para habérselos llevado a otro sitio. Como había demostrado Jimmy, era fácil esconderse en un barco tan grande como el *Titanic*. Pero no podía volver y decirle eso.

Se quedaría doblemente convencido de que se lo había inventado todo. Tenía que haber alguna prueba.

Claire se metió en la cámara frigorífica.

Aunque no estaba encendida, dentro seguía haciendo frío. Y estaba limpia. No era más que una cámara frigorífica.

Claire pegó un brinco cuando oyó que de pronto llamaban a la puerta de la cámara. Con el corazón a punto de salirle por la boca, se dio la vuelta, convencida de que iba a ver a Pedroza con un cuchillo de trinchar. Pero era Jimmy, que se asomó con una sonrisa burlona.

–¿Por qué no me presentas a la familia? –preguntó con aire de superioridad.

–Jimmy –masculló Claire–, ¿qué haces aquí?

–Estoy escribiendo un artículo. Al principio iba a ser sobre un misterioso grupo de polizones, pero ahora va a ser sobre una niña rica que se inventa toda clase de chorradas.

–Estaban aquí, te lo juro...

Jimmy entró en la cámara frigorífica. El suelo, las paredes y el techo metálicos estaban impolutos.

–¡Salid de ahí! –gritó.

–¡Chsss! No...

Entonces la vio.

Jimmy se había puesto a la izquierda de Claire y, durante un instante, había tapado la luz que entraba desde fuera. Sin embargo, cuando la luz volvió a rebotar en la pared que Claire tenía delante, vio... No estaba segura..., se acercó un poco más... Era...

–¡Mira, Jimmy!

Jimmy se acercó y se puso justo a su lado. Al principio no vio nada.

–No veo...

–Estás tapando la luz otra vez.

Jimmy se movió y volvió a mirar.

–Sigo sin...

Entonces la vio. La huella de una mano diminuta en la pared. Una mano de niño.

En la cara de Claire apareció una sonrisa triunfal.

–Tienen que haber estado aquí, si no ¿por qué...?

No fue un ruido lo que hizo que ambos se dieran la vuelta a la vez, fue un cambio en

la luz. No un cambio rápido y repentino, como si se hubiera apagado una luz, sino un oscurecimiento gradual.

¡La puerta de la cámara se estaba cerrando!

Vislumbraron la cara sonriente de Pedroza durante un brevísimo instante antes de quedar sumidos en una oscuridad total.

—¡No! —gritó Claire.

Los dos avanzaron rápidamente por la habitación a tientas, pero aún no habían llegado a la puerta cuando oyeron un pestillo que se cerraba.

Aporrearon la puerta. Pidieron que los dejaran salir, gritaron y amenazaron y, al cabo de un rato, suplicaron. Sin embargo, en el fondo sabían que era inútil; que las puertas eran demasiado gruesas; que todos sus golpes y gritos no podían oírse desde fuera.

—Claire...

—¡Por favor! ¡Dejadnos salir! ¡Por favor!

—¡Claire!

—¿Qué?

—Escucha.

Un fuerte zumbido.

—No, por favor... —dijo Claire—. ¡No!

Habían encendido la cámara frigorífica.

De nuevo se pusieron a aporrear la puerta.

—Por favor..., ¡dejadnos salir! ¡Por favor!

HIELO

Estaban en la más completa oscuridad. En cierto sentido era mejor, ya que así no podían ver el frío vaho que les salía por la boca ni el hielo que se les estaba formando en el pelo y en las cejas. No eran conscientes de la expresión de verdadero terror en la mirada del otro. Sólo del zumbido de la cámara frigorífica y del castañeteo de sus dientes. Había pasado una hora. Se estaban congelando.

Habían decidido no dejarse llevar por el pánico.

Después se habían dejado llevar por el pánico.

Habían gritado y habían dado golpes. Habían trotado sin moverse del sitio para intentar conservar el calor. Pero el frío se metía en todas partes a una velocidad asombrosa. Jimmy era el que mejor estaba de los dos, ya que todavía llevaba puesto el mono que había mangado en el vestuario de la tripulación. Claire llevaba una camiseta y unos vaqueros.

–¿Cómo... ha podido... hacer esto? –susurró Jimmy con los labios congelados.

–Si me hubieras... creído..., no habría vuelto... a bajar... aquí...

–¿Así que... es... culpa mía?

–Sí..., todo es... culpa tuya...

A pesar de todo, se abrazaron para intentar conservar el calor.

–No siento... los pies... –dijo Jimmy.

–Me duele mucho... la nariz...

–Odio... este barco...

–Es... un... buque...

–Cállate...

–Cállate... tú... –Claire se acurrucó a su lado–. Jimmy..., ¿por qué... me... odias?

–No lo sé..., porque sí...

–Si conseguimos... salir de aquí..., deberíamos intentar... llevarnos mejor.

–¿Por qué?

–Jo, Jimmy...

Después se quedaron en silencio durante un buen rato. Jimmy se distrajo pensando en su casa: en la constante algarabía de la vida en casa de los Armstrong; en su madre, que estaba todo el día gritándole pero que le defendía hasta la muerte; luego retrocedió aún más y pensó en su tocayo, el primer Jimmy Armstrong *el Suertudo*. Tenía gracia: su bisabuelo había muerto en el gélido mar con su querido *Titanic* y ahora él estaba igual, muriendo congelado. Y todo por una fotografía para un periódico de prueba que no habrían visto más de dos o tres personas.

¡La cámara!

Jimmy se puso a zarandear a Claire de repente. Ella también se estaba quedando dormida.

–¿Qué..., qué pasa...?

–Claire..., ¿y la cámara? Tu cámara..., ¿dónde está?

–¿Qué... cámara? Ah..., no..., o sea, se me ha... se me ha caído... cuando estábamos... dando golpes... ¿Por qué?

–Tenemos que encontrarla... Venga..., ponte de rodillas..., tú ve hacia allá...

Claire se agachó y empezó a buscar a tientas a su alrededor.

–¿Para qué..., Jimmy? ¿Qué quieres hacer...?

Jimmy ya estaba avanzando trabajosamente hacia la puerta.

–Solamente es... una idea... Pero si conseguimos...

–¡La encontré!

Jimmy se deslizó por el suelo en dirección a Claire. Sus cabezas chocaron en la oscuridad.

–¡Ay! –gritó Claire–. Mira por dónde...

–¡Bueno, perdona! ¿Puedes... encenderla... a oscuras?

–Creo...

Claire palpó el cuerpo de la cámara con los dedos entumecidos.

–Prim dijo que... con las cámaras modernas... los reporteros gráficos pueden enviar las fotos... directamente a sus periódicos... Vienen con... módems... incorporados..., con Internet...

De pronto apareció un resplandor en mitad de la oscuridad. Claire había encontrado el interruptor.

–El menú..., busca el menú...

Miraron atentamente los símbolos iluminados.

–Ahí está... –un icono de Internet–. Vale..., ahora escúchame... ¿Y si... escribimos algo... en la pared..., nos hacemos una foto... al lado... y se la enviamos... a Prim?

–No, Jimmy..., aquí... no va a haber... señal...

–¿Se te ocurre... una idea... mejor?

–No..., pero es que...

–¡Entonces vamos a intentarlo!

Jimmy avanzó a tientas hasta la pared, que ahora estaba cubierta de una fina capa de hielo. Se metió la mano en el bolsillo del mono y sacó el penique de la suerte. ¡Por fin iba a servir para algo! Le costaba mover los dedos congelados, pero al final consiguió poner la moneda en la posición adecuada y empezó a grabar letras en la pared.

–¿Qué... estás... escribiendo...?

A... Y... U... D... A... Era muy difícil. Tenía los dedos tan entumecidos que la moneda no dejaba de caérsele. ATRAPADOS EN CÁMARA FRIGORÍFICA.

Las letras le quedaron raras y larguiruchas, y no tenía ni idea de si saldrían en una foto. Aunque tampoco tenía ni idea de si la foto llegaría a salir de la cámara frigorífica.

–Vale... –dijo Jimmy–, ahora... ponte delante... y... te sacaré... la foto...

–¿Yo? ¿Por qué... yo... y no... tú?

–Porque... van a venir corriendo... muchísimo más rápido... por la hija del dueño... que por un... polizón...

–No... –dijo Claire–. Los dos...

Le agarró de la manga del mono y le atrajo hacia sí. Le temblaban muchísimo los dedos, pero consiguió activar el disparador automático. Después estiró el brazo, sostuvo la cámara delante y sacó la foto. Inmediatamente, se pusieron muy juntos en torno a la pequeña pantalla y examinaron la imagen. Salían pálidos y con los ojos un poco saltones, y en las letras de detrás se leía: «ADOS EN CÁMARA FRI».

A pesar de lo horrible de su situación, no pudieron contener la risa.

–Venga..., vamos a intentarlo... otra vez...

Claire volvió a activar el disparador automático, pero esta vez dejó la cámara en el

suelo. Jimmy cogió el penique de la suerte y lo puso debajo para que el objetivo apuntara hacia arriba.

Después se arrimaron el uno al otro.

–Di «patata»... –dijo Jimmy.

Pero ninguno lo dijo. Saltó el flash. De nuevo comprobaron la imagen; esta vez su llamada de socorro se leía perfectamente. Claire abrió el menú y pulsaron el icono de Internet.

Jimmy deletreó la dirección de e-mail del periódico y Claire la fue tecleando lentamente. El teclado era tan diminuto y Claire tenía tan poca sensibilidad en los dedos que era difícil acertar. Estuvo más de cinco minutos escribiendo y borrando, escribiendo y borrando, hasta que lo consiguió.

Ahora estaba todo listo.

–Cruza... los dedos... –dijo Claire.

–No puedo... –contestó Jimmy–. Como lo intente..., se me van a... romper...

Claire apretó el botón de «enviar».

Prim estaba sentado a su mesa de la redacción del periódico cuando llegaron juntos el capitán Smith y el Sr. Stanford.

–Ah, caballeros, gracias por venir –dijo–. Quería enseñarles una cosa.

El capitán y el dueño del barco cogieron un par de sillas. El capitán Smith miró a un lado y a otro, señalando la redacción con la cabeza.

–¿Qué has hecho con ellos?

–Han desaparecido.

El Sr. Stanford sacudió la cabeza.

–Nunca subestimes la capacidad de los chavales para esfumarse cuando hay trabajo que hacer. No sé qué voy a hacer con esta niña.

El capitán Smith sonrió, ya que sabía a qué se refería. Él también tenía hijos, en Londres.

–¿Está quedando bien el periódico? –preguntó.

–Estamos dando los últimos retoques, capitán. Pero lo que quería enseñarles es otra cosa. En realidad fue el joven Jimmy el que lo vio primero, pero ahora es mucho peor, se está extendiendo como la pólvora. ¿Han oído lo del virus, lo de la epidemia?

Prim señaló la pantalla de su ordenador con la cabeza. Había un mapa de Estados

Unidos en el que se veía que sólo a tres de los cincuenta estados no había llegado lo que denominaban la Muerte Roja. Las peores cifras eran las de California, donde ya se habían registrado quinientos muertos y decenas de miles de personas contagiadas. Prim se desplazó por la página hacia abajo hasta llegar a una noticia. Se había impuesto un toque de queda en Los Ángeles. Varias personas habían recibido disparos al intentar huir de la ciudad al abrigo de la oscuridad. Los científicos estaban trabajando día y noche para intentar dar con un antídoto.

El Sr. Stanford sacudió la cabeza con incredulidad.

–Había oído algo, pero no tenía ni idea de que fuera tan grave. Esto puede tener un efecto catastrófico sobre nuestros beneficios.

Prim y el capitán Smith intercambiaron una leve sonrisa. El Sr. Stanford era empresario, por encima de todo, y su principal preocupación siempre iba a ser el dinero. El dueño del barco examinó el mapa con mayor detenimiento.

–Aunque las cifras de Miami no están tan mal. Igual todavía salimos bien parados.

Prim asintió.

–Darán con alguna solución, siempre lo consiguen. De todas formas, con estas cosas siempre cunde el pánico... Se exagera todo.

–Bueno, eso espero –dijo el capitán Smith–. De todas formas, tendremos que estar atentos.

En ese momento apareció en la pantalla una pequeña ventana y una plácida voz dijo: «Tiene un nuevo mensaje de correo electrónico». Prim hizo clic en su bandeja de entrada inmediatamente, pero entonces chasqueó la lengua.

–¿Qué pasa? –preguntó el capitán.

–Me han enviado una foto, pero no reconozco la dirección. No me gusta abrir los e-mails raros, por si acaso tienen virus. No sería la primera vez... ¿Se acuerda del crucero por el canal de Panamá, Sr. Stanford? Abrí aquel archivo y se estropearon todos los ordenadores. Para cuando conseguimos arreglarlos, ya casi habíamos llegado a casa.

–Si no es un tipo de virus, es otro –refunfuñó el dueño del barco–. No te arriesgues, Prim, bórralo. Creo que bastantes problemas vamos a tener ya cuando llegemos a Miami como para que encima se nos estropeen los ordenadores.

Prim asintió.

–Sí, supongo que tiene razón.

Cuando se marcharon, Prim dio los últimos retoques a su periódico. Encontró una foto de carné de Pedroza en los archivos del personal del barco que encajaba bien en el artículo que había escrito Jimmy. Jimmy no era un mal chico, pensó. Le faltaba un poco de educación, pero había trabajado duro –al menos al principio del día– y lo cierto era que los artículos que había escrito eran bastante buenos. Claire era otra historia. Un caso perdido.

Mientras trabajaba, Prim se dio cuenta de que de vez en cuando se le iban los ojos hacia el mensaje de correo electrónico. Aún no lo había borrado, a pesar de que sabía que era lo que debía hacer. Lo último que necesitaba era un virus en el ordenador.

Aun así...

Era periodista, y las palabras *quién*, *qué*, *dónde*, *cuándo* y *cómo* que utilizaba para enseñar a escribir podían resumirse en una sola palabra: *curiosidad*. Una parte de él se moría de ganas de saber lo que había en ese mensaje.

Se quedó mirándolo.

Se quedó mirándolo un poco más.

No. Para qué complicarse la vida.

«Bórralo.»

CUESTIÓN DE FE

Llevaban cuatro horas atrapados en la cámara frigorífica. Ya no esperaban ser rescatados. Iban a morir.

Jimmy le preguntó a Claire si quería dejar un mensaje de despedida. Podría grabarlo en la pared de la cámara frigorífica con su moneda de la suerte, pero tendría que darse prisa en pensarlo porque la débil luz de la cámara estaba perdiendo fuerza por momentos.

–Para tus padres... Puedes decirles... que los quieres..., o que los odias...

Claire negó con la cabeza.

–Escribe... «Ha sido... Pedroza».

Jimmy lo escribió. Después volvió a desplomarse al lado de Claire.

–Yo sólo quiero... dormir... –dijo ella.

Dejó caer la cabeza contra él. Jimmy la zarandeó con delicadeza.

–No..., intenta mantenerte despierta.

Para intentar mantenerla concentrada en algo, Jimmy le contó lo mejor que pudo – hablando despacio, teniendo que pensar bien cada palabra y haciendo largas pausas para respirar con dificultad el aire gélido– la historia del penique y de Jimmy Armstrong *el Suertudo* y el primer *Titanic*. Después le contó cómo había acabado él de polizón, lo del conductor de autobús que se había caído al agua y lo del e-mail que le había enviado a su antiguo director.

Claire soltó una risita.

Pero entonces se quedó callada.

–¿Estás... bien? –preguntó Jimmy.

–Estaba pensando que... dijiste que... tengo... el culo gordo.

–Tú dijiste... que yo soy un cabeza hueca.

–¿Tengo... el culo... muy grande?

–Si quieres que te diga... la verdad..., no me he parado... a analizarlo. Y yo..., ¿soy un... cabeza hueca?

–Sí..., debes de serlo..., porque anda que... venir detrás de mí... y meterte aquí...

–Iba detrás de... tu culo gordo.

Jimmy se rió. Y ella se rió apoyada en él.

–No quiero... morir –dijo Claire.

La luz de la cámara de fotos se había apagado. Jimmy cerró los ojos. Quería que todo acabara ya. Intentó con todas sus fuerzas pensar en cosas buenas de su casa y de los líos que armaba cuando estaba allí. Cuando volvía a casa con cierta expresión en la cara y su madre lo miraba con una cara que quería decir: «¿Qué has hecho ahora?». Una vez había oído, leído o le habían contado que, al morir, uno va avanzando hacia una luz blanca brillante; ahora él veía una que brillaba tenuemente en los bordes de su campo visual. Sabía que debía luchar contra ella, que debía intentar agarrarse a la vida durante el mayor tiempo posible, pero se sentía tan débil y tenía tantísimo frío que lo único que quería era rendirse, lo único que necesitaba era estrechar esa luz entre sus brazos... La luz sería cálida y reconfortante. Jimmy notó cómo se relajaba todo su cuerpo. Morirse no era para tanto, pensó, sólo era como irse a dor...

Jimmy parpadeó. Una sala inmaculada. Otro parpadeo. Seis camas. Otro parpadeo. Calor.

Le dolían la garganta y la cabeza, pero era un lugar agradable. El tránsito no había ido tan mal. El cielo olía a antiséptico.

Fue un alivio. No había albergado demasiadas esperanzas de ir al cielo. Más bien al infierno. Pero aquello claramente no era el infierno, a menos que fuera una especie de sala de espera que usaba el Diablo para engañarte y hacer que tuvieras una falsa sensación de seguridad.

No, tenía que estar en el cielo.

Al menos hasta que una voz conocida dijo:

–Buenos días, bella durmiente.

Jimmy giró la cabeza hacia su izquierda y vio a Prim, sentado en su silla de ruedas.

–¿Quién..., qué...? –tartamudeó.

–Dónde y cuándo –contestó Prim riéndose–. Bienvenido al mundo de los vivos, chico.

–No entien...

–Recibí tu e-mail. Tardé un poco en abrirlo. Justo a tiempo, por lo visto. Media hora más y no lo contáis.

–¿Y Claire?

–Tiene mayor capacidad de recuperación. Aunque claro, muchas veces la ira te puede llevar a realizar auténticas proezas físicas.

–No entien...

–Toda la historia de Pedroza.

–¿Qué...?

–Su padre no la cree, así que lleva una hora levantada, llorando y gritándole. Pedroza lo niega todo, claro...

Jimmy se incorporó y se quedó sentado.

–¡Nos encerró!

–Eso no lo niega. Dice que vio que la puerta de la cámara frigorífica estaba abierta cuando no debía estarlo, así que la cerró.

–¡La puso en marcha!

–Es lo que tenía que hacer. Tiene que estar lista para meter la comida cuando atraquemos.

–Nos miró a la cara, ¡y sonrió!

–Él lo niega. Y he de reconocer que yo jamás le he visto sonreír.

–¿Tú tampoco nos crees?

Prim respiró hondo.

–Bueno, hijo, no se trata de que yo os crea. Soy periodista, sólo me fijo en los hechos. Y te voy a ser totalmente sincero: tú eres un polizón que ya ha causado problemas en el pasado y Claire es una niña rica que tiene por costumbre inventarse cosas; Pedroza lleva quince años con la White Star Line y, aunque tenga un poco de mal genio, jamás se ha metido en ningún lío. Además, no hay ninguna prueba de la existencia de esa familia fantasma que Claire afirma haber visto.

–La vio.

–¿Cómo lo sabes?

–Pues... me lo dijo..., y había una huella de una mano de niño en...

–Sí, eso ha dicho ella también. Yo mismo he ido a comprobarlo. Ni rastro.

–Eso no significa que... –Jimmy suspiró–. Qué... ¡qué típico! –cruzó los brazos y se quedó mirando al suelo enfadado. Estaba contento de estar vivo. Pero se habría puesto mucho más contento si, además de estar vivo, le hubieran creído–. ¡Casi nos morimos ahí dentro!

–Sí, eso es cierto.

No fue Prim quien lo dijo, sino otro tripulante que estaba de pie en la puerta, mirándoles con una sonrisa.

–Jimmy, ¿verdad? –el tripulante se acercó hasta su lado y alargó la mano. Jimmy la estrechó, no sin cierto recelo–. Soy el Dr. Hill. Frank, Frank Hill. Te he salvado la vida. No hace falta que me des las gracias, pero, si algún día te haces rico, un bonito cheque sería de agradecer.

Era una persona cálida y alegre. Jimmy sentía exactamente lo contrario de calidez y alegría.

–Pedroza ha intentado matarnos –dijo.

–Lleva años intentando matarnos –dijo el Dr. Hill riéndose–, ¿has probado sus huevos revueltos?

–¡No tiene gracia! –estalló Jimmy.

El Dr. Hill asintió pensativamente.

–Es verdad, tienes razón. No tiene gracia. Los huevos revueltos son un asunto muy serio –volvió a reírse, le tocó la frente con la mano, le tomó el pulso y anotó algo breve en una historia clínica que había a los pies de la cama–. No has sufrido grandes daños, Jimmy, no has perdido ningún dedo a causa de la congelación. Aun así, quiero que te quedes en la cama el resto del día.

Le guiñó un ojo a Jimmy, volvió a poner la historia clínica donde estaba y salió de la sala tarareando.

–¡Odio esto! –bramó Jimmy–. ¿Por qué nadie nos cree?

Lleno de frustración, empezó a dar golpes a la cama.

Prim estiró el brazo hacia un lado de su silla y levantó un fajo de periódicos.

–Bueno, quizá esto no lo odies.

Sostuvo en alto una copia de la primera edición de prueba del periódico del barco, el *Titanic Times*. Jimmy vio el titular de la noticia principal, «Un misterioso virus azota

California», escrito con grandes letras y en negrita, pero su atención estaba centrada en la siguiente línea: «James Armstrong».

—¿James? —preguntó.

—Sonaba más profesional que Jimmy. Dentro está tu entrevista con Pedroza.

Prim se acercó y dejó varias copias del *Times* en la cama de Jimmy.

—Te dejo para que lo leas entero, Jimmy —dijo. Cuando estaba a punto de irse, se detuvo—. Hijo, has hecho un buen trabajo y has demostrado tener verdadero talento para escribir. Deberías plantearte la posibilidad de dedicarte a esto. Pero no dejes que te lleven por el mal camino. Claire es un poco rebelde y hoy por poco consigue que acabéis los dos muertos. Sin embargo, nunca olvides una cosa: su familia está forrada. Si se mete en líos, siempre la van a proteger, le van a solucionar los problemas y le van a quitar importancia a cualquier contratiempo. Pero por ti no van a hacer lo mismo. ¿Me harás el favor de acordarte de eso?

Jimmy le miró.

Después se encogió de hombros.

EL SECRETO DE PRIM

Ahora que, además de vivo, estaba fuera de peligro, había varias cosas que tenían confundido a Jimmy. Ya no estaba absolutamente seguro de que Pedroza los hubiera encerrado en la cámara frigorífica a propósito. Su explicación de que simplemente había cerrado la puerta y encendido la cámara para que estuviera lista para usarse tenía sentido. Prim le aseguró que lo había visto anotado en la lista de turnos del día. ¿Quién sabía qué significaba en realidad la sonrisa malvada que tenía en la cara al cerrar la puerta? Quizá fuera simplemente su forma de sonreír. Quizá simplemente estuviera pensando en algo agradable y fuera cierto que no los había visto en la oscuridad de la cámara.

¿Y la historia de Claire, entonces? ¿Y la familia a la que decía haber visto? ¿Por qué se lo iba a inventar? ¿Para llamar la atención? ¿Porque era un auténtico monstruo?

Esa noche, mientras descansaba en la cama, Jimmy recibió una visita del capitán Smith, que le aseguró que se había registrado todo el barco minuciosamente y no se había encontrado ningún grupo de polizones.

Jimmy sostuvo que él había conseguido permanecer escondido durante un par de días. ¿Por qué no iban a hacer ellos lo mismo?

–Claire hablaba de nueve o diez personas, con niños..., niños pequeños. Jimmy, es sencillamente imposible que los tenga escondidos.

–Encontramos una huella, de un niño...

–Es posible. Pero en los últimos meses hemos recibido visitas de una docena de colegios distintos, y todos pasaron por las cocinas. ¿No crees que es más probable que algún chaval pusiera sus manazas en la pared y dejara la huella?

Jimmy suspiró.

No sabía qué pensar de Claire. Estaba claro que habían empezado con mal pie, pero

después se había ido rompiendo el hielo... mientras se estaban congelando. Aunque quizá se habían llevado bien en la cámara frigorífica porque no les quedaba más remedio. Ahora que volvían a ser libres..., bueno, ella aún no había venido a verle. El capitán Smith, a su manera, le estaba advirtiéndole que se mantuviera alejado de ella, y desde luego Prim no se había andado con rodeos. Jimmy tenía bastante experiencia en meterse en líos él solo. ¿Realmente necesitaba juntarse con alguien a quien claramente se le daba muchísimo mejor? A pesar de todas sus juergas en Belfast, nunca había estado ni siquiera cerca de resultar herido de gravedad. Unas pocas horas trabajando con Claire y casi muere congelado.

De lo que sí estaba contento –y se había puesto radiante de alegría cuando el propio capitán lo había elogiado– era de su trabajo en el periódico. Sabía que no era más que un periódico insignificante, pero había algo especial en ver su nombre en una publicación. Sólo faltaban dos días para llegar a Miami y el plan era elaborar un periódico para cada uno de esos dos días. Jimmy estaba decidido a volver al trabajo de inmediato.

El Dr. Hill le pilló dos veces intentando salir a escondidas de la enfermería del *Titanic*. Jimmy acabó aceptando que tendría que pasar allí la noche y se sumió en un sueño intermitente. A la mañana siguiente se levantó muy temprano y, aprovechando que no había nadie que pudiera detenerle, se fue corriendo a la redacción del *Times*. Mientras entraba, sin embargo, vio salir al Dr. Hill. Ambos se quedaron sorprendidos de verse. El Dr. Hill le bloqueó el paso inmediatamente.

–Me encuentro mejor –dijo Jimmy–. Ya estoy bien, de verdad.

–No eres tú, Jimmy. Prim no se encuentra bien.

–Ah.

–Es mejor que te vayas.

–Pero tengo trabajo que hacer.

–Puede ser, pero él no está para trabajar. Ahora...

–Sé lo que tengo que hacer, no necesito ayuda.

El Dr. Hill expulsó aire por la boca.

–Jimmy, ¿tú sabes lo que le pasa a Prim?

–¿Aparte de lo de las piernas? –dijo Jimmy. El médico asintió pacientemente–.

Bueno..., la vista y la tensión y el equilibrio y... bueno, no, no exactamente.

El Dr. Hill miró a un lado y a otro del pasillo. Después hizo pasar a Jimmy a la

redacción y cerró la puerta.

–Escucha, Jimmy, ¿sabes que éste es su último crucero?

Jimmy asintió.

–Sí, me lo contó. Pero si usted da parte de que está enfermo, no recibirá...

–La pensión, sí. Y yo he estado encubriéndole lo mejor que puedo, pero tengo otras obligaciones. ¿Sabes cómo se llama lo que tiene Prim, Jimmy?

Jimmy se encogió de hombros.

–Prim es alcohólico, hijo.

–Ah. Yo pensaba que era algo del corazón, o cáncer, o alguna otra enfermedad.

–Jimmy, hijo, eso es exactamente lo que es, una enfermedad. Lo que pasa es que no despiertas mucha compasión si la padeces. Si de verdad sabes cómo hacer el periódico, hazlo, porque él no está en condiciones. El capitán cuenta con que el periódico de mañana esté listo esta noche. ¿Es mucho pedir?

Jimmy negó con la cabeza, aunque en realidad no lo sabía. Había escrito una noticia para la primera plana del *Times* y un artículo para el interior, pero había al menos otras diez páginas que rellenar.

El Dr. Hill echó una ojeada al dormitorio.

–Él va a estar durmiendo, esperemos que de un tirón, pero si de verdad puedes hacerle este favor..., bueno, sería fantástico. ¿Puedo contar contigo?

Nadie había contado jamás con Jimmy para hacer nada o, si lo habían hecho, en todos los casos los había decepcionado. Con toda la voluntad del mundo, y siendo totalmente sincero consigo mismo, la única respuesta que Jimmy consiguió pronunciar fue:

–Probablemente.

* * *

En realidad, su respuesta tendría que haber sido: «No».

Era demasiado trabajo para una sola persona. No es que no supiera hacer el trabajo – podía escribir los artículos, maquetar el periódico e incluso imprimirlo–, sino que no podía hacerlo todo a la vez. Para empeorar aún más las cosas, borró dos artículos sin querer y estuvo una hora sin conexión a Internet (aunque esto último no fue culpa suya).

Necesitaba ayuda.

Sólo había un sitio al que acudir.

La encontró en la última cubierta, tomando el sol. Llevaba puesto un bikini rojo. Ya estaban cerca de América y la temperatura había aumentado considerablemente en los últimos días. Las aguas grises del Atlántico iban dando paso poco a poco a los tonos turquesa del Caribe.

Jimmy se sentó a su lado. Ella siguió como si no le hubiera visto.

–Necesito que me ayudes.

–¿Eso no es lo mismo que apoyarte? –contestó Claire bruscamente–. ¡Porque eso es lo que tú no has hecho conmigo!

–Claire...

–¡Sabes que fue Pedroza! ¡Sabes que había gente allí! ¡Sabes que no me lo estoy inventando!

–Nunca he dicho que te lo estuvieras inventando.

–Creen que soy una mentirosa, creen que lo único que quiero es llamar la atención, ¡eso es todo lo que han dicho de mí! –dijo mientras le clavaba un dedo acusador–. Entonces, ¿por qué no me has apoyado?

–¡Aún me estaba descongelando!

–¡Después!

–¡Porque no!

–Porque no ¿qué?

–¡No lo sé!

–¡Te conté lo que había pasado!

–¡Lo sé!

–¡Y te enseñé la huella!

–¡Ya!

–¡Y los dos le vimos reírse!

–¡Ya lo sé!

–¿Entonces?

–¡No basta con eso!

–¡Para mí sí basta!

Claire miró para otro lado. Jimmy se quedó quieto, con la vista fija en el agua. Era un chaval irlandés con la piel blanca y pecosa que sólo veía el sol unos pocos días al año y ya notaba que se estaba empezando a quemar. Se volvió hacia ella.

–Mira, Claire, da igual que yo te crea. Lo que importa es lo que creen ellos, siempre es

así. Sé lo que se siente; yo me he pasado toda mi vida metido en problemas hasta el cuello, pero no hago ni la mitad de las cosas que creen que hago y, aun así, me echan la culpa. O sea que, a menos que podamos demostrar totalmente que Pedroza es el responsable, nunca nos van a creer. Si quieres, podemos intentarlo.

Ella se quedó pensando.

–Pero mientras tanto necesito tu ayuda.

–Ya.

–Lo digo en serio. Prim está enfermo.

Le contó que era urgente publicar el periódico y que existía la posibilidad de que el anciano reportero perdiera su pensión. No mencionó que Prim era alcohólico. Fue algo instintivo. Muchas veces había tenido que pedir disculpas en casa por el comportamiento de su padre, que siempre se metía en líos cuando estaba borracho.

–Prim necesita tu ayuda. Yo necesito tu ayuda. Por favor.

Claire levantó la vista de repente.

–¿Y podemos investigar a Pedroza mientras hacemos el periódico?

–Sí, claro.

Se quedó pensándolo un rato.

–Déjame que tome el sol una hora más y luego bajo.

Jimmy cruzó los brazos.

–No.

–¿Cómo que no?

–No hay tiempo, tenemos que empezar ahora mismo.

–Madre mía, eres agotador.

Claire se levantó de la tumbona, cogió su toalla y se puso en marcha resueltamente. Entonces se detuvo y se volvió hacia Jimmy.

–¿Qué pasa, vienes o no?

Jimmy sonrió y fue detrás de ella inmediatamente.

Al empezar a andar de nuevo, Claire volvió la vista atrás.

–Un solo comentario sobre mi culo –le advirtió– y eres hombre muerto.

JONAS JONES

Mientras desde la habitación de al lado resonaban suavemente los ronquidos de Prim, Jimmy y Claire leyeron en silencio las inquietantes noticias que llegaban de todo el mundo. La «Muerte Roja» estaba mutando. Estaban muriendo miles de personas. Sin embargo, no había dos lugares de los que llegaran las mismas noticias. En Londres, la gente moría a las pocas horas de contraer el virus. En un pueblo de China, un colegio entero se contagió en una hora, pero al día siguiente todos los niños habían vuelto a clase, aparentemente recuperados del todo. Nueva York seguía yendo a trabajar como siempre. Se había perdido el contacto con Oklahoma City: las líneas de teléfono habían dejado de funcionar y todas las televisiones y radios se habían quedado mudas. Según las noticias, la ciudad de Hopkirk, en Kentucky, se había quedado sin el ochenta y cinco por ciento de su población, mientras que en Rawlings, a cinco kilómetros de allí, no se había registrado ni un solo caso. Al principio los científicos creyeron que se transmitía por contacto entre los seres humanos. Sin embargo, en algunas zonas de Rusia había pueblos tan aislados que no habían recibido ninguna visita en semanas y en los que, sin embargo, también estaba muriendo gente. Ahora los científicos decían que el virus se desplazaba por el aire y que tu vida podía depender de la dirección en la que soplara el viento.

El presidente de Estados Unidos se dirigió a la nación y aseguró que el remedio estaba en camino, lo cual se parecía bastante a lo que había prometido la vez anterior. Los dirigentes de China, India y Gran Bretaña también habían depositado su confianza en las grandes capacidades de los científicos para desarrollar un medicamento, que sería una vacuna o una pastilla.

Estados Unidos seguía siendo el país más afectado. Como era comprensible, entre la población estaba empezando a cundir el pánico. A medida que los trabajadores iban

cayendo enfermos, las provisiones de alimentos se iban volviendo más impredecibles. Llegaban noticias de disturbios y saqueos. En varias ciudades se había solicitado la intervención de la Guardia Nacional del Ejército en las calles (al menos de aquellos miembros que estaban en condiciones de acudir al trabajo).

–Es horrible –dijo Claire.

–Y vamos derechos hacia todo eso.

Lo único bueno de todo aquello es que les hizo concentrarse en otra cosa y dejar de pensar en Pedroza. De repente, el hecho de que pudiera estar intentando llevar clandestinamente a unas cuantas personas al otro lado del Atlántico parecía insignificante.

Jimmy recordó que Prim le había aconsejado que se fijara en el lugar de procedencia de los pasajeros y no se olvidara de proporcionarles información sobre los estados de los que venían, aunque no tanta como para que se alarmaran. Con este fin, se aseguraron de incluir también artículos en los que se dieran buenas noticias. Gente que se había curado del virus. Una ballena varada en una playa a la que habían conseguido remolcar y devolver al mar. Una mujer de cien años que acababa de sacarse la licencia de piloto. Muchos resultados deportivos (eso sí, sin detenerse demasiado en el hecho de que muchos partidos de béisbol y de fútbol americano se habían cancelado).

A primera hora de la tarde, Jimmy y Claire bajaron hasta la inmensa sala de máquinas para entrevistarse con el jefe de máquinas, un hombre galés muy musculoso llamado Jonas Jones.

–¿Quiere que le llamemos JJ? –preguntó Claire.

–No, mi nombre es Jonas Jones. Cuando era pequeño, siempre era: «Dame tu paga, Jonas Jones», «¿Qué miras, Jonas Jones?», «¿Quieres llevarte un mamporro, Jonas Jones?». Es que estaba muy esmirriado. Por eso ahora tengo estos músculos, porque decidí ponerme a trabajarlos. Ahora, cuando voy a mi pueblo, todo es: «Hola, Sr. Jones», «¿Qué tal está, Sr. Jones?». Y yo digo: me llamo Jonas Jones, ¡y a mucha honra!

A Jimmy le cayó bien Jonas Jones; el único problema era que hablaba demasiado. No cabía duda de que le encantaba su barco. Describió con entusiasmo sus tareas: vigilar las gigantescas máquinas, el aire acondicionado, el sistema de calefacción, las instalaciones de fontanería, la refrigeración, la ventilación, los sistemas de desalinización del agua, la instalación eléctrica y todo lo que tuviera que ver con el mantenimiento.

–Veréis, cada hélice funciona con un motor síncrono trifásico de doble devanado con

hélices de bronce de cuatro palas. Los motores van montados directamente sobre el eje portahélice, dentro del tanque, dispuestos de tal manera que la hélice central esté...

Agitó los brazos señalando la inmensa sala de máquinas mientras describía emocionado las prestaciones del *Titanic*, pero al volverse para echar una mirada a los jóvenes reporteros y ver sus expresiones de perplejidad, dijo titubeante:

–¿Me seguís?

Los dos negaron con la cabeza.

–Repítelo –dijo Jimmy–, pero ahora en nuestro idioma.

Jonas sonrió.

–Bueno, no es solamente que en todo el mundo no haya un buque de crucero más potente que éste, es que directamente no hay un buque más potente. Si tuviéramos unos buenos cañones ahí arriba podríamos... Bueno, me refiero a que... –miró a Claire sonriendo– tu padre no ha tirado el dinero con este barco. Tenemos lo mejor de lo mejor. ¿Ya os he hablado del combustible? Consumimos dieciocho mil litros a la hora...

Se pasó horas hablando. A Jimmy le preocupaba seriamente que su artículo se acabara pareciendo más a un manual de ingeniería que a un artículo informal sobre la vida de un jefe de máquinas. Cuando llegó el momento de hacer las fotos, Jonas insistió en que los otros tripulantes que trabajaban con él se pusieran a su alrededor.

–Somos un equipo –dijo–. No puedo hacer nada sin mi equipo.

Claire los hizo posar de un montón de maneras diferentes, pero era difícil captar la inmensidad de la sala de máquinas sin que pareciera que los maquinistas tenían el tamaño de hormigas.

Jonas observó cómo se dispersaba su equipo y después señaló a las charreteras que llevaba en su camisa blanca. Tenía cuatro galones dorados cosidos a un trozo de tela de color burdeos.

–Es del color de la sangre, en memoria de los maquinistas que se hundieron con el primer *Titanic* –dijo sacudiendo la cabeza con tristeza–. No había botes salvavidas para ellos. Lucharon contra el agua helada en la parte de abajo del barco hasta el final.

El recuerdo de la catástrofe le hizo guardar silencio durante unos instantes.

–Sr. Jones –le dijo Jimmy.

–Llámame Jonas, por favor.

–¿Es imposible que se hunda este *Titanic*?

Jonas negó con la cabeza.

–No hay ningún barco que no se pueda hundir. El mar es la fuerza más poderosa del planeta y, si quiere hundirte, bueno..., vaya si te hundirá. Pero te voy a decir una cosa: la mayoría de los barcos no se hunden por culpa del mar, sino del hombre. Fueron hombres quienes hundieron el *Titanic*, hombres que se creyeron más listos que el mar, hombres que intentaron ir demasiado rápido, que hicieron las cosas a la carrera y sin cuidado. Por cómo está construido, debería ser imposible que este *Titanic* se hundiera, pero nunca subestimes la capacidad del ser humano para tomar decisiones estúpidas.

–Entonces ¿puedo poner en el periódico que el barco es una pasada pero que podría ocurrir que el capitán nos estrellara contra una gran roca?

Jonas se echó a reír.

–¡Como pongas eso, ésta va a ser mi última travesía!

Jimmy y Claire volvieron rápidamente a la redacción del *Times*, haciendo torpes imitaciones del acento galés del jefe de máquinas por el camino. Ahora Jimmy tenía que convertir todos esos datos y cifras en algo interesante y Claire tenía que trabajar en sus fotografías. Sólo había sitio para una imagen, pero una sola instantánea de los maquinistas no daría una idea clara de la potencia y la majestuosidad del barco que gobernaban, mientras que una foto en la que sólo salieran las máquinas quedaría bastante sosa. Sin embargo, Prim tenía un programa en su ordenador con el que quizá se podían combinar dos fotografías distintas y conseguir que las máquinas conservaran su majestuosidad y que, al mismo tiempo, los tripulantes aportaran el interés humano sin parecer ni gigantes ni hormiguitas.

Jimmy entró en la redacción primero y le pegó un susto a Claire, que venía detrás, al ponerse a maldecir en voz alta. Pero entonces ella vio cuál era el motivo de su enfado: alguien había volcado los ordenadores y los había dejado tirados en el suelo, que estaba lleno de resmas de papel rasgado y arrugado.

–Jimmy... Es él, es Pedroza, ha...

Pero entonces oyeron un gemido, después alguien que tosía, y, tras atravesar la redacción a toda velocidad, vieron a Prim, tumbado boca abajo pero intentando ponerse de rodillas. Consiguió levantarse un poco, pero luego volvió a desplomarse y vomitó.

–¡Le han pegado! –gritó Claire–. Pedroza le ha...

Pero Jimmy había visto algo. Lo que Prim había estado intentando coger: una botella de vodka.

–No le han pegado, Claire.

Claire se quedó mirando a Prim. Se llevó las manos a la cara.

–La Muerte Roja –dijo dando un paso atrás.

–Qué va –dijo Jimmy. Cogió la botella y la giró para enseñarle la etiqueta. Claire la miró con los ojos como platos.

–¿Vodka...?

–Ajá.

–¿Quieres decir que está borracho?

–Sí... Y casi todo el tiempo, por lo visto. Es alcohólico, me lo dijo el Dr. Hill.

Claire miró con lástima al viejo reportero, que ahora había empezado a emitir unos suaves ronquidos. Pero la compasión sólo le duró unos instantes.

–¡Lo ha destrozado todo! ¡Todo nuestro trabajo!

Jimmy se quedó parado a su lado, asintiendo con la cabeza.

–Si nos chivamos, tu padre le va a despedir.

–Mi padre no haría... –pero se detuvo–. Sí, sí lo haría.

–Entonces ¿qué hacemos?

Claire se quedó pensando un momento.

–Vale, tú limpia la vomitona mientras yo compruebo los ordenadores.

–Va a ser que no.

–Vale. Yo lo llevo a su habitación mientras tú limpias.

–Me da que no.

–Pues alguien tiene que hacerlo. Vamos a llamar al servicio de limpieza.

–¿Y les obligamos a prometer que no se lo van a decir a nadie? Me parece a mí que no.

–¿Entonces?

–Lo hacemos entre los dos.

–Entre... –puso una cara de auténtico espanto–. Pero...

–Venga –dijo Jimmy.

Mediante una combinación de tirones, empujones, codazos y gritos –principalmente entre Claire y Jimmy, ya que Prim seguía fuera de combate–, consiguieron volver a meterle en la cama.

Después limpiaron el suelo.

Ellos mismos estuvieron a punto de vomitar.

Pusieron los ordenadores en su sitio e intentaron encenderlos, convencidos de que el ataque desafortunado de Prim a su propia redacción –un intento disparatado de encontrar existencias de alcohol escondidas– había echado por tierra su intención de publicar ellos solos el *Titanic Times*.

Sin embargo, y por increíble que parezca, todo funcionaba perfectamente. Los artículos que tanto esfuerzo les había costado escribir estaban exactamente como los habían dejado, guardados en los ordenadores, intactos. Las fotos de Claire seguían archivadas.

Rápidamente volvieron a ponerse manos a la obra.

Jimmy escribía a toda velocidad, apretando las letras del teclado cada vez más deprisa y acertando de vez en cuando. Por suerte, había un buen corrector ortográfico. Claire probó una docena de versiones distintas de su combinación de fotos de la sala de máquinas antes de decidirse por una. Cuando terminaron, diseñaron entre los dos la página en la que iba a salir el artículo, antes de revisar una última vez el resto del periódico.

–Se lee bien –dijo Jimmy.

–Y ha quedado muy bonito.

–No se nota la diferencia entre nuestro *Times* y el de Prim.

–De eso se trataba. Vamos a imprimirlo.

Cuando el barco estuviera funcionando con normalidad, se necesitarían tres mil copias a primera hora de la mañana los siete días de la semana. Pero eso no era problema suyo. Ellos habían hecho su trabajo. Quien embarcara en Miami heredaría una redacción de periódico en pleno funcionamiento. Solamente olería un poco a vómito.

Les habían dado de plazo hasta las ocho de la tarde para entregar las copias acabadas del *Titanic Times* al capitán Smith para que diera el visto bueno. Una vez obtenida su aprobación, se repartirían las copias entre la plantilla reducida de tripulantes que viajaban a bordo. Cuando terminaron de imprimirlo, sólo les sobraban diez minutos y, con el tamaño que tenía el barco, tuvieron que emplear casi todo ese tiempo en llegar al puente de mando. Claire, que visitaba con frecuencia éste y muchos otros puentes, estaba más que familiarizada con él, pero Jimmy se quedó alucinado. Siempre había pensado que en los puentes de mando de los barcos había..., bueno, básicamente una gran rueda de

timón, quizá una campana, y olas golpeando la ventana. Y hombres campechanos diciendo cosas como: «¡Ah del barco!». Quizá, como concesión al siglo \\], habría algún aparato electrónico. Como un radar. O una tostadora para los tentempiés de medianoche.

Pero aquello era como un centro de control de misiones espaciales.

Estaba lleno de pantallas de ordenador.

Había tripulantes con camisas de manga corta analizando cartas náuticas electrónicas, pronósticos, mapas y... bueno, no tenía ni idea de lo que estaban haciendo ni de para qué servían la mitad de los aparatos. Sólo sabía que era absolutamente impresionante.

El capitán Smith estaba sentado al fondo, detrás de una mesa, mirando atentamente a un monitor con el primer oficial Jeffers a su izquierda y el padre de Claire a su derecha. Los tres estaban muy serios.

–Hemos traído los periódicos –dijo Claire con orgullo. No tenía que haberlo dicho con orgullo, ya que, después de todo, se suponía que era el periódico de Prim, pero no pudo contenerse.

El capitán Smith apenas levantó la vista.

–Dejadlos ahí.

Claire dejó las copias del periódico, pero después cogió la de arriba y la abrió por las páginas centrales.

–Mira, papá –dijo con una enorme sonrisa–, mi foto.

El Sr. Stanford suspiró y cogió el periódico. Echó un vistazo a la fotografía y volvió a cerrarlo rápidamente.

–Sí, muy bien –dijo mientras se lo devolvía–. Ahora sé buena chica y vete de aquí.

Pero Claire no se movió.

–¡Ni lo has mirado!

–Sí lo he mirado, y estoy seguro de que está muy bien. Ahora, si no os importa...

–¡No! –estalló Claire–. Me mandas hacer algo útil y luego, cuando lo hago, ¡no muestras ni el más mínimo interés! ¡Estuve a punto de morir congelada y tú casi ni te inmutaste!

–Venga, Claire, vámonos –dijo Jimmy. La cogió del brazo e intentó tirar de ella. Llevaba años discutiendo con sus padres y sabía lo inútil que era. Pero ella no estaba por la labor de moverse.

–Claire, ya está bien –dijo su padre bruscamente–. Ahora mismo tenemos cosas más importantes en las que pensar.

–¡Como siempre!

El capitán Smith juntó las manos delante del cuerpo y dijo:

–Claire.

Ella le miró furiosa.

–No es justo, me esfuerzo todo lo que puedo y lo único que...

–Claire.

Claire respiró hondo.

–¿Qué?

–Hemos recibido muy malas noticias.

Jimmy había pensado que en el puente de mando había mucho silencio para..., bueno, para un puente de mando. Pero ahora se dio cuenta de que era más que eso. Era como si un frío húmedo se hubiera asentado en aquel lugar.

El capitán Smith negó suavemente con la cabeza, como si no se acabara de creer lo que estaba a punto de decir.

–Claire, Jimmy... El presidente de Estados Unidos... Lo estaban llevando a un lugar seguro, pero su avión ha desaparecido. Creen que ha muerto. Ese condenado virus va a acabar con todos nosotros.

MIAMI

Los días siguientes tendrían que haber sido gloriosos. El *Titanic* era el mejor transatlántico que se había construido jamás y su llegada al puerto de Miami para emprender su primera travesía propiamente dicha tendría que haber ido acompañada de bandas de música, confeti y apasionadas crónicas retransmitidas por los reporteros de televisión. Sin embargo, casi nadie se enteró.

El presidente había desaparecido y su país se estaba sumiendo en el caos.

Jimmy, que había seguido la propagación de la Muerte Roja desde el principio, no estaba demasiado afectado por el aumento de la cifra de víctimas. Todo eso ocurría en otro lugar, él estaba a salvo a bordo del *Titanic*. Al ser sólo noticias que leía, no acababa de resultarle demasiado real. Pero ahora que el presidente había desaparecido, y que probablemente estuviera muerto, se hizo evidente lo aterradora y peligrosa que era la epidemia. El presidente tendría que haber estado a salvo. Había salido una y otra vez en la televisión estatal para tranquilizar a la población y asegurar que todo se iba a arreglar. Tenía muchísimo poder, muchas armas, científicos y expertos, mucha gente para atenderle y protegerle... Y aun así, habían conseguido perderle.

* * *

Prim reapareció por fin cuando el barco atracó en Miami, sonriendo, bromeando y hablando de la gripe tan mala que había tenido, pero prediciendo que el hermoso sol de Florida le curaría enseguida. Si se había dado cuenta de que en su ausencia se habían hecho dos números del *Titanic Times* no lo mencionó. Muchos de los tripulantes que no participaban directamente en la atracada estaban alineados en el borde de la cubierta, y

Jimmy y Claire, que ahora se sentían casi como si formaran parte de esa tripulación, estaban con ellos. Fue allí donde los encontró Prim. Apareció detrás de ellos, dio una palmada y dijo:

–Eh, chicos, ¿qué tal?

Jimmy y Claire se volvieron.

–¡Pero qué caras tan largas! Aquí estamos, lo hemos conseguido, ¿no? ¡Hora de tomar el sol!

Jimmy, que llevaba el mono desabrochado casi hasta la cintura por el calor matutino, sacó un ejemplar doblado del último número del *Times* del bolsillo interior y se lo dio al veterano reportero. Prim lo desplegó y miró atentamente la portada con una mezcla de desconcierto e incredulidad. El titular lo decía todo: «Las esperanzas se desvanecen tras la desaparición del presidente».

–No... no recuerdo haber..., ¿he escrito yo esto? He tenido que escribirlo... Bueno, la vida sigue –dijo devolviéndole el periódico a Jimmy–. ¡Tengo mi pensión esperándome en el banco y estoy listo para mi nueva vida en la playa! ¿Qué más se puede pedir?

–¿Piensas desembarcar? –preguntó Jimmy.

–Claro, ¿por qué no?

–Porque está muriendo gente –dijo Claire.

–Ah, claro, siempre está muriendo gente.

–¡El presidente ha desaparecido!

–Bueno, ya lo encontrarán. Y si no, elegirán uno nuevo, siempre lo hacen.

–Pero también está muriendo mucha más gente – dijo Jimmy–. Mira el periódico, Prim, está ocurriendo en todas partes.

Prim se echó a reír.

–Madre mía, vais muy en serio, ¿no? Mirad, yo fui corresponsal en el extranjero antes de quedarme sin estas patitas...

–Me dijiste que habías perdido las piernas intentando coger un taxi, antes de hacerte corresponsal.

–Ah, eso me lo inventé para tranquilizarte. Jimmy, Claire, la verdad es que he visto grandes guerras, hambre, epidemias, terremotos, volcanes, tsunamis..., de todo. He vivido todas esas cosas y son horribles, absolutamente horribles, pero la gente sale adelante, la gente reconstruye. A veces se tardan años, otras veces sólo unos días, pero la gente sobrevive, siempre sobrevive. Sé que toda esta historia de la Muerte Roja es grave,

pero pasará –y, dando una palmada, añadió–: Así que voy a encontrar un hotelito agradable a pie de playa, me voy a sentar junto a la piscina con un buen cóctel y voy a esperar a que se pase todo este disparate. Gracias por vuestra ayuda –dijo tendiéndoles la mano, primero a uno y luego al otro–, no habría podido hacer el periódico sin vosotros.

Le estrecharon la mano y después observaron cómo se alejaba rodando tan contento por una de las pasarelas de embarque.

–No se ha enterado de nada –dijo Jimmy–. Ni de lo del periódico... ni de lo de la epidemia.

–No tiene ni idea –asintió Claire.

Con lo atareados que habían estado los días anteriores trabajando en el periódico, Jimmy apenas se había parado a pensar en lo que iba a pasar cuando el barco atracara en Miami. Tenía la cabeza en epidemias y presidentes, no en su propio futuro más inmediato, así que se llevó una gran sorpresa cuando el primer oficial Jeffers le dijo que se había dispuesto que desembarcara en el plazo de una hora para coger un vuelo de vuelta a Irlanda.

Jimmy solamente dijo:

–Ah.

–Hemos hablado con las autoridades portuarias y han accedido a encargarse de que cojas el avión.

Claire, que estaba de pie a su lado, se quedó sin palabras durante un momento. Habían tenido un montón de peleas y habían discutido sin parar, pero también se habían reído mucho. Habían formado un buen equipo para elaborar su *Titanic Times*.

–No podéis dejar que se vaya... –empezó a decir–. Ahí fuera la gente está... muriendo. Jeffers asintió.

–Sí, Claire, hay unos cuantos casos, pero las autoridades me han dicho que no hay mucho peligro. Jimmy, enseguida vamos a empezar a embarcar a los pasajeros del crucero, así que creo que es importante que te llevemos a tierra firme antes de que esto se llene demasiado, ¿eh?

Jimmy se encogió de hombros.

–Buen chico. Te dejo diez minutos para que te despidas y te veo después en la pasarela de la banda de babor de la Cubierta Tres, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

El primer oficial Jeffers se despidió con una inclinación de cabeza y se fue.

Jimmy miró al suelo.

–Bueno... –dijo.

Claire chasqueó la lengua.

–No es justo. Corres mucho menos peligro a bordo.

–No puedo hacer mucho.

Fueron andando con desgana hacia la Cubierta Tres. Se pararon junto a la pasarela de embarque y miraron hacia el muelle por encima de la barandilla. Los pasajeros que esperaban para embarcar formaban una serpenteante cola de cientos de metros de largo. Avanzaban muy despacio. El Dr. Hill y un equipo de expertos en medicina contratados por la White Star Line estaban examinando a todo el mundo –incluidos los nuevos tripulantes– en busca de síntomas de la epidemia. A los que obtenían permiso para embarcar les daban antibióticos y analgésicos, aunque aún no se había demostrado que hubiera nada que frenara el ataque del virus.

–Deberías estar haciendo fotos –dijo Jimmy.

–¿Para qué?

–¿No vas a seguir trabajando en el periódico?

–Era divertido estando los dos, pero no con alguien nuevo.

De pronto, Claire señaló a su derecha. Prim iba por el muelle en su silla de ruedas. Detrás de él iba un mozo empujando un carrito con una montaña de maletas y haciendo grandes esfuerzos para seguirle el ritmo.

–¡Allá va, mírale!

–Cómo se alegra de poder poner los pies en tierra firme –dijo Jimmy.

Claire le miró y los dos se echaron a reír a carcajadas.

La risa se apagó enseguida. Claire se quedó pensativa.

–Si pudieras..., ¿te quedarías?

–Pero es que no puedo...

–Pero ¿si pudieras? ¿Tantas ganas tienes de volver a casa?

Jimmy se encogió de hombros. Había echado un poquito de menos estar en casa. Pero en los últimos días se lo había pasado genial.

–Bien, entonces esto no se acaba aquí. Ven conmigo.

Encontraron a la Sra. Stanford en una tumbona en la última cubierta, en biquini.

–He pensado que era mejor apropiarme una tumbona ahora –dijo cuando se le acercó

su hija—. Cuando hayan embarcado los pasajeros, está estrictamente prohibido reservar tumbonas. Estoy totalmente de acuerdo, claro, como norma general... Pero el barco es nuestro, así que debería tener preferencia para...

—Mamá.

La Sra. Stanford la miró fijamente por encima de las gafas de sol.

—¿Qué pasa, cariño?

—Quiero que Jimmy se quede.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó. Claire se hizo a un lado para que su madre pudiera ver a Jimmy, que estaba un poco más atrás—. Ah, él. Bueno, Claire, lo siento pero no puedes quedártelo. Los cachorros y los polizones no son sólo para las Navidades, ¿sabes? Conociéndote, será tu mejor amigo durante cinco minutos y luego dejará de interesarte y seré yo (o uno de los criados) quien tenga que ir detrás de él limpiándolo todo.

Claire se sentó a su lado en la tumbona y juntó las manos.

—Quiero que le digas a papá que es peligroso obligar a Jimmy a bajar del barco, con tanta gente enferma por ahí.

—Tonterías. Estará perfectamente. Esa tontería de la Muerte Roja no es más que un... pequeño contratiempo.

—Mamá, ¡están muriendo como moscas!

La Sra. Stanford se echó a reír.

—¿De verdad crees que tu padre dejaría que embarcara toda esa gente si supusiera algún peligro? Es como cualquier enfermedad, cariño: primero afecta a los ancianos y a la gente que ya tiene alguna otra dolencia, pero si estás sano puedes librarte. A mí no me preocupa ni lo más mínimo.

—Mamá, he leído las noticias. No es eso lo que está pasando.

La Sra. Stanford suspiró. Levantó su copa de cóctel y sorbió alegremente su bebida con una pajita.

—No, Claire, la respuesta es no. No, no, no, no, no.

—Entonces le voy a contar a papá lo del tío Winston.

La Sra. Stanford estuvo a punto de atragantarse. Apoyó el vaso tan bruscamente que el líquido azul salpicó fuera.

—¿Cómo dices?

—Hace cinco años te vi besando al tío Winston. Con lengua y todo.

—Claire, no le estaba...

–¡Te vi!

–Te confundiste. El tío Winston es un gran amigo de tu padre y...

–Teníais una aventura.

–No teníamos ninguna...

–Bueno, entonces no importará que se lo cuente a papá...

Claire se levantó y empezó a alejarse.

–Vamos, Jimmy –dijo.

Habían avanzado unos veinte metros cuando la Sra. Stanford les gritó:

–Claire, vuelve aquí.

Claire se detuvo. Le guiñó un ojo a Jimmy, volvió hasta donde estaba su madre y levantó una ceja con un gesto inquisitorio.

–Ese... disparate sobre el tío Winston... Eso es exactamente lo que es, un disparate. Pero somos muy buenos amigos y, hasta cierto punto, entiendo la impresión que pudo causarle a una niña pequeña. Aunque no tengo nada que ocultar, en este momento tu padre está bajo mucha presión y lo que menos necesita es un tremendo lío familiar al mismo tiempo. Y aunque estoy segura de que esta... enfermedad... va a desaparecer tan rápido como empezó, el chico está a nuestro cargo y ahora veo que no estaría bien bajarle del barco y exponerle a... bueno, ya sabes lo que quiero decir. Así que si quieres que me encargue de hablar con tu padre...

Claire asintió.

–Déjame que me quede un par de horas más disfrutando de este maravilloso sol y luego...

–No, mamá, tiene que ser ahora.

–¿Ahora? Pero si acabo de...

–Ahora.

La Sra. Stanford dirigió una mirada de desesperación a su hija y después suspiró y alargó la mano para coger su albornoz. Miró hacia el sol apenada, se puso las sandalias y les indicó a Claire y a Jimmy que la siguieran. Al pasar junto a Claire, dijo entre dientes:

–Esto es chantaje, ¿sabes?

–Lo sé –contestó Claire.

Sin embargo, sus esperanzas se vieron truncadas enseguida. Claire y Jimmy se quedaron esperando fuera del despacho del Sr. Stanford, pero lo oyeron todo a través de

una ventana abierta. Al principio tuvieron que hacer grandes esfuerzos para entender lo que decían, pero muy pronto pudieron oírlo con total claridad.

–¡Y yo te digo que ni hablar, Catherine!

–Pero, George, ¿es peligroso salir ahí!

–¿No te parece que ya tengo bastantes cosas de las que preocuparme? Por el amor de Dios, Catherine, ¡me faltan cerca de mil pasajeros que no se han presentado porque están enfermos, muertos o atrapados en algún aeropuerto en el fin del mundo intentando llegar hasta aquí! ¡Y me van a demandar como nos vayamos sin ellos! Y tengo a mil quinientos pasajeros embarcando, ¡y a saber cuántos están contagiados! ¡Y me van a demandar si el barco no zarpa a su hora! La tercera parte de mi tripulación no se ha presentado, la comida y las provisiones están llegando con cuentagotas y hasta a Frankie Savoy, al que estoy pagando personalmente cien mil dólares para que tenga entretenidos a los pasajeros durante este viaje inaugural, le faltan cuatro miembros de su banda, ¡y se niega a actuar si no le pago el doble y si no le encuentro un trompetista! ¿Crees que tengo tiempo de preocuparme de ese maldito polizón tuyo?

–Exacto, cariño, tú no deberías estar preocupándote, ¡así que deja que se quede en el barco y olvídate de él!

–¡No puedo! ¡Hay una orden judicial que exige su regreso inmediato! ¡Hay dos oficiales de la policía portuaria de Miami esperando para detenerle! Si dejo que se quede a bordo, ¡me acusarán de atravesar fronteras internacionales con un menor y me meterán en la cárcel! La respuesta es no. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La Sra. Stanford salió un par de minutos más tarde.

–Se lo está pensando –dijo.

Claire cruzó los brazos.

–Mamá..., lo hemos oído.

–Bueno... Si existe la posibilidad de que pierda dinero, la primera reacción de tu padre siempre es decir que no. Si habéis estado escuchando, ya sabéis que he hecho todo lo posible. Y si aun así decides contarle lo del tío Winston..., bueno, es cosa tuya, pero sinceramente, Claire, si ahora mismo le dijeras que he tenido aventuras con todos y cada uno de los miembros del Coro de Voces Masculinas de Viena, seguro que ni siquiera pestañeaba. Tiene demasiadas cosas en la cabeza. Así que, si no te importa, me vuelvo a tomar el sol.

Le hizo un gesto con la cabeza a Jimmy y se fue caminando muy digna en dirección a

unas puertas correderas. Cuando ella entraba, el primer oficial Jeffers salía. No parecía muy contento.

Jimmy se volvió hacia Claire.

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Correr!

EL POLIZÓN

Claire apareció poco antes del almuerzo.

–Tienen montada una buena bronca ahí abajo. Los policías le están diciendo a mi padre que no puede zarpar sin entregarte y mi padre está diciendo que ya llevan una hora de retraso y que se va a producir un motín si no se pone en marcha. Ellos dicen que tienen una orden judicial y él dice que va a demandar a las autoridades portuarias y les va a reclamar veinte millones de dólares como no dejen que salga el barco. Jonas Jones ha bajado y ha amenazado con pegar a uno de ellos porque estamos consumiendo combustible sin movernos. En lo único que todo el mundo está de acuerdo es en que te odian.

–¿Tú también?

–Yo la que más.

–¿Y tú por qué?

–Porque estás disgustando a mi padre –dijo. Jimmy la miró y los dos se echaron a reír–. ¿Tú te llevas bien con el tuyo?

Jimmy se encogió de hombros.

–Sí, supongo que sí. No sé, se puede contar con él. Me imagino que...

De repente, sus palabras quedaron tapadas por un ruido ensordecedor procedente de la chimenea que tenían detrás. Al momento, el barco entero empezó a temblar.

Claire le pegó un puñetazo en el brazo.

–¡Nos estamos moviendo!

Jimmy le devolvió el puñetazo.

Así que estaban en marcha. Volvía a ser un polizón, pero esta vez a propósito.

Además, la situación era bastante distinta a la de la otra vez. Aunque la tercera parte de los pasajeros y los tripulantes no se había presentado, había gente por todas partes. Los camarotes que no se habían ocupado estaban bien cerrados con llave. Los miembros de la tripulación no dejaban de rondar el barco. Ya no tenía la sensación de que fuera *su* barco. El *Titanic* había sido como un gran caparazón vacío con un número mínimo y apenas suficiente de tripulantes. Ahora los pasajeros llenaban los pasillos y vestíbulos, los niños gritaban contentos mientras se tiraban a la piscina y los ancianos se llenaban los platos de comida en los autoservicios. Era un organismo vivo que surcaba las aguas del Caribe como un imponente behemot.

Jimmy le hizo esta observación a Claire.

–Es como un imponente behemot.

–¿Un imponente qué?

–Un behemot. Es un...

–Estás chiflado –dijo Claire–. Venga, pruébate esto.

Era peligroso que Jimmy siguiera moviéndose por el barco vestido con el mono robado. Tenía que llamar menos la atención, así que Claire se había colado en uno de los camarotes familiares y había robado una maleta llena de ropa. Después había seleccionado media docena de camisetas y tres pantalones cortos. Miró para otro lado mientras Jimmy se quitaba el mono con dificultad.

–¿No había nada... mejor?

–No estás en situación de ponerte quisquilloso.

–Vale, ya puedes mirar.

Claire le silbó burlándose.

–Muy graciosa –dijo él.

Estuvieron dando vueltas por las cubiertas superiores durante un par de horas. Fueron al bufet y se atiborraron de comida hasta que casi no podían ni moverse. Jimmy llevaba una gorra de los Yankees de Nueva York que no se quitó en ningún momento. Nadie se fijó en ellos. Los pasajeros estaban demasiado ocupados pasándose lo bien y los tripulantes estaban demasiado ocupados atendiendo a los pasajeros. Había cientos de cosas que hacer en el *Titanic*, pero, por alguna razón, al cabo de un rato Jimmy y Claire estaban aburridísimos.

Volvieron a la cubierta superior. Claire pilló unas Coca-Colas en el bar y se sentaron

mirando hacia la piscina del piso de abajo, a los niños que se tiraban por el tobogán gritando y a las abuelas que intercambiaban cotilleos metidas en el agua hasta la cintura.

–Están encantados de la vida –dijo Jimmy.

–Ya –dijo Claire–. ¿Cómo es que no están preocupados por la epidemia? Seguro que ya ha llegado al barco.

–A lo mejor la enfermería está llena. A lo mejor está todo lleno de cadáveres.

Claire asintió y dijo:

–¿Y qué habrá sido de los misteriosos polizones de Pedroza? No los vi bajar del barco.

¿Dónde los tendrá escondidos ahora?

Jimmy suspiró y cambió de tema.

–Me lo he pasado muy bien haciendo el periódico.

–Ya, ha sido divertido.

–Difícil.

–Pero divertido.

Habían sudado la gota gorda para hacerlo. Había sido emocionante, apasionante y aterrador.

–¿Cómo será el nuevo encargado? –dijo Claire–. Seguro que está destrozando nuestro periódico.

–Seguro que Prim no le enseñó nada, con las ganas que tenía de bajarse del barco. Estará dando vueltas como un pato mareado.

Esta vez fue Claire quien suspiró.

–Ojalá pudiéramos ir a ver qué está haciendo...

–Ya, pues no podemos.

–Bueno..., tú no puedes. Te pillarían, seguro. Pero no hay nada que me impida bajar a mí. Podría ofrecerme a ayudar y después tú podrías ayudarme a mí en secreto.

Jimmy negó con la cabeza.

–No va a funcionar. Me pillarían. Y de todas formas no pienso trabajar como tu maldito ayudante.

–No sería así, Jimmy.

Jimmy se encogió de hombros. Volvió a mirar hacia la piscina. Le molestaba un poco la idea de que Claire pudiera volver a trabajar en el periódico y él no. Al mirar abajo, se dio cuenta de que había un chico negro alto y delgado que le estaba mirando fijamente desde la parte menos profunda de la piscina. Jimmy le sostuvo la mirada. Al cabo de

unos instantes, el chico se sumergió en el agua y empezó a nadar hacia lo hondo. Jimmy le observó durante unos segundos más y después se volvió hacia Claire. Sabía que se estaba comportando como un idiota con lo del periódico.

–Bueno –dijo–, baja y mira a ver.

–¿Seguro? Probablemente me eche de allí.

–Venga, ve.

Claire le sonrió con vacilación y empezó a alejarse.

Apenas había avanzado unos pocos metros, cuando Jimmy le gritó:

–¡Culo gordo!

–¡Cabeza hueca!

La única diferencia era que esta vez en sus caras había sendas sonrisas de oreja a oreja.

Jimmy se sentó en el cine de la Cubierta Cuatro. Estaban poniendo una película de Disney de hacía años, pero en la sala hacía fresco y estaba oscuro, y era un buen sitio para esconderse. Sin embargo, se hartó al cabo de una media hora. Cuando se levantó para marcharse, se fijó en que el chico que le había estado observando desde la piscina estaba sentado tres filas más atrás.

Cuando Jimmy estaba empujando las puertas para salir, el chico se levantó y fue detrás de él. Cuando Jimmy llegó al ascensor del pasillo y se metió en él, el chico se apresuró para intentar entrar también. Cuando las puertas empezaron a cerrarse, el chico echó a correr. Jimmy podría haberlas sujetado, pero no lo hizo.

Se bajó un piso antes de llegar a su destino y se escondió detrás de una planta que, a pesar de tener un tamaño exagerado, le permitía ver bien las puertas del ascensor.

«Si me está siguiendo, se habrá quedado esperando abajo para ver en qué piso se ha parado mi ascensor.»

Efectivamente, enseguida llegó el siguiente ascensor, se abrieron las puertas y salió el chico, que miró con cautela a un lado y a otro. Al no descubrir a Jimmy a simple vista, pasó por delante de la planta y se fue corriendo en dirección a una sala de Atención al Cliente en la que los pasajeros ya estaban ocupados reservando sus próximos cruceros.

Jimmy utilizó las escaleras para volver a la última cubierta. Se preguntó si debía arriesgarse a darse un chapuzón. El agua parecía tan apetecible y tan fresquita... Pero iba a ser muy difícil escapar si le veían. Estaba apoyado en la barandilla pensando en eso

cuando se dio cuenta de que el sol le estaba quemando. Iba a tener que mangar crema solar de...

Alguien le empujó por la espalda.

El chico negro.

Ahora que le veía de cerca, se dio cuenta de que el chico le sacaba una cabeza. Volvió a empujarle, esta vez en el pecho.

–¡Eh, tú!

–Yo ¿qué?

–Tú.

Al tercer empujón, Jimmy se lo devolvió. El chico le agarró de la camiseta.

–Te he estado siguiendo.

–Ya lo sé –dijo Jimmy–. ¿Eres gay?

–Esa camiseta es mía.

–Ya, claro –dijo Jimmy, que a continuación le pegó un fuerte empujón en el pecho. Le pilló desprevenido y se fue hacia atrás dando trompicones. Jimmy se largó de allí. El chico fue detrás.

Jimmy no había entrenado en toda su vida, pero era bastante rápido por naturaleza.

El otro chico era más rápido.

Jimmy consiguió llevar la delantera a duras penas saltando por encima de las tumbonas, pasando agachado por debajo de las sombrillas y tirando a su paso cubiteras y ceniceros de pie. Corrió al interior del barco y bajó las escaleras enmoquetadas de seis en seis, apoyándose en los relucientes pasamanos.

Bajaron cuatro cubiertas así, sin que en ningún momento Jimmy le sacara más de una docena de pasos de ventaja a su perseguidor. Pasaron empujando por en medio de parejas de ancianos. La gente apartaba a los niños de su camino apresuradamente. Entonces el chico decidió actuar y, lanzándose desde lo alto de un tramo de escaleras, cogió a Jimmy por el cuello. Cayeron al suelo. El chico estaba encima, aplastando a Jimmy y dejándole sin aire. Se sentó a horcajadas encima de él y le agarró del cuello.

–¡Mi camiseta!

–¡Quítate de encima, mariquita!

–Esa camiseta es mía. ¡Quítatela!

–¡Vete a la mierda!

El chico le dio un puñetazo. Le dolió. Notó el sabor de la sangre en la boca y los ojos

le hicieron chiribitas.

–¡Quítatela!

Volvió a levantar el puño, dispuesto a volver a hacerle daño.

Para darse tiempo e idear un plan de huida alternativo, Jimmy fingió rendirse.

–Vale..., está bien. Tranquilízate, anda.

–¡Quítatela...!

–Está claro que ha habido algún malentendido...

–¡Que te la quites!

–Vale... Aunque hay miles de camisetas iguales que ésta... De verdad, ¿te crees que sólo han fabricado una?

Era de color rojo, con las letras «APNJ» en el pecho y un dibujo de un águila debajo.

–¡En serio! Yo me la compré en Belfast, ¿tú dónde te compraste la tuya?

El chico apenas vaciló. Fue golpeando con la mano las letras en el pecho de Jimmy mientras pronunciaba las palabras con brusquedad:

–Asbury... Park... Nueva... Jersey.

–¿Lo ves? ¡Las venden en todo el mundo!

–¡Es la camiseta de mi colegio! ¡Mi colegio está en Asbury Park, en Nueva Jersey! ¡El águila representa al equipo de mi colegio! ¡Lleva mi nombre cosido por dentro del cuello! –dijo mientras cogía el cuello de la camiseta y lo retorció–. ¿Lo ves? ¡Ty Warner! ¡Así es como me llamo! ¡Ty Warner! ¡La has robado de mi camarote! Ahora quítatela o te mato.

Jimmy se quedó mirándole con los ojos entrecerrados y, de repente, gimió:

–¡No puedo!

Ty Warner puso cara de sorpresa.

–¿Por qué no?

En las comisuras de los ojos de Jimmy empezaron a aparecer lágrimas.

–¡Porque no tengo otra! Perdóname, no pretendía robarla, sólo tomarla prestada, ¡por favor! Soy un polizón, no tengo más ropa –las lágrimas le corrían por las mejillas–. No me pegues más, por favor.

Jimmy era especialista en llorar adrede. Cuando la violencia y las artimañas no funcionaban, solía usar las lágrimas como último recurso. No estaba muy orgulloso de ello, pero sí se le daba especialmente bien.

Ty suavizó el tono.

–¿Cómo que eres un polizón?

–Me colé en el barco. No tenía otro sitio adonde ir. Mis padres murieron de la Muerte Roja.

Eso, más que todo lo demás, fue lo que hizo que Ty se quitara de encima de Jimmy a toda velocidad.

–Tranquilo, seguramente no estoy contagiado.

El chico se mantuvo a cierta distancia. Jimmy se incorporó y fingió que estornudaba. Después se limpió la nariz con la manga de la camiseta.

–Puedo devolvértela si de verdad...

El chico puso las manos en alto.

–No..., quédatela...

Jimmy se secó los ojos.

–¿Seguro?

–Segurísimo. Tú solamente... no te acerques. Y... esto..., perdona por haberte pegado.

Jimmy se puso de pie.

–Gracias, colega –dijo.

A continuación volvió a dirigirse al tramo de escaleras y empezó a subir lenta y pesadamente. Al llegar al descansillo, se detuvo y volvió a mirar al chico, que seguía observándole con una expresión de auténtico pavor.

–Ah..., me has dicho Ty, ¿verdad? –el chico asintió–. Ty..., sólo quería decirte...
¡IMBÉCIL!

Jimmy se rió y se fue corriendo. Esta vez no le iba a coger.

EL DIRECTOR DEL *TITANIC TIMES*

Jimmy se refugió en un bote salvavidas de la última cubierta, donde antes había estado escondido con Claire. La funda dejaba una pequeña rendija que le permitió tener vigilado a Ty Warner, que estaba recorriendo la zona sin descanso. Estaba claro que ya no era sólo por una camiseta robada. La próxima vez que se encontraran no habría lágrimas, mentiras ni insultos. Habría violencia extrema.

Justo cuando estaba empezando a quedarse dormido, le despertó un aviso que sonó por megafonía:

–James Armstrong, por favor, acuda a la redacción del periódico.

«Sí, seguro. Se creerán que voy a picar.»

Diez minutos más tarde, volvió a escucharse el mismo aviso. Pero esta vez era la voz de Claire, que además añadió:

–En serio, puedes venir.

«Sí, claro. Te han obligado a llamarme. Te ha chantajeado tu propio padre.»

Se preguntó a cambio de qué le habría vendido Claire. ¿Un día de compras en Miami? ¿Un nuevo poni?

–James Armstrong, acuda a la redacción del periódico inmediatamente.

Apenas tres segundos más tarde, la funda del bote salvavidas se levantó de golpe. Fuera estaba el primer oficial Jeffers, mirándole con cara de pocos amigos.

¡Claire le había delatado!

«La muy...»

Jeffers le agarró y le sacó del bote de un tirón. Le dejó caer sobre la cubierta.

–Muy bien, Jimmy, vámonos...

Jimmy avanzó a regañadientes, arrastrando los pies.

–Jamás me habríais pillado si ella no os hubiera...

–Camina.

Cuando se dirigían hacia los ascensores, Ty Warner salió por una puerta y empezó a caminar detrás de ellos.

–Me ha robado la camiseta... –empezó a decir.

–Ha hecho muchas cosas –contestó Jeffers.

–Quiero mi camiseta.

–Deja tu nombre en Atención al Cliente y yo me encargaré de que te la devuelvan.

–La quiero ahora.

–Bueno, pues ahora no puede ser.

Ty se quedó parado detrás de ellos con un gesto de resentimiento mientras esperaban al ascensor. Cuando llegó, esperó hasta que las puertas empezaron a cerrarse y entonces entró detrás de ellos.

–Es mi camiseta favorita.

–¿Qué tienes, seis años? –dijo Jimmy.

–¡Cállate, Jimmy! –dijo Jeffers.

–¿Es como tu mantita, o qué?

–He dicho que te calles.

–¿Qué piensas hacer, detenerme?

Jeffers suspiró.

–Quiero mi camiseta –dijo Ty.

–Ya te he dicho que vayas a Atención al Cliente, te la darán cuando...

–Yo creo que eres gay –dijo Jimmy.

–He dicho que te calles, ¡y no pienso volver a repetirlo!

Jimmy se encogió de hombros.

–Quiero mi... –empezó a decir Ty.

–¡Y tú también! –gritó Jeffers.

Ty se quedó anonadado.

–¡No puedes hablarme así!

Las puertas del ascensor se abrieron y Jeffers empujó a Jimmy para que saliera. Estaban en la planta de la redacción del periódico.

–¿Adónde vamos? –preguntó Jimmy.

–Camina.

–¿Y mi camiseta? –preguntó Ty.

Jeffers hizo oídos sordos. Fueron avanzando por el pasillo mientras Ty se iba quedando cada vez más atrás.

–¡Se lo voy a decir a mi madre! –les gritó.

–¡Eres una nenaza! –gritó Jimmy, que se ganó un empujón en la espalda.

Jeffers le hizo detenerse delante de la redacción del periódico.

–Entra –dijo mientras abría la puerta.

Ahí estaba... La traidora. Claire estaba sentada en el borde de una de las mesas. Lo miró avergonzada. No había ni rastro del director del periódico.

–Muchas gracias –dijo Jimmy bruscamente–. Espero que tus ponis se mueran en un espantoso accidente de tráfico.

–Jimmy...

–No pienso dirigirte la palabra –y, volviéndose hacia Jeffers, dijo–: Bueno, ¿qué pasa?

–El nuevo director del *Titanic Times* quiere verte. Está en el baño, entra a verle.

–Ya, claro.

Jimmy se quedó donde estaba.

–Jimmy, por favor... –dijo Claire.

–Te he dicho que no pienso dirigirte la palabra.

Jimmy miró hacia el baño.

–¿Qué pasa, que está haciendo caca?

Ty había vuelto a aparecer y estaba delante de la puerta abierta.

–Quiero mi camiseta.

Jeffers puso cara de desesperación.

–Vete de aquí –dijo mientras cerraba la puerta. Después se volvió otra vez hacia Jimmy y señaló hacia el cuarto de baño con la cabeza.

Jimmy chasqueó la lengua.

–Bueno, mejor que miraros a vosotros dos...

Se dirigió hacia el baño dando grandes zancadas.

Estaba vacío.

–Vuélvete hacia la izquierda –le dijo Claire.

–¿Qué?

Sólo había un espejo.

–Tienes delante al nuevo director del *Titanic Times*.

Jimmy se quedó mirando su propio reflejo durante unos instantes y después volvió rápidamente a la redacción.

—¿De qué narices estáis hablando?

Jeffers estaba sonriendo. Claire también. Dio una palmada y dijo:

—¡Jimmy! ¡Va en serio! ¡El nuevo director no embarcó en Miami! ¡Eres el único que sabe cómo hacer el periódico! El capitán dice que tienes que hacerlo hasta que se acabe el crucero o hasta que se acabe el mundo, ¡lo que ocurra primero!

Jimmy llevó la mirada del uno al otro.

—¡Tenéis que estar de broma!

Llamaron a la puerta.

—¡Quiero mi camiseta!

TY

No estaban de broma.

Jeffers cogió una silla para Jimmy.

–Se suponía que tenía que encargarse un tal Travers. De hecho, llegó a subir al barco, pero luego volvió a bajar. Decía que sus padres estaban enfermos y que no podía abandonarlos. Así que nos hemos quedado colgados. Y la cosa es que los pasajeros se ponen como locos si no reciben su ración de noticias por la mañana, Jimmy, sobre todo con lo que está pasando en sus ciudades. Así que queremos que lo hagas tú. Con ayuda de Claire.

Jimmy le hizo un gesto con la cabeza a Claire.

–¿Ha sido idea tuya?

Claire volvió a sonreír.

–Cuando bajé, estaba él aquí –señaló a Jeffers con la cabeza–, intentando hacer un periódico, pero no tenía ni idea.

–Es más difícil de lo que parece –asintió Jeffers.

–Así que le dije que tú eras el único que realmente sabía cómo hacerlo.

–Es lo más razonable, Jimmy –dijo Jeffers–. Lo he consultado con el capitán y él lo ha consultado con el Sr. Stanford, y los dos están de acuerdo. Si lo quieres, el puesto es tuyo hasta el final del crucero.

Jimmy se miró atentamente las uñas. Desde luego, era un cambio asombroso en su suerte. Y, como solía decirle su abuelo, la ocasión la pintan calva.

–Bueno –dijo–, ¿cuánto me vais a pagar?

Jeffers se echó a reír.

–¿Qué? ¡Tienes suerte de que no te metamos en el calabozo y tiremos la llave!

Jimmy sonrió complacientemente.

–No, en serio, ¿cuánto?

–Jimmy... –dijo Claire–, te van a dejar que...

–Claire, puede que sea un polizón, pero no soy un esclavo. Cuento con que me paguen lo que fueran a pagarle al otro, Travers o como se llame.

–¡No eres más que un crío! –gritó Jeffers.

–¡Entonces dejad de explotarme y pagadme un sueldo decente!

Jeffers puso los brazos en jarras.

–Tiene usted un morro que se lo pisa –dijo.

–Sí, ya lo sé –contestó Jimmy.

Jeffers les dijo que tendría que consultarlo con el capitán, pero les pidió por favor que, mientras tanto, fueran empezando con el periódico. Se caló bien la gorra y, justo cuando estaba saliendo de la redacción, Jimmy le dijo:

–Y también tenéis que pagar a Claire.

Jeffers respiró hondo y abandonó la habitación, cerrando bien la puerta al salir.

Al instante, Claire se echó a reír a carcajadas.

–Menuda cara tienes, Jimmy Armstrong.

–Estoy trabajando, llámame James.

De modo que se pusieron manos a la obra. Ya se había hecho de noche en esa primera jornada del primer crucero propiamente dicho del *Titanic*. Tenían que preparar un periódico entero para que el capitán le diera el visto bueno, después imprimir miles de ejemplares y, finalmente, organizar el reparto a todos y cada uno de los camarotes del barco.

Era muchísimo trabajo.

Las noticias que llegaban del exterior no eran buenas. Cientos de miles de personas, posiblemente millones, habían contraído la Muerte Roja. Había cortes en el suministro eléctrico. Los alimentos no llegaban a los supermercados. Los cultivos se estaban pudriendo en el campo. Los que no estaban moribundos estaban enfermos, y los que no estaban enfermos estaban pasando hambre y frío. Las discusiones desembocaron en peleas, las peleas desembocaron en revueltas y las revueltas desembocaron en asesinatos y destrozos. Había ciudades en llamas. Estaba ocurriendo en todas partes.

Prácticamente todos los países ricos tienen reservas de provisiones –comida, agua, instrumental médico, combustible– a las que recurrir en situaciones de emergencia. Cuando hay un terremoto o una inundación, estas provisiones se llevan rápidamente a la zona afectada. Pero ahora había demasiadas zonas afectadas para que todo el mundo pudiera tener cubiertas las necesidades básicas. Y cada vez eran más las sospechas de que las provisiones disponibles estaban siendo acaparadas por los ricos y los poderosos, lo que desembocó en más revueltas.

Era horrible.

Agruparon las noticias según la procedencia geográfica de los pasajeros. La mayoría venían de Estados Unidos, pero también había un número considerable de pasajeros procedentes del Reino Unido, América del Sur y Rusia. Las cosas no iban mucho mejor en sus países. Jimmy se alegró de que no hubiera ningún otro pasajero de Belfast. Eso significaba que no tenía que buscar información sobre lo que estaba pasando en su ciudad. No quería saberlo.

Cuando por fin la tuvieron terminada, Claire se quedó mirando la portada con tristeza.

–Tiene que acabar pronto, ¿no?

–Debería.

–Darán con una cura o se pasará solo. Todos los virus y epidemias han acabado desapareciendo tarde o temprano. Si no, nos habríamos muerto todos hace miles de años. El cuerpo acaba encontrando formas de defenderse, ¿no? Es la ley del más fuerte.

Jimmy asintió muy serio.

–Sí, supongo. Aunque... leí una noticia que decía que es posible que el virus haya salido de un laboratorio de California. Que puede que haya sido creado por científicos y que en ese caso... Bueno, dicen que, como no es algo natural, sino algo que se ha fabricado en un laboratorio, puede que no seamos capaces de defendernos de él.

–¡No digas eso!

–No lo digo yo, son ellos.

La información sobre la Muerte Roja ocupaba las ocho primeras páginas. Después usaron la reseña sobre Jonas de la edición de prueba y llenaron otras cuatro páginas con ella. Todavía les quedaban cuatro páginas por rellenar. Jimmy atravesó la redacción y abrió la puerta. Ty Warner seguía ahí.

–Dame mi camiseta –dijo.

Jimmy se volvió hacia Claire.

–Hazle una foto.

–¿Para qué?

–Puede ser nuestro «Pasajero del día». Nos servirá para rellenar el hueco.

Claire cogió la cámara y se dirigió hacia la puerta.

–¿Quieres ser nuestro «Pasajero del día»?

–No, quiero mi camiseta.

Jimmy sacudió la cabeza.

–Puedes ser nuestro «Pasajero quejica del día».

–No soy un quejica. Mi madre dice que soy perseverante. Soy como un perro con un hueso. No pienso irme hasta que me la devuelvas.

Jimmy estaba empezando a cabrearse.

–Mira, no tengo otra cosa que ponerme, así que te la devolveré cuando haya terminado con ella –le soltó–. Y, por cierto, ahora trabajo en el barco. Y el padre de ella es el dueño. Seguramente entre los dos podemos hacer que te tiren por la borda, así que deja de repetir lo de la camiseta y hazte la foto.

Claire levantó la cámara.

–¿Es verdad que tu padre es el dueño del barco?

Claire asintió.

–Sonríe.

Sacó una foto. Después sacó otra.

–A todo esto, ¿qué estáis haciendo ahí dentro?

–Dirigir el periódico del barco. El *Titanic Times*.

–Pero si sois unos críos.

–Ya –dijo Jimmy–. ¿A que somos la repera?

* * *

Ty echó un vistazo a la portada.

–¿Y en Nueva Jersey? –preguntó.

–Lo mismo que en todas partes.

–Salimos de allí hace tres días, por carretera. Había coches abandonados por todas partes. Mi padre tenía gasolina de repuesto escondida en la parte de atrás.

–¿Y por qué no os quedasteis allí?

–Mi padre dijo que habíamos pagado un dineral por estas vacaciones y que no íbamos a perderlo sólo porque unos cuantos hayan cogido la gripe.

–Es peor que la gripe –dijo Claire.

–Puede. Mi padre dice que los periódicos siempre exageran, para vender más.

–Este periódico es gratis –dijo Jimmy.

Ty negó con la cabeza.

–No, no es gratis. Hay que gastarse miles de dólares en hacer este crucero para poder tener el periódico. Es el periódico más caro del mundo. En cualquier caso, mi padre dice que estamos mejor a bordo de un barco, lejos de todo el follón. Cuando volvamos a casa, ya habrá pasado todo.

Le estuvieron haciendo preguntas para el artículo que acababan de inventarse, «El pasajero del día». Ty les dijo cuáles eran sus películas favoritas, qué música le gustaba y cuál era su comida preferida. Les contó que su padre trabajaba como programador informático y que su madre era enfermera. No tenía hermanos. Su sueño era ser astronauta.

–¿Para eso no hay que ser inteligente? –preguntó Jimmy.

–Soy inteligente.

–¿Eres el primero de tu clase?

–Sí.

Jimmy lo escribió en el ordenador.

–¿Y cuándo supiste que eras gay?

Dejó los dedos suspendidos sobre el teclado, listo para seguir tecleando.

Ty, que estaba sentado en una silla, se puso en tensión.

–¿De qué estás...?

–Venga, tranquilo –dijo Jimmy riéndose–, es broma.

Ty se quedó mirando fijamente a Jimmy.

–Que sepas que mi padre me lleva a kárate dos veces a la semana. Si sigo con ello, seré el cinturón negro más joven de Nueva Jersey.

Jimmy asintió impresionado mientras seguía escribiendo.

–Y ahora en serio, ¿crees que así vas a ser menos gay?

Ty se levantó de la silla hecho una furia.

–¡Te voy a...!

Claire se puso en medio rápidamente.

–¡Estaos quietos, los dos!

Ty la miró con cara de asombro.

–¡Yo no he hecho nada! ¡Dile a él que deje de llamarme gay!

–No hay nada de malo en ser gay –dijo Claire.

–¡Pero es que no lo soy!

–Lo dejaremos claro en el artículo. El titular va a ser... –dijo mirando a Jimmy en busca de ayuda.

–«¡Decididamente, Ty Warner no es gay!»

Ty llevó la mirada del uno al otro.

–Estáis... ¡Estáis locos!

Después se dio la vuelta rápidamente y salió corriendo de la redacción del periódico.

EL *TITANIC TIMES*

–Pasa –dijo Jimmy.

–No, tú primero...

Estaban a punto de entrar en el puente de mando con el primer ejemplar del primer periódico de verdad que habían elaborado para los pasajeros del *Titanic*. Estaban agotados, pero contentos con el esfuerzo que habían realizado: el *Times* estaba cargado de noticias, los reportajes eran interesantes y el diseño y la maquetación eran muy vistosos. Parecía profesional. Era profesional. Y, como había dicho Ty, no eran más que unos críos. Tenían todo el derecho del mundo a estar orgullosos de sí mismos.

Claire entró primero y Jimmy fue detrás de ella. El capitán Smith y el primer oficial Jeffers estaban hablando en voz baja con el Dr. Hill, así que tuvieron que esperar para poder darle el periódico. Finalmente, Jeffers los vio y, con una sonrisa, dijo:

–Aquí los tenemos. ¿Qué? ¿Ya está terminado?

–¿Qué pasa con el pago? –dijo Jimmy.

Jeffers miró al capitán.

–Se lo dije...

–El primer oficial Jeffers me ha dicho que te gusta el regateo –dijo el capitán Smith.

–No, la verdad es que no me va mucho el fútbol.

Al capitán le brillaron los ojos durante un instante. Después chasqueó los dedos.

–Bueno, vamos a echarle un vistazo.

Jimmy le dio el periódico y le guiñó el ojo a Claire. Era la señal para que ella empezara a hablar.

–Tendremos las copias imprimidas más o menos dentro de una hora, pero vamos a necesitar ayuda para repartirlas. Hay que distribuir casi dos mil ejemplares.

–Bastante escasos de personal estamos ya –dijo Jeffers.

–Sí, eso hemos pensado. Por eso queríamos pedir permiso para contratar a unos cuantos niños para que nos los repartan.

–¿Cómo dices?

Jimmy asintió al lado de Claire.

–Media docena de niños, diez dólares para cada uno, y todo el mundo tendrá el periódico en su puerta dentro de una hora.

El capitán le pasó el periódico al Dr. Hill.

–¿Qué le parece, doctor?

Mientras el médico empezaba a examinarlo, Jeffers dijo:

–Parece un plan para intentar sacar dinero.

Jimmy cruzó los brazos.

–Es una solución para un problema. Si el periódico no llega a los pasajeros, ¿qué sentido tiene hacerlo?

–Y a los niños les encanta ganar dinero –apuntó Claire–. Lo harán cinco veces más rápido que vuestro personal porque sólo vamos a escoger a los que estén dispuestos a ir corriendo a todas partes.

–Será como un club. Se sentirán como si formaran parte de la tripulación.

–Pero recibirán órdenes de nosotros.

Miraron al capitán Smith con impaciencia, esperando su aprobación. Habían acordado que, si conseguían el dinero, darían la mitad a los niños a los que contrataran y se quedarían con el resto. Era importante obtener beneficios. El capitán Smith se movió ligeramente hacia un lado de la habitación y estuvo discutiendo en voz baja con el Dr. Hill. Después se volvió de nuevo hacia ellos y asintió pensativamente.

–Desde luego que podemos conseguir el dinero para pagar el reparto, aunque tengamos que cogérselo de la cartera a tu padre –dijo. Claire sonrió, un poco avergonzada–. Está claro que los dos habéis trabajado mucho en el periódico. Sin embargo...

El capitán Smith sostuvo el *Times* en alto.

A continuación, lo rompió en dos.

–... no vamos a repartirle *esto* a nadie.

–¿Qué hace? –gritó Claire.

–¡Hemos estado todo el día trabajando en eso! –exclamó Jimmy.

El capitán Smith suspiró.

–No me cabe duda. Pero no es lo bastante bueno. Nuestros pasajeros han venido a pasárselo bien, a olvidarse de sus problemas. Si leen esto (por Dios, no hay más que muertes y desgracias), se van a tirar por la borda.

–¡Pero eso es lo que está pasando!

–Lo sé, Jimmy, y está claro que no debéis pasarlo por alto, pero tenéis que darle un enfoque más positivo.

–¿Cómo? ¡La gente se está muriendo!

–¡Ése no es mi trabajo! –estalló el capitán–. Yo lo único que os digo es que no pienso repartirlo tal como está... Es como una carta de suicidio de dieciséis páginas. Meted buenas noticias, por el amor de Dios, resultados de...

–¡Han cancelado todos los partidos!

–¡Pues inventaos algo! ¡Pero arregladlo!

A Claire se le abrió ligeramente la boca.

–¡No puede hablarnos así!

–Sí puedo. Cuando accedisteis a editar este periódico, cuando aceptasteis recibir un sueldo a cambio, os convertisteis en empleados de este barco. Así que escuchadme con atención: necesitamos un periódico para mañana por la mañana y me da igual si tenéis que quedaros toda la noche despiertos para hacerlo. Y ahora, ¡largo de aquí!

Estaba lloviendo. Una lluvia torrencial. Pero era una lluvia cálida, como Jimmy nunca la había visto antes. Con todo el trabajo en el periódico y los horrores sobre los que estaba escribiendo, casi había olvidado dónde estaba. En el Caribe. Él ni siquiera había ido nunca de vacaciones con su familia... De hecho, era la primera vez que salía de Irlanda.

–Le odio –dijo Claire.

–Yo también.

–¿Quién se cree que es para romper el periódico así?

–Me gustaría quemarle la barba. Y meterle un petardo por el culo.

Se quedaron viendo la lluvia caer. Estuvieron callados durante casi un minuto.

–Aunque tiene razón –dijo Jimmy.

–Ya –dijo Claire.

* * *

Volvieron a la redacción y se pusieron a trabajar en una nueva versión del periódico. No hicieron como si la Muerte Roja no existiera. De hecho, siguió siendo la noticia principal de la portada. Habían muerto miles de personas, no había forma de pasar por alto ese hecho. Sin embargo, al volver a mirar en Internet vieron que había noticias positivas. Mucha gente había seguido trabajando. En muchas ciudades no había habido revueltas. Los científicos preveían que el virus desaparecería solo. Los hechos eran los mismos, sólo que vistos desde otra perspectiva.

Claire y Jimmy trabajaron durante tres horas seguidas, imprimieron otra copia del periódico y la llevaron al puente de mando. Esta vez entraron con un poco más de miedo. El capitán Smith se puso a revisar su trabajo inmediatamente. Fue leyendo un artículo tras otro, levantando la vista de vez en cuando para mirarles. Finalmente, terminó de leer y le devolvió el periódico a Jimmy.

–Mucho mejor –dijo–. Empezad a imprimir inmediatamente.

A continuación se dio la vuelta y se fue.

–¿Eso es todo? –dijo Claire–. Podría haber dado las gracias.

El primer oficial Jeffers se les acercó por detrás.

–Ahora mismo tiene otras cosas en la cabeza –dijo– . Hoy a la hora del almuerzo se han confirmado los primeros casos de la... Muerte Roja... a bordo. Tres personas. Acabo de informar al capitán de que ya vamos por treinta y dos. El Dr. Hill cree que es posible que mañana haya un centenar. Si es así, esto va a parecer un buque hospital más que un crucero.

Claire le miró fijamente.

Jimmy le miró fijamente.

–Aun así, podría haber dado las gracias –dijo Claire.

EPIDEMIA A BORDO

El Dr. Hill se equivocó cuando dijo que era posible que por la mañana hubiera un centenar de casos de Muerte Roja.

Había ciento cincuenta.

Habían muerto siete personas, todas ellas mayores de sesenta años.

El capitán Smith ordenó que la quinta planta, en la que estaba la enfermería, se pusiera en cuarentena. Los pasajeros cuyos camarotes estaban en ese piso tuvieron que cambiarse.

Jimmy y Claire sólo pudieron dormir unas pocas horas. El reparto de los periódicos duró más de lo previsto, a pesar de que habían contratado a seis niños que encontraron en la sala de juegos recreativos, y cuando terminaron eran más de las dos de la mañana. Después tuvieron que volver a madrugar para ponerse a trabajar en la siguiente edición. No les importó.

Quedaron para desayunar en el bufet de la undécima planta, y fue allí donde los encontró Ty Warner. Se quedó mirando a Jimmy un poco avergonzado y sacó un ejemplar del *Times* del bolsillo lateral de sus pantalones cortos.

—No me has llamado gay en el artículo —dijo.

—No —contestó Jimmy.

—Y la foto ha quedado bien —continuó Ty. Claire le sonrió y él siguió hablando—: Esta mañana me han saludado unas veinte personas. Todos saben que soy el «Pasajero del día». Mi madre ha juntado todas las copias que ha podido, las va a llevar a casa para enseñárselas al resto de la familia. Si es que se pone buena. Ha pillado la cosa esa, el virus —Claire le dejó sitio para que se sentara—. Anoche estaba bien, pero esta mañana temprano se ha levantado muy enferma, vomitando y con unas grandes manchas rojas

en el brazo. Se la han llevado arriba y no me dejan verla. No dejan subir a nadie, dicen que está todo en cuarentena. Estoy muy preocupado por ella.

Se quedaron en silencio un rato, hasta que Jimmy dijo:

–Si piensas que te voy a devolver la camiseta porque me das pena, lo llevas claro.

Ty se quedó un poco confundido.

–No he dicho nada de la camiseta. Puedes quedártela.

Claire le puso una mano en el brazo.

–No le hagas caso, es su sentido del humor. Además, lo que tiene que hacer no es devolvértela, sino lavarla.

–No tengo más ropa –protestó Jimmy mientras se olía a sí mismo–. Y tampoco es para tanto.

Claire levantó una ceja.

–¿Que no?

–Quiero ver a mi madre –dijo Ty–. No creo que meter a todos los enfermos en el mismo sitio vaya a impedir que la cosa esa se extienda. Está claro que ya hemos estado todos en contacto desde que subimos al barco.

–No es un barco –dijo Jimmy.

–¿Qué? –preguntó Ty.

–Es un buque. Prim dice que a un barco te subes cuando tu buque se está hundiendo.

–¿Y eso qué más da? –dijo Ty–. Yo lo único que quiero es ir a ver a mi madre.

Claire le apretó el brazo.

–Es demasiado peligroso.

Ty negó con la cabeza.

–Si fuera a pillarlo, ahora mismo ya estaría contagiado. He estado con mi madre toda la noche, hemos respirado el mismo aire, ¿no? Y ahora estoy aquí sentado con vosotros, así que, si yo lo tengo, puede que vosotros también, puede que todos lo tengamos, sólo que hay gente a la que ataca y gente a la que no. No quiero que mi madre esté tumbada en una cama sin nadie que la cuide.

–¿Y tu padre?

–Dice que no piensa acercarse a ella. Discuten un montón. Dice que si mi madre le ve, seguro que le echa todo el aliento en la cara a mala idea. Así que sólo me tiene a mí.

Claire miró a Jimmy.

–Tiene razón, ¿no? Todos respiramos el mismo aire. Si nos toca pillarlo, nos toca

pillarlo... No hay nada que hacer. Deberíamos ayudarlo a ir a ver a su madre.

–¿Por qué nosotros?

–Es el barco de mi padre, sé dónde están todos los montacargas. Quizá así consigamos sortear los controles de seguridad que haya en los ascensores principales. Yo quiero intentarlo. Y tú le robaste la camiseta, así que se lo debes.

–¿Y crees que eso es igual que subir ahí? ¡Es una locura! ¡Están todos muriéndose! – de repente se dio cuenta de lo que había dicho y miró a Ty con un gesto de disculpa–. O sea..., seguro que tu madre se va a poner bien..., pero aun así..., ya me entiendes. Además, tenemos un periódico que hacer, y aun suponiendo que arriba encontráramos algo que pudiéramos utilizar, no nos iban a dejar meterlo, así que ¿para qué?

–Lo que te pasa es que eres un miedica –dijo Claire.

–Ya, claro –contestó Jimmy.

Claire y Ty se fueron y él se quedó allí sentado. Se terminó el beicon y se sirvió un poco más. Comió salchichas y tortitas con sirope de arce.

«¿Miedica?»

«¿Después de todo lo que he hecho?»

Salió del restaurante y se dirigió a la redacción del periódico. Sin embargo, al intentar conectarse a Internet para revisar las noticias de la mañana, el ordenador no dejó de decirle que la línea estaba ocupada. Dejó de intentarlo durante un rato y se puso a revolver en una gran caja llena de folletos que había dejado Prim para buscar información sobre el primer puerto de escala del *Titanic*, la ciudad de San Juan de Puerto Rico, sobre la que tenía que aparecer un amplio reportaje en el número del periódico de esa noche.

Recopiló la información bastante rápido y, a continuación, se sentó delante del ordenador y se puso a intentar escribir un artículo.

«¡Miedica!»

¿Quién se creía ella que era? ¿Qué había hecho ella que la hiciera tan valiente? Ella no había viajado de polizón... dos veces. Ni había burlado a todas las patrullas que estuvieron registrando el barco. ¿Y quién tuvo la idea de enviar por e-mail una foto desde su cámara y consiguió así salvarles la vida? ¿Y ella le llamaba miedica, precisamente a él? Si no había hecho otra cosa en toda su vida de niñata consentida que enfurruñarse.

Jimmy intentó concentrarse en Puerto Rico. Escribió que la isla había sido descubierta

hacia quinientos años por Cristóbal Colón. Que se convirtió en una colonia española y que las tribus indígenas fueron aniquiladas o diezmadas. En el siglo XVIII tuvo lugar la lucha por la independencia, al tiempo que la población crecía, la agricultura florecía y el grano de café se convertía en el producto más importante. Tras la Guerra Hispano-Estadounidense y la firma del Tratado de París, la isla se cedió a Estados Unidos y los puertorriqueños obtuvieron la ciudadanía estadounidense.

Menudo rollo.

«¡Miedica!»

Vale, se acabó. No estaba dispuesto a ser un simple oficinista. Estaba seguro de que a Claire no le importaba ni lo más mínimo Ty, simplemente era una metomentodo. Siempre quería hacer lo que le prohibían. Y daba igual que eso significara arriesgar su propia vida y la de Ty metiéndole a escondidas en la zona afectada por la epidemia. Jimmy se levantó de la mesa. Iba a sacar a Claire de allí y a decirle exactamente lo idiota que estaba siendo.

Primero le llegó el olor.

Jimmy tenía una toallita húmeda que usó para taparse la nariz y la boca, pero no sirvió de mucho. Nunca había visto un cadáver. En realidad tampoco había oído ninguno, pero por algún motivo supo lo que era esa peste.

Era... repugnante.

A ambos lados del pasillo, los camarotes estaban abarrotados de gente enferma y moribunda. Las enfermeras estaban haciendo todo lo posible por controlar la situación, pero estaba claro que había demasiados pacientes. Los ciento cincuenta casos que había mencionado Ty en el desayuno parecían haberse cuadruplicado.

—¡Jimmy!

El Dr. Hill tenía el pelo pegado a la cabeza y la bata blanca llena de manchas.

—¿Qué haces aquí, Jimmy? ¡Es peligroso!

—Estoy buscando a Claire.

El Dr. Hill se frotó la frente y miró a su alrededor. Parecía estar un poco desorientado.

—Estuvo aquí antes..., con otro chico. Su madre ha muerto. Y después también su padre.

—¿Su...?

—Tuvo una especie de espasmo, no sé si fue la Muerte Roja o no. No sé muy bien

adónde se han ido... –agitó la cabeza y suspiró–. Jimmy, no sabemos nada de este maldito virus. No sé si lo que estoy haciendo sirve de algo.

Jimmy volvió la vista hacia el pasillo.

–¿Cuántos hay?

–No lo sé. Prefiero no pensarlo. Lo único que sé es que la situación está empeorando por momentos. Ahora sal de aquí antes de que te contagies tú también, por Dios.

Jimmy no necesitó que se lo dijera dos veces.

Los encontró en la decimoquinta planta. Ty estaba apoyado en la barandilla, mirando al mar. Claire estaba sentada en una tumbona detrás de él. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Jimmy...

–Ya me he enterado.

Claire echó una mirada a Ty y, bajando la voz, dijo:

–Se vino de crucero con sus padres y, dos días más tarde, los dos están muertos.

–Es horrible –dijo Jimmy–, pero ¿qué podemos hacer?

–Adoptarle –contestó Claire.

LA FLOTA

Le dieron un trabajo en el periódico a Ty, pensando que si le mantenían ocupado no pensaría tanto en sus padres. Sin embargo, cuando volvieron a la redacción seguía sin haber acceso a Internet, así que fueron inmediatamente al puente de mando a averiguar el motivo. Les tuvieron esperando en la puerta diez minutos, hasta que por fin apareció el primer oficial Jeffers con cara de agobio. Les hizo moverse hasta la barandilla para que le diera bien la brisa.

–Perdonad, pero es que la situación es un poco caótica –dijo–. No hemos conseguido que las autoridades portuarias de San Juan nos den una respuesta coherente. Primero dicen que todo va bien y que sigamos navegando hacia allí y al minuto siguiente están dando gritos por el teléfono. Creo que las cosas allí tampoco van nada bien –a continuación señaló con la cabeza a Ty, que se había quedado bastante más atrás, y preguntó–: ¿Quién es vuestro amigo?

Después de contarle la historia rápidamente, sacudió la cabeza y dijo:

–Qué horror.

–Entonces ¿todavía vamos a ir a San Juan? –preguntó Jimmy.

–No nos queda otra. Tenemos que llenar el depósito de combustible y... –echó una mirada a Ty y, bajando la voz, añadió–: Tendremos que sacar los cadáveres.

Claire torció el gesto.

–No sé en qué está pensando mi padre al permitir que el crucero continúe, con tanta gente enferma. Deberíamos dar media vuelta y regresar a casa.

–La situación en casa es todavía peor, Claire.

–No hemos podido enterarnos de lo que está pasando –dijo Jimmy–. No nos funciona la conexión a Internet, por eso hemos venido, queríamos saber si...

–El capitán Smith la ha cortado.

–¿Por qué? –preguntó Jimmy–. Prometimos que no meteríamos detalles morbosos en el periódico.

–Ya lo sé, pero es que no es sólo vuestra conexión, Jimmy, es la de todo el barco. El capitán Smith cree que si los pasajeros se enteran de lo mal que se están poniendo las cosas se puede desatar un auténtico caos. Si mil quinientas personas deciden hacer algo al respecto, estamos perdidos. Vosotros tenéis que ayudar a evitarlo con el periódico. No queremos que cunda el pánico. ¿De acuerdo?

Claire asintió. Jimmy miró al suelo.

–¿Jimmy?

Se encogió ligeramente de hombros.

–Es que no me parece bien. Los pasajeros saben que hay una epidemia y saben que está muriendo gente a bordo del barco, ¿por qué no podemos decirles la verdad? A nadie le gusta que le mientan.

–Porque son las órdenes del capitán.

–¿Y crees que tiene razón?

Jeffers le miró fijamente a los ojos.

–Son las órdenes del capitán –repitió.

* * *

–¿Qué te pasa? –preguntó Claire–. Normalmente estás mucho más entusiasmado.

Jimmy se encogió de hombros. Estaban de nuevo en la redacción, trabajando. No estaba nada motivado. Le encantaba el periódico, pero no le gustaba lo que estaba escribiendo.

–Es que creo que esto no está bien. Fíjate, estoy escribiendo sobre el fuerte San Cristóbal y lo maravilloso que sería visitarlo, y sobre todas las joyerías y... ¿qué sentido tiene? No va a haber ningún recorrido turístico por la isla.

–Eso no lo sabes, Jimmy.

–Claire, la enfermería está llena de cadáveres, el capitán no nos deja usar Internet porque puede que lo que encontremos sea demasiado espantoso y parece ser que no son capaces de entender nada de lo que dicen los de San Juan, ¿de verdad crees que va a

haber alguien interesado en hacer turismo? Ty, ¿tú tienes algún interés en visitar una antigua fortaleza o en comprar bisutería?

Ty, que estaba reponiendo el papel de la impresora, asintió.

–Sí, por favor –dijo.

Claire sonrió.

–No puede ser peor que estar aquí –añadió Ty.

–¿Cómo que no? Estamos a bordo de un barco estupendo y tenemos un montón de comida, mientras que a saber cómo están las cosas en la isla. ¡No sabemos nada de este virus! Vete tú a saber, ¡igual los que se mueren de esto se convierten en zombis que te chupan la sangre! –Jimmy carraspeó–. Aunque obviamente tus padres no se habrán... –suspiró–. Mirad, lo que quiero decir es que no deberíamos estar escribiendo estas chorradas. Deberíamos estar escribiendo la verdad. No deberíamos ocultar cosas a la gente. Tendríamos que contar lo que está ocurriendo de verdad, no ocultarlo ni hacer como si no estuviera pasando.

–Como un periódico de verdad –dijo Claire.

–Exacto. Deberíamos meter fotos en las que se vea cómo está la enfermería, deberíamos meter entrevistas con los médicos, deberíamos meter noticias de todas las ciudades de las que haya pasajeros a bordo. Deberíamos... contar la verdad.

–El capitán Smith jamás daría el visto bueno. Volvería a romperlo.

–Pues entonces hacemos dos periódicos: uno para él y otro para el resto del barco.

Claire frunció el ceño.

–¿¿Qué??

–¿Por qué no? Tenemos aquí todo el equipo. Podemos escribirlo, imprimirlo y repartirlo por el barco, y, con un poco de suerte, podrán leerlo suficientes pasajeros antes de que él se dé cuenta.

–Jimmy, el Sr. Jeffers tenía miedo de que los pasajeros organizaran un amotinamiento. Pero *esto* es un amotinamiento. ¿Y qué pasa si los pasajeros se amotinan por lo que escribamos nosotros?

Le dieron muchísimas vueltas. Primero Claire se entusiasmaba con la idea, al rato le entraba miedo, luego le parecía que estaba siendo desleal, después se sentía indignada con que les obligaran a engañar a la gente.

–Es que, Jimmy, para ti no hay ningún problema, no tienes nada que perder, ¡pero es el barco de mi padre! Yo no puedo...

–¿... hacer nada, no vaya a ser que no te compre más ponis?

–¡Eso no es justo!

–Pero es cierto. De todas formas, Claire, yo no me preocuparía, seguramente todos los ponis se hayan muerto.

–¡Jimmy!

–Claro, andarán en algún prado, descomponiéndose...

Claire se puso de pie de un salto.

–Eres... eres... ¡eres un monstruo, Jimmy Armstrong!

Salió de la redacción hecha una furia.

Jimmy tamborileó con los dedos en la mesa.

–Eso no ha sido muy inteligente por tu parte –dijo Ty.

Jimmy tenía mucha experiencia en enfadar a la gente. Quería contestarle algo ingenioso y ofensivo a Ty, pero no se le ocurría nada ingenioso y ofensivo, así que solamente dijo:

–Cállate la boca.

Después salió detrás de Claire.

Acertó. Claire se dirigía a ver a sus padres. No hay quien entienda el funcionamiento de la mente humana. Una epidemia letal estaba asolando el mundo, pero por el momento a ella le preocupaban más sus ponis.

La alcanzó justo cuando estaba llegando a su camarote.

–¡Claire!

Claire se detuvo y se volvió hacia él con cara de pocos amigos. Jimmy se acercó hasta ella.

–Lo siento.

–¿Por qué? –le dijo Claire con brusquedad.

–Por decir eso.

–¿Por decir qué?

–Lo que haya dicho.

–Ni siquiera sabes lo que has dicho.

–Sí que lo sé.

–Entonces dímelo.

–Todo aquello. Oye, ¿qué más da?, ¡me estoy disculpando!

Claire respiró hondo. Miró a la moqueta.

–Siento haberme ido corriendo. Es que tengo miedo.

–Seguro que los ponis están bien.

–No es sólo por los ponis. Es por... todo.

–Ya lo sé. A mí me pasa igual. Ni siquiera me atrevo a intentar contactar con mis padres por si me entero de algo que no quiero oír.

–Deberías llamarlos –dijo Claire. Después se volvió hacia la puerta, pero volvió a mirar a Jimmy antes de abrirla–. Entra conmigo.

–¿Estás segura?

–Claro. Si empiezo a decir tonterías, dame una patada.

–Con mucho gusto.

Claire sonrió y abrió la puerta. Alcanzó a ver fugazmente a su padre tumbado en la cama, completamente vestido y con los ojos muy abiertos y la mirada perdida, antes de que su madre fuera hacia ella a toda prisa y la echara de allí. Después salió al pasillo y cerró la puerta.

–¿Está papá..., está..., tiene la...?

–No..., claro que no, Claire, sólo está... descansando –contestó. Tenía los ojos llorosos–. Ven conmigo, cariño.

Si se fijó en Jimmy, no dijo nada. Él las siguió por el pasillo.

–¿Qué pasa, mamá? –preguntó Claire.

–Papá está preocupado por la flota, nada más.

Claire le había explicado pacientemente a Jimmy que su familia no tenía solamente el *Titanic*, sino una flota de nueve transatlánticos, y que todos hacían cruceros que salían de Miami.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

La Sra. Stanford se negó a contestar antes de llegar a un bar de la duodécima planta que estaba especializado en champán. Pidió una botella del champán más caro que les quedara. El camarero les dijo que los pasajeros habían estado pidiéndolo como locos.

–Se están gastando todo su dinero, por si acaso... ya saben...

Su voz se fue apagando cuando vio la mirada glacial de la Sra. Stanford. Llenó una copa y se la llevó en una bandeja, con la botella y una cubitera, a la única mesa libre que quedaba. Jimmy había estado antes en bares, bien con su padre o bien para intentar sacar de ellos a su padre, pero nunca había estado en uno en el que hubiera tanto silencio. Los clientes estaban borrachos, pero callados y deprimidos.

La madre de Claire dio un buen trago.

–Bueno, esto ya es otra cosa –dijo–. La vida siempre se ve mejor con una copita de champán.

–Mamá..., la flota.

–La flota. Bueno, Claire, como ya sabes, la compañía decidió seguir adelante con los cruceros que estaban programados a pesar de esta... gripe..., con la esperanza de que pronto se pasaría y todo volvería a la normalidad. Seis de los nueve barcos zarparon pero, por desgracia, parece ser que hemos perdido el contacto con cuatro de ellos.

–¿Cómo que hemos perdido el contacto? ¿Qué quieres decir?

–Lo que he dicho, cariño. Se han perdido. Han desaparecido. Sigue habiendo tres en el puerto, claro. Aunque uno de ellos está en llamas. Tu padre lo ha visto en las noticias desde su ordenador. Está muy deprimido, dice que estamos arruinados. Yo prefiero considerarlo un pequeño contratiempo –dio otro largo trago de champán y dejó la copa vacía en la mesa–. Después de todo, somos Stanford, y los Stanford siempre nos reponemos –se levantó y cogió la botella de la cubitera–. Voy a llevarme esto para compartirlo con tu padre... El servicio de habitaciones es lentísimo.

Empezó a alejarse. Al pasar por delante de Jimmy, le dirigió una sonrisa gélida.

–¡Mamá!

La Sra. Stanford se detuvo. Claire fue corriendo hasta ella y le dio un abrazo.

–Huy, ¿y eso por qué, cariño?

–Porque sí.

–Vaya..., qué bien.

–Mamá, ¿puedo preguntarte una cosa?

–Claro, cariño.

–Si tienes malas noticias para alguien, ¿qué crees que es mejor, decírselo directamente u ocultárselo para que no lo pase mal?

–Bueno..., yo creo que siempre hay que decir la verdad. Cuando uno empieza a contar mentirijillas siempre acaba siendo peor. ¿Por qué lo preguntas?

–Ah, no, por nada. Te quiero, mamá.

La Sra. Stanford sonrió. Se dispuso a darse la vuelta otra vez, pero se detuvo.

–Eso me recuerda una cosa... Te dije lo de los ponis, ¿verdad?

–¿¿Mamá??

–Es que han pasado tantas cosas... Nos mandaron un e-mail para decirnos que se

habían escapado de la finca. Estoy segura de que están perfectamente y de que aparecerán enseguida, pero he pensado que debías saberlo. Hasta luego, tesoro.

La Sra. Stanford se alejó a toda prisa.

Claire volvió a la mesa y se dejó caer en su asiento pesadamente.

–Ni se te ocurra sonreír –dijo.

–No estoy sonriendo –contestó Jimmy.

Pero sí lo estaba haciendo, no podía evitarlo. Cambió de tema rápidamente:

–Entonces ¿qué vamos a hacer con el periódico?

Claire respiró hondo.

–Mis padres llevan toda mi vida intentando que me comporte exactamente como ellos quieren. Pues bien, esta vez voy a hacerlo. Si dicen que tengo que decir la verdad, voy a decirla. Vamos a hacer el periódico. Vamos a hacerlo como es debido.

–¿Todo esto es sólo por los ponis?

–¡No! Es porque es lo correcto.

–Estoy de acuerdo. Y estoy seguro de que tus ponis aparecerán.

Claire asintió con la cabeza.

–A no ser que alguien se los coma –añadió Jimmy.

DELFINES

Fue un trabajo en equipo. Los padres de Claire se quedaron sorprendidos cuando ella insistió en que salieran a cenar los tres. Ambos habían bebido bastante, lo cual los predispuso a interpretar la actitud de su hija como un florecimiento repentino de su amor hacia ellos. Y es verdad que los quería, pero aquello fue un engaño premeditado que permitió a Jimmy colarse en su camarote y utilizar la conexión a Internet del Sr. Stanford. No se habían equivocado al suponer que, mientras el resto del barco tenía vedado el acceso a Internet, el dueño se había asegurado de seguir teniendo conexión para él. Mientras tanto, Ty metió la cámara de Claire a hurtadillas en la enfermería con el pretexto de ir a ver los cadáveres de sus padres y empezó a captar la penosa situación de los pasajeros contagiados.

A las ocho menos diez, Jimmy y Claire llegaron al puente de mando con la edición falsa del *Titanic Times*. La noticia de portada decía que la epidemia seguía propagándose pero que los expertos en medicina confiaban en que pronto descubrirían algo. No habían mentido. Simplemente no habían contado toda la verdad. El interior del periódico estaba lleno de datos sobre San Juan y las tiendas *duty-free*, así como de información sobre las actividades que se podían hacer a bordo del barco. El «Pasajero del día» era Kitty Calhoon, una mujer de ochenta y tres años que había confesado que llevaba a bordo a otro polizón: Franklin, un pequeño caniche rosa. Los dos aparecían juntos en una fotografía en la contraportada.

El capitán Smith, que tenía los ojos enrojecidos y, bajo ellos, unas bolsas tan gruesas como bolsitas de té, fue hojeando el periódico y asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

–Esto ya es otra cosa...

Cuando vio a Kitty y a Franklin, sin embargo, frunció el ceño.

–¿Qué es esto? –preguntó furioso–. ¿Esa mujer tiene un perro a bordo? ¿Cómo ha podido ocurrir? –dijo volviéndose hacia el primer oficial Jeffers–. ¿Cómo pasó el control de seguridad?

–No... no lo sé..., capitán.

–Que la detengan inmediatamente y que sacrifiquen al perro.

–Pero, capitán...

–Sr. Jeffers, usted sabe tan bien como yo que este barco debe acatar los numerosos acuerdos internacionales que prohíben el transporte de animales entre países sin la documentación y los permisos pertinentes. Así es justamente como se propagan las enfermedades.

–Con el debido respeto, capitán, creo que un caniche es el menor de nuestros...

–¡Sr. Jeffers! ¡Le he dado una orden, así que le ruego que se encargue de que se cumpla inmediatamente!

–Sí, señor, ahora mismo.

Jeffers salió del puente de mando a toda velocidad. El capitán Smith volvió a mirar la foto de la contraportada, sacudió la cabeza y le devolvió el periódico a Jimmy.

–Buen trabajo en general, se concede permiso para imprimir.

Una vez fuera, Jimmy dijo:

–Eso ha sido un poco raro.

–¿Has visto la mirada que le ha echado a Jeffers?

–Ya. ¿Cómo se va a poner cuando vea nuestro periódico de verdad?

Claire puso un gesto de fastidio.

–No pienso estar delante para verlo –dijo. De pronto se detuvo–. ¡Ay, vaya! Oye, se me ha olvidado una cosa... Ve a la redacción y empieza a imprimir, yo voy dentro de un minuto.

–¿Te está entrando el miedo?

–¡No!

Claire llegó veinte minutos más tarde con un bolso colgado del hombro. La impresión marchaba bien. Jimmy le indicó que todo iba sobre ruedas haciendo un gesto con la mano. Los dos sabían lo importante que era repartir el periódico a los pasajeros lo más rápido que pudieran, ya que el capitán Smith iba a prohibirlo en cuanto lo viera. Con este

fin, Ty había contratado al doble de niños que la noche anterior. Los repartidores esperaban impacientes en el pasillo. Les daba igual lo que contuviera el periódico, ellos solamente querían el dinero.

Mientras las copias recién imprimidas salían de la impresora deslizándose perfectamente, Jimmy dijo:

–Aún estáis a tiempo de echaros atrás.

–¿Qué?

–No sé, Claire, es el barco de tu padre. Si te da cosa hacer esto, puedes irte ahora y yo diré que no has tenido nada que ver. Y tú ya tienes bastantes problemas, Ty.

Claire negó con la cabeza.

–Estamos juntos en esto –y, señalando con la cabeza a Ty, que estaba repartiendo los ejemplares listos en varios montones iguales, añadió–: Los tres.

–Somos como... revolucionarios –dijo Ty.

–Uno para todos y todos para uno –dijo Claire–. *Los tres mosqueteros*. Eso me recuerda que..., ¿habéis leído ese libro en el colegio?

Ty negó con la cabeza.

–He visto la peli –dijo Jimmy.

–Entonces sabrás que en realidad en la historia no había tres mosqueteros, sino cuatro.

Jimmy se encogió de hombros.

–¿Y qué?

–Pues que aquí está nuestro cuarto mosquetero.

Claire apoyó el bolso en su mesa. Ty lo miró. Jimmy lo miró. Y entonces el bolso se movió. Gimió.

–¿Claire?

–Tenía que hacer algo.

–¡Claire!

Claire abrió el bolso y apareció la cabeza de un pequeño caniche rosa. Franklin estaba dando resoplidos. Después empezó a aullar. Se bajó de la mesa de un salto y empezó a olisquear el suelo de la redacción.

–Odio esas ratas escandalosas –dijo Jimmy.

–Yo también... Y aun así no te abandoné a ti –dijo Claire. A él no le hizo gracia–. Jimmy, es que no podía... Kitty es una ancianita encantadora y se va a morir como le pase algo a Franklin. Le he prometido que cuidaríamos de él hasta que no haya peligro.

–¿Y cómo has conseguido encontrar a Franklin antes que Jeffers?

–Bueno, yo ya sabía cuál era el camarote de Kitty, él ha tenido que ir a mirarlo. Pero cuando he salido con Franklin en el bolso, Jeffers estaba delante de la barandilla, mirando al mar. Cuando he pasado por delante de él, Franklin ha ladrado, pero Jeffers me ha dicho «Buenas noches, Claire» y luego se ha acercado a la puerta del camarote de Kitty. Se había dado cuenta perfectamente.

–Hay distintas formas de obedecer las órdenes – dijo Jimmy–. Igual que hay distintas formas de hacer un periódico...

Se detuvo. Franklin estaba haciendo pis encima de uno de los montones de periódicos.

–¡Claire!

El reparto de las dos mil copias del *Titanic Times* – incluidos treinta y siete ejemplares un poquito húmedos– se llevó a cabo con eficiencia militar entre las doce y la una. Cada camarote tenía fuera un pequeño casillero para el correo, pero el equipo de repartidores había recibido instrucciones de no utilizarlos y meter los periódicos por debajo de las puertas para que, cuando los ocupantes se despertaran por la mañana, los periódicos estuvieran físicamente dentro de sus habitaciones. Cuando por fin estuvieron todos repartidos y los niños hubieron recibido su salario, Jimmy, Claire y Ty cerraron la redacción y se separaron para irse a sus habitaciones.

Pero ninguno lo hizo.

* * *

Ty volvió a la enfermería y se sentó junto a los cadáveres de sus padres. Dos veces las enfermeras le mandaron salir por miedo a que se contagiara de la Muerte Roja, y dos veces él volvió a entrar.

Claire buscó a su padre y le encontró cerca del puente de mando, fumando un puro y mirando las olas a la luz de la luna. Se quedó a su lado en silencio durante varios minutos. Su padre tenía la mirada tan atenta que Claire ni siquiera estaba segura de que se hubiera dado cuenta de que estaba allí, pero entonces el Sr. Stanford señaló el agua y dijo:

–Mira, Claire, ¡delfines!

Sí, había seis, saltando junto al imponente buque.

–¡Son preciosos! –exclamó Claire–. ¿A que sí, papá?

Él asintió lentamente con la cabeza.

–Desde luego.

Claire le apretó el brazo suavemente.

–¿No dicen que a veces los delfines vienen a ayudar a la gente que está en apuros?

¿Crees que eso es lo que están haciendo?

–Eso espero, cariño, eso espero.

Una cubierta más abajo, Jimmy también estaba observando los delfines. Tenía en la mano el penique de la suerte. Se estaba preguntando si, tirándolo con fuerza y puntería suficientes, conseguiría dar a alguno.

EL AUDITORIO

El camarote de Jimmy, en la décima planta, estaba hecho un desastre. El suelo estaba lleno de ropa robada y platos de comida que no se había terminado y por todas partes había envoltorios de caramelos y botes de refresco medio llenos. Todas las mañanas, una limpiadora llamaba a la puerta y pedía permiso para entrar, y todas las mañanas Jimmy le decía que se fuera. Esa mañana no llamó. Quizá fuera un descuido, o quizá había desistido. Sin embargo, él se imaginó que había otro motivo. Era el *Times*. Estaba *en la calle*.

Se sentía orgulloso de lo que había hecho, pero no era propio de él apechugar con las consecuencias de sus actos. Lo propio de él era esconderse. O huir. O dejar que otro se llevara las culpas. Claire, para ser exactos.

Llamó por teléfono a la suite de los Stanford, preparado para preguntar por Claire con acento americano si lo cogía su padre, pero fue la propia Claire quien contestó.

–¿Qué has oído? –preguntó Jimmy.

–El Sr. Jeffers vino a nuestro camarote sobre las cinco de la mañana. Me imagino que le enseñó el periódico a mi padre. Oí cómo se ponía a maldecir, y luego le dijo a mi madre que tenía que salir. Desde entonces no ha vuelto. Mi madre ha hablado con él por teléfono... Están todos reunidos en el camarote del capitán Smith.

–Nos van a echar a los tiburones. ¿Tu madre también lo ha leído?

–Sí, y se ha puesto a decir: «Es horrible, yo no lo sabía, pobre gente, tiene que haber algo que podamos hacer para ayudar». Luego se ha ido a hacerse la manicura.

Aún estaban discutiendo qué hacer cuando los interrumpió un anuncio que sonó por megafonía. Jimmy reconoció la voz del primer oficial Jeffers, que convocó a todos los

pasajeros y tripulantes a una reunión que se iba a celebrar treinta minutos más tarde en el auditorio de la tercera planta.

–Dios mío –dijo Claire–. Ha llegado la hora.

Era un auditorio con capacidad para mil espectadores en el que normalmente se celebraban conferencias con invitados famosos por el día y espectáculos de cabaret por la noche, pero aquella mañana se agolpaban allí muchas más de dos mil personas (sobre todo pasajeros, pero también un gran número de tripulantes). Normalmente era un lugar lleno de música y diversión, pero ahora había una atmósfera de enfado y temor que casi se podía palpar con los dedos. Al meterse entre la multitud para llegar a la primera fila, Jimmy se fijó en que mucha gente tenía en la mano copias del *Titanic Times* fuertemente agarradas.

Claire no había conseguido hacerse con un asiento, así que estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Jimmy se arrodilló a su lado. Todavía no había nadie en el escenario, pero había un micrófono preparado con una fila de seis sillas detrás. Alguien en el fondo del auditorio empezó a dar unas lentas palmadas de impaciencia que muy pronto se extendieron por el resto de la sala hasta que todo el lugar empezó a retumbar con el aplauso de miles de manos sudorosas.

Menos de un minuto más tarde, el capitán Smith apareció por un lado del escenario y fue caminando lentamente por encima, seguido del Sr. Stanford, el primer oficial Jeffers, el Dr. Hill y el jefe de máquinas, Jonas Jones. Fueron recibidos con un coro de abucheos. El capitán Smith se quedó parado delante del micrófono y esperó a que cesara el alboroto, pero el público no dejaba de lanzar preguntas e insultos a gritos.

Al cabo de un rato, un buen rato, el ruido se apagó lo suficiente para que pudiera oírse al capitán Smith. Empezó dando las gracias a todos por asistir, lo que fue recibido con otro coro de abucheos.

–Estoy aquí para pedir disculpas –continuó. Sus palabras sorprendieron al público y el ruido volvió a acallarse–. Como saben, nuestra intención al zarpar era asegurarnos de que disfrutaran de unas estupendas vacaciones. Es para lo que han pagado. Zarpamos convencidos de que este virus seguiría su curso normal y desaparecería rápidamente en Estados Unidos y en el resto del mundo y de que los devolveríamos sanos y salvos a un país que ya estuviera próximo a la recuperación. Sin embargo, a medida que fuimos siguiendo el desarrollo de los acontecimientos nos quedó claro que..., bueno, que no

había nada claro. Todas las noticias que nos llegaban desde tierra eran contradictorias, engañosas y confusas. Por este motivo, tomé la decisión de limitar la cantidad de información a la que ustedes tenían acceso. No quería causar inquietud ni que cundiera el pánico. Todos tenemos seres queridos esperándonos y, lógicamente, todos estamos ansiosos por saber lo que está pasando. Ahora reconozco que me equivoqué. También sabía que iba a ser inevitable que tuviéramos algunos casos de esta... Muerte Roja... a bordo, pero me he quedado verdaderamente impresionado de lo rápido que se ha propagado. También la magnitud de este problema se les ocultó, y también quiero pedirles disculpas por ello. Anoche examiné la situación y, tomando en consideración las recomendaciones del Sr. Stanford y de mis tripulantes de alto rango, decidí que todos ustedes, pasajeros y tripulantes, debían ser informados de la situación real, tanto aquí en el barco como en sus países. Decidí que la mejor manera de hacerlo sería por medio de nuestro periódico, para que tuvieran delante todos los datos...

Jimmy miró a Claire sin poder creerse lo que estaba oyendo.

–Ha dicho...

–... y para que tuvieran tiempo de asimilar bien la información antes de ser convocados a esta reunión. Los encargados de presentarles esa información en el periódico han sido mis empleados, que han agotado todas las vías posibles para asegurarse de que los datos se ajustan a la verdad. Creo que les parecerá una descripción acertada de cuál es la situación actual en nuestros dos mundos: aquí en el barco y, bueno, en todos los demás sitios.

El capitán Smith hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza a Jimmy y a Claire.

–Damas y caballeros, estamos viviendo momentos difíciles. Ya han fallecido cuarenta pasajeros –el público se quedó mudo de asombro al oír esto– y tenemos a otros trescientos contagiados. Hemos delimitado una zona de cuarentena en la cubierta donde está la enfermería, pero lo cierto es que no sabemos cómo frenar el virus. Nadie lo sabe. El Dr. Hill –se volvió ligeramente y le señaló con la mano– y su equipo han estado trabajando sin descanso. Dos de sus enfermeras han fallecido esta noche.

Un señor con una camisa hawaiana se levantó de su asiento.

–Oiga, capitán, eso que cuenta es horrible, y sin duda agradecemos todo lo que están haciendo el médico y su equipo, pero ¿no sería conveniente dar la vuelta ahora y regresar al puerto? –sus palabras fueron recibidas con un aplauso del público–. Todos tenemos gente por la que estamos preocupados y nos encantaría ir a casa para verlos. No veo qué

sentido tiene quedarnos encerrados a bordo mientras la Muerte Roja se extiende por el barco sin control. Al menos en tierra tendríamos alguna posibilidad de escapar de ella.

Hubo más aplausos y alguna ovación.

El capitán Smith levantó una mano para pedir silencio.

–Caballero, a todos nos gustaría volver a casa, pero la cuestión es que, hasta que podamos determinar con exactitud lo que está pasando allí, es más seguro quedarnos donde estamos.

El señor de la camisa hawaiana soltó una risita.

–¿Y por qué no llaman y preguntan?

Esto provocó una oleada de carcajadas.

–Caballero, a las seis en punto de esta mañana hemos perdido el contacto con nuestro puerto base en Miami. Es de suponer que ha dejado de funcionar. Está empezando a ser muy, muy difícil comunicarse con cualquier lugar.

Otro hombre gritó desde el fondo:

–¡Vayan al puerto, echen las amarras y déjenos bajar!

–En mi opinión, caballero, sencillamente no es seguro regresar al puerto ahora mismo. Mientras no sepamos con seguridad que no hay peligro, tengo la intención de continuar con el crucero...

El público estalló en gritos de protesta. Los que estaban sentados saltaron de sus asientos y empezaron a agitar los puños, a gritar y a lanzar copias del *Titanic Times* al escenario. Tardaron varios minutos en calmarse.

–Damas y caballeros –continuó el capitán Smith finalmente–, no tenemos forma de saber con exactitud cuál es la situación en tierra, pero tenemos la certeza de que ha habido disturbios y saqueos y de que los alimentos escasean. Al menos en el barco tenemos provisiones con las que aguantar hasta el final del crucero. Además, en cada una de nuestras tres escalas programadas (en San Juan a última hora de esta mañana, después en la isla de Santo Tomás y finalmente en Cozumel, en México) nos esperan reservas de combustible. En el *Titanic* estamos a salvo y vamos a cuidar de ustedes.

La mayoría de los pasajeros estaban deseando volver a casa, pero había al menos algunos que también estaban empezando a verle sentido a no volver.

Una anciana habló desde el centro del patio de butacas. Jimmy se volvió y vio que era Kitty Calhoun, que blandió un bastón hacia el capitán mientras hablaba.

–¡Capitán Smith! ¿Cree usted que, dadas las circunstancias, no pasará nada si Franklin

sale ya de su escondite?

El capitán se quedó completamente perplejo.

—¿Franklin?

El primer oficial Jeffers dio un paso adelante y le dijo algo al oído. El capitán suspiró.

—No, Sra. Calhoon, no creo que pase nada.

Ella sonrió contenta y se sentó. Justo a su derecha, se levantó un hombre con la camisa desabrochada hasta el ombligo y una marca en forma de uve causada por las quemaduras del sol.

—Capitán Smith —dijo—, hemos pagado mucho dinero por este viaje y, si se va a ver afectado por esta enfermedad, si no vamos a poder hacer las excursiones que nos habían prometido, tendremos derecho a alguna indemnización.

Sus palabras desataron el aplauso del público. El capitán Smith volvió a suspirar y se volvió hacia el Sr. Stanford.

—¿Quizá, Sr. Stanford...?

El padre de Claire se levantó con el cuerpo rígido y se acercó al micrófono. Estaba pálido y demacrado.

—En la... eh... White Star... nos enorgullecemos de... poner siempre... los intereses de nuestros clientes... en primer lugar. Pero quizá... éste no sea el momento de...

—¡No he pagado cinco mil pavos para hacer un crucero en un barco infestado!

Más aplausos.

—¡Le vamos a demandar y le vamos a reclamar un millón de dólares! —gritó un anciano.

—Por favor, no hace falta que...

—Queremos que nos devuelvan todo el dinero, queremos una indemnización, queremos...

—¡Ya basta! —gritó de repente el Sr. Stanford con los ojos centelleantes—. ¿Es que no lo entienden? ¡Ahí fuera todo se está yendo al garete! ¡El dinero ya no importa! ¡Todo está acabado...!

El capitán Smith volvió corriendo al micrófono y apartó suavemente a su jefe con el codo.

—Quiero pedirles que, si puede ser, vuelvan todos arriba y hagan lo posible por disfrutar del barco y de todos sus servicios. Con un poco de suerte, las noticias que nos lleguen de tierra empezarán a...

–¡Capitán Smith!

Jimmy se volvió hacia su izquierda y vio que el jefe de cocina, Pedroza, estaba de pie en el pasillo, rodeado por una veintena de compañeros.

–¿Sí, Sr. Pedroza?

Muchos de los pasajeros ya habían empezado a abandonar sus asientos, pero se detuvieron. Hubo algo en la forma en que habló Pedroza y en la resignación con la que contestó el capitán Smith que los hizo detenerse.

–Capitán Smith..., lo que dice el jefe sobre el dinero, lo de que ya no importa..., ¿es cierto?

–No sé muy bien qué quiere decirme, Sr. Pedroza.

–Si ahí fuera todo está patas arriba, el dinero... no tiene ningún valor, ¿no?

–¿Adónde quiere llegar?

–Si el dinero no vale nada..., ¿para qué estamos trabajando? ¿Por qué vamos a hacer lo que usted diga?

Sus compañeros pronunciaron murmullos de apoyo.

El capitán Smith miró fijamente a Pedroza.

–¡Van a hacer lo que yo diga porque firmaron un contrato en el que se comprometían a trabajar! ¡Y todo el que se niegue a obedecer una orden será detenido y acusado de amotinam...!

Se detuvo cuando el Sr. Stanford, que estaba de pie a su lado, se desplomó de repente hacia delante y, tras estar a punto de caer sobre los espectadores de abajo, quedó tendido justo al borde del escenario. El Dr. Hill y Jonas Jones corrieron a ayudarlo y, al instante, Claire se subió al escenario con ellos.

El Dr. Hill le quitó la corbata al Sr. Stanford y estaba empezando a desabrocharle la camisa para ayudarlo a respirar y escuchar su corazón cuando Claire se arrodilló junto a su padre.

–Por favor..., ¿está...?

Pero entonces vio lo que el Dr. Hill ya había visto.

Manchas rojas en el pecho de su padre.

–¡No! –gritó–. ¡No, por favor...!

LA HOGUERA

El Sr. Stanford recibió un trato acorde con su categoría de propietario de la White Star Line y fue trasladado a un camarote privado. Claire subió con él, agarrándole la mano mientras lo llevaban tumbado en la camilla. Hicieron venir a la Sra. Stanford de su suite. Les aconsejaron que no se acercaran para evitar el riesgo de contraer la Muerte Roja ellas también, pero no hicieron caso. Le querían. Además, parecía que daba lo mismo. El Sr. Stanford ni siquiera se había acercado a la enfermería y, aun así, se había contagiado.

El Dr. Hill estaba pálido por el cansancio y la desesperación. Parecía que nada de lo que hacía servía de nada. En sus ratos más sombríos, pensaba que sería más sencillo hundir el barco para que todo el mundo dejara de sufrir. A Jonas Jones le parecía que era un milagro que el propio médico no se hubiera contagiado. El Dr. Hill le explicó que lo normal cuando uno se hace médico es pillarlo todo durante los primeros meses, pero que el sistema inmunológico enseguida crea defensas. Si no, los médicos se pasarían todo el tiempo de baja por enfermedad. Por eso estaba convencido de que podría esquivar la Muerte Roja a pesar de estar expuesto a ella todo el tiempo. No es que Jonas Jones no le creyera, pero mantuvo las distancias. Se comunicaban por teléfono.

Una nube de humo acre flotaba sobre la ciudad de San Juan cuando el *Titanic* se aproximó a su puerto. Los pasajeros que no estaban enfermos salieron a las cubiertas a mirar, con la vana esperanza de encontrarse con un puerto animado, lleno de gente esperando para darles la bienvenida y venderles artículos de bisutería o multipropiedades, o incluso para intentar robarles la cartera... Cualquier cosa que hiciera que el mundo volviera a parecer normal. Jimmy estaba con ellos en la última cubierta cuando alguien encendió una cerilla justo a su izquierda. Al volverse, observó que era el capitán Smith

encendiendo su pipa. No se habían visto desde que el capitán se había atribuido el mérito del periódico. Dio una calada y empezó a hablar sin dejar de mirar al frente.

–Hace doscientos años te habrían colgado del penol de una verga por hacer una tontería como ésa. Un amotinamiento, así lo habrían llamado.

–Hace doscientos años no habría habido un periódico a bordo de un barco, ni ordenadores ni impresoras con los que hacerlo.

–Hace doscientos años te habrían hecho caminar sobre la tabla por incitar a la sublevación difundiendo rumores.

–No eran rumores, todo era verdad.

El capitán Smith sacudió la cabeza.

–¿Sabes una cosa, Jimmy Armstrong? Serías un soldado pésimo, porque se te da rematadamente mal obedecer órdenes –dijo. Jimmy empezó a decir algo, pero el capitán puso una mano en alto–. Sin embargo, me imagino que serías un gran general, porque, una vez que tomas una decisión, eres incapaz de ceder, te mantienes en tus trece pase lo que pase.

Jimmy se encogió de hombros.

–Hasta los grandes líderes se equivocan. Tenías razón en lo del periódico, yo estaba equivocado. Sin embargo, también vas a ver que a menudo los grandes líderes se llevan el mérito por las ideas geniales de otros, como he hecho yo antes. Lo que ocurre, chico, es que en este barco sólo hay sitio para un capitán, para un líder..., sobre todo en momentos de crisis. Si en el futuro se vuelven a desobedecer mis órdenes, no dudaré en echarte de mi barco. ¿Está claro?

Jimmy asintió con la cabeza.

–Muy bien. ¿Sabes cómo llaman al *Times* de Londres? Lo llaman el «periódico de referencia». Cuando los historiadores quieren conocer la verdad sobre los grandes acontecimientos de hace, pongamos por caso, cien años, van a la biblioteca nacional del Reino Unido o se conectan a Internet y consultan el *Times*. Pues bien, no creo que nuestro *Times* deba ser diferente. Por trágico que resulte, estamos viviendo algo verdaderamente extraordinario, Jimmy. Una epidemia, la ruina de la civilización, ¿quién sabe qué más? Tiene que quedar constancia. Tu periódico de hoy me lo ha demostrado. Tenemos que dejar constancia de *nuestra* historia, el *Titanic Times* tiene que ser *nuestro* periódico de referencia. Eso es lo que quiero que hagas a partir de ahora, Jimmy (y, si está dispuesta, Claire también): seguir haciendo el periódico, construir la historia de

nuestro viaje, con las partes buenas y las malas, con la verdad. ¿Crees que puedes hacerlo?

Jimmy se quedó mirando fijamente al capitán.

–Antes de eso, ¿puedo preguntarle una cosa?

–Sí, claro.

–¿Llevará el *Titanic* de vuelta a Belfast algún día?

El capitán Smith se quedó sorprendido.

–Pensaba que ibas a pedir dinero.

–Lo haría –dijo Jimmy–, pero parece ser que ahora no tiene ningún valor.

El capitán sonrió. Agarró a Jimmy de los hombros y le miró a los ojos.

–Te prometo que algún día el *Titanic* regresará a Belfast.

Jimmy le tendió la mano.

–De acuerdo. Siempre que tengamos libertad para escribir nuestro punto de vista y acceso sin restricciones a todas las reuniones, a todas las decisiones, a todos los acontecimientos, estoy dispuesto a aceptar.

El capitán Smith vaciló.

–¿Por qué tengo la sensación de que me voy a arrepentir de esto?

Jimmy se encogió de hombros inocentemente.

El capitán sacudió la cabeza y después, en lugar de estrecharle la mano a Jimmy, levantó la mano e hizo un saludo militar. Sin demasiada elegancia, Jimmy hizo lo mismo.

Al salir a la Cubierta Dos, Jimmy y Claire vieron que los dos pequeños destacamentos de exploración se estaban preparando para desembarcar. Uno de ellos, encabezado por Jonas Jones, iría directo al depósito de combustible y trataría de repostar. El otro, con el primer oficial Jeffers al frente, había recibido instrucciones menos concretas, simplemente comprobar en qué condiciones se encontraba la ciudad. Jeffers estaba repartiendo armas a los ocho integrantes de su patrulla cuando Jimmy y Claire se pusieron en la fila con ellos.

–¿Y vosotros adónde creéis que vais? –preguntó.

–A tierra, con vosotros –contestó Jimmy.

–A cubrir la noticia –dijo Claire sosteniendo su cámara en alto–, para el *Titanic Times*.

–Eso ya lo veremos.

Jeffers levantó su *walkie-talkie* y se alejó. No pudieron oír bien la conversación, pero cuando se volvió hacia ellos un par de minutos más tarde estaba bastante colorado.

–Está bien –dijo–, pero no os separéis del grupo y, si os mando hacer algo, más vale que lo hagáis.

Bajaron una sola pasarela al muelle. La patrulla de Jeffers desembarcó primero, con cautela y con las armas en alto. Cuando hubieron protegido las inmediaciones, la patrulla de Jonas Jonas los siguió y fue escoltada hasta el depósito de combustible. Una vez que Jeffers quedó convencido de que no había ningún peligro inmediato, el grupo de Jones se quedó allí con un solo vigilante para repostar. El resto de la patrulla de Jeffers requisó dos vehículos abandonados y se puso en camino hacia el centro de la ciudad.

Jimmy y Claire iban en el asiento trasero del segundo vehículo, un todoterreno. Jimmy todavía llevaba la camiseta de Ty. Claire iba mucho mejor, con una camiseta roja y una falda larga de color blanco. Mientras el todoterreno avanzaba con gran estruendo, fue sacando fotos de las tiendas en llamas y los coches destrozados. Lo más llamativo era la ausencia total y absoluta de gente. No se oía ningún ruido, sólo los ladridos de algún perro de vez en cuando.

–¿Dónde está todo el mundo? –preguntó Claire.

–A lo mejor han huido de la ciudad por la epidemia. O se han muerto todos.

–Hay un millón y medio de habitantes en San Juan, no pueden haberse muerto todos...

–Claire hizo una pausa–, ¿verdad? Estaría todo lleno de cadáveres.

El humo amargo les irritaba la garganta. Todo olía a podrido.

Jeffers, que iba conduciendo el primer vehículo, los llevó por la calle Cruz hasta el ayuntamiento. Al llegar allí, dejaron a dos hombres vigilando los vehículos y subieron las escaleras que conducían a lo que había sido la sede del Gobierno. Sus pisadas resonaron sobre el suelo de mármol. Había papeles tirados por todas partes, pero seguía sin haber ni rastro de la gente. Cuando volvieron a los vehículos, Jeffers sacó un plano.

–Parece que el humo... viene de... aquí...

La zona que estaba señalando aparecía marcada en el plano como el fuerte histórico San Cristóbal. Estaba situado al este de la ciudad, sobre un terreno elevado, pero ahora quedaba oculto tras el humo.

–A lo mejor el fuego es una especie de señal. Deberíamos ir a ver.

Avanzaron despacio, ya que cada vez encontraban más vehículos abandonados en la calzada. Muy pronto el humo se volvió tan denso que Claire renunció a intentar hacer fotos y se concentró en sujetarse el cuello de la camiseta delante de la boca. El tripulante

que iba en el asiento del copiloto les pasó una botella de agua para calmar el escozor de los ojos.

Mientras iban avanzando hacia el fuerte por la serpenteante carretera, el viento por fin empezó a cambiar de dirección y pronto salieron de la turgente nube de humo y quedaron expuestos al sol estival. Jeffers paró el todoterreno a la sombra de una alta muralla de la parte trasera del fuerte y el segundo vehículo se detuvo detrás. Incluso desde fuera del fuerte sentían el intenso calor que despedía el fuego del interior. Jimmy se bajó del todoterreno y puso las manos en la muralla. Debía de tener alrededor de un metro de grosor y, sin embargo, estaba caliente.

Jeffers dejó a dos hombres vigilando los vehículos y condujo a los demás por unas escaleras de piedra hasta una puerta metálica que tendría que haber dado acceso al patio central del fuerte pero que estaba cerrada por dentro con un cerrojo. Jeffers sacudió la puerta con rabia y después dio un paso atrás y recorrió la muralla con la mirada en busca de alguna otra vía de acceso.

Jimmy dijo:

–Soy el que menos pesa. Si me ayudáis a subir, puedo pasar por encima y abrir desde dentro.

–En realidad, la que menos pesa soy yo –dijo Claire.

Jeffers llevó la vista del uno al otro.

–Veamos..., el polizón o la hija del dueño del barco. Mmm..., casi mejor el polizón.

Dos de los miembros de la patrulla levantaron a Jimmy. Llegar arriba fue bastante fácil, pero el alambre de espino que había en lo alto complicaba las cosas. Mientras pensaba en cuál sería la mejor manera de atravesarlo, intentó localizar de dónde procedía el calor, pero la brisa que circulaba por el interior de las murallas desplazaba el humo de un lado para otro y de momento no consiguió ver nada. Tirando de varios de los filamentos de la alambrada, Jimmy logró abrir un hueco. Metió una pierna, después el resto del cuerpo, y luego fue bajando por el otro lado mientras pasaba por el hueco la pierna que había dejado atrás. Cuando ya casi había atravesado la alambrada sin tocarla, se le enganchó el cordón del zapato y se quedó colgando en el aire. Dio un tirón, otro más, y al tercer intento consiguió soltarlo. El impulso le hizo caer con fuerza sobre el murallón de cemento que había debajo. La caída le cortó la respiración e hizo que de sus labios saliera un grito involuntario.

–Jimmy, ¿estás bien? –gritó Jeffers desde el otro lado.

–Aaaaaarrrrgh..., sí. Eso creo.

Estaba dolorido, pero parecía que no se había roto nada.

–¡Entonces abre la puerta!

–Vale, preparaos...

Se detuvo. El viento había vuelto a cambiar de dirección y disipó la nube de humo lo suficiente para que Jimmy pudiera ver bien por primera vez el fuego que había más abajo. La base de la hoguera no solamente cubría casi toda la superficie del patio, sino que tenía varios metros de altura. De la montaña en llamas salía un bramido constante, además de un sonido entrecortado de chasquidos y crujidos provocado por ramas que se quebraban y se astillaban.

Entonces se dio cuenta de que no eran ramas.

Eran huesos.

Miles de huesos, retorcidos y rotos.

Vio cráneos, con llamas como lenguas que penetraban por las cuencas vacías de los ojos.

Manos blancas que se abrían y se cerraban con el calor. Dedos que señalaban..., que le señalaban a él.

–Ay..., ay... –susurró Jimmy.

–¡Jimmy! ¡Abre la puerta!

Todavía aturdido por la horrenda visión que tenía ante sus ojos, Jimmy asintió distraídamente y empezó a darse la vuelta..., y entonces casi se le para el corazón.

Tenía delante a un hombre apuntándole con un fusil. Tenía la piel casi transparente, los ojos rojos e irritados y el pelo enmarañado. Llevaba un uniforme militar tiznado por el humo y lleno de desgarrones y de manchas de fluidos de procedencia desconocida.

–¿Quién eres tú? –preguntó el soldado con una voz ronca y áspera–. ¿Qué haces aquí? Apuntó con el fusil a Jimmy, que puso las manos en alto.

–Eh..., esto..., eh... –señaló hacia el mar con vaguedad–. El barco..., soy del barco...

El hombre ni siquiera miró. Estaba muerto de miedo. Ya tenía el dedo puesto en el gatillo y le temblaba la mano. Le temblaba todo el cuerpo.

–Este lugar... ¡es propiedad del Gobierno! No... ¡No puedes estar aquí!

–¡Jimmy! –gritó Jeffers desde el otro lado–. ¿Qué pasa?

El hombre puso los ojos en blanco.

–Por favor –dijo Jimmy–, hemos venido a ayudar, podemos llevarle a...

El hombre abrió la boca para volver a hablar, pero no pudo emitir ningún sonido. Sufrió un repentino ataque de tos, tan violento que se inclinó hacia delante y soltó el arma. Se desplomó sobre las rodillas y cayó de espaldas, golpeándose contra la muralla de detrás. Jimmy se volvió rápidamente y descorrió el cerrojo de la puerta. Jeffers, con la pistola desenfundada, fue el primero en entrar. Empujó inmediatamente a Jimmy hacia un lado y encañonó al centinela, que yacía en el suelo. Otro tripulante dio una patada al fusil que éste había soltado y lo tiró a las llamas desde el borde del murallón.

Claire fue corriendo hasta Jimmy.

–¿Estás bien?

En lugar de contestar, Jimmy señaló con la cabeza hacia la hoguera. Los demás miembros de la patrulla también se habían fijado.

–Dios mío –dijo Claire–, debe de haber...

–Haz una foto –dijo Jimmy.

–No puedo..., son...

–Tienes que hacerlo.

Claire respiró hondo y asintió con la cabeza.

–Voy a subirme... más arriba. El ángulo para hacer la foto será mejor...

Jimmy la ayudó a subirse a la muralla y le sujetó las piernas mientras ella se colocaba en una postura firme y empezaba a sacar fotos.

Jeffers se arrodilló junto al enfermo y le dio un poco de agua. Él bebió con avidez de la botella de plástico y después se echó un poco por la cara. A Jimmy le había parecido que era un hombre mayor, pero cuando el agua le quitó la ceniza y la suciedad de la cara, se dio cuenta de que seguramente no tendría más de dieciocho o diecinueve años.

–¿Qué ha pasado aquí? –preguntó Jeffers con delicadeza.

–Mi comandante ordenó... quemar a los muertos..., pero es que... ¡no dejaban de venir!

–¿Dónde está su comandante ahora?

–No..., no ha vuelto... –dijo el centinela mientras volvía la mirada hacia las llamas que tenían debajo–. Diez mil... Los he contado. Diez mil...

–¿Dónde está el resto de la gente?

El centinela estaba empezando a adormilarse. Jeffers le zarandeó con cuidado.

–¿Dónde están? ¿Adónde se han ido?

Los ojos irritados del centinela se volvieron rápidamente hacia arriba.

–No se han ido... a ninguna parte...

Volvió la mirada hacia las murallas del fuerte y entonces sufrió otro ataque de tos y volvió a desplomarse.

Claire había terminado de fotografiar la enorme pira funeraria y se volvió para mirar hacia la ciudad. El humo iba avanzando lentamente hacia el sur y, cuando la nube de humo que flotaba sobre el puerto se fue disipando, empezó a aparecer la figura del *Titanic*. Claire levantó la cámara y sacó una foto. Percibió cierto ajeteo en torno a la pasarela de embarque, pero no veía bien lo que era, así que amplió la imagen. Al principio no entendió lo que estaba viendo. Era como si toda la zona que rodeaba el muelle se estuviera moviendo. Después vio unos fogonazos. Volvió a ampliar la imagen... y se le escapó un grito.

–¿Qué? ¿Qué pasa? –gritó Jimmy desde abajo. Pero ella no podía moverse ni dejar de mirar. Jimmy se subió a la muralla y Claire le dio la cámara. Lo único que consiguió decir fue:

–El barco...

Jimmy enfocó en un momento. El barco..., la pasarela..., y cientos..., no, miles de personas que se agolpaban alrededor de ella e intentaban subirse al barco por la fuerza. Hubo varios fogonazos –disparos–, procedentes tanto del barco como del muelle. Jimmy recorrió con la vista todo el muelle, mirando a través de la cámara, y volvió a enfocar la ciudad. Había gente saliendo de las casas, cargados con bolsas y maletas y empujando cochecitos cargados con sus pertenencias. Todos avanzaban hacia el *Titanic* a toda velocidad.

Cuando volvió a enfocar el barco, Jimmy vio que estaban empezando a retirar la pasarela, lo que provocó que varias personas cayeran al agua. Mientras volvían a meterla entera en el barco, hubo varios fogonazos más... y entonces la sirena del barco emitió un fortísimo silbido que llegó hasta ellos como si hubiera ido deslizándose a través de la ciudad. El primer oficial Jeffers levantó la vista desde el murallón.

–¿Qué pasa, Jimmy?

–¡El *Titanic*! ¡Se está yendo!

EBRIOS DE PODER

No cabía ninguna duda, el *Titanic* se estaba yendo. Su elegante silueta blanca estaba abandonando lentamente el puerto de San Juan, para disgusto de todos los que se quedaron en el muelle, por no mencionar a los que observaban desde las murallas del fuerte San Cristóbal.

–¿Creéis que ha sido una trampa? –preguntó Jimmy–. ¿Que encendieron la hoguera para atraernos hasta aquí y esperaron a que atracáramos para luego asaltar el barco?

El primer oficial Jeffers, que observaba la escena a través de unos prismáticos, negó con la cabeza. Vio que aún había miles de personas atravesando la ciudad en dirección al muelle.

–Me extrañaría que fuera algo tan organizado. Yo creo que estaban todos escondidos por miedo a contagiarse de la epidemia. Seguramente llevan días sin comida, electricidad ni agua y quizá se corrió la voz de que habíamos venido a rescatarlos y no pudieron controlarse.

–¿Y no es eso lo que tendríamos que estar haciendo, rescatarlos? –preguntó Claire.

–Seguro que el capitán Smith ha dejado subir a los primeros, pero es imposible hacernos cargo de tantísima gente... Sería un desastre, ha hecho bien en zarpar. Y nosotros estaríamos allí con él si no fuera por cierto idiota.

Jeffers se volvió y le echó una mirada feroz a un avergonzado suboficial Benson, que tenía que encargarse de mantener el contacto con el barco pero que, en cambio, había dejado caer al suelo el único *walkietalkie* que tenían, lo había roto... y después no lo había confesado, con la esperanza de que volverían a embarcar sin que nadie se diera cuenta. Para Jimmy era un alivio no llevarse las culpas por una vez.

–No se van a ir sin nosotros, ¿verdad? –dijo Claire.

–Sin mí, puede que sí –contestó Jimmy–, pero desde luego sin ti no.

Tras echar una última mirada a la enorme pira funeraria, siguieron a Jeffers hasta el exterior del fuerte y volvieron a los vehículos. Se llevaron con ellos al escuálido centinela, Miguel, que no dejaba de repetir «gracias, gracias, gracias». Al final, uno de los miembros de la patrulla le dijo:

–Ya nos darás las gracias si es que conseguimos volver al barco.

–Gracias –dijo Miguel.

En vez de dirigirse hacia el puerto, Jeffers, que tenía un mapa desplegado sobre las piernas, los llevó fuera de la ciudad, a una carretera que se dirigía al oeste y que conducía a una ciudad llamada Dorado.

El plan era llegar a un puerto en el que con un poco de suerte no habría tanta gente y requisar un barco que pudiera llevarlos hasta el *Titanic*.

Habían recorrido menos de un kilómetro y medio cuando Benson dijo:

–Señor, nos están siguiendo.

Todos miraron atrás. No había duda. Tres coches.

–Puede que sólo hayan salido a dar una vuelta en coche –dijo Jimmy.

Al instante, oyeron el sonido del primer disparo sobre la calzada, justo a su izquierda.

–O puede que no –dijo Claire.

–Písale fuerte –dijo Jeffers.

Los dos todoterrenos aceleraron y sus perseguidores hicieron lo mismo. Se convirtió en una carrera. Iban serpenteando entre vehículos abandonados y subiéndose a las aceras a toda velocidad. Jimmy y Claire se alegraron de haberse cambiado de todoterreno, ya que el vehículo en el que habían ido al principio, que ahora iba detrás, parecía estar llevándose casi todos los disparos.

–¿Qué quieren? –gritó Jimmy.

Antes de poder darle una respuesta, Jeffers giró de repente hacia un lado. Tenían varios coches delante, bloqueando la carretera. Al principio simplemente parecía otro obstáculo que sortear, pero entonces un disparo les destrozó el parabrisas. Claire pegó un grito y se agachó. Jimmy hizo lo mismo. No eran coches abandonados, ¡los habían dejado allí a propósito!

El segundo todoterreno frenó demasiado rápido, lo que hizo que se levantara sobre dos de sus ruedas y acabara volcado sobre uno de sus lados. Los cuatro tripulantes salieron

del vehículo como pudieron y sacaron a Miguel antes de echar a correr hacia el todoterreno de Jeffers. Justo cuando estaban llegando, sin embargo, se oyó otro disparo y uno de ellos cayó al suelo agarrándose la pierna. Jeffers se puso de pie sobre su asiento, desenfundó su pistola y lanzó tres disparos en dirección a los coches que bloqueaban la carretera. A continuación se giró y disparó dos veces al pequeño convoy que los había estado persiguiendo, que ahora se les venía encima. El tripulante que había recibido el disparo fue levantado por dos de sus compañeros, que le ayudaron a subir al todoterreno. A continuación salieron pitando en la dirección por la que habían venido, arracimados dentro del todoterreno y directos hacia sus perseguidores. Jeffers mantuvo el pie en el acelerador y esperó hasta el último momento para girar y mandar el todoterreno disparado hacia un lado. Se subió a la acera con un golpetazo, pero siguió adelante a toda velocidad, cruzándose con la fila de vehículos de sus perseguidores. Mientras el todoterreno era acribillado a balazos, todos hicieron todo lo posible por mantener la cabeza agachada y las extremidades recogidas.

Después de avanzar unos cuantos cientos de metros, y cuando sus enemigos, quienesquiera que fueran, ya estaban dando la vuelta a sus vehículos para continuar con la persecución, Jeffers se metió por una carretera secundaria. Esperaba encontrar una vía de escape alternativa, pero enseguida vieron que también esa carretera estaba bloqueada, esta vez por un gran camión volcado. Su carga, cientos de cajas de botellas, estaba hecha añicos a su alrededor. Toda la zona apestaba a alcohol. Tampoco podían volver atrás. El convoy que los perseguía también estaba entrando en la carretera secundaria y se había desplegado para ocupar los dos carriles. Jeffers mantuvo la calma de una forma admirable. Vio que a su derecha había unas grandes puertas de hierro cerradas, con un enorme cartel de Bacardi encima, empotradas en un muro de al menos dos metros de altura que se extendía en ambas direcciones hasta donde les alcanzaba la vista.

Jeffers puso el morro del todoterreno mirando hacia las puertas y, con un rugido del motor, avanzó hacia ellas.

–¡Agarraos! –gritó.

Jimmy sintió su cuerpo entero dar una sacudida cuando el vehículo atravesó las puertas y se detuvo derrapando.

–Vale, ¡ahora cerradlas, rápido! –volvió a gritar Jeffers–. ¡Preparaos para repelerlos!

Dos de los tripulantes fueron corriendo hasta las puertas mientras los coches de sus perseguidores se dirigían embalados hacia ellas. Los demás se situaron en posición de

disparo y abrieron fuego contra los vehículos que se acercaban a toda velocidad. Uno de ellos giró inmediatamente y chocó contra el camión volcado. Otro dio un frenazo y los dos coches que iban detrás chocaron, entre sí y contra el que había frenado.

Al ver que el acceso más cercano estaba bloqueado, los demás vehículos se detuvieron en el otro extremo de la carretera. Los conductores y los pasajeros se bajaron rápidamente y se pusieron a cubierto detrás de los coches. Jeffers condujo a sus tripulantes desde las puertas hasta el todoterreno y todos se quedaron agachados detrás del vehículo. Detrás de ellos había una pendiente cubierta de hierba y de densos arbustos, y fue detrás de uno de estos arbustos donde tumbaron al tripulante que había recibido el disparo. Claire le arrancó un trozo del pantalón roto y lo transformó en una áspera venda. A continuación, sin olvidar su nuevo trabajo, hizo unas cuantas fotos de su obra.

El camino privado en el que se encontraban conducía a un gran grupo de edificios situado a unos cuantos cientos de metros de donde estaban. Jeffers estaba mirando atentamente hacia ellos, intentando decidir si sería mejor esconderse allí, cuando Jimmy le dio un codazo en el brazo.

—Es donde hacen el ron Bacardi —dijo—. Escribí sobre este sitio para el periódico, es famoso en todo el mundo. Normalmente cuesta diez dólares hacer una visita guiada y te dan dos copas gratis.

—Gracias, Jimmy —contestó Jeffers—, eres una mina de información inútil.

—¡EH!

La voz procedía del otro lado de la puerta. Había un hombre aproximándose con las manos en alto.

Jeffers les dijo a sus tripulantes que le cubrieran y se dirigió hacia la puerta. Claire intentó levantarse para hacer una foto, pero tiraron de ella y la hicieron volver a agacharse. El hombre del otro lado de la puerta era corpulento, tenía una corta barba negra y llevaba una camiseta que en algún momento había sido de color blanco. Saludó a Jeffers con una inclinación de la cabeza y después dijo bruscamente:

—Queremos a la chica.

—¿Por qué?

—Sabemos quién es. Vosotros nos dais a la chica y nosotros dejamos que os vayáis. Si no, entramos y nos la llevamos.

—Intentadlo.

Se quedaron mirándose fijamente.

–Muy bien, marinerito, como quieras. Pero que sepas que hemos asaltado el arsenal de la ciudad. Tenemos armas con las que os podemos volar en pedazos, colega.

El hombre que tenía detrás asintió. Jeffers vio salir a otro de detrás de uno de los coches con una especie de lanzamisiles. La verdad es que no estaba seguro de qué tipo de arma se trataba. Era primer oficial en un barco de crucero, allí no hacía mucha falta el armamento pesado.

Detrás del todoterreno, Jimmy echó una mirada a Claire. Estaba muy pálida.

–¿Por qué saben quién eres? –susurró Jimmy.

Claire sacudió la cabeza.

En la puerta, mientras tanto, Jeffers le preguntó al hombre de la barba por qué querían a Claire.

–¿Tú qué crees? Su papaíto es el dueño del barco. Si la chica se queda aquí con nosotros, el barco volverá. Tenéis comida, tenéis suministros médicos y podéis llevarnos a algún lugar que no esté agonizando.

Jeffers sacudió la cabeza.

–También tenemos la epidemia a bordo del barco.

–Cualquier sitio es mejor que éste. Queremos salir de esta isla. Así que o nos la entregáis ahora mismo o salís volando por los aires.

–Si disparáis con esa cosa, la vais a matar también a ella.

El hombre se encogió de hombros.

–Peor que ahora no vamos a estar. Así que dádnosla, ahora mismo.

Jeffers miró su reloj.

–Tengo que discutirlo con ellos. Dadnos una hora.

–Quince minutos.

–Treinta.

–¡Oye, esto no es el salón del automóvil! Nada de regateos, quince minutos o empezamos a disparar.

Mientras terminaba la frase, llegaron otros tres coches llenos de hombres armados hasta los dientes.

Jeffers los miró con recelo y se retiró lentamente.

–Por favor, no me entreguéis –dijo Claire inmediatamente.

–¿Cómo lo han sabido? –preguntó Jeffers.

Claire miró al suelo. Benson también.

–A ver, soltadlo, uno de los dos.

–Es culpa mía –dijo Claire–. Cuando estábamos en el ayuntamiento, le pedí al Sr. Benson que me dejara usar el *walkie-talkie*. Me dijo que no podía dejármelo sin pedir permiso, pero yo le dije que mi padre era el dueño del barco y que eso significaba que yo sí que tenía permiso, así que me lo dejó. Yo sólo quería saber cómo estaba mi padre, pero el operador de radio del barco no quería comprobarlo porque le habían dicho que mantuviera las frecuencias libres por si llegaba alguna llamada de emergencia, así que tuve que explicarle que yo era alguien importante y..., bueno, supongo que esos tipos..., a lo mejor estaban intentando captar señales de radio y..., bueno...

Jeffers suspiró. Después miró a Benson.

–Parece que hoy no es su día, ¿eh, Benson?

–No, señor.

–Y sabe que le va a tocar pagar por ello, ¿verdad?

–Sí, señor –contestó. Después carraspeó y añadió–: Ummm..., ¿cómo?

Jeffers sonrió.

Los hombres armados observaron a los tripulantes del *Titanic* discutir a voz en grito. Llegó un momento en el que empezaron a hacer apuestas, cuando vieron a dos marineros dándose puñetazos y peleando hasta tirarse al suelo. No se fijaron en que Jimmy había salido escopetado pendiente arriba, corriendo de un arbusto a otro, y había desaparecido por el otro lado. No se dieron cuenta de que iba corriendo lo más rápido que podía hacia la fábrica de ron, agachado, escondiéndose.

Tenía menos de diez minutos para encontrar lo que buscaba. Había recibido instrucciones claras. La fábrica era inmensa y apestaba, no sólo a alcohol en proceso de fermentación, sino también a muerte. Pasó por delante de seis cadáveres con un aspecto horrible, azules e hinchados. Corrió por los pasillos a toda velocidad, atravesó puertas apresuradamente. Pasó por un museo, una cafetería para turistas y un patio.

«¡Bien!»

Un almacén lleno de botellas de Bacardi.

«Vale. Y ahora, exactamente lo que ha dicho Jeffers: “Escoge un campo de batalla”.»

Quizá el primer oficial Jeffers no estuviera familiarizado con el armamento pesado,

pero sí sabía alguna que otra cosa sobre estrategia. No porque hubiera recibido instrucción militar, sino porque había desperdiciado toda su infancia en jugar con soldaditos y organizar juegos bélicos con sus amigos. Apenas había ninguna campaña de toda la historia militar que no hubiera recreado en el garaje de su casa; desde las batallas más impresionantes, con cientos de miles de soldados, hasta minúsculos enfrentamientos entre guerrilleros.

Por eso pudo explicarle a Jimmy muy rápidamente y con todo detalle lo que necesitaban exactamente. Ellos no eran más que una pequeña unidad con pocas armas y tenían que enfrentarse a una fuerza que les superaba en número y que contaba con muchísimo armamento. Tenían que adaptarse. Necesitaban el factor sorpresa, la ventaja de situarse en un lugar elevado y la capacidad de hacer caer al enemigo en la trampa.

Jimmy encontró un lugar que le pareció que sería el mejor para plantar cara a sus enemigos. Entre el museo y uno de los almacenes había un estrecho callejón que daba a un patio. Era un callejón sin salida, con paredes en tres de sus lados, y se veía desde varias ventanas situadas en el primer y el segundo piso.

Fue corriendo hasta el final del callejón. El todoterreno, detrás del cual seguían agrupados Claire y los tripulantes, estaba a unos trescientos metros. Jimmy se llevó los dedos a la boca y dio un silbido. Jeffers lo oyó inmediatamente y le contestó haciéndole una seña con la mano.

El líder de la cuadrilla de hombres armados se llamaba Mendoza. Ya había perdido a tres hermanas y dos sobrinos por la epidemia. Sin embargo, antes de que empieces a sentir demasiada lástima por él, debes saber que, antes de que la epidemia llegara a Puerto Rico, era un delincuente y traficaba con drogas. Eso no significa que se mereciera perder a sus seres queridos, solamente que de entrada no era ninguna joya. Incluso antes de la epidemia, de buena gana habría tomado como rehén a la hija del rico propietario de un barco si hubiera podido obtener algún beneficio de ello. Su idea de la caridad era dar a los marineros dieciséis minutos en lugar de quince para entregar a la chica.

Justo cuando el segundero de su caro reloj –robado de la muñeca sin vida de una víctima de la epidemia– estaba completando la decimosexta vuelta, el todoterreno arrancó de repente al otro lado de las puertas, los tripulantes se arracimaron en su interior y el vehículo salió disparado hacia los edificios de la fábrica.

Al momento, Mendoza y su pandilla –integrada ahora por veinte hombres– efectuaron

una descarga de fusilería contra el todoterreno, pero no consiguieron nada. Se metieron en sus vehículos a toda prisa y, tras atravesar las puertas por la fuerza, fueron tras él.

El todoterreno estaba pensado para circular por terrenos abruptos, no para correr. Mendoza, en cambio, había escogido los mejores deportivos que había encontrado abandonados por la ciudad, así que su pequeño convoy de coches caros muy pronto fue ganando terreno. El todoterreno giró a la derecha y se metió por un callejón entre dos de los edificios de la fábrica. Mendoza sonrió. Vivía cerca de allí y conocía bien la distribución del complejo. Sabía que era un callejón sin salida, que el todoterreno estaba acorralado.

Bien. Se iba a divertir.

Mendoza condujo a los demás coches por el callejón y hacia el patio. Justo delante, vio el todoterreno... abandonado. Estaba claro que los tripulantes se habían ido corriendo («¡los muy cobardes!»), pero la chica que le interesaba estaba de pie delante del vehículo, con la cabeza agachada en actitud sumisa, la cara oculta tras una gorra y la falda ondeando por la fresca brisa.

Los coches se pararon a unos cuantos metros de ella y los miembros de la pandilla se bajaron en tropel, armados hasta las cejas. Mendoza les hizo una seña para que se quedaran atrás.

—¡Es mía! —gritó.

Sus secuaces aplaudieron y silbaron mientras él se arreglaba el pelo, se humedecía los labios y hacía como si se limpiara la porquería más visible de la ropa. Se metió la pistola en el cinturón y avanzó con aire arrogante. Había oído la voz de la chica por radio y le había sonado dulce y atractiva; después la había entrevisto a través de las puertas y le había parecido muy guapa. Tenía la firme intención de utilizarla para negociar y poder subirse al enorme barco, pero, antes de eso, no había nada que le impidiera divertirse un poco.

—Eh, niña rica —dijo con voz ronca mientras estiraba el brazo para levantarle la barbilla con delicadeza—, ¿por qué no me das un besito, guapa?

Mendoza llevó la boca hacia ella al tiempo que la visera de la gorra de Claire se levantaba. Pero no era la cara de Claire. Era un hombre. Con bigote.

—Esto sí que te va a dar un besito —dijo Benson mientras sacaba una pistola de detrás de la falda.

Los demás miembros de la pandilla estaban tan ocupados animando y gritando

mientras su jefe entraba en acción que al principio no se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero entonces la gorra de Benson cayó al suelo y vieron algo que no acabaron de creerse.

–¡Soltad las armas o le vuelo la tapa de los sesos! – gritó Benson.

Entonces sí se dieron cuenta.

Pero no soltaron las armas.

–¡Soltadlas! –gritó Benson.

El sudor le caía por la frente a chorros. Era operador de radio, lo más peligroso que había hecho en toda su vida era conectar los cables de un enchufe.

–¡Diles que las suelten! –le dijo a Mendoza.

Mendoza giró un poco la cabeza. Pero no quiso –o no pudo– decir nada, no con una pistola apuntándole.

Entonces los otros empezaron a titubear.

Eran supervivientes de la epidemia que se habían unido para tener más posibilidades de sobrevivir. Eran profesores, panaderos, sastres, funcionarios. La mayoría no había cogido un arma en su vida. Se habían pasado los últimos cuatro días borrachos casi todo el tiempo. A ninguno le caía especialmente bien Mendoza. Era un matón y un canalla, pero también un líder que tomaba decisiones, mientras que ellos no sabían hacer otra cosa que discutir.

De repente, uno de sus vehículos explotó detrás de ellos y quedó envuelto en una bola de fuego. Se agacharon del susto.

Al mirar hacia arriba, vieron a los marineros en las ventanas que tenían alrededor, blandiendo botellas de Bacardi con trozos de tela atados en el cuello. Al prenderles fuego y lanzarlas, el cristal se rompería y el alcohol se inflamaría, provocando una explosión. Era una combinación mortal.

–¡Soltad las armas y largaos de aquí! –gritó Jeffers desde una ventana situada en la parte izquierda del patio cuadrado–. ¡Ahora mismo!

Echó el brazo hacia atrás, amenazando con lanzar otra bomba.

Con eso bastó.

Si hubieran sido algo más que una panda de borrachos, quizá habrían ofrecido resistencia –sus armas eran muy superiores–, pero estaban desconcertados y de pronto temieron por sus vidas. Uno de ellos soltó el arma y empezó a retroceder. Después echó a correr. Otro hizo lo mismo, después otro, y muy pronto todos estaban huyendo.

Benson bajó la pistola y susurró con voz ronca al oído de Mendoza:

–¿Seguro que no quieres ese beso?

Mendoza sacudió la cabeza violentamente.

–¡Entonces mueve el culo y lárgate de aquí!

Mendoza no necesitó que se lo dijera dos veces.

Mientras salía corriendo por el callejón, los tripulantes, junto con Claire y Jimmy, se quedaron en las ventanas situadas en tres de los lados del patio y empezaron a aplaudir y a dar gritos de alegría.

EL EPISODIO DE LA PIZZA

El siguiente número del *Titanic Times* incluía un emocionante relato de sus aventuras en la isla de Puerto Rico, pero claramente faltaban fotografías del Sr. Benson con falda. Sin embargo, había otras fotos: la pira funeraria, los documentos oficiales desparramados por el ayuntamiento desierto, el *Titanic* con tres cuartas partes tapadas por la nube de humo y, por último, el barco de recreo que habían requisado en el puerto de Dorado y con el que habían vuelto al transatlántico.

Esa noche, Claire cogió la primera copia que salió de la impresora y fue a la enfermería para enseñársela a su padre, pero no la dejaron entrar. Estaba demasiado enfermo. Ahora también su madre presentaba los primeros síntomas de la epidemia y compartía una habitación con él. Cuando estaba saliendo de la enfermería, Claire vio a Ty tumbado en una cama. Intentó hablar con él, pero la echaron de allí.

Jimmy estaba ocupado imprimiendo dos mil copias del periódico, mientras el equipo de repartidores esperaba con impaciencia en el pasillo, cuando Claire volvió taciturna. Se sentó a su mesa y empezó a dar vueltas a la cámara.

–¿Malas noticias?

–No muy buenas, no. Ty también está allí –dijo dando una patada a la pata de la mesa–. Lo de hoy ha sido increíble y el periódico está genial, pero la realidad es que seguimos teniendo la epidemia a bordo y vamos a morir todos.

–Habla por ti.

Jimmy cogió el primer fajo de periódicos y fue hasta la puerta.

–Cubierta Cuatro –le dijo al primer niño de la fila–, y esta vez llama a la puerta y asegúrate de que hay gente dentro, estamos gastando demasiados ejemplares en camarotes vacíos. Los que te sobren, déjalos en la biblioteca.

Cuando Jimmy volvió a acercarse a la impresora, Claire le sacó una foto.

–¿Y eso?

–Es por si te pasa algo, para tener una foto que poner en el periódico. Toma, hazme una a mí.

Le dio la cámara y Jimmy le sacó una, de la cabeza y los hombros.

–Tiene gracia –dijo–, Prim me contó que todos los periódicos tienen un archivo con fotos de gente, para tenerlas a mano cuando les hacen falta. ¿Sabes cómo lo llamó? Un depósito de imágenes. Y todo este maldito barco es como un depósito, pero de cadáveres.

Claire sacudió la cabeza con tristeza.

–Ahí arriba se están muriendo todos. Están gritando, ardiendo de fiebre, y lo único que quieren es que alguien los ayude a dejar de sufrir. Jimmy, yo no quiero pasarme días esperando si me contagio, ¿me harás el favor de tirarme por la borda o algo así, para que me ahogue o me coman los tiburones?

–No –contestó Jimmy.

–¿Por qué no?

–Porque no.

–Yo te tiraré. Incluso aunque no estuvieras enfermo.

Jimmy sonrió. Cogió otra pila de periódicos.

–Venga, échame una mano con esto.

El periódico también contenía entrevistas con varios de los puertorriqueños a los que el capitán Smith había dejado subir al barco. En total había cuarenta. Se habían acercado nerviosamente a Jonas Jones cuando estaba supervisando el reabastecimiento de combustible. Estaban hambrientos, iban vestidos con harapos y los niños iban llorando y gimiendo, así que el jefe de máquinas no pudo evitar sentir lástima por ellos. Sin embargo, lo que parecía una simple obra de caridad se descontroló enseguida, cuando miles de personas empezaron a salir de la ciudad en tropel y a intentar subir al barco por la fuerza. Al darse cuenta de que enseguida podrían perder el control del barco, el capitán Smith se había visto obligado a ordenar a Jonas Jones que volviera al barco antes de terminar de repostar y el *Titanic* había zarpado mientras disparaban sobre él.

El Dr. Hill había examinado a los nuevos pasajeros y había comprobado que ninguno estaba contagiado de la Muerte Roja. De momento. Eran los afortunados. Habían muerto

decenas de miles de personas. Los pocos funcionarios públicos que no habían muerto habían ordenado que los cadáveres se llevaran al fuerte y se quemaran para intentar evitar que la epidemia siguiera propagándose. En la ciudad, los que quedaban con vida tenían que pelear por cada miaja de comida. El agua estaba en mal estado, no había electricidad y las pandillas deambulaban por las calles, causando destrozos, robando y asesinando. Para los que habían conseguido subir a bordo, el *Titanic* era como un majestuoso ángel blanco que había venido para llevarlos al cielo.

El periódico también contenía información sobre el siguiente puerto de escala, la diminuta isla de Santo Tomás. Estaba situada a tan sólo sesenta y cinco kilómetros al este de Puerto Rico y tenía una población de 56.000 habitantes (al menos antes de la epidemia). Había resultado imposible contactar con la isla por radio y sospechaban que el panorama iba a ser igual que el de Puerto Rico, pero el capitán Smith estaba empeñado en seguir con el itinerario, sobre todo porque confiaba en que podrían concluir el reabastecimiento de combustible que había quedado interrumpido en San Juan. La capital se llamaba Charlotte Amalie, pero al otro lado de la isla estaba la bahía Magens, donde, según la revista *National Geographic*, se encontraba una de las diez playas más hermosas del mundo. Jimmy añadió una nota de optimismo y escribió que quizá podrían hacer una parada allí para darse un baño.

No parecía muy probable.

Cuando el reparto del periódico estuvo terminado, Jimmy y Claire reunieron a su equipo de repartidores y los llevaron al bufet de la Cubierta Once, que estaba abierto las veinticuatro horas, para darse un banquete nocturno. Aunque seguían pagándoles, también los repartidores habían empezado a darse cuenta de que ahora sus dólares apenas tenían valor, así que cada vez estaban más inquietos y tenían menos ganas de ir a trabajar. Lo que pretendían Jimmy y Claire era desarrollar el espíritu de equipo. Jimmy había preparado un discurso para hablarles de lo importante que era dejar constancia de todo lo que ocurriera y del papel que desempeñaba el periódico como instrumento para mantener a la gente informada, además de para decirles que también ellos podían colaborar con noticias o fotografías.

Lo cierto es que el discurso estaba siendo bastante bien recibido por los repartidores, que devoraban pizza tras pizza mientras escuchaban. Jimmy estaba empezando a contar una versión bastante más truculenta de lo ocurrido en el fuerte San Cristóbal cuando fue

interrumpido por Kitty Calhoon. Llevaba a Franklin en brazos y quería saber si los perros podían contagiarse de la Muerte Roja.

–Espero que sí –contestó alguien, y todos los que estaban en la mesa se echaron a reír como locos.

La Sra. Calhoon, que estaba medio sorda, no se enteró. Jimmy estaba intentando contestar algo coherente, mientras hacía grandes esfuerzos por aguantar la risa, cuando le salvó un estrépito que sonó tras él de repente. Todos se volvieron y vieron al primer oficial Jeffers intervenir en una pelea a gritos entre el jefe de cocina, Pedroza, y unos cuantos de los nuevos pasajeros puertorriqueños. Ya había varios platos hechos añicos en el suelo. Mientras le observaban, Pedroza cogió otro y lo tiró.

Jimmy intuyó que estaba ante una noticia. Claire cogió la cámara sin decir nada y los dos atravesaron el restaurante justo a tiempo para ver cómo Pedroza le clavaba un dedo en el pecho a Jeffers.

–Como vuelva a tocarme, Sr. Pedroza, voy a hacer que le encierren.

–¡Pues entonces échelos de aquí!

–Tienen tanto derecho a estar aquí como usted.

–¡No! Se comen nuestra comida y nos queda menos a nosotros. ¡No sabemos cuánto tiempo vamos a estar en este barco! ¡No nos sobra la comida!

Volvió a clavarle el dedo al primer oficial.

–¡Sr. Pedroza, se lo advierto!

Decenas de comensales se habían levantado de sus mesas y se estaban congregando a su alrededor. Uno de ellos, un hombre con sobrepeso con una camiseta que le quedaba demasiado apretada, gritó:

–¡Tiene razón! Nosotros hemos pagado por esa comida, ¡deberían guardarla para nosotros, no dársela a unos refugiados!

Otros pasajeros asintieron con la cabeza.

–Hay comida más que de sobra. Lo sabe, Sr. Pedroza.

–¡No por mucho tiempo! ¡No como sigamos dando de comer a esta gente!

–¿Quiere que los dejemos morir de hambre?

–¡Quiero que los manden de vuelta al lugar del que han venido!

Esto provocó los aplausos de algunos de los pasajeros.

–Sr. Pedroza, esto es una orden directa del capitán Smith. Estas personas son huéspedes en el barco y deben ser tratadas como tales. ¡Tiene que darles de comer!

Pedroza le lanzó una mirada iracunda a Jeffers, dio media vuelta y volvió a las cocinas hecho un basilisco. Jeffers le observó durante unos instantes y después se dirigió a los demás pasajeros:

–Por favor, vuelvan a sus asientos...

Algunos lo hicieron; otros salieron del restaurante mascullando y echando miradas asesinas a los inquietos puertorriqueños. Jeffers se volvió hacia la mesa del bufet, cogió un trozo de pizza, lo puso en un plato y se arrodilló delante de uno de los niños refugiados.

–Aquí tienes, hijo –dijo.

–Nene no gusta pizza –dijo el niño.

Jimmy no podía dormir. El incidente del restaurante le había dejado intranquilo. Cuando se habían quedado sitiados en Puerto Rico, lo más importante había sido conseguir regresar al barco, ya que representaba la seguridad y el lugar en el que se sentían en casa. Aunque a bordo hubiera gente enferma y moribunda, había algo en el *Titanic* que resultaba enormemente reconfortante. No era sólo su tamaño y la forma en que lo dominaba todo, sino el hecho de que la tripulación y los pasajeros lo consideraran su principal esperanza en un mundo arrasado. Jimmy creía que todo había quedado solucionado tras la reunión en el auditorio y que se enfrentarían todos juntos a cualquier problema que surgiera. La discusión por la pizza le había demostrado lo equivocado que estaba. Podían volverse unos contra otros a la mínima. El barco era como Puerto Rico: era una isla y, una vez que el desorden se adueñara de ella, podría sumirse en la anarquía a toda velocidad.

Si él no podía dormir, no había ninguna razón por la que hubiera que dejar dormir a su mejor amiga. Sí, era su mejor amiga. Él lo sabía y ella lo sabía. Venían de mundos diferentes, pero habían conectado. Pero sólo eran amigos. Nada más.

Jimmy cogió el ascensor y subió a la suite de Claire. Como sus padres estaban en la enfermería, estaba sola. Estaba sentada en la terraza y llevaba una sudadera con la capucha subida que la protegía de la brisa. Jimmy cogió una Coca-Cola Light del minibar y se sentó a su lado. Claire tenía los ojos llorosos.

–¿Es por tu padre?

–No creo que aguante mucho más. Y mi madre se está poniendo peor. El Dr. Hill es muy simpático, pero miente fatal.

–A lo mejor está fingiendo que miente mal para que captes el mensaje sin tener que ser duro contigo.

Claire se quedó pensándolo.

–A lo mejor está fingiendo que finge que miente mal.

–¿Eso quiere decir que miente bien o mal?

Claire se encogió de hombros.

–Si tus padres se mueren... –dijo Jimmy–; espero que no, claro, pero, si se mueren, este barco es tuyo. Eres la jefa. Puedes decir: «Que me lleven a la Antártida», o «Que me lleven a Australia», y tienen que hacerte caso.

Claire negó con la cabeza.

–No, en serio... Puedes mandar al Sr. Benson que vaya vestido con tus faldas todo el tiempo, o a los puertorriqueños que golpeen a Pedroza con pizzas de hace tres días. Puedes...

Jimmy se detuvo. Claire se había subido la manga y le estaba enseñando el brazo.

Estaba lleno de manchas rojas.

–¡Dios! –dijo Jimmy.

–No es que esté siendo de gran ayuda.

–¡La virgen!

–Ni ella tampoco.

–Claire..., ¿desde cuándo...?

–Más o menos desde lo de la pizza. Pensé que a lo mejor era simplemente que me daba alergia Pedroza, pero supongo que no. Jimmy, vete si quieres. No quiero que te...

–Si la pillo, la pillo.

–Es un detalle por tu parte, pero también una estupidez.

Jimmy se encogió de hombros.

–¿Quieres que te traiga una Coca-Cola o algo?

–Puedo traérmela yo, no soy una inválida. Aún no. Lo que pasa es que pensaba que no me iba a contagiar. Tengo...

–Mucho dinero.

–... muy buena salud. Jamás he tenido un resfriado. Y ahora voy a...

–No digas eso...

–... morir.

–Claire.

–Es la verdad. Estas manchas se harán cada vez más grandes, luego me subirá la fiebre y empezaré a vomitar, después vendrán las convulsiones, empezaré a suplicar a gritos que me dejen morir y, al final, entraré en coma y fin de la historia.

Jimmy suspiró.

–Es una pena que no seas algo mayor.

–¿Por qué?

–Porque entonces podría casarme contigo y, cuando murieras, todos los barcos serían míos. Estaría forrado.

–¿Y qué te hace suponer que yo iba a querer casarme contigo?

–Por Dios, Claire, ¿quién más te lo iba a pedir? Eres insoportable.

Ella se quedó pensando unos instantes.

–Siento decepcionarte, Jimmy, pero antes me casaría con Pedroza.

Él sonrió.

Ella sonrió.

Los dos se quedaron callados.

Diez minutos más tarde, Claire dijo:

–No quiero ir a la enfermería.

–Pero allí tienen los mejores...

–No pueden hacer nada. Quiero quedarme aquí. Quiero...

–No lo digas.

–... morir aquí –y, adoptando un tono de voz más altanero que el habitual, que ya era bastante altanero de por sí, añadió–: En el ambiente al que estoy acostumbrada.

–Entonces me quedo contigo.

–No, puede que aún me falte un montón, y tú tienes trabajo que hacer.

–A la mierda el trabajo.

–No, Jimmy, es importante. Lo sabes. Quiero que mañana vayas a Santo Tomás, que te lleves mi cámara y vayas a la playa esa...

–A la bahía Magens.

–Sí, a la bahía Magens. Dijiste que era una de las diez mejores del mundo.

–No lo dije yo, lo ponía en una revista. Seguro que les pagaron para que lo pusieran. Seguro que es un asco. Seguro que está llena de colillas.

–No, no es verdad. Jimmy, hazle una foto y tráemela. Me encantan las playas.

–Está bien –dijo Jimmy.

–Y ten cuidado de que no salga desenfocada.

–De acuerdo.

–Y usa un gran angular...

–Vale...

–E intenta...

–Claire, ya sé que te estás muriendo, pero sigues siendo una plasta. Sé cómo se hace una foto.

–Entonces demuéstralo.

LA PLAYA

La visita del *Titanic* a San Juan había demostrado lo fácil que podía ser perder el control sobre el barco. Si no hubieran retirado la pasarela de embarque justo a tiempo, la tripulación habría sido aplastada en un santiamén. El capitán Smith no iba a volver a correr ese riesgo en Santo Tomás, sobre todo porque se sabía que la isla había servido de refugio a múltiples piratas en el pasado. Algunos asesinos como Barbanegra y el capitán Kidd habían estado por allí de juerga. Sir Francis Drake había lanzado desde la isla sus ataques contra los galeones españoles cargados de oro del Nuevo Mundo. Vale que todo aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, pero las tradiciones tienen la manía de transmitirse de generación en generación en las comunidades pequeñas. Por eso, en lugar de entrar al puerto principal de Charlotte Amalie, donde teóricamente les estarían esperando las reservas de combustible, el capitán prefirió rodear la isla y echar el ancla frente a la bahía Magens. Desde allí enviaría una patrulla a la costa para que entrara a la capital desde atrás. Si veían que la ciudad estaba tranquila y que podían cubrir el puerto, el barco entraría para repostar.

Una vez más, el primer oficial Jeffers se opuso a que Jimmy formara parte del destacamento que iban a enviar a la costa. Una vez más, se impuso la decisión de su superior. Sin embargo, Jeffers le clavó un dedo en el pecho y le advirtió seriamente:

–No te pongas en medio, no causes problemas, no te alejes del grupo.

Jimmy se encogió de hombros. Se sentó en la parte trasera de una pequeña barca hinchable que bajaron lentamente por un lado del *Titanic*. Llevaba la cámara de fotos agarrada sobre el regazo. Se había quedado con Claire toda la noche. Menos de una hora antes, cuando ya le había subido la fiebre y había perdido toda lucidez, Jimmy había llamado al Dr. Hill, muy a su pesar, y éste había ordenado que la trasladaran a la

enfermería inmediatamente. Jimmy sabía que era lo que debía hacer, pero también se sentía mal por haberle fallado. Iba a hacer todas las fotos que pudiera de la bahía Magens y se iba a asegurar de que quedaran fenomenal. Pero en el fondo sabía que ella no llegaría a verlas. Nadie se curaba de la Muerte Roja, ni siquiera los ricos.

Iban deslizándose, Jeffers, Benson, Jonas Jones, otros dos tripulantes y Jimmy, sobre las apacibles aguas de un brillante color azul turquesa en dirección a la playa. Según se fueron acercando, Jimmy empezó a comprender por qué la playa tenía tanta fama: tenía más de un kilómetro y medio de brillante arena blanca, bordeada al fondo por una fila de palmeras que enseguida dejaba paso a unas montañas densamente pobladas de árboles. Era todo absolutamente impresionante. Jimmy sabía que, por muy buenas que fueran, sus fotografías jamás podrían hacerle justicia a aquello. Aun así, sacó varias fotos panorámicas, pero de pronto bajó la cámara.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó.

Aún estaban a cientos de metros de la playa, pero otros ocupantes de la pequeña embarcación también lo habían oído.

Música.

—Es... ¡Bob Marley! —dijo Benson.

Efectivamente, era música *reggae*, que llegaba hasta ellos deslizándose por el agua. Cuando se acercaron aún más, vieron que casi todas las tumbonas, distribuidas por toda la playa, estaban ocupadas.

¡Gente tomando el sol!

—Cielo santo —dijo Jeffers—, se han librado.

Ahora todo eran sonrisas. Aquello era tan inesperado como increíble. Llegaron con la barca hasta la arena. Bob Marley cantaba «One Love» y les asaltó, en el buen sentido, un olor a patatas fritas y cebolla. Jeffers se bajó del bote el primero y salió disparado hacia el primer grupo de tumbonas.

De pronto se detuvo.

Jimmy y los demás se agolparon detrás de él.

Tres tumbonas. Tres hinchados y putrefectos cadáveres llenos de moscas.

Jeffers se volvió inmediatamente hacia su izquierda y vomitó.

Jimmy se quedó mirando los cadáveres, horrorizado.

Jonas fue corriendo hasta el siguiente grupo de tumbonas. También allí había cadáveres, y lo mismo en todo el resto de la playa, hasta donde le alcanzaba la vista.

–No lo entiendo –dijo Jimmy–. Si se contagiaron de la epidemia, ¿cómo es que siguen aquí todos, como si estuvieran tomando el sol?

–Sabemos que existen distintas cepas del virus – contestó Jonas–. Parece ser que ésta los mató en el acto. Igual casi mejor.

Jimmy no fue capaz de levantar la cámara. ¿Cómo iba a llevarle a Claire una foto de aquello?

–Bueno –dijo Jeffers–, no olvidemos para qué hemos venido. Ahí hay un aparcamiento, vamos a ver si encontramos unas llaves o si podemos hacer un puente para arrancar algo en lo que quepamos todos. Jimmy, mira a ver si puedes apagar esa música, e igual puedes traernos algo de beber.

Jeffers señaló hacia un bar situado en la playa, a unos cien metros de allí, de donde parecía venir la música.

–A ver si me puedes preparar un buen cóctel, ya que estás –añadió.

Jimmy salió corriendo por la arena. Se obligó a sacar unas cuantas fotos. No para Claire, sino para el periódico. Ahora ése era su papel en la vida. Era el cronista oficial del *Titanic*. Periodista e historiador. No debía pensar en Claire, que estaría agonizando en el barco, o en esos pobres bañistas, que primero estaban tan tranquilos bebiendo cerveza fría y jugando con sus hijos y, un minuto más tarde, eran cadáveres putrefactos y apuestos. Tenía que borrar esa parte. Tenía que concentrarse en su trabajo.

Había una docena de cadáveres en el bar. Se veía claramente que algunos se habían caído de los taburetes en los que estaban sentados cuando fueron alcanzados por el virus. Otros estaban en las mesas, con platos de comida delante, y yacían desplomados como si hubieran decidido echarse una siesta. El olor no era demasiado horrible, ya que estaba encendido el aire acondicionado. Detrás de la barra había un frigorífico con la puerta de cristal que seguía encendido, y también estaba la música, claro, que de cerca sonaba mucho más alta. Estaba claro que el bar tenía un generador propio que había seguido funcionando después de que la muerte pasara por allí sembrando el horror. Jimmy estuvo buscando unos minutos hasta que por fin lo encontró fuera, en la parte de atrás. Levantó una palanca y la voz de Bob Marley fue disminuyendo lentamente de volumen hasta apagarse. Lo único que se oía ahora era el zumbido de las decenas de miles de moscas que revoloteaban entre los cadáveres.

Jimmy volvió a entrar en el bar y abrió el frigorífico. Sacó un bote de Coca-Cola Light, lo abrió y dio un buen trago.

A sus espaldas, una voz dijo:

–Es un dólar.

Jimmy se rió y se dio la vuelta pensando que iba a ver a uno de sus compañeros, pero no. Era un hombre sin camisa y con unos pantalones cortos de color caqui que le estaba apuntando con una escopeta.

–Un dólar –repitió.

–No tengo un dólar –dijo Jimmy.

–Pues más vale que lo tengas. Me toca ponerlo de mi sueldo si no.

Jimmy tragó saliva.

–De verdad que no lo tengo.

El hombre disparó. Jimmy se tiró al suelo al tiempo que el reproductor automático de CD que tenía detrás explotaba.

–¡Un dólar!

Jimmy puso las manos en alto para intentar tranquilizarlo y volvió a ponerse de pie lentamente.

–Y... ¿eso no lo tienes que poner de tu sueldo?

–¡No! ¡Yo no me encargo del reproductor! ¡Sólo de la barra!

–Vale, vale...

De la pasarela de madera de delante del bar llegaron unas fuertes pisadas y, al instante, aparecieron en la puerta Jonas Jones y Benson. El hombre les apuntó con la escopeta inmediatamente y ellos pusieron las manos en alto.

–¿Vienen a beber algo? –preguntó el hombre–. ¿O querían comer?

Jonas y Benson se miraron.

–Algo de beber estaría bien –dijo Benson–. Y si nos deja ver la carta...

–Siéntense, enseguida estoy con ustedes –dijo el hombre señalando uno de los taburetes que habían quedado libres en la barra. Volvió a apuntar a Jimmy con la escopeta–. Bueno, ¿entonces qué?

–Me he dejado..., eh..., la cartera... en la playa...

El hombre se quedó observándole con desconfianza durante unos instantes y después le soltó:

–Pues ve a buscarla. Si no estás aquí dentro de dos minutos, iré a buscarte.

Jimmy retrocedió y salió del bar.

Una vez fuera, se encontró inmediatamente con Jeffers y los demás tripulantes. Les

explicó a toda prisa que dentro había un chiflado con una escopeta y que, sin embargo, Jonas y Benson estaban pidiendo algo de beber.

–¿Que están *qué*? –preguntó Jeffers.

Jimmy volvió a explicárselo.

–Bueno..., ¿alguno tenéis un dólar?

Se miraron en los bolsillos, pero ninguno tenía. En el *Titanic* no hacía falta llevar dinero encima en las mejores circunstancias y, ahora que las circunstancias no podían ser peores, tenía todavía menos sentido. Como había comprendido Pedroza, el dinero ya no tenía absolutamente ningún valor.

–Si quieres dinero, ahí es donde vas a encontrarlo –dijo Jeffers señalando la playa con la cabeza.

Era una idea repugnante, pero Jimmy estaba empeñado en volver al bar. El hombre de la escopeta estaba tan loco que resultaba aterrador, pero también ejercía cierta fascinación. Jimmy salió corriendo por la arena, encontró un bolso de mujer y se puso a buscar dinero dentro. Mantuvo todo el tiempo la mirada apartada del cadáver hinchado de la dueña, sobre todo de sus dos pies, que estaban justo al lado del bolso y a los que les faltaban trozos que las ratas habían arrancado a mordiscos. Encontró treinta dólares.

Cuando volvió al bar, Jeffers estaba atisbando el interior a través de las contraventanas entreabiertas. El hombre había dejado la escopeta y estaba preparándole un cóctel a Benson. Ya le había servido una cerveza a Jonas. Ninguno de los dos parecía estar especialmente incómodo. Jimmy se dirigió a las puertas.

–¡Jimmy! –exclamó Jeffers–. ¿Qué haces?

–Le debo un dólar.

–No te muevas, es una ord...

Jimmy no le hizo caso. Entró en el bar extendiendo la mano en la que llevaba el dinero y dirigiendo una gran sonrisa al hombre, que estaba detrás de la barra.

–¡Pago yo! –gritó.

El hombre le hizo un gesto con la mano para que entrara. Jimmy, a su vez, se volvió hacia Jeffers y le hizo un gesto para que entrara. Jeffers vaciló y después sacudió la cabeza y enfundó su pistola de mala gana.

Un minuto más tarde, estaban todos sentados en los taburetes, bebiendo. Detrás de ellos, el suelo estaba plagado de cadáveres en estado de descomposición.

Era surrealista.

Hablaron del tiempo. De deportes. De música. El hombre había tenido una expresión de asombro desde el principio, pero fue desapareciendo cuando estuvieron un rato allí sentados. Dijo que se llamaba Nick Tabarrok y que llevaba siete años trabajando como subgerente del bar de la playa. Una semana antes, el gerente había dimitido repentinamente tras una pelea con su mujer, había hecho las maletas y había cogido el ferry a una isla cercana, dejando a Nick a cargo del bar por primera vez. Estaba decidido a demostrar que estaba capacitado para el trabajo. El primer día todo fue estupendamente. El segundo día murió todo el mundo. Pero él estaba empeñadísimo en que el bar siguiera funcionando y las cuentas cuadraran hasta que volvieran los dueños.

—¿No crees que habría sido buena idea sacar los cadáveres del bar? —sugirió Benson con vacilación.

Nick los miró detenidamente, casi como si no hubiera reparado en ellos hasta ahora.

—Sí, supongo. A los inspectores de sanidad no les van a hacer mucha gracia... —dijo riéndose, pero al momento se detuvo. Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Tendría que... haberlos...

Jonas se terminó la cerveza y apoyó el vaso.

—Anda, Nick, ponme otra.

Jeffers echó un vistazo a su reloj y miró fijamente a Jonas. Él siguió como si nada y, mientras Nick le servía otra cerveza, dijo:

—Entonces, Nick, ¿cómo es que tú no..., ya sabes..., como los demás?

Nick le puso el vaso delante al jefe de máquinas.

—Sí que la pillé.

Jonas se echó a reír.

—¿Qué eres entonces, un fantasma?

—No, a ver, yo me desplomé igual que los demás, y a los diez minutos la mayoría se habían muerto, pero entonces apareció Mamá Joss, me dio su medicina y, cuando me desperté al día siguiente, estaba bien.

—¿Mamá Joss?

—Mamá Joss. Es mi abuela..., o mi tía..., o lo que sea. Vive en la montaña. Tiene unos... ciento veinte años. Es... médica. No tiene ningún título, pero... conoce todos los remedios antiguos.

—¿Y te curó? —preguntó Jeffers, con un tono cargado de desconfianza.

–Claro –contestó Nick–, yo siempre fui su favorito.

–¿Y qué pasó con todos los que están ahí fuera, a ellos no les ayudó?

Nick negó con la cabeza.

–Claro que no. No le gustan los turistas. No la vemos mucho aquí abajo, prefiere no acercarse. Aunque menos mal que vino ese día.

–¿Y ahora dónde está? –preguntó Jimmy.

–Me imagino que se iría a casa. Tiene gallinas, y una cabra. Hay que darles de comer.

Jeffers vació su vaso y, dando unos golpecitos en su reloj, dijo:

–Bueno, señores, tenemos trabajo que hacer.

Jonas cogió la cerveza que le acababan de servir y se la bebió de un trago. Nick recogió los vasos y empezó a fregarlos. Jimmy dejó dinero en la barra para pagar las bebidas y le dijo a un agradecido Nick que se quedara con el cambio.

En el aparcamiento, Jeffers sólo tardó un par de minutos en escoger un monovolumen que pudiera llevarlos a todos a Charlotte Amalie y en hacerlos subir. Sin embargo, mientras los demás se metían en el coche, Jimmy se quedó parado donde estaba. Jeffers bajó una ventanilla.

–Venga, Jimmy –dijo bruscamente, con impaciencia–, ya vamos bastante tard...

Jimmy negó con la cabeza.

–No podemos irnos.

–¿Qué?

–La anciana. Mamá Joss. Tenemos que encontrarla.

–Jimmy, ¿qué estás diciendo? Tenemos que irnos, ahora mismo...

–No... ¿Es que no has oído lo que ha dicho? Tiene un remedio.

Jeffers se echó a reír.

–Pero, Jimmy, no te habrás creído todo eso, ¿verdad? ¡Está como una regadera! No existe ninguna medicina mágica.

–¿Y cómo explicas que él esté vivo y los demás, absolutamente todos, estén muertos?

–¡Eso no demuestra nada! Nosotros también estamos vivos, ¿no? ¡Vamos, sube al coche!

–No.

–Jimmy...

–Espera..., sólo un minuto. Mira, si existe la posibilidad, por pequeña que sea, de que esa mujer tenga un remedio, ¿no merece la pena comprobarlo? Están muriendo cientos

de personas a bordo del barco. ¿Por qué no nos arriesgamos e intentamos averiguar si hay algo?

Jeffers tamborileó con los dedos en la puerta del coche.

–Jimmy Armstrong, eres peor que un grano en el culo.

–Ya lo sé.

–Tenemos que llegar a Charlotte Amalie. El barco necesita combustible.

–Ya lo sé.

Volvió a tamborilear con los dedos.

–Bueno –dijo Jeffers mientras se volvía en su asiento–, ¿Benson?

–¿Sí, señor?

–Consiga otro coche, busque al camarero loco y suba con él y con Jimmy a la montaña, a ver si encuentran a la señora esa.

–Pero, señor... ¿Por qué yo, señor?

–¿De verdad tiene que preguntar por qué, Sr. Benson?

–No, señor.

–Bien, entonces adelante –dijo Jeffers. Benson salió del coche de mala gana–. Y esta vez intente no tirar el *walkie-talkie*.

–Sí, señor.

Jeffers le hizo un gesto con la cabeza a Jimmy.

–Suerte –dijo.

–Gracias.

–Te veré en el barco con tu medicina mágica.

Se rió él solo, pisó fuerte el acelerador y el vehículo se alejó ruidosamente envuelto en una nube de polvo, dejando a Jimmy y a Benson en compañía de decenas de cadáveres putrefactos y un camarero chiflado.

MAMÁ JOSS

Era poco más que una choza enclavada entre los árboles. Un pequeño perro les ladró cuando entraron con el coche en un patio lleno de basura desperdigada. Benson fue el primero en bajar del coche. En lugar de mirar hacia la casa, se volvió y dirigió la mirada al pie de la montaña y a la bahía.

–No te pierdas esto –dijo.

Jimmy se paró a su lado. Era una de las vistas más hermosas que uno pueda contemplar. El bosque se extendía ladera abajo hasta el mar azul celeste, los turistas de la playa no eran más que pequeños puntitos dentro del impresionante panorama e incluso el *Titanic*, fondeado a ocho kilómetros de la costa, quedaba reducido al tamaño de un barquito de juguete que flotaba serenamente en un baño de agua caliente recién preparado.

–Impresionante –asintió Jimmy–. Si no tienes en cuenta los muertos de las tumbonas.

Nick, que debía de haber visto aquel paisaje miles de veces, ni siquiera miró. El perro se le acercó corriendo, agitando su pequeña y gruesa cola, pero él le apartó de un empujón y siguió avanzando hacia la puerta de la choza, gritando:

–¡Mamá Joss! ¡Mamá Joss! ¡Soy yo, Nick! ¡No dispaes!

Benson se llevó la mano lentamente a la funda de la pistola que le habían dado.

La puerta ya estaba medio abierta. Nick entró y Benson le siguió con cierto recelo. Jimmy iba detrás. Dentro hacía fresco y estaba oscuro, pero también olía a... Jimmy no sabía muy bien a qué, pero a lo que más se le parecía a él era al olor que había en su casa cuando su abuela preparaba sopa. Casera, no de bote.

–Mamá Joss... ¿Mamá Joss? –volvió a llamar Nick.

Era una casita diminuta, con una cama en un rincón y una silla de mimbre con una pila

de mantas encima en otro. Había una cocina negra prehistórica y una vieja radio de pilas de gran tamaño. Encima de una desvencijada mesa había un quinqué que Nick encendió. Cuando se iluminó la única habitación de la casa, Jimmy dejó escapar un grito... Por debajo de las mantas asomaban unos pies huesudos que estaban sucísimos y tenían las uñas amarillas y curvadas.

–¡Mamá...! –gritó Nick mientras se acercaba a la silla dando grandes zancadas y retiraba las mantas–. ¿Mamá?

La mujer fallecida era diminuta y estaba arrugada y consumida. Cuando las mantas se levantaron de golpe, una araña se asustó y se volvió a meter corriendo por el agujero izquierdo de su nariz.

–Mamá... –dijo Nick inclinándose hacia ella. Le cogió la frágil manita helada y la acarició–. Mamá...

–Lo siento –dijo Jimmy.

Benson movió la cabeza con un gesto de compasión antes de volverse hacia la puerta. Le hizo una seña a Jimmy para que le siguiera al exterior. Cuando Jimmy salió de nuevo a la claridad del día, Benson había vuelto a atravesar el patio y estaba otra vez contemplando la bahía.

–Bueno –dijo–, ha sido una auténtica pérdida de tiempo.

–No es verdad –contestó Jimmy.

–¿Cómo que no? Si la vieja ni siquiera pudo protegerse a sí misma de la epidemia, ¿cómo iba a salvar a Nick o a cualquier otro? Venga, vámonos de aquí.

Empezó a caminar hacia el coche, pero Jimmy se puso delante.

–No, espere. Sr. Benson, no la ha mirado bien.

–Sí que la he mirado, Jimmy. Está muerta, segurísimo.

–Sí..., pero no. No tenía ninguna mancha, ninguno de los síntomas. Se ha muerto porque tenía unos ciento veinte años, no por la epidemia.

Benson ya se disponía a discrepar cuando se detuvo a sí mismo. Casi se podía ver cómo funcionaban los engranajes de su cerebro. Al final asintió con la cabeza.

–¿Sabes qué? Esa mujer no presenta ninguno de los síntomas típicos de la epidemia. Creo que es posible que simplemente se haya muerto de vieja. Venga, Jimmy, vamos a comprobarlo...

Benson pasó por delante de Jimmy rozándole y fue corriendo hacia la choza. Jimmy

sacudió la cabeza con incredulidad y le siguió hasta el interior, donde Nick todavía tenía agarrada la mano de la anciana. Levantó la mirada hacia ellos.

–Me ayudó a venir al mundo –dijo–. Y a mi madre..., y a la madre de mi madre.

–Bueno –dijo Benson–, quizá ahora pueda ayudarnos a nosotros. ¿Cómo era esa medicina que dices? ¿Nos la puedes buscar?

Nick le acarició la mano a Mamá Joss y volvió a ponerla bajo las mantas, con las que a continuación le tapó el cuerpo. Se volvió hacia la pequeña cocina de gas, sobre la que había dos ollas. Miró lo que contenían, primero una y luego otra.

–Creo que una de las dos es la medicina –dijo–. Lo otro probablemente sea sopa.

–¿Y cuál es cuál? –preguntó Jimmy.

–No lo sé. Estaba inconsciente cuando me la dio.

Se turnaron para inclinarse sobre las ollas y oler su contenido, pero, aunque cada una tenía un aroma distinto, seguían sin tener ni idea de cuál era una rica y sabrosa sopa y cuál podría salvar quizá las vidas de miles de personas.

–Bueno, pues tendremos que llevarnos las dos – dijo Jimmy.

Buscaron las tapas de las dos ollas, pero sólo encontraron una.

–Tendrás que protegerla con tu vida –dijo Benson mientras le daba la olla sin tapa a Jimmy.

Cuando las estaban llevando al coche, Nick los llamó para que volvieran.

–Si os vais a llevar la medicina –dijo–, a cambio tendréis que ayudarme a enterrar a Mamá Joss. No podemos dejarla así.

A Nick no le habían importado todos los cadáveres que había desperdigados por su bar y por la playa, pero Mamá Joss era otra cosa. Los otros eran turistas, ella era familia. Apoyaron las ollas en el suelo y empezaron a cavar una tumba detrás de la choza. Sólo tenían unas palitas de jardinería con las que cavar en la tierra reseca por el sol, así que tuvieron que trabajar durante más de cuarenta minutos bajo el sol abrasador. Benson intentó salir del paso con una zanja poco profunda, pero Nick insistió en que siguieran cavando más y más, ya que no quería que los animales salvajes vinieran y desenterraran el cuerpo. Cuando por fin dijo que podían parar, sacaron a Mamá Joss entre los tres, envuelta en las mantas, y la introdujeron con cuidado en su sepultura.

Mantuvieron la cabeza inclinada durante unos instantes. Nick pronunció una breve oración. Miró al perro, que ahora estaba sentado a su lado, y dijo:

–Ahora sólo quedamos tú y yo, Barney.

Barney dio un ladrido y se alejó trotando hasta que le perdieron de vista.

Mientras Benson y Jimmy volvían a echar la tierra y cubrían el cadáver, Nick fabricó una pequeña cruz con dos ramas caídas atadas con un trozo de cuerda y la clavó en un extremo del pequeño túmulo que habían levantado.

Cuando volvieron a la parte delantera de la choza, cansados y sudorosos, lo primero que vieron fue que el perro estaba tumbado al lado de las ollas, jadeando de satisfacción.

–¡Dios mío, no...! –gritó Jimmy mientras salía disparado hacia él, lo que hizo que el perro se levantara sobre sus patas traseras y se apartara corriendo—. ¡No...!

Pero el daño ya estaba hecho. El perro había lamido la olla que no tenía tapa hasta dejarla limpia. La otra estaba intacta.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Jimmy mirando a Benson con un gesto de desesperación—. ¿Y si ésa era la buena, y si...?

Benson dirigió la mirada hacia Nick, que estaba a cierta distancia de ellos, cerrando bien la puerta de la choza. Bajando la voz, dijo:

–Tendremos que llevarnos al perro.

–¿Qué?

Nick venía caminando lentamente hacia ellos.

–Tú déjame a mí –susurró Benson.

Nick se paró a su lado.

–La voy a echar de menos –dijo en voz baja.

–Sí, ya lo sé –contestó Benson dándole unas palmaditas en el hombro—. De todas formas..., tú y Barney os venís con nosotros al barco. Nos vendrá bien un buen hombre como tú a bordo. Y un perro.

Nick negó con la cabeza.

–Suenan bien, amigo, pero ni hablar. Tengo que preparar el bar para cuando vuelvan los turistas.

Benson echó una mirada a Jimmy y después volvió a mirar a Nick.

–Nick, lo siento, pero no creo que vuelvan. Esta isla no es el único sitio donde la gente ha caído enferma, es el mundo entero. Ya no quedan turistas.

Nick se echó a reír.

–Volverán. Siempre vuelven. Mientras tanto, Barney y yo vamos a poner en orden este sitio, ¿de acuerdo?

Chasqueó la lengua y Barney salió de detrás de un matorral y fue corriendo hacia él.

Nick se arrodilló y le revolvió el pelo.

Benson tenía una expresión de enfado en la cara.

–Verás, Nick, si quieres que te diga la verdad, lo que ocurre es que necesitamos que Barney nos ayude. Es posible que se haya comido nuestra medicina. Tenemos que analizar lo que es, y la única forma de hacerlo es llevándonoslo al barco.

Nick puso cara de espanto.

–¿Quieres decir que tenéis que abrirle?

–No, no.... necesariamente. Seguramente lo... expulsará de manera natural. Pero de verdad que es importantísimo. Si existe alguna posibilidad de que esa medicina funcione y si conseguimos reproducirla, podría salvar cientos, miles, puede que millones de vidas. Así que de verdad que tenemos que llevarnos al perro.

Nick se quedó pensando unos instantes.

–¿Y seguro que crees que los turistas no van a volver?

–Sé que no van a volver.

Nick rascó al perro detrás de las orejas antes de levantar la vista.

–Está bien. Podéis llevaros la olla gratis, pero tendréis que pagar por Barney.

–¿Qué...?

–Tenéis que pagar.

–Nick –dijo Benson adoptando un tono serio y trascendental–, es por el bien de toda la humanidad.

Nick asintió con la cabeza.

–Ya lo sé. Pero si no vuelven los turistas, me quedo sin propinas, y así es como gano la mayor parte de mi dinero. Tengo que ganarme la vida. Si es verdad que Barney puede salvar el mundo, eso tiene que valer bastante. No sé, todas esas compañías farmacéuticas ganan un montón de dinero, ¿no?

Benson sacudió la cabeza.

–Nick, no podemos...

Había llegado el momento de que interviniera Jimmy. Había estado escuchando, cada vez con más incredulidad, cómo Benson intentaba llegar a un acuerdo con un hombre que no sólo estaba afectado por la pérdida de un ser querido, sino que estaba o bien al borde de la locura, o bien completamente chiflado. Jimmy le puso una mano en el brazo a Benson al tiempo que le guiñaba un ojo disimuladamente.

–Sr. Benson, creo que Nick tiene razón, habría que pagarle –dijo. Benson se quedó

desconcertado. Jimmy le hizo un gesto con la cabeza a Nick y le preguntó—: ¿En cuánto dinero estabas pensando?

Nick hizo un rápido cálculo mental. Después otro.

—Catorce millones de dólares.

Benson puso un gesto de exasperación. Después se tocó los bolsillos y dijo:

—Me temo que ahora mismo no llevo tanto dinero encima.

Jimmy le miró fijamente.

—Sr. Benson, ya sabe lo que hacemos en estos casos...

—¿Cómo? O sea, sí, claro, lo que hacemos es...

—Firmarle un pagaré.

A Benson se le abrió ligeramente la boca.

—¿Un...?

Jimmy asintió.

—Un pagaré, por catorce millones de dólares. A ti te parece bien, ¿verdad, Nick? Sólo tienes que presentarlo en el Consulado británico y ellos se encargarán de que recibas los catorce millones de dólares.

Nick se quedó mirando atentamente a Jimmy durante un buen rato. Pero entonces asintió.

—Me parece bien —dijo—. Aunque, si te digo la verdad, preferiría quedarme con el perro.

Usaron un ejemplar del *Titanic Times* que Jimmy llevaba doblado en el bolsillo trasero para redactar el pagaré.

Nick lo examinó contento antes de doblarlo y guardárselo en el bolsillo de la camisa. Cogió a Barney en brazos y lo llevó al coche. Lo puso en el asiento trasero y le acarició la cabeza por última vez.

—Y pensar —dijo con tristeza— que el destino del mundo puede depender de lo que salga de tu culo...

Dejaron a Nick en la montaña. De camino a la playa, Benson llamó a Jeffers por radio para ver cómo se le estaban dando las cosas en Charlotte Amalie. Con un tono grave, Jeffers les informó de que la epidemia parecía haber exterminado a toda la población del puerto. Aunque eso significaba que no había peligro en que el *Titanic* atracara, les estaba

costando establecer contacto con el barco. Le pidió a Benson que lo intentara desde ese lado de la montaña, pero tampoco él consiguió contactar.

–Puede ser cualquier cosa –observó Benson–. Lo más probable es que sean las condiciones atmosféricas. Quizá se acerque una tormenta. O puede que haya alguna avería en el barco.

Jimmy dio su opinión:

–A lo mejor la epidemia ha matado a todos los que sabían cómo manejar una radio a bordo.

–Gracias por esa aportación tan optimista –dijo Jeffers. Después ordenó a Benson que volvieran al barco en la barca hinchable para transmitir el mensaje de que podían atracar sin peligro.

Mientras avanzaban por el agua a toda velocidad, Jimmy llevaba la olla bien agarrada sobre el regazo, con el codo apoyado en la tapa, al tiempo que sujetaba bien a Barney. Iba pensando en Claire y en Ty e intentando no hacerse demasiadas ilusiones. Después de todo, estaban confiando en la palabra de un demente.

¿Y si Claire ya estaba...?

«¡No!» Ni siquiera iba a pensarlo.

«¡Muerta!»

No podía evitarlo. Había estado varias horas fuera del barco.

El equipo encargado de volver a subirlos a bordo estaba esperando en la tercera cubierta. Benson puso el bote hinchable al lado del barco con mucha pericia y le fue fácil amarrar los cabos necesarios con el mar tan calmado. Barney empezó a ladrar con excitación cuando el bote salió del agua y empezó a subir lentamente. Jimmy le acarició para intentar que mantuviera la calma.

Benson agitó el *walkie-talkie* en el aire, dirigiéndose a los tripulantes que estaban arriba.

–¡Hemos estado llamando!

Aunque le respondieron con un gesto de aprobación, Benson murmuró con un tono sombrío:

–¿Qué te apuestas a que de todas formas me llevo las culpas?

–Catorce millones de dólares –dijo Jimmy.

La barca hinchable llegó por fin a la altura de la cubierta y la metieron en el barco. En cuanto notó que estaban en tierra firme, Barney se retorció hasta que consiguió que Jimmy le soltara, bajó de la embarcación de caucho a la cubierta de un salto e intentó irse corriendo. Benson gritó a los tripulantes que lo sujetaran y añadió:

—¡Por lo que más queráis, no dejéis que haga caca en cualquier lado! Puede que tenga...

Pero entonces se detuvo, ya que quien había creído que era uno de sus compañeros, vestido con una pulcra camisa blanca y una gorra, en realidad no lo era. Era Pedroza, y les estaba apuntando con una pistola. No estaba solo. Había al menos otra docena de hombres que los observaban sin moverse, todos armados con pistolas o cuchillos.

Jimmy no necesitó que le dijeran lo que había pasado.

Se habían hecho con el control del barco.

EL MOTÍN

Habían estado cuatro horas fuera del barco. En ese tiempo, una segunda pelea por la comida de los refugiados de San Juan enseguida había desembocado en un motín que había llevado a que el capitán Smith y los oficiales de alto rango que habían permanecido a bordo acabaran siendo dominados. Pedroza y sus camaradas se habían hecho con el control del puente de mando, habían desarmado a los tripulantes y habían encerrado al capitán, junto con todos aquellos que no estaban «con» Pedroza, en el auditorio, bajo la vigilancia de varios hombres armados. Había cerca de quinientas personas. Ahora Jimmy, que seguía teniendo su olla firmemente agarrada –aunque ahora ya sin Barney–, se encontraba entre ellos.

Se desataron discusiones entre los prisioneros. Algunos pensaban que el capitán Smith tendría que haber llevado el *Titanic* de vuelta a Miami en cuanto se había hecho patente la gravedad de la epidemia tanto a bordo del barco como en tierra firme. Estaban preocupados por sus familiares y sus hogares, por sus mascotas y sus cuentas bancarias. Otros opinaban que tendrían que haber hecho bajar del barco a todos los enfermos para evitar contagiar a los demás. Muchos sostenían que tendrían que haber dejado que los refugiados de San Juan se las arreglaran solos en la isla. Algunos pensaban que debían recoger con el barco a todos los supervivientes que pudieran, ya que era su deber como buenos cristianos. O musulmanes. O hindúes. O simplemente como buenas personas. En lo único que parecían estar todos de acuerdo era en que estaban mejor con un capitán que sabía pilotar un barco que con un jefe de cocina que podía preparar un tierno bistec y una tarta de queso perfecta en un periquete pero que no distinguía la proa de la popa. Así las cosas, el *Titanic* seguía anclado a ocho kilómetros de Santo Tomás, consumiendo lentamente el combustible que le quedaba.

Cuando se recuperó de la impresión que le había causado que le hicieran prisionero, Jimmy inmediatamente puso a salvo la olla con la sopa –o medicina salvadora– de Mamá Joss en un pequeño armario a un lado del escenario. A continuación, su prioridad era encontrar una forma de llegar a la enfermería para ver cómo estaba Claire. Casi al mismo tiempo que se disponía a hacerlo, descubrió sorprendido que el Dr. Hill y su equipo de enfermeras estaban sentados en una fila de butacas al fondo del auditorio. Todos tenían un aspecto lamentable.

Cuando Jimmy se acercó corriendo para preguntar por Claire, el médico estaba levantando el brazo para rascarse la cabeza. Al hacer ese movimiento, la manga del uniforme se le subió lo suficiente para dejar ver unas manchas rojas en el antebrazo. El médico se dio cuenta de que Jimmy había visto las fatídicas marcas y se bajó la manga rápidamente. Se llevó un dedo a los labios antes de mirar a su alrededor con inquietud.

–Lo siento... –susurró Jimmy mientras se sentaba en una butaca a su lado.

El Dr. Hill sacudió la cabeza.

–¿Qué se le va a hacer? –contestó en voz baja–. Pero no digas nada, Jimmy... No va a ser bueno para los ánimos de la gente que vean que hasta su médico lo ha pillado.

–Y... ¿cómo está Claire?

–Me temo que no muy bien, hijo. Y eso hace varias horas. Me han echado de la enfermería con todo mi equipo, así que ninguno de mis pacientes está recibiendo agua, ni calmantes, ni...

–Tengo un remedio –dijo Jimmy sin más.

El Dr. Hill asintió con la cabeza, pero lo hizo con cierta desgana, como si fuera una respuesta aprendida. Los pacientes y los pasajeros debían de haberle sugerido cientos de remedios distintos en los últimos días, cada uno tan inútil como el anterior. Sin embargo, se fijó en la expresión de seriedad que adquirió el rostro de Jimmy y decidió complacerle. ¿Qué había de malo en ello, ahora que habían llegado hasta ese punto y el fin estaba tan próximo?

–¿Qué quieres decir, hijo? –preguntó, obligándose a adoptar un tono de voz que demostrara interés.

Alentado, Jimmy se puso rápidamente a describir lo que habían encontrado en la isla: los cadáveres de la playa, el bar de Nick, la medicina de Mamá Joss y el almuerzo gratis que se había agenciado Barney. Al contarlo, sin embargo, fue como si ya no le pareciera tan probable que realmente hubiera esperanzas. Se había permitido hacerse ilusiones,

pero, ahora que las estaba expresando en voz alta, de pronto le pareció que se estaba agarrando a un imposible. Que era absurdo cifrar las esperanzas de salvar a la humanidad en una olla de sopa y un chucho sarnoso.

A pesar de sus dudas, Jimmy vio con sorpresa que el Dr. Hill se quedaba bastante pensativo.

–¿Estaban todos muertos en las tumbonas? –preguntó el médico.

–Todos menos Nick. Y Mamá Joss. Bueno, al menos durante un tiempo. ¿Por qué?

El Dr. Hill se acarició la barbilla durante unos instantes mientras reflexionaba. Después miró a Jimmy y asintió.

–Bueno –dijo–, si la epidemia los mató justo donde estaban, en la playa, tuvo que ser una cepa especialmente virulenta que actuara muy rápido. Por lo que cuentas, seguro que ese tal Nick se contagió, y sin embargo se recuperó. Así que o bien tiene un sistema inmunológico especialmente fuerte, o bien la medicina de esa anciana funciona. Si es así, desde luego que sería raro, pero tampoco sería un acontecimiento único. Siglos antes de que tuviéramos antibióticos, las ancianas como ella curaban a la gente mezclando plantas medicinales. También se les moría mucha gente, era un poco a la buena de Dios. Pero perfectamente puede haber dado con algo...

–¿Entonces cree que hay posibilidades...?

–No lo sé, Jimmy... Pero lo que sí sé es que yo lo he intentado todo. Y que todos los científicos del mundo han intentado por todos los medios desarrollar una cura y que seguramente ahora estén todos muertos. Así que no perdemos nada por probar, ¿no?

–Vale, entonces voy a coger un poco, lo probamos con usted y vemos si funciona. Si no, espachurramos a Barney hasta que reviente y probamos también con lo que tenga él.

El médico negó con la cabeza.

–No, hijo, yo todavía puedo aguantar un par de días –dijo mientras cogía del suelo su maletín de médico y lo abría–. Te voy a enseñar a poner una inyección. Después quiero que llenes de medicina media docena de jeringuillas de éstas y te las arregles para subirlas a la enfermería. Pon inyecciones a todos los que puedas, ellos están mucho peor que yo. Busca a tu chica. Inyéctale la medicina.

Le entraron ganas de contestar: «No es mi chica».

«Sólo es “una” chica.»

Pero no pudo.

El médico le enseñó rápidamente lo que tenía que hacer. Jimmy cogió las jeringuillas y

se dio la vuelta para salir corriendo hacia donde había dejado la olla, pero se detuvo.

–Doctor –dijo–, ¿y si no es la medicina? ¿Y si les inyecto sopa?

–Jimmy, se están muriendo. Hazlo.

Jimmy asintió con la cabeza y salió disparado.

En el asiento de al lado, una enfermera había estado escuchando la conversación y esperó a que Jimmy se marchara para ponerle la mano en el brazo al Dr. Hill.

–Doctor, ¿qué probabilidades hay de que funcione?

El Dr. Hill respiró hondo.

–Diría que más o menos una entre un millón.

La enfermera frunció el ceño.

–Pero, entonces, ¿por qué le ha mandado a la enfermería con tanta... esperanza?

–Porque la esperanza, enfermera Hathaway, es prácticamente lo único que nos queda.

Jimmy conocía el *Titanic* mejor que casi cualquiera de los que iban a bordo. Puede que otros conocieran bien sus propias zonas –Pedroza sus cocinas, o Jonas su sala de máquinas–, pero a estas alturas Jimmy tenía un conocimiento casi enciclopédico de todo el barco y supuso que sería capaz de encontrar una forma de salir del auditorio sin que le vieran los vigilantes a los que Pedroza había apostado allí. Tenían armas, sí, pero también cerveza, vino y licores, y algunos estaban fumando droga a la vista de todos. Estaban de guardia, pero no muy atentos.

Enseguida encontró una escalera al fondo del escenario que conducía a un puente de iluminación. Consiguió atravesarlo y llegar a una estrecha pasarela que, a su vez, conducía a una pequeña sala de control desde la que normalmente el director del espectáculo supervisaba la puesta en escena. Desde allí salió directamente a un pasillo que no estaba vigilado, situado un piso más arriba que el auditorio. Jimmy fue corriendo por el pasillo lo más rápido que pudo mientras seguía intentando proteger el contenido de las jeringuillas. Tuvo que quedarse escondido unos minutos para poder meterse en un ascensor sin que le vieran, pero estaba casi seguro de que a partir de allí estaría a salvo. Pedroza había abandonado a su suerte a los pacientes de la enfermería. No necesitaban vigilantes.

Era como una escena sacada del infierno.

Habían dejado a los muertos en sus camas. Nadie atendía a los gritos febriles de los

moribundos. Tapándose la cara con el cuello de la camisa, en un intento desesperado de ahuyentar el olor, Jimmy recorrió primero la enfermería y después los camarotes de al lado, donde habían puesto a los pacientes que no cabían, en busca de Claire.

Cuando por fin la encontró, se quedó horrorizado al ver el aspecto que tenía. Debía de haber perdido la mitad de su peso. Su cabello rubio estaba húmedo y extendido sobre la almohada. Tenía los ojos en blanco, enrojecidos, los labios cortados y resecos, la cara llena de manchas rojas. Respiraba, pero muy débilmente. Sus padres ocupaban sendas camas a ambos lados de la suya. Todos los miembros de una familia muriendo juntos.

Jimmy le cogió la mano a Claire y la apretó.

—Claire, ¿me oyes? —dijo. A Claire le salió una pompa de espuma de la boca y Jimmy chasqueó la lengua—. Claire, te voy a poner una inyección..., y si te mata..., lo siento.

¿Qué más podía decir?

Bueno, podría haberle dicho lo mucho que la odiaba cuando la conoció, pero que ahora le caía genial y era su mejor amiga y se lo pasaba en grande con ella y corrían unas aventuras increíbles. Que no quería que se muriera, porque el *Times* la necesitaba y él la necesitaba, para que le ayudara a luchar contra Pedroza. Que en realidad no creía que se hubieran comido a sus ponis. O quizá sólo algunas partes de ellos. A lo mejor una pata. O podría haber dicho: «Claire, si puedes oírme, que sepas que acabo de echar un vistazo y ya no tienes el culo tan gordo».

Pero no dijo nada de todo eso, sino que respiró hondo y le clavó la jeringuilla en el brazo. No tenía ni idea de si era sopa o medicina ni, en el caso de que realmente fuera medicina, cuál era la dosis correcta.

Jimmy no era de los que rezan.

Pero rezó.

Quería que fuera mágico. Instantáneo. Quería que Claire se incorporara, bostezara e hiciera algún comentario sarcástico. Pero no hubo reacción alguna. Siguió allí tumbada, sin más.

Jimmy suspiró. Ya no podía hacer nada más por ella. Ni por ninguno de los otros pacientes a los que había puesto inyecciones en los treinta minutos siguientes. Se iban a morir o se iban a curar.

«DISPARA A ALGUIEN»

Jimmy volvió al auditorio a tiempo para ver cómo el capitán Smith y sus oficiales eran amenazados con pistolas y cuchillos. Un grupo de insurgentes andrajosos le estaban exigiendo que los acompañara al puente de mando para mantener una charla con Pedroza. La postura del capitán Smith era que él seguía siendo el capitán del barco, así que Pedroza podía «mover el culo y venir él».

El cabecilla del grupo, un hombre de pequeña estatura con el cuero cabelludo quemado por el sol y con un tatuaje de un delfín en el brazo, transmitió por radio esta información al puente de mando. La respuesta de Pedroza se oyó perfectamente:

–Si no viene, dispara a alguien.

El hombre se encogió de hombros, levantó la pistola y apuntó a la anciana Sra. Calhoon, que había decidido sentarse cerca del capitán, creyendo equivocadamente que quizá sería más seguro. Primero cogió aire y a continuación se quedó mirando al insurgente con actitud desafiante, pero tuvo la consideración de taparle los ojos a Franklin con las manos para que su compañero de cuatro patas no se asustara.

Cuando el dedo del insurgente estaba apretando el gatillo, el capitán Smith exclamó de repente:

–¡Basta! Dígale a Pedroza que me reuniré con él, ¡pero no por sus penosas amenazas! Dígale que van a venir conmigo mis mejores hombres. Pilotar un barco es un trabajo de equipo, como seguro que él mismo está comprobando.

El capitán Smith escogió a tres de sus oficiales de alto rango –aunque los de mayor rango, Jeffers y Jones, seguían sitiados en Charlotte Amalie– y, a continuación, señaló a Jimmy.

–Tú también.

–Pero...

–Ya te lo he dicho, Jimmy, quiero que quede todo registrado.

Jimmy tragó saliva con nerviosismo. Era estupendo que el capitán le considerara lo bastante importante como para incluirle en su equipo, pero también algo preocupante, ya que Pedroza y él no eran precisamente amigos.

A pesar de todo, comprobó que llevaba su cuaderno y su bolígrafo, se colgó del hombro la cámara de Claire y se unió al pequeño grupo mientras los llevaban fuera del auditorio. El capitán Smith y sus oficiales avanzaban por los pasillos con paso firme, con los hombros hacia atrás y las barbillas en alto, con un aspecto imponente. Jimmy iba detrás de ellos caminando con sigilo, intentando parecer pequeño e insignificante.

El puente de mando no estaba como lo recordaba.

Lo que anteriormente había sido una sala impoluta en la que todo marchaba silenciosamente era ahora un lugar bullicioso y atestado de gente. Había botellas de cerveza por todas partes y trozos de pizza tirados por el suelo. Los insurgentes habían estado de juerga, brindando para celebrar que habían conseguido hacerse con el control del barco, y era ahora cuando se estaban dando cuenta de que no tenían ni idea de cómo pilotarlo y de que era un poquito más complicado que encender el motor y poner el barco apuntando a la dirección adecuada.

Apesar del estado en el que se encontraba su puente de mando, el capitán Smith mantuvo la mirada fija en Pedroza, que estaba sentado en su silla mirando hacia una hilera de ordenadores y fumando un puro.

–Ah, capitán, qué bien que haya venido –dijo. El capitán Smith no contestó. Pedroza recorrió el pequeño grupo con la mirada y se detuvo al llegar a Jimmy–. ¿Qué hace él aquí?

–He pensado que lo suyo es que su motín quede debidamente registrado, así tendremos pruebas fotográficas cuando le juzguen –y, haciendo un gesto con la cabeza a Jimmy, dijo–: Haz una foto.

Jimmy miró a Pedroza y a la pistola que tenía delante, encima de la mesa.

–La luz no es del todo...

–Hazla, por favor.

Jimmy levantó la cámara sin mucho entusiasmo.

–Esto..., di «patata».

–¿Patata?

Se suponía que tenía que servir para que en la boca de Pedroza apareciera una sonrisa, pero no funcionó.

Simplemente adoptó una expresión aún más amenazadora. Jimmy sacó la foto. No saltó el flash, pero daba igual, en realidad la foto era lo de menos. Lo importante era dejar claro quién mandaba. Pedroza le hizo una seña con la cabeza al hombre con el tatuaje del delfín, que inmediatamente agarró la cámara y la lanzó contra la pared que tenían detrás. Cayó al suelo hecha pedazos. Jimmy miró al capitán.

—¿Quiere que le dibuje?

El capitán Smith no contestó. Mantuvo la mirada fija en Pedroza.

El líder del motín dio una palmada, y esta vez sí que sonrió.

—Como ve, capitán, las cosas han cambiado. No trabajamos para usted. El barco es nuestro.

—Usted es un insurgente. Un pirata.

De repente Pedroza dio un puñetazo en la mesa. Jimmy pegó un brinco. El capitán Smith ni se inmutó.

—¿Y usted qué? ¡El mundo se está muriendo y usted va de isla en isla con su crucero como si no pasara nada! ¡Se dedica a hacer periodicuchos! Nos estamos quedando sin comida ¡y usted va y mete a más gente en el barco! Y con la epidemia... ¡deja a los enfermos aquí para que nos contagien a todos! Quizá lo nuestro sea piratería, ¡pero no es una locura!

El capitán Smith se quedó callado durante unos instantes y después dijo en voz baja:

—¿Qué quiere de mí?

—Llévenos al puerto de Charlotte Amalie. Repostaremos combustible y provisiones. Bajaremos del barco a los enfermos y a todos los pasajeros que no quieran obedecer mis órdenes. ¡Y después iremos exactamente a donde queramos nosotros y haremos exactamente lo que nos parezca con el tiempo que nos quede!

El capitán Smith negó con la cabeza.

—No puedo consentirlo. Tenemos que seguir atendiendo a los enfermos. Tenemos que cuidar de nuestros pasajeros hasta que esta crisis...

—¿Crisis? —estalló Pedroza—. Capitán, el mundo está acabado, ¡y este barco es nuestro! Ahora hará lo que le ordenen.

—¿Y qué pasa si me niego a consentir esta piratería?

—¡Entonces sí que nos comportaremos como piratas!

Pedroza se levantó de un salto y salió de detrás de su mesa, agarró a Jimmy de la camisa y empezó a arrastrarle hacia la puerta. Uno de los oficiales intentó impedirle el paso, pero recibió un fuerte golpe por la espalda y cayó al suelo. Jimmy intentó resistirse – fuera lo que fuese lo que iba a pasar a continuación, intuyó que no iba a ser agradable–, pero no podía competir con Pedroza. El resto de los insurgentes salieron corriendo a la cubierta detrás de ellos. Tras recibir una serie de órdenes de Pedroza, rápidamente le dieron la vuelta a una tumbona y le arrancaron las ruedas. Después empujaron la superficie plana por el hueco de debajo de la barandilla de seguridad hasta dejar la tumbona sobresaliendo de la cubierta, sobre el agua. Pedroza levantó a Jimmy, le pasó por encima de la barandilla y le puso sobre la tumbona. Después le soltó. Jimmy se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Cuando recuperó el equilibrio, no pudo evitar mirar hacia abajo.

¡Estaba a quince pisos del mar!

El susto, la impresión y el pánico hicieron que le empezaran a temblar las piernas al instante.

–¡Soy un pirata! –gritó Pedroza–. ¡Pues entonces que ande por la tabla!

Los insurgentes estallaron en gritos y aplausos. El capitán Smith siguió tieso como el palo de una escoba.

Jimmy no tenía ni el más mínimo reparo en suplicar que no le mataran. Estaba encantado con el *Titanic* y estaba encantado con el periódico y con Claire, pero ¿qué sentido tenía estar encantado con nada ni con nadie si estaba muerto? Estaba totalmente dispuesto a hacerse pirata si con eso conseguía prolongar su vida, aunque fuera un poquito, pero cuando se volvió para defender su causa Pedroza le dio una bofetada en la cara, tan fuerte que estuvo a punto de tirarle de la tumbona. Sin embargo, de nuevo consiguió recuperar el equilibrio a duras penas. Le empezó a sangrar la nariz.

–Si ocurre un milagro y sobrevives a la caída, los tiburones olerán la sangre y te despedazarán –dijo Pedroza riéndose. Después se volvió hacia el capitán Smith–. Bueno, capitán, ¿entonces va a obedecer mis órdenes o hacemos saltar al chico?

Jimmy tragó saliva.

–Capitán...

–Yo no negocio con terroristas ni con piratas.

–Capitán Smith..., por favor...

El capitán Smith negó con la cabeza.

–Lo siento, Jimmy, pero no podemos dejar que se salga con la suya. Puede matarte a ti, puede matar a cinco, a diez o a cien más. Pero no puede matarnos a todos.

–¡A mí me dan igual los otros! –gimió Jimmy.

–¡No debemos permitir que se imponga el terrorismo!

Pedroza se dirigió a sus camaradas borrachos haciendo un gesto con la cabeza.

–¿Qué, le hacemos andar por la tabla?

–¡Que ande! –gritó uno.

–¡Que ande! –gritó otro.

–¡Que ande! ¡Que ande! ¡Que ande! –corearon todos.

–Capitán, ¡es su última oportunidad! ¿Va a pilotar el *Titanic* o no?

Jimmy Armstrong llevó la mirada del capitán a Pedroza y después al mar que se extendía bajo sus pies. Para intentar dar la mayor pena posible y así despertar quizá un poco de compasión en el ultimísimo momento, hurgó en el bolsillo del pantalón en busca de un pañuelo para limpiarse la sangre de la nariz con total desamparo. Al sacarlo, sin embargo, salió también otra cosa que cayó sobre la tumbona y fue rodando por ella hasta quedarse justo al borde, a punto de caerse. Su penique de la suerte.

Jimmy soltó el pañuelo, que desapareció inmediatamente llevado por la brisa. Se agachó, estiró el brazo hacia la moneda y, con grandes dificultades, consiguió recuperarla. Después la mantuvo fuertemente agarrada dentro del puño al mismo tiempo que se incorporaba, y de repente se dio cuenta de que estaba rezando para que por una vez le trajera suerte.

–¡Que ande! ¡Que ande! ¡Que ande! ¡Que ande! – coreaban los insurgentes.

Jimmy dirigió una última mirada de profunda desesperación al capitán Smith.

«¡Por favor, que funcione!»

Pero el capitán negó con la cabeza y simplemente dijo:

–No puedo.

–¡Que ande! ¡Que ande! ¡Que ande! ¡Que ande!

Pedroza se volvió hacia Jimmy.

–Puedo empujarte o puedes saltar tú.

Jimmy casi no podía respirar. Abrió el puño y se quedó mirando la moneda.

–¡No sirves para nada! –masculló.

Se la metió en el bolsillo de la camisa. Por fin iba a regresar a donde tenía que estar, al fondo del mar.

–Y yo voy contigo –susurró.

Después se dio la vuelta y caminó hasta el borde de la tumbona.

LA CURA

Jimmy clavó la mirada en el agua que tenía debajo, a lo lejos. Cerró los ojos. Pensó en sus padres y en su abuelo, en su director calvorota, en el conductor del autobús y en su caída desde el muelle, en las peleas con Claire y en la emoción de hacer su primer periódico. Pero entonces quiso pensar en algo importante y trascendental antes de morir.

El sentido de la vida.

Dios.

Pero no se le ocurrió nada mejor que:

«¿Habría un McDonald's en el cielo?»

«¿O en el infierno?»

Ni siquiera le gustaba mucho el McDonald's, pero no conseguía apartar ese pensamiento de la cabeza.

No se oía nada más que el viento y el zumbido constante de los motores del *Titanic*. Hasta los insurgentes habían dejado de corear y guardaban silencio. Aunque estuvieran borrachos y tuvieran armas mortíferas, no eran más que limpiadores, cocineros y turistas; el asesinato era algo nuevo para ellos, y obligar a un niño a caminar por la tabla era una forma única de iniciarse en él. Realmente no pensaban que fuera a ocurrir de verdad. Estaban seguros de que el capitán cedería. O de que Pedroza se apiadaría de Jimmy. Pero ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ni un milímetro. Y era exactamente un milímetro lo que en ese momento separaba a Jimmy de la muerte.

Eso sí, no pensaba darle a Pedroza el gusto de empujarle. Si tenía que palmarla, iba a saltar.

Y ya no podía posponerlo más.

Respiró hondo, dio un paso y...

–¡Quieto!

Jimmy se quedó quieto justo al borde sin saber qué hacer. Hasta el movimiento que tenía que hacer para volverse a mirar podía hacerle perder el equilibrio y caer.

Lo único que sabía es que no era la voz del capitán... ni de Pedroza.

–¡Jimmy, vuelve atrás!

Entonces reconoció la voz.

Jimmy se volvió muy, muy, muy despacio y vio al Dr. Hill, que se había abierto paso entre el grupo de insurgentes y había conseguido llegar hasta la barandilla de seguridad. Los insurgentes lo habrían impedido, claro, si no hubiera sido por las grandes manchas rojas que se veían perfectamente en su cara y sus manos.

Pedroza le miró con el ceño fruncido.

–¿Quién te crees que...?

–¡Escúchenme! ¡Los dos! –dijo el Dr. Hill, que señaló a Pedroza y después al capitán Smith–. ¡No pueden permitirlo!

–¡Ese comentario es totalmente impropio! –le gruñó el capitán.

–¡O salta él o le tiro yo! –anunció Pedroza.

–No, esperen. Por favor..., ustedes no lo entienden. Jimmy... ¡tiene un remedio para la epidemia!

Sus palabras levantaron una ola de murmullos entre la multitud que los observaba.

Pedroza frunció el ceño.

–¿Qué está diciendo? ¿Qué remedio?

–¡Lo juro! ¡Lo traje de la isla! Se lo hemos inyectado a algunos de los enfermos y..., acabo de ir a verlos y están..., ¡qué demonios, están empezando a recuperarse! ¡Existe una medicina para esta epidemia!

Pero Pedroza no se dejaba convencer fácilmente.

–¡Eso es mentira! –gritó–. No hay nada que pueda...

–¡Miren! –gritó el Dr. Hill.

Señaló hacia un punto entre la multitud. Todos se volvieron y Jimmy vio lo mismo que estaban viendo ellos, un poco más atrás, en la cubierta.

–Claire –susurró Jimmy.

Estaba escuchimizada, pálida y tambaleante, pero se mantenía en pie sin ayuda y las manchas rojas inflamadas que tenía antes se habían vuelto grises y estaban empezando a desaparecer.

–Hace media hora se estaba muriendo, ¡y ahora mírenla! ¡Y lo mismo con otra docena de pacientes! ¿No se dan cuenta de lo que eso significa? ¡Todos podemos sobrevivir a esto!

Los insurgentes empezaron a parlotear entre sí con entusiasmo. Pedroza y el capitán Smith eran los únicos a los que esta revelación parecía haber dejado indiferentes.

Pedroza pidió silencio y sus hombres se callaron inmediatamente.

–Es... es una buena noticia..., suponiendo que sea cierta. Puede que sólo sea un intento de salvarle la vida a este miserable. Pues no va a funcionar. El capitán Smith sigue negándose a pilotar el barco, así que el chico debe morir.

Se volvió hacia Jimmy, que durante un instante se había permitido albergar esperanzas.

–Tienes que...

Pedroza señaló el extremo de la tumbona e hizo un gesto con las manos como si aleteara.

–¡No! –exclamó el Dr. Hill. Pedroza se volvió con impaciencia–. ¡No lo entiende! ¡No hay medicina suficiente para todo el mundo! Pero si volvemos a la isla podremos preparar más, ¡y Jimmy es el único que sabe dónde encontrarla!

Pedroza negó con la cabeza.

–Había otro marinero con él.

–Se desmayó al poco de volver al barco, también está contagiado. Jimmy es el único que lo sabe.

Pedroza se quedó mirando fijamente al Dr. Hill. A continuación se subió lentamente la manga.

–¿Me curará esto?

Tenía una pequeña mancha roja en mitad del brazo. El Dr. Hill asintió.

–Entonces quien controle la medicina controlará el mundo –dijo Pedroza sonriendo antes de volverse hacia el capitán Smith–. Capitán, ni siquiera usted se negará a que hagamos esto si va a servir para salvar las vidas de sus queridos pasajeros.

Pero el capitán seguía empeñado.

–He recibido órdenes de seguir adelante con...

–¡Sus órdenes han cambiado!

Era una voz nueva. El Sr. Stanford había aparecido al lado de Claire. Estaba incluso más débil que su hija, pero los ojos le brillaban con determinación.

–Capitán, tenemos que averiguar de dónde ha salido esa medicina y salvarnos. ¡Ya nos preocuparemos después de lo demás!

El capitán Smith asintió lentamente con la cabeza.

–Si está completamente seguro, señor... –y, volviéndose hacia Pedroza, dijo–: Muy bien, Sr. Pedroza, lo pilotaré hasta el puerto por el bien de mis pasajeros y mi tripulación. Pero se lo advierto: este barco volverá a ser mío.

Se quedaron mirándose a los ojos durante al menos diez segundos antes de que el capitán Smith pasara por su lado rozándole y se dirigiera resueltamente hacia el puente de mando.

–Me has salvado la vida –dijo Claire.

–Qué va.

–Sí, claro que sí.

–Sólo pasaba por allí.

–Fue muy extraño, porque estaba inconsciente pero estaba soñando un montón de cosas raras. Soñé que venías y te ponías a hablar de mi culo gordo.

–Yo no haría eso –dijo Jimmy.

–Ya lo sé –contestó Claire. Entonces le besó.

Fue totalmente inesperado. En todos los morros.

Jimmy no sabía dónde mirar ni qué decir. Se puso como un tomate.

–No-no-no... –tartamudeó–. Seguramente sigas teniendo el virus, a lo mejor tarda unos minutos en desaparecer..., así que no...

Claire se inclinó hacia él para volver a besarle. Él la esquivó agachándose.

–¿De qué tienes miedo, Jimmy? –preguntó Claire riéndose.

–De ti –dijo Jimmy.

TIEMPOS DIFÍCILES

Mientras el barco repostaba en Charlotte Amalie, Jimmy llevó al Dr. Hill y a un grupo de enfermeras de vuelta a la cabaña de Mamá Joss. Por el camino pasaron por el bar a recoger a Nick. Con su ayuda, y tras examinar una receta manuscrita prácticamente ilegible y revisar las cosas que habían quedado en la cocina de Mamá Joss, consiguieron identificar los ingredientes que había utilizado la anciana para preparar su medicina milagrosa. A continuación, Nick supo llevarlos hasta las distintas plantas, arbustos y árboles de los que se obtenían estos ingredientes. El mejunje resultante no era exactamente igual que el de Mamá Joss, pero era lo más parecido que pudieron conseguir. Después se lo administraron a los pasajeros y tripulantes del *Titanic*, que estaba detenido en el muelle desierto. A continuación, lo único que podían hacer era esperar.

Y esperar.

Y esperar.

Pero entonces, poco a poco, empezó a hacer efecto.

Los que habían estado al borde de la muerte empezaron a dar marcha atrás; los que se habían contagiado más recientemente, incluidos Pedroza y el propio Dr. Hill, comprobaron que sus manchas estaban desapareciendo.

Pedroza se puso como loco de alegría. No sólo se había curado, sino que veía un gran futuro ante sí. Tener el control de la medicina significaba riquezas, poder y respeto. Iba a surgir un nuevo orden mundial y él iba a estar al mando. Por eso era importante acumular grandes reservas de medicina. Pedroza tuvo trabajando a equipos de pasajeros y tripulantes montaña arriba y montaña abajo, recogiendo ingredientes frescos. A continuación, el Dr. Hill convirtió estos ingredientes en medicina, que después fue

almacenada en enormes envases de plástico en las cámaras frigoríficas para poder recurrir a ella cuando hiciera falta.

Después de tres días en el puerto, los pasajeros y los tripulantes volvían a estar casi bien del todo y el barco había repostado combustible y provisiones (tras el saqueo de varios supermercados de la isla).

Invitaron a Nick a que se uniera a la tripulación, pero volvió a decir que no. Sin embargo, al darse cuenta de que había hecho otra valiosa contribución a la salud futura de la humanidad, lógicamente exigió que le pagaran. Enseñó el pagaré por valor de catorce millones de dólares que le había dado Benson. El primer oficial Jeffers lo examinó atentamente y le firmó uno nuevo, esta vez por treinta millones. Nick estaba encantado. Además, tenía nuevos clientes para el bar.

Algo más de un centenar de pasajeros y una treintena de tripulantes habían decidido quedarse en la isla, ya que preferían jugársela allí que en un barco de crucero a las órdenes de Pedroza.

Jimmy y Claire no tuvieron esa opción. Fueron conducidos al barco como animales y se despidieron de Nick con tristeza, diciéndole adiós con la mano desde la duodécima planta. Pedroza y sus compinches pasaban casi todo el tiempo controlando lo que hacían el capitán Smith y sus oficiales en el puente de mando. Los pasajeros y tripulantes disidentes ya no estaban recluidos en el auditorio, sino que los pusieron a trabajar haciendo las tareas que antes desempeñaban los insurgentes. Jimmy y Claire, que sabían que era mejor no dirigirse directamente a Pedroza, preguntaron al insurgente al que habían empezado a llamar Brazo de Delfín si podían reanudar la elaboración del *Times*. Él se rió de ellos, sacó un par de aspiradoras y les dijo que se pusieran a trabajar.

En cualquier país del mundo en el que haya un gobernante déspota se puede encontrar también un grupo de personas dispuestas a actuar contra él (o ella). A veces se los conoce como «la guerrilla» o «la resistencia», y lo mismo podía decirse que estaba sucediendo en el *Titanic*. Ni que decir tiene que Jimmy y Claire eran los instigadores del movimiento de resistencia. Su campaña constaba de múltiples actos de sabotaje de poca importancia –fundir fusibles, cortar líneas de teléfono, intoxicar a los insurgentes echándoles sustancias poco nocivas en la comida para hacerles vomitar– y un acto de enorme importancia: seguir elaborando y repartiendo el *Titanic Times*.

Era difícil y peligroso, pero también tremendamente emocionante. Lo primero que tuvieron que hacer fue sacar a escondidas los ordenadores y las impresoras de la redacción de Prim y meterlos en distintos camarotes, repartidos por todo el barco. Así, un artículo en el que se criticaban las últimas órdenes dictadas por Pedroza podía pasarse a ordenador al abrigo de una cortina de ducha en la sexta planta; después, el artículo se hacía llegar a un ordenador escondido en un minibar de la novena planta, desde el que, una vez maquetado, se enviaba a la impresora, instalada en un hueco abandonado que había cerca de las máquinas de Jonas Jones, donde no se oía tanto el ruido que hacía al imprimir. Una vez impreso, el *Times* se repartía utilizando un centenar de métodos diferentes, pero siempre se aseguraban de que, de un modo u otro, llegara un ejemplar a las manos de Pedroza.

Él sabía que ellos eran los responsables.

Ellos sabían que él sabía que ellos eran los responsables.

Pero nunca conseguía pillarlos haciéndolo.

Habría bastado con tirar por la borda a Jimmy y a Claire, lo que podría haber hecho con bastante facilidad. Sin embargo, al menos hasta que llegaran a Miami dependía de las habilidades del capitán Smith al timón para llevarlos, y hacerle algo horrible a la hija del dueño del barco no iba a animarle precisamente a que continuara, así que *por el momento* no era una opción. En lugar de eso, lo que hizo fue dar instrucciones precisas a Brazo de Delfín de que interrumpiera la producción del periódico, tarea que acometió encantado. La impresora fue descubierta y destrozada. Los repuestos de papel se tiraron al mar. Todos aquellos a los que pillaban repartiendo copias del *Times* eran encerrados en sus camarotes. Pese a todo, el periódico siguió apareciendo. Jimmy, Claire y su equipo fabricaron otra impresora con piezas de repuesto; encontraron existencias de papel alternativas; cuando fallaba un método de reparto, se inventaban otro.

El *Times* se publicó cuatro días seguidos sin excepción.

El quinto día amaneció oscuro, nublado y con marejada. El *Titanic* era tan gigantesco y tenía un sistema de estabilización tan extraordinario que los pasajeros apenas percibían la mayoría de las tormentas, pero ahora se notaba claramente el balanceo del barco. Casi todo el mundo estaba un poco mareado. Tanto Jimmy como Claire se habían estado preguntando por qué tardaban tanto en llegar a Miami. Ya no estaban siguiendo el itinerario del crucero, así que no tendrían que haber tardado más de dos días. Sin

embargo, no parecían haberse acercado nada. Cada vez que veían a Pedroza –aunque desde lejos– tenía el gesto más ceñudo, y era evidente que a los insurgentes les había cambiado el humor. Ni el capitán Smith ni Jeffers salían del puente de mando, y cuando Jimmy y Claire intentaron interrogar a Jonas Jones, los echó de la sala de máquinas soltando sapos y culebras por la boca. Claire intentó averiguar lo que pasaba preguntando a su padre, pero el Sr. Stanford cada vez tenía menos interés por los asuntos del barco. Antes de la epidemia había sido un hombre muy rico, pero ahora su dinero no tenía ningún valor. Había perdido su flota..., ya ni siquiera el *Titanic* le pertenecía. Se pasaba las horas en su camarote, durmiendo casi todo el tiempo. Mientras tanto, la madre, que se había casado con un hombre rico y feliz, se encontró con que tenía que aguantar a uno pobre y desgraciado. Ahora estaba casi permanentemente borracha.

–Si queremos ser buenos periodistas, tenemos que ser hombres de acción y averiguar qué está pasando –dijo Jimmy.

–*Personas* de acción –le corrigió Claire.

–Eso significa que tenemos que preguntar a una fuente fidedigna.

–¿Al capitán Smith o a Pedroza?

–¿A Pedroza? De esa fuente no sale más que mierda –dijo Jimmy.

–Jimmy Armstrong, eres un malhablado. Pero en este caso has estado muy acertado.

–Pues venga, vamos al puente.

Se inventaron una excusa bastante pobre por el camino, pero al final no tuvieron que utilizarla. Pedroza, mareado por el movimiento del barco, se había retirado a su camarote de lujo y había dejado el puente de mando a cargo de una cuadrilla de vigilantes con caras pálidas. El capitán Smith y el primer oficial Jeffers estaban inclinados sobre sus pantallas de ordenador discutiendo el rumbo que llevaban cuando Jimmy y Claire entraron a toda prisa, empapados por la lluvia torrencial que azotaba las cubiertas.

Jeffers fue el primero en verlos acercándose e inmediatamente les soltó:

–¡Ahora no, estamos ocupados! ¡Fuera de aquí!

Claire empezó a darse la vuelta, pero Jimmy no se movió.

–Capitán..., señor..., usted dijo que era importante que dejáramos constancia de todo. Todavía lo estamos haciendo.

El capitán levantó la vista y por un momento le brillaron los ojos de alegría.

–Sí, eso he oído. Muy bien, mis jóvenes amigos, lo que ocurre es lo siguiente –dijo haciéndoles un gesto para que se acercaran; después echó una mirada a los vigilantes y,

bajando la voz, continuó—: durante los últimos días hemos sido desplazados hacia el oeste por un huracán que se ha estado formando frente a las costas de la República Dominicana. Sin embargo, ahora se acerca un segundo huracán desde el Atlántico y estamos atrapados justo entre los dos.

—Eso no..., eh..., no suena nada bien —dijo Jimmy.

—¿Y no podemos dejarlos atrás? —preguntó Claire.

—Sin duda, ésa sería una posibilidad —contestó el capitán—, si no estuviéramos a punto de quedarnos sin combustible.

—¿Qué? —dijo Claire—. Pero si acabamos de...

—Es un barco muy grande y consume mucho combustible. Por eso era tan importante seguir el itinerario, porque podíamos contar con las reservas que teníamos en nuestras islas. Disponíamos del combustible justo para llegar a Miami en línea recta, pero cualquier desvío iba a suponer un gasto. Siento decirles que dentro de poco vamos a ir navegando con el depósito prácticamente vacío.

—Pero... —empezó a decir Jimmy—, si no tenemos..., y vamos..., y los huracanes...

—Vamos a acabar hechos pedazos —dijo el capitán Smith.

–Aún no –contestó Jimmy. Miró el rostro fantasmal de Claire a la luz de la pantalla–. Están intentando ahorrar energía. Nos lo advirtieron.

Claire asintió con gravedad.

–El mar está cada vez más agitado, se nota.

En las últimas horas habían recorrido varias veces el trayecto entre esa redacción provisional y el puente de mando y, con la máxima discreción posible, habían recogido información bajo la mirada escrutadora de los vigilantes. En su última visita al puente, vieron que Pedroza se había recuperado lo suficiente de su mareo para mantener una acalorada discusión con el capitán Smith, que quería tener a los pasajeros preparados para subirse a los botes salvavidas. Pedroza sostenía que nadie iba a abandonar el *Titanic* hasta que lo dijera él. El capitán Smith dijo que tendrían que utilizar los botes salvavidas antes de quedarse sin energía, ya que el barco podía volcar fácilmente en alta mar en cuanto los motores dejaran de funcionar. Pedroza dio por terminada la discusión apuntando con una pistola a la cabeza del capitán y gritando:

–¡Nada de botes salvavidas!

* * *

La lluvia seguía golpeando con fuerza las cubiertas cuando volvieron a dirigirse al puente. Se llevaron una enorme sorpresa al encontrarse con que no era todo pesimismo y desesperanza, sino que el puente de mando era el escenario de una intensa y repentina actividad. La mitad de los oficiales del capitán Smith estaban pegados a sus pantallas de ordenador; los demás estaban de pie junto a la ventana delantera con prismáticos en las manos, escudriñando las olas. Pedroza estaba con ellos, dando caladas a un puro con inquietud. Claire reconoció el aroma. Estaba segura de que era uno de los puros de su padre. Cuando ya estaba empezando a imaginarse que Pedroza debía de haberle hecho algo horrible, vio al Sr. Stanford a unos cuantos metros, dando caladas a su propio puro y oteando las olas. La última vez que había ido a ver cómo estaba decía que no pensaba salir de su habitación, así que esto era una auténtica sorpresa. Fue corriendo hasta él y le tiró del brazo.

–Papá, ¿qué pasa?

–¡Claire, es el *Olympic*!

–¿Estás seguro?

–¡Los radares lo han confirmado! ¡Estamos intentando contactar con él! –bajó los prismáticos por primera vez y, mirando hacia la fila de oficiales e insurgentes que escudriñaban las gigantescas olas, exclamó–: ¡Una docena de puros para el primero que lo localice!

Jimmy no sabía de qué estaban hablando. Claire se volvió de repente y le abrazó.

–¡Es genial!

–¿El qué?

–¡Es el *Olympic*! ¡Nuestro buque gemelo!

–¿Nuestro qué?

–¡Jimmy! Nuestro gemelo, ¡lo construyeron en Belfast el año pasado! Es un poco más pequeño, pero ¿qué más da? Mi padre pensaba que se había perdido toda la flota, pero el *Olympic* está ahí... Y si tiene combustible suficiente, ¡puede pasarnos un poco y podemos apartarnos de la trayectoria de los huracanes!

–¡Ahí está! –gritó de pronto el primer oficial Jeffers–. ¡Iluminado como un árbol de Navidad!

Jeffers señaló y media docena de prismáticos se volvieron.

–¡Dios mío, está ahí! –exclamó el Sr. Stanford–. ¡Aún no estamos acabados! Míralo, Claire, ¿a que es precioso?

Le pasó los prismáticos a Claire, que lo enfocó en un momento y dejó escapar un gritito de emoción.

–Mira, Jimmy, ¡mira! –dijo mientras le pasaba los prismáticos.

Jimmy tenía que reconocer que la visión del *Olympic* era una maravilla, surcando las olas a toda velocidad como..., ya estaba pensando en cómo redactar la noticia..., como «un ángel vengador».

–¿Ha conseguido contactar, Sr. Benson? –preguntó el capitán Smith.

–¡No, señor! ¡Aún no, señor! –gritó el joven operador de radio.

–¿Qué rumbo lleva, Sr. Jeffers?

Jeffers volvió rápidamente junto a la pantalla de su ordenador y la examinó atentamente.

–Lleva rumbo... errático, capitán.

–¡Ya han tenido que vernos! ¡Intente contactar de nuevo!

Pero seguían sin recibir ninguna respuesta del *Olympic*. Intentaron establecer contacto

por distintos métodos, pero no tuvieron éxito. A medida que los dos barcos se iban acercando, el capitán Smith y su tripulación se iban inquietando cada vez más.

–¿Qué pasa? –preguntó Pedroza–. ¿Por qué no contestan?

–A lo mejor están enfermos –dijo Jeffers.

El capitán Smith asintió con gravedad.

Pedroza llevó la mirada del uno al otro.

–Ustedes dos están tramando algo. Han enviado mensajes secretos.

–No –dijo el capitán por toda respuesta.

Pedroza le apuntó con la pistola.

–Pues entonces nos subimos al otro barco y cogemos el combustible.

–Imposible –dijo Jeffers–. No en estas condiciones.

Pedroza estalló:

–¡No tenemos combustible! ¡Si nos quedamos aquí vamos a morir! ¡Tenemos que hacerlo!

Jeffers negó con la cabeza.

–Si el *Olympic* está navegando a la deriva e intentamos acercarnos más, podría chocar contra nosotros y entonces nos hundiríamos los dos. Tenemos que seguir intentando establecer contacto y mantenernos alejados por el momento. Así tendremos una posibilidad remota de salir de ésta. ¿Capitán?

El capitán Smith siguió observando el barco lleno de luces encendidas a través de sus prismáticos. Después los bajó lentamente.

–Necesitamos el combustible. Tendremos que armar una guindola...

–Señor, con el debido respeto..., ¡eso es una locura! La persona a la que envíe, en estas condiciones y a esta distancia..., es como sentenciarla a muerte.

–Sr. Jeffers, entiendo su preocupación, pero en este momento ya estamos sentenciados a muerte. Mejor pelear hasta el final, ¿no cree?

Jeffers le lanzó una mirada feroz. Sin embargo, a los pocos instantes se le había pasado el enfado.

–En ese caso, señor, me ofrezco voluntario para cruzar hasta el otro barco.

–Contaba con ello –dijo el capitán Smith.

Fuera, Jimmy se agarró a la barandilla de seguridad. La lluvia caía con fuerza, el viento aullaba y las olas, tan altas como bloques de pisos, amenazaban con lanzar el

Olympic contra el *Titanic* en cualquier momento. Claire estaba a su lado, pero tenía que hablar a gritos para que Jimmy pudiera oírla.

–Lanzan una cuerda desde... aquí... hasta allí, e intentan que quede bien sujeta al otro lado, y luego hay una especie de columpio con un sistema de poleas, y él se sienta y se desliza hasta el otro lado...

Jimmy se quedó mirando fijamente las olas. Sólo llevaba unos instantes expuesto al viento y a la lluvia y ya tenía las manos entumecidas.

–¡Hay que estar muy... muy... pero que muy chiflado para intentar eso! –contestó a gritos.

Desgraciadamente, está demostrado que, una vez que dices algo en voz alta, tiene la manía de volverse contra ti.

Claire y Jimmy seguían hablando de que, para cualquier persona en su sano juicio, era una insensatez hacer el trayecto entre dos barcos gigantes en una guindola en mitad de un huracán cuando el primer oficial Jeffers los llamó tímidamente y les pidió que volvieran al puente de mando. Les dio un café a cada uno y una toalla para secarse el pelo. Después los condujo hasta el capitán Smith, que volvía a estar sentado detrás de su mesa. Pedroza estaba sentado en el borde con la pistola metida en el cinturón y sonrió burlonamente cuando los vio acercarse.

–Claire... –empezó a decir el capitán con aire de gravedad mientras juntaba las manos y se inclinaba hacia delante–, a veces el compromiso es la...

–¡Ya basta! –estalló Pedroza de repente. Le clavó el dedo a Jimmy con un gesto de enfado y después lo dirigió hacia Claire–. Sé que vosotros dos sois los responsables del periodicucho ese. Os creéis muy listos, ¿verdad?

Jimmy se encogió de hombros. Claire miró al suelo.

–Cuando me atacáis, yo siempre contraataco, mocosos, y con el doble de fuerza. Sólo es cuestión de esperar a que se presente la oportunidad, y aquí la tenemos ahora –dijo sonriéndoles, ya que sabía lo que venía a continuación–. Mirad, el capitán Smith y yo no nos fiamos el uno del otro. Él quiere mandar a este hombre, Jeffers, y a ese otro, ¿ha dicho Jones?, a por el combustible del *Olympic*. Pero ¿cómo se yo lo que van a hacer cuando lleguen allí? A lo mejor se escapan en el barco para salvarse. O igual encuentran armas e intentan organizar un motín contra mí. Así que he decidido ir con ellos. Tengo curiosidad por el *Olympic* ese..., puede que lo incorpore a mi flota. Sin embargo, si voy, ¿qué les va a impedir cortar la cuerda cuando esté cruzando yo? El capitán Smith me

asegura que sus hombres no harían algo tan poco civilizado, pero yo no estoy tan seguro, así que hemos llegado a un acuerdo. Yo iré al *Olympic* en la guindola y tú –dijo señalando a Claire– vendrás conmigo, sentada encima de mí. Así nadie cortará la cuerda. Y tú... –dijo señalando a Jimmy con la cabeza– irás detrás, con mi segundo al mando.

Claire no pensaba aceptarlo.

–Mi padre...

–Claire, tu padre está de acuerdo –dijo el capitán Smith sin rodeos.

Claire le miró sin dar crédito.

–¡Mi padre jamás haría...!

Se dio la vuelta para encararse con él, pero el Sr. Stanford se había ido del puente de mando muy oportunamente.

–Lo ha hecho, Claire. Si no vas, podemos quedarnos sin los dos barcos.

–¿Y si se queda sin mí? –gimió Claire.

–Sería una desgracia –dijo el capitán–, pero no tenemos elección. ¿Tú qué dices, Jimmy?

–¿Importa algo lo que yo diga?

El capitán sonrió con un gesto de arrepentimiento.

–Desgraciadamente, no. Pero quiero que sepáis que éste es el mayor acto de valentía que podáis realizar. En circunstancias normales jamás me plantearía poner en peligro las vidas de unos niños, pero este... pirata... no nos ha dejado otra alternativa. Las vidas de todos nosotros dependen de esto. Si estuvierais en la Marina, sin duda recibiríais una condecoración ya sólo por el hecho de intentarlo.

–Vale, genial, gracias –dijo Jimmy.

EL BARCO FANTASMA

Miedo.

Miedo y pavor.

Miedo, pavor y auténtico pánico.

Jimmy se acercó a la guindola. El viento aullaba, el mar rugía y el *Olympic* se aproximaba peligrosamente navegando a la deriva, amenazando con chocar contra el *Titanic* en cualquier momento y hundir los dos barcos.

Aun así, y por raro que pareciera, Jimmy tenía también una sensación de euforia. Cientos de pasajeros y tripulantes se agolpaban a lo largo de la cubierta para contemplar el espectáculo. El capitán Smith y sus oficiales de alto rango estaban delante del puente de mando. Los insurgentes parloteaban con entusiasmo. Como iba a ser el primero en cruzar, Jimmy parecía la estrella del espectáculo. Era una sensación bastante agradable, y probablemente seguiría siéndolo hasta que llegara el momento en el que la palmara.

Tras una docena de intentos fallidos, por fin habían conseguido sujetar bien la cuerda entre los dos barcos.

Pero la única forma de saber si realmente estaba bien sujeta era mandar a los dos primeros pasajeros al otro lado.

—A ver si lo he entendido —dijo Jimmy—: si conseguimos llegar al otro lado con vida, sabremos que no hay peligro, pero si nos caemos al agua y nos ahogamos, entonces sabremos que es demasiado peligroso —Jeffers asintió—. Eso no es muy tranquilizador.

—No hay peligro, confía en mí.

—¿Y por qué voy a confiar en ti? ¿En qué basas esa opinión?

—En el instinto —contestó Jeffers—. Y en la experiencia.

—¿Tienes experiencia en enviar a un niño indefenso entre dos barcos gigantescos en

mitad de un huracán?

–Dos huracanes –puntualizó Jeffers–. Y no, no tengo experiencia. Así que todo va a depender de ti y de *él*.

Jeffers señaló con la cabeza a Brazo de Delfín, que ya estaba sentado en la guindola. Se dio unas palmaditas en el regazo y le hizo un gesto a Jimmy para que se acercara.

–Ay, Dios –dijo Jimmy–. Ya es bastante horrible sin tener que sentarme en las rodillas de nadie.

Con el cambio de tiempo, Jimmy había vuelto a ponerse el mono encima de la camiseta y los pantalones cortos robados. Ahora llevaba además un traje salvavidas hinchable, con lo que abultaba todavía más. Benson le había ayudado a ponérselo y le había asegurado que, si se caía al agua, el traje le mantendría a flote y con vida durante al menos una hora.

–¿Y cuánto tiempo hará falta para rescatarme?

–¿Con el mar en este estado? No podremos ni acercarnos a ti.

–No tiene gracia.

Benson le había mirado con gravedad.

–Ya lo sé –había dicho, pero después había añadido–: Míralo por el lado bueno, Jimmy. No soy yo el que va a cruzar contigo.

–Gracias, intentaré acordarme de eso.

Si Brazo de Delfín y Jimmy conseguían cruzar, Jeffers los seguiría. Detrás iría Pedroza con Claire y, por último, Jonas Jones.

Cuando Jimmy se estaba preparando para subirse, Claire se le acercó y le abrazó.

–Suerte –dijo. También ella llevaba puesto su propio traje hinchable.

–Claire..., tengo que decirte una cosa.

–Lo sé, yo también te quiero.

–No. No sé nadar.

Claire se echó a reír.

–Te va a dar lo mismo, Jimmy, tú concéntrate en llegar al otro lado y ya está. Nos vemos allí. Y en realidad no te quiero, sólo que es lo que se dice cuando alguien está a punto de morir.

Jimmy tragó saliva.

Jimmy apenas podía apartar la mirada de las aguas que se arremolinaban allí abajo, a

lo lejos. Estaba sentado incómodamente sobre el regazo de Brazo de Delfín y lo único que le sujetaba al asiento era una delgadísima tira de cuero. Pensaba que los espectadores le animarían cuando se lanzara, pero se habían sumido en un silencio que no presagiaba nada bueno.

Pedroza se acercó y le dio una palmadita en el hombro a Brazo de Delfín.

–Buena suerte –dijo–. Si empieza a retorcerse, tírale al agua.

–Vale –contestó Jimmy.

Pedroza se quedó mirándole con el ceño fruncido durante unos instantes. Después dio un paso atrás y gritó:

–¡Adelante!

De pronto estaban justo al borde; era su última oportunidad de retroceder. Jimmy cerró los ojos, Brazo de Delfín susurró una oración y, a continuación, sus pies se despegaron de la cubierta y la guindola fue levantada y lanzada fuera del barco. El viento los agarró al instante y los arrojó con fuerza hacia un lado. Jimmy oyó gritos y se dio cuenta de que salían de su boca. Estaba convencido de que se estaban cayendo, pero era incapaz de abrir los ojos.

Iba sentado sobre el regazo de un pirata en un asiento muy poco firme, colgado de una cuerda entre dos barcos que podían chocarse en cualquier momento y hacerles papilla, y sin embargo..., sin embargo..., sentía una tremenda descarga de adrenalina. Al principio habían ido avanzando a un ritmo lento y angustiante, pero ahora estaban cogiendo velocidad. Jimmy nunca había estado en un gran parque temático, pero subirse a una de esas atracciones demenciales debía de ser parecido a esto. La diferencia era que, mientras que en las atracciones tenías la sensación de que te podías matar pero en realidad estabas completamente a salvo, aquí te podías matar de verdad, lo cual hacía que tanto el miedo como la emoción se multiplicaran por mil.

Mientras se acercaban al *Olympic* a toda velocidad, Jimmy volvió a gritar, pero esta vez con una alegría desenfrenada. Hasta Brazo de Delfín se sumó a sus gritos.

Habían recorrido tres cuartas partes del trayecto, seguían acelerando y tenían delante la enorme e imponente mole del *Olympic* cuando, de repente, Jimmy se dio cuenta de que se habían concentrado en conseguir llegar al otro lado rápidamente y sin percances pero no se habían parado a pensar en el frenado y el aterrizaje. De hecho, parecía que Brazo de Delfín había llegado a esta conclusión al mismo tiempo que él. Iban disparados hacia un aterrizaje forzoso.

–¡Aaaaaaaah..., mierdaaaaaaaaa...! –gritó Jimmy.

Se dieron bastante fuerte contra la barandilla, la correa de seguridad de la guindola se rompió y los dos salieron disparados por el aire y aterrizaron con un fuerte golpe sobre la cubierta, donde dieron varias volteretas antes de quedar tumbados boca arriba. Se quedaron allí tirados durante medio minuto, sin saber muy bien si estaban vivos o muertos.

Entonces Brazo de Delfín dijo:

–¿Estás bien?

–Sí –contestó Jimmy.

Se incorporaron. Tenían dolores en distintos sitios, pero no se habían roto nada. Estuvieron a punto de chocar las manos, pero entonces se acordaron de que eran enemigos.

Lo habían conseguido, ¡y la cuerda seguía bien sujeta!

Tardaron cuarenta minutos en cruzar todos. Brazo de Delfín no dejó de apuntar a Jeffers con su pistola, a pesar de que el primer oficial casi consigue provocarse una conmoción cerebral él solo al aterrizar. Pedroza cayó pesadamente encima de Claire cuando salieron despedidos de la guindola al llegar, y después se quitó de encima y se levantó sin mirarla siquiera. Cuando Jimmy le preguntó si se encontraba bien, Claire se quedó mirando a la cubierta sin contestar. Parecía que estaba intentando contener las lágrimas. Jonas Jones fue el único que efectuó un aterrizaje perfecto. Se bajó de la guindola con una gran sonrisa en la cara, como si se estuviera bajando de un ascensor.

–¡Genial! –exclamó.

Pero enseguida se le pasó el buen humor.

El *Olympic* era parecidísimo a su propio barco, pero al mismo tiempo era totalmente distinto, y por una sola razón: estaba completamente vacío. No había supervivientes ni cadáveres putrefactos. Los pasillos estaban limpios; las cocinas, como recién fregadas. Incluso la enfermería tenía las camas hechas y armarios llenos de medicamentos intactos. Misteriosamente, el hilo musical siguió sonando por megafonía en un bucle sin fin mientras el pequeño grupo recorría los pasillos.

El *Olympic* era un barco fantasma.

Era importantísimo iniciar el transbordo de combustible cuanto antes. Los huracanes,

que cada vez tenían más fuerza, azotaban los barcos y hacían que cada vez resultara más difícil mantenerlos separados. Pero aquello no era como llenar el depósito del coche en una gasolinera en un día de viento. Había que pasar cientos de miles de litros de combustible de un barco a otro. Como predijo Jonas Jones, muy seguro de lo que decía, iba a ser «una auténtica pesadilla».

Pedroza se quedó vigilando a Jonas y a Jeffers mientras se ocupaban del problema del combustible y ordenó a Brazo de Delfín que encerrara a Jimmy y a Claire en un camarote y que después registrara el resto del barco en busca de armas.

Por el camino, Brazo de Delfín les advirtió que no causaran problemas. Después les lanzó una mirada asesina mientras los empujaba hacia el interior de un camarote y cerró la puerta con llave desde fuera. En cuanto la puerta se cerró, Claire susurró apresuradamente:

–Pedroza ha intentado matarme otra vez. El cinturón de la guindola estaba roto, así que tenía que ir agarrada a él, pero cuando íbamos por la mitad del camino ha empezado a doblarme los dedos hacia atrás..., quería que me cayera...

–¡Dios mío! Pero no te has...

–No..., le he pegado en todos los...

Jimmy se estremeció.

–¿Y él...?

–Él estaba demasiado dolorido para tirarme, pero se ha puesto a decir barbaridades una detrás de otra, ha dicho que me iba a hacer toda clase de cosas horribles...

–Claire, ¿por qué no se lo has dicho a Jeffers o a...?

–No podía, ¿no lo entiendes? ¿Qué van a hacer ellos? Pedroza y Delfín tienen las armas..., ¿y si se desata una pelea y disparan a Jonas y a Jeffers? No habrá nadie más que pueda transbordar el combustible y todo el mundo morirá –dijo sacudiendo la cabeza–. Jimmy, creo que no vamos a volver al *Titanic*. Pedroza nos va a matar.

–Claire, eso no lo sabes.

–¡Sí que lo sé! ¿Por qué te crees que ha puesto tanto interés en traernos aquí? ¿Por qué a nosotros?

–Para que Jeffers no intentara hacer nada, porque eres la hija del dueño...

–Entonces ¿por qué a ti?

–Porque...

De repente, Jimmy no lo tenía claro. Pedroza podía haber utilizado a cualquiera de los

muchos pasajeros y tripulantes que no apoyaban su amotinamiento, pero era en Jimmy y en Claire en quienes había insistido.

—¿Lo ves? Ha dicho que quería vengarse... Y nosotros pensábamos que se refería solamente a hacernos subir a la guindola, pero luego ha intentado matarme, y ahora va a volver a intentarlo, estoy segura... Por eso nos ha encerrado aquí, para saber exactamente dónde encontrarnos. Va a dejar a Delfín vigilando a los otros, va a subir aquí y...

Jimmy se convenció de repente.

—Luego dirá que nos caímos por la borda nosotros solos, o que tuvimos un accidente y nos machacaron los ascensores, o que...

—Entonces no vamos a darle esa oportunidad. Venga, Jimmy, ¡tenemos que salir de aquí!

Claire intentó forzar la cerradura con un clip abierto que encontraron en una carpeta con folletos publicitarios de futuros cruceros, pero no lo consiguió. Probaron dando patadas a la puerta, pero no se movió. Jimmy abrió las puertas de la terraza y fue corriendo hasta la barandilla. Tuvo que agarrarse bien para no ser arrastrado por el fuerte viento, y después sacó el cuerpo lo justo para poder asomarse al otro lado del muro que dividía esa terraza de la siguiente.

—¿Qué haces? —gritó Claire mientras salía con gran dificultad para ir con él.

—Si podemos pasar por aquí encima, puede que las puertas de la otra terraza no estén cerradas con llave. A lo mejor conseguimos salir por ahí.

—¿Quieres decir saltar esto, sin tener ni siquiera la pequeñísima seguridad que teníamos en la guindola?

—Exacto.

—Bueno, pero esta vez déjame ir a mí delante.

—Vale.

—¿No me vas a preguntar por qué?

—No.

—Porque tú te arriesgaste la última vez, con la guindola. Ahora me toca a mí.

—Vale, lo que tú digas. Personalmente, creo que estás intentando demostrar que eres más valiente que yo.

—Eso no tengo que demostrarlo. Sé que soy más valiente que tú.

En circunstancias normales no habría sido una maniobra tan complicada. Era

básicamente como saltar la valla de un vecino. Aunque si te caías de la valla del vecino, quizá te hicieras un rasguño en la rodilla. Si te caías de aquí, te matabas. Jimmy sujetó bien a Claire y la mantuvo agarrada mientras ella subía por la barandilla luchando contra rachas de viento de ciento cincuenta kilómetros por hora. Se agarró a la barandilla de su lado y después buscó a tientas algo a lo que agarrarse al otro lado del muro.

–Vale, voy a...

De repente, se le resbaló el pie de la barandilla húmeda y pegó un grito. Era como si el viento intentara agarrarla y tirarla, pero Jimmy la mantuvo bien sujeta. Despacio, muy despacio, tiró de ella hasta volver a pasarla por encima de la barandilla y los dos se desplomaron, derrotados.

A los dos minutos, Claire dijo:

–Voy a volver a intentarlo.

–Me toca a mí –dijo Jimmy.

–No, me sigue tocando a mí. Ha sido por los zapatos, no se adhieren bien –dijo mientras le enseñaba la suela a Jimmy. Se los quitó y se los metió en la chaqueta–. ¡Vamos!

Jimmy la ayudó a volver a subirse a la barandilla y esta vez la sujetó aún más fuerte. Claire buscó a tientas algo a lo que agarrarse al otro lado, se cercioró de que era seguro y después le hizo un gesto con la cabeza a Jimmy para que la soltara.

Jimmy la mantuvo agarrada.

–¡Venga, Jimmy! ¡Estoy bien!

Jimmy respiró hondo y la soltó. Claire pasó por encima de la barandilla y cayó en la terraza de al lado.

–¡Vale, voy para allá! –gritó Jimmy.

Consiguió llegar al otro lado por los pelos; la fuerza del viento era impresionante. Cuando aterrizó, sin embargo, Claire le esperaba con una expresión sombría en el rostro.

–¡Las puertas están cerradas! –gritó–. ¿Y ahora qué hacemos?

–¡Seguir hasta que encontremos alguna abierta!

–¿Y si están todas cerradas? ¡El viento va a acabar tirándonos a alguno!

–El viento o Pedroza, ¡tú eliges!

Pasaron cuatro veces de una terraza a la siguiente, con más frío y menos fuerzas a

cada nuevo intento, pero al final encontraron una puerta que no estaba cerrada con llave y se desplomaron en el interior del camarote. Se quedaron tumbados en la enorme cama de matrimonio, riéndose sin parar.

No tenía gracia, pero no podían controlarse. Era una embriagadora mezcla de alivio y adrenalina. Cuando consiguieron parar, se acercaron al minibar y se inflaron a Toblerones y Coca-Cola Light. Claire descorchó una botella de champán y empezó a beber. Jimmy no quiso.

–Yo siempre lo bebo con mi madre –dijo Claire–, compra una botella cada vez que uno de mis ponis gana un... –de pronto se detuvo–. Mis pobres ponis..., ¿de verdad crees que estarán muertos?

Jimmy se paró a pensarlo. Le caía bien Claire y sabía que probablemente lo correcto era no herir sus sentimientos. Sin embargo, no podía luchar contra su propia naturaleza, así que dijo:

–Claro que están muertos. Los perros salvajes se han comido su carne y los afectados por la epidemia estaban muertos de hambre y han hervido sus huesos para hacer sopa.

–A veces parece que te encanta hacerme llorar, Jimmy Armstrong.

–Quien bien te quiere te hará llorar...

A Claire le centellearon los ojos.

–¡No! No hay que hacer llorar a nadie, jamás. Es horrible. La verdad es horrible –dijo secándose las lágrimas–. Se ha muerto toda la gente, Jimmy. El mundo se ha muerto. Tengo que creer que mis preciosos ponis siguen vivos. Tengo que hacerlo.

–Está bien –dijo Jimmy–, perdona. Si así te sientes mejor, entonces siguen vivos. Aunque en forma de sopa.

Claire le tiró un Toblerone.

PEDROZA

Desde la cuarta cubierta, Jimmy y Claire vieron que ahora había una segunda unión entre el *Titanic* y el *Olympic*, un tubo flexible que servía para transbordar combustible de un barco a otro. El viento lo zarandeaba violentamente y daba la sensación de que se iba a venir abajo en cualquier momento. Parecía que el viento se estaba volviendo aún más fuerte.

Volvieron a entrar disimuladamente y se sentaron en la biblioteca del *Olympic*, uno enfrente del otro. Tenían que decidir qué hacer a continuación.

–Si bajamos y nos quedamos con Jonas –propuso Jimmy–, puede que Pedroza no intente hacernos nada.

Claire negó con la cabeza.

–No, Jimmy. Jonas ha dicho que se puede tardar cuatro o cinco horas en repostar. Pedroza podría llevarnos otra vez a algún otro sitio y ellos no podrían hacer nada.

–Bueno, ¿y entonces?

–¿Y si esperamos hasta el último minuto para bajar? Cuando veamos que están retirando el tubo, sabremos que no hay peligro. O no tanto peligro.

–Pero estaremos en las mismas cuando volvamos al *Titanic*, ¿no? Sabemos que quiere matarnos. Tenemos que hacer algo para detenerle, aquí y ahora.

–¿Como qué? Si el capitán Smith y toda la tripulación no han podido con él, ¿cómo vamos a poder nosotros?

–Ya, pero allí tiene a toda su pandilla de insurgentes, aquí sólo están él y Brazo de Delfín. Y si tiene que dejar a Brazo de Delfín vigilando a Jeffers y a Jonas, entonces sólo queda él...

–Y una pistola. Y varios cuchillos.

–Pero no tiene lo que tenemos nosotros.

–¿Qué tenemos nosotros?

–Tu culo gordo y mi penique de la suerte –Claire le miró con mala cara y él se disculpó rápidamente–. Mira, lo único que necesitamos es un plan. Algo que no sea demasiado complicado. Algo que no dependa de que él haga esto, aquello y lo de más allá antes de que nosotros podamos hacer esto y lo otro.

–Tenemos que atraerle hacia algún lugar, encerrarle y...

–Matarle.

Se quedaron mirándose fijamente.

–No podemos matarle –dijo Claire.

–¿Por qué no?

–Porque entonces seríamos tan malos como él. Además, yo no sería capaz de hacerlo. No podría... clavarle un cuchillo. O dispararle.

–¿Entonces? ¿Le decimos que ha sido un niño muy, muy malo y le castigamos sin recreo?

–¡No sé! ¿Tú podrías matarle? ¿Clavarle un cuchillo y ver cómo le sale la sangre a borbotones?

–¿A borbotones?

–Jimmy..., ¿podrías?

Jimmy era de una zona conflictiva de Belfast, pero nunca había apuñalado a nadie.

–Una vez maté a un jerbo –dijo.

–Eso no es precisamente lo... ¿Con un cuchillo?

–Lo aplasté con la rodilla. Fue sin querer.

–Ah. Ya, pues puede que no tengas la oportunidad de aplastar a Pedroza con la rodilla.

–Entonces seguimos necesitando un plan.

–Efectivamente.

Jonas Jones fue el primero en ver a Jimmy cuando llegó corriendo al depósito de combustible noventa minutos más tarde, con la cara colorada y casi sin resuello.

–Jimmy, chico, ¿de dónde sales?

Jeffers estaba supervisando el bombeo del combustible, vigilado por Brazo de Delfín y Pedroza. Antes de que Jimmy pudiera contestar, Pedroza se dirigió airadamente hacia él dando grandes zancadas, le agarró y le tiró al suelo.

–¿Cómo has salido del camarote, sabandija?

Sacó la pistola y le apuntó.

–¡Eh, tranquilo! –dijo Jeffers.

Inmediatamente, Pedroza movió la pistola y apuntó al primer oficial.

–¡Tú sigue con tu trabajo!

–Bueno, pero... pero... cálmese...

Jeffers continuó con su labor de mala gana. Pedroza miró a Jimmy y soltó un gruñido.

–¿Dónde está la chica? –preguntó bruscamente.

–Se ha quedado allí, donde lo hemos encontrado...

–¿Donde habéis encontrado el qué?

–¡El oro!

Pedroza frunció el ceño.

–¿Oro? ¿Qué oro?

–Por favor –dijo Jimmy–, lo siento..., es que nos aburríamos. Era fácil salir del camarote... Pero escúcheme, por favor, ¡hemos venido a decirle lo que hemos encontrado! No se lo va a creer, es increíble..., una habitación entera, llenita de... lingotes de oro..., ¡miles!

Se habían imaginado, y no se habían equivocado, que a Pedroza se le iluminaría la cara al pensar en una habitación llena de oro. Ya tenía en sus manos una posible fortuna gracias a la medicina de Mamá Joss, pero el oro era otro asunto totalmente diferente. Quizá el papel moneda ya no valiera nada, pero el oro nunca pierde su valor. Se había hecho con el control del *Titanic* y tenía grandes planes que incluían llevar el *Olympic* de vuelta al puerto. Sin embargo, eso significaba que tendría dos barcos consumiendo cantidades ingentes de combustible. En un mundo arrasado, donde el petróleo sería protegido celosamente por los pocos supervivientes, el oro se convertiría en el medio con el que comprar los productos de ese tipo. Las civilizaciones cambian, pero el oro permanece inmutable. Ha sido el máspreciado de todos los metales a lo largo de toda la historia. Es, ha sido y siempre será absolutamente irresistible.

A Pedroza le iban rondando todas estas ideas por la cabeza mientras hacía caminar a Jimmy hacia la undécima planta. El jefe de cocina llevaba los ojos muy abiertos de la emoción, respiraba agitadamente y se veía cómo le palpitaban las sienas.

Jimmy fue achuchándole todo el camino.

–¡Nunca he visto una cosa igual! ¡Son como ladrillos hechos de oro! ¡Desde el suelo hasta el techo! ¡Claire cree que su padre invirtió todo su dinero en oro y que lo escondió en el *Olympic* cuando se dio cuenta de lo grave que era la epidemia! ¡Por eso estaba tan deprimido cuando perdió el contacto con su flota! ¡Pero ahora es todo nuestro! ¡Seremos los piratas más ricos de los mares!

Pedroza le dio un fuerte golpe en la espalda con la culata de su pistola.

–¡Yo no soy un pirata! ¡Y cierra la boca!

–¡Perdón! ¡Lo siento! ¡Pero es que tiene que verlo! ¡Es increíble! ¡Es...!

Una trola como una catedral.

Su plan se basaba en la suposición de que:

a) Pedroza se tragaría totalmente su historia y subiría corriendo a ver el oro con sus propios ojos.

b) Claire sería capaz de lanzarse sobre Pedroza desde detrás de la puerta y clavarle una jeringuilla.

Ambos habían visto al Dr. Hill administrar un medicamento a los afectados por la epidemia en la enfermería del *Titanic*. Primero estaban retorciéndose de dolor y al minuto estaban profundamente dormidos. Sólo era cuestión de colarse en el almacén donde se guardaban los suministros médicos del *Olympic* e identificar el medicamento correcto. Jimmy había sido un buen reportero y había anotado el nombre en su momento.

Pensaron que era mejor que fuera Jimmy y no Claire quien hiciera caer a Pedroza en la trampa. O, dicho de otra forma, Claire se negó a ir, alegando que Pedroza podría decidir tirarla al agua por el camino. El hecho de que pudiera hacerle lo mismo a Jimmy no parecía preocuparla demasiado.

Jimmy, que tenía experiencia por la medicina de Mamá Joss, llenó una jeringuilla y enseñó a Claire cómo se ponía una inyección, sirviéndose de una naranja pasada que encontraron en la enfermería. Claire se mostró un poco vacilante al principio, mirando para otro lado con aprensión mientras apenas pinchaba la cáscara. Jimmy volvió a enseñarle cómo hacerlo, pero su siguiente intento no fue mucho mejor.

–Claire –dijo Jimmy finalmente–, es una naranja. No le vas a hacer daño.

–Ya lo sé, pero es que... –dijo poniendo mala cara.

–Olvídate de que es una naranja. Es Pedroza. Si no le clavas esto, te va a matar, y, lo

que es más importante, me va a matar a mí. Venga, prueba otra vez. Clávasela. Clávasela a Pedroza.

Claire sujetó firmemente la jeringuilla, colocó el pulgar sobre el émbolo, la levantó y después volvió a bajarla, con tanta fuerza que la naranja quedó espachurrada en la mesa, salpicándolo todo de zumo.

–Creo que la has matado –dijo Jimmy–. Oficialmente, eres letal contra las frutas. Ahora vamos a intentarlo de verdad.

Escogieron un almacén sin ventanas situado en la cuarta planta. Jimmy quitó tres bombillas para que Pedroza no se diera cuenta inmediatamente de que los estantes estaban llenos de ropa de cama y no de oro. Claire, mientras tanto, había localizado la redacción del propio periódico del *Olympic* y había encontrado una cámara de fotos.

Su plan era el siguiente:

1. Jimmy avisa a Claire de que está a punto de llegar con Pedroza hablando muy alto y, en general, armando alboroto.
2. Jimmy abre la puerta y finge que busca a tientas el interruptor de la luz.
3. Pedroza entra en la habitación a oscuras.
4. Claire dispara el flash de la cámara, cegando temporalmente a Pedroza.
5. Jimmy le pone la zancadilla.
6. Claire le clava la jeringuilla.
7. Salen corriendo del almacén, cierran la puerta con pestillo y dejan pasar treinta segundos para que la medicina haga efecto.
8. Vuelven a entrar, encuentran a Pedroza dormido, le quitan la pistola, cierran el almacén.
9. Vuelven al depósito de combustible, desarman a Brazo de Delfín a punta de pistola.
10. Regresan al *Titanic*, desarman a los insurgentes.
11. Viven felices para siempre.

Era un buen plan. Todos los buenos planes son buenos planes hasta que fallan, y entonces de repente parecen malos planes. Todos los buenos planes suelen funcionar hasta el momento en que entran en juego los seres humanos; a partir de entonces, la diferencia entre el éxito absoluto y la catástrofe total es muy pequeña.

Lo que ocurrió no fue culpa del plan ni del papel que desempeñaron en él Jimmy o

Claire, ni siquiera Pedroza.

Si había un plan que fuera como la seda, era éste.

Jimmy iba corriendo por el pasillo delante de Pedroza. Al aproximarse a la puerta, empezó a dar palmadas con entusiasmo y le hizo señas al insurgente para que se acercara.

–¡Aquí! ¡Aquí! ¡Tiene que verlo! ¡Es genial! ¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!

Jimmy abrió la puerta y entró.

–Voy a encender...

Pedroza entró en el almacén.

Claire disparó el flash.

Pedroza cerró los ojos automáticamente..., ¡pero demasiado tarde! ¡El flash le había deslumbrado!

Jimmy le dio una patada en las pantorrillas, lo que le hizo caerse hacia delante.

Cuando intentó levantarse, se le echaron encima y volvieron a tirarle al suelo.

Claire le clavó la jeringuilla en la pierna y apretó el émbolo hasta el tope, introduciendo todo el contenido en su cuerpo.

Le soltaron, se levantaron de un salto, salieron corriendo del almacén, cerraron de un portazo y echaron el pestillo antes de desplomarse sobre el suelo.

–Lo hemos conseguido –dijo Jimmy, respirando entrecortadamente.

–¡Lo hemos conseguido!

Justo cuando estaban chocando las manos, se oyó un golpe en la puerta que les hizo pegar un brinco. El pomo vibró con un traqueteo. Después otra vez, aunque con un poco menos de fuerza, y luego una tercera vez, aún más débil.

Contuvieron la respiración.

Al final..., silencio... absoluto.

–Lo hemos hecho... –susurró Jimmy.

–Lo hemos hecho de verdad...

–¿Cuánto tiempo dejamos pasar?

–En la enfermería tardaba medio minuto..., y probablemente le hayamos dado una dosis el triple de grande.

–Sí, pero aun así...

–Ya...

–Entonces tres minutos...

–Cinco...

–Por si acaso.

Fueron probablemente los cinco minutos más largos de sus vidas. El *Olympic* se balanceaba bajo sus pies y se marearon un poco con el movimiento, pero no pensaban dejar que nada estropeará su momento triunfal. Habían burlado y derrotado a Pedroza e iban a disfrutarlo de principio a fin. Nada de ponerse a vomitar desde la borda del barco. Eran héroes victoriosos. Abrirían la puerta del almacén de golpe y entrarían rápidamente para coger la pistola de Pedroza. Mirarían al pirata, tendido en el suelo, sacudirían la cabeza y dirían:

–Que esto te sirva de lección, miserable.

Cuando pasaron los cinco minutos, Claire dijo:

–Ve tú delante.

–Las damas primero –dijo Jimmy.

–Los mayores primero –contestó Claire.

Se sonrieron.

–Los dos a la vez –dijeron los dos a la vez.

Jimmy giró el pestillo y los dos agarraron el pomo de la puerta. Contaron hasta tres en silencio y abrieron.

Pedroza estaba de pie delante de ellos, apuntándoles con la pistola. Todavía tenía la jeringuilla clavada en la pierna.

–¡Entrad aquí ahora mismo! –gruñó.

–Mierda –murmuró Jimmy.

MUERTE

Pedroza les obligó a quedarse de pie delante de la pared del fondo del almacén.

–No hay oro –dijo.

–No hay oro –asintió Jimmy.

Claire le miró sin decir nada. Le temblaba el labio inferior.

–Hay mucha ropa de cama –dijo Pedroza señalando los estantes con la cabeza–. Viene bien para amortiguar el ruido de una pistola –Jimmy tragó saliva–. Os creéis muy listos, ¿verdad? ¡Ése era vuestro gran plan! Clavarme una jeringuilla y matarme, ¿no?

–No –dijo Jimmy–, sólo dormirle.

–Ya, eso dices ahora. Sin embargo, por alguna razón las drogas no me han hecho efecto. ¿Por qué crees que ha sido?

–No lo sé –dijo Jimmy.

Pedroza estiró el brazo hacia abajo, se sacó la jeringuilla de la pierna izquierda y, de repente, la lanzó hacia ellos. Claire soltó un grito cuando la jeringuilla se quedó incrustada en la pared, justo al lado de su oreja izquierda.

Pedroza se echó a reír.

–Os enseñaré por qué –dijo. Cerró el puño de la mano que tenía libre y se dio un puñetazo en la pierna. Sonó dura, pero hueca–. Es de madera. Perdí la pierna cuando era pequeño –se llevó la mano a la otra pierna y también la golpeó. Después se levantó un poco el pantalón y enseñó un par de centímetros de piel morena–. Ésta es de carne y hueso. Habéis escogido la pierna mala, mocosos. Así que ahora tengo que mataros.

–¿Por qué? –preguntó Jimmy con una débil vocecita.

–Porque sois mis enemigos. Y por haberme hecho matar a quince personas.

–¿Yo?

–Los dos.

–No entien... –empezó a decir Jimmy, pero Claire le interrumpió bruscamente.

–La gente de la cámara frigorífica.

Pedroza asintió.

–Los llevaba de contrabando a América para que pudieran empezar una nueva vida. Sus familiares iban a pagarme una vez que los entregara sanos y salvos, pero entonces vosotros dos metisteis las narices. Si el capitán los descubría, yo perdía mi trabajo e iba a la cárcel, pero ellos habrían llegado a América de todas formas. No habría sido justo, ¿no?

–¿Qué hizo con ellos? –preguntó Claire.

–Les dije que les había conseguido camarotes pero que tenía que llevarlos de uno en uno para que no nos descubrieran. Así que los tiré al agua, uno por uno. No fue agradable, pero era necesario.

–Es usted... un monstruo... –susurró Claire.

–Es todo culpa vuestra.

–No –dijo Claire–, no...

–Y ahora que os lo he contado, es hora de mataros a vosotros también.

Pedroza levantó la pistola.

–¿Serviría de algo que nos disculpáramos? –preguntó Jimmy.

–¡No!

–¿Hay algo que podamos hacer?

–¡No!

De repente, en el último momento, a Jimmy se le ocurrió una idea a la desesperada.

–Espere un minuto, por favor... Es importante..., escuche... Mi abuelo solía contarme una historia...

Pedroza frunció el ceño.

–No quiero oír...

Pero Jimmy continuó:

–... sobre el jefe de una banda que atrapó a dos de sus enemigos. Iba a disparar a los dos, pero entonces se dio cuenta de que, si lo hacía, no quedaría nadie para hacer correr la voz sobre lo que había hecho. Así que mató sólo a uno de los dos... y al otro le dejó irse, y éste le contó a toda la gente que conocía lo duro y despiadado que era el jefe de esa banda, y nadie se atrevió a delatarle ni a desafiarle nunca más.

Claire le estaba mirando fijamente, con los ojos como platos y con un gesto de incredulidad.

–¿Se supone que eso tiene que ayudar?

–Bueno, he pensado que si uno de los dos sobrevive es mejor que si ninguno sobr...

–¡Silencio! –los dos se volvieron hacia Pedroza–. Es una buena historia. Y muy acertada. Por suerte, a mí ya me tiene miedo todo el mundo en el *Titanic*, y cuando hayamos repostado voy a matar a todos los que no estén de mi lado. Vosotros dos habéis sido especialmente molestos, así que voy a concederos el privilegio de ser los primeros a los que mate. A ver..., ¿quién de los dos quiere morir primero?

Claire le miró enfurecida.

–Es usted un hombre cruel y malvado. Espero que se pudra en el infierno.

Jimmy sabía lo que estaba haciendo Claire... Quería que la matara a ella primero, como si así, de alguna manera, él fuera a tener más probabilidades de sobrevivir.

No pensaba permitirlo. Le hizo un gesto con la cabeza a Pedroza.

–No sólo es usted cruel y malvado, encima le falta una pierna y la otra tiene una pinta horrible.

Claire no iba a permitir que la ganara.

–Es usted un hombrecillo feo, violento y despiadado, y sus hijos van a ser feos y despiadados...

Jimmy la interrumpió diciendo:

–Sus huevos revueltos saben a mierda y todo el mundo se ríe de su comida a sus espaldas...

–¡YA BASTA!

Se quedaron callados.

–¡Tú, vas a morir!

Apuntó a Claire con la pistola y apretó el gatillo.

Sin saber muy bien por qué, Jimmy se abalanzó sobre Claire y la empujó hacia un lado justo cuando la pistola disparó. La bala le alcanzó en el pecho. No hubo tiempo para sentir dolor ni para oír gritar a Claire, ni siquiera para dedicar un último pensamiento al McDonald's. Simplemente se volvió todo negro.

EL MÁS ALLÁ

Oscuridad.

Total y absoluta.

Jimmy no sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados; ni siquiera sabía si tenía ojos. Puede que solamente fuera una masa informe y estuviera flotando en el universo. Pero no..., tenía manos. Se tocó la izquierda con la derecha y viceversa. Tenía piernas.

«O a lo mejor sólo me creo que las tengo.»

Había leído que había gente que perdía las piernas en accidentes de tráfico pero que seguía sintiéndolas. Tenía algo que ver con las terminaciones nerviosas.

«Estoy en una cama. Siento la almohada, las sábanas.»

«O me lo estoy imaginando.»

«Estoy muerto.»

«Sé que estoy muerto.»

«Tengo que estar muerto.»

Lo recordaba perfectamente: el empujón que le dio a Claire para que el disparo de Pedroza no la alcanzara, el dolor horrible que sintió en el pecho y después... nada.

«Vale, me han pegado un tiro en el pecho. Si milagrosamente he sobrevivido, habrá vendas, tubos...»

Jimmy se pasó la mano por el pecho y tocó... piel. Ni heridas ni vendajes, sólo su cuerpo normal y corriente.

«Entonces está claro. Estoy muerto. No estoy en una cama. No estoy en ningún lado. Sólo soy... una idea. O un alma, en tránsito hacia el cielo o hacia el infierno. O a lo mejor no hay nada de eso y me voy a quedar en esta oscuridad eternamente.»

Esa idea no le gustó ni un pelo.

Cerró con fuerza sus ojos imaginarios.

–Jimmy.

Era la voz de Claire.

No, Claire estaba muerta.

–Jimmy.

«¿Cómo de loco tendría que estar para ponerme a hablar con un fantasma?»

–Venga, Jimmy, ¡si estoy viendo cómo te mueves! ¿Piensas salir de debajo de las mantas y decirme algo?

«No. En cuanto empiece a hablar con seres imaginarios me puedo dar por perdido para siempre.»

–¿No puede ponerle una inyección o algo así? – dijo Claire.

Entonces sonó otra voz conocida, la del Dr. Hill.

–No, Claire, todavía está en estado de shock, saldrá a su propio ritmo.

Jimmy buscó a tientas la esquina de la manta y asomó los ojos por encima con cuidado. La luz era tan intensa que le dejó medio deslumbrado y sólo pudo distinguir dos figuras borrosas y trémulas.

¿Serían almas en pena como la suya o seres humanos de verdad?

–Anda, mira, se está despertando. Buenos días, bella durmiente –dijo el Dr. Hill.

–Pero porque hemos hablado de inyecciones –dijo Claire–. Es un medica.

Poco a poco, muy poco a poco, empezó a distinguirlos con más claridad.

Sí, eran ellos. Era Claire. ¡Estaba viva! Y eso significaba que... ¡él estaba vivo!

Estaba en la enfermería. La enfermería del *Titanic*.

Cuando intentó hablar, la voz le salió áspera:

–No entien..., me han..., Pedroza..., ¿qué... narices... está pasando?

Claire le miró con una gran sonrisa en la cara. El Dr. Hill le cogió la muñeca y le tomó el pulso. Satisfecho, sonrió a Claire y dijo:

–Te dejo que le cuentes tú los detalles.

Mientras el médico salía de la enfermería, Claire se sentó en el borde de la cama de Jimmy.

–¿De qué te acuerdas? –preguntó.

–Pues... la verdad..., no..., me... dispararon...

–¿No te acuerdas de cuando aterrizaron los extraterrestres y te encerraron en una

cápsula de ectoplasma?

Jimmy la miró con los ojos como platos.

–¿¿Qué??

Claire soltó una risa estridente.

–Es broma. Jimmy, me has salvado la vida. Me apartaste para que la bala no me alcanzara. Te llevaste el disparo que tendría que haberme llevado yo.

–Debí de tropezarme –dijo. No estaba seguro de que le gustara la forma en que le estaba sonriendo Claire–. Pero..., si me llevé el disparo..., tendría que... –se tocó el pecho con la mano, pero seguía tan intacto como antes–. No lo entiendo.

–Bueno, a lo mejor esto te ayuda.

Claire hurgó en el bolsillo de su pantalón y sacó un trocito de metal retorcido.

–¿Es... la bala?

–No, Jimmy, es la moneda.

–¿La moneda?

–¡Tu penique de la suerte, Jimmy! ¿No lo entiendes? Pedroza te disparó en el pecho, pero la bala dio en el penique de la suerte que llevabas en el bolsillo. El impacto te hizo perder el conocimiento, pero la bala rebotó y fue directa a Pedroza, le entró por la frente y le dejó en el sitio.

–¿Que le hizo qué?

–Pedroza está muerto, nosotros estamos vivos, hemos burlado a los huracanes, el barco vuelve a estar en manos del capitán, el...

–¡Espera, demasiada información! Más... despacio... –Jimmy respiró hondo. Alargó el brazo y Claire le puso la estropeada moneda en la palma de la mano–. Así que después de todo sí que traía suerte...

–O quizá eres tú el que tiene suerte. O Pedroza ha tenido mala suerte. Sea como sea, el caso es que hubo algo que funcionó. Te dejó inconsciente y mató a Pedroza. Fue horrible..., aunque al mismo tiempo estuvo genial. Le cogí la pistola, la llevé abajo y se la pasé a Jeffers disimuladamente mientras Delfín no miraba, y después Jeffers apuntó a Delfín a la cabeza y le aconsejó que se rindiera. Y él le hizo caso.

–Pero... pero... seguían quedando todos los otros insurgentes, ¿no?

–Sí, pero sólo había cinco o seis que realmente quisieran apoyar a Pedroza; la mayoría sólo querían volver a Miami cuanto antes. Todos tienen familias, parientes y tal. Así que

no opusieron demasiada resistencia, y ahora todo ha vuelto a la normalidad. Hemos dejado atrás los huracanes y esta tarde llegaremos a Miami.

–Es... increíble..., ¡es genial! ¿A que sí?

–Sí. Me has salvado la vida.

–Que Pedroza haya muerto así...

–Me has salvado la vida.

–Y haber podido con los insurgentes...

–Me has salvado la vida.

–Y hasta haber burlado a los huracanes...

–Me has salvado la vida.

–Sí –dijo Jimmy–, ya lo sé.

–Nunca lo olvidaré.

–Vale.

–¿Por qué lo has hecho?

–Ya te lo he dicho, me tropecé. O me desmayé.

–Saltaste. Ibas a sacrificarte por mí.

–Confiaba plenamente en el penique de la suerte.

–Jimmy Armstrong..., me quieres, ¿verdad?

Jimmy la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Estás segura de que no te han disparado a ti en la cabeza?

–Me quieres.

–Claire, ni siquiera me gustas.

Su respuesta fue más brusca de lo que pretendía, pero a veces, cuando estás acorralado, te salen cosas que no dices muy en serio.

A Claire le había costado mucho decir lo que había dicho y le dolió que Jimmy la rechazara al instante. Se puso como una fiera inmediatamente.

–A todo esto, ¿se puede saber por qué no te levantas de la cama? ¡Estás perfectamente! ¡Seguro que hasta es verdad que te tropezaste! Y me alegro de no gustarte siquiera, porque esta tarde me voy a bajar del barco y probablemente no vuelvas a verme nunca más. ¿Te enteras? ¡No vas a volver a verme nunca más!

Salió de la enfermería hecha una furia.

DESPEDIDAS

–Bueno, Jimmy, ¿entonces qué vas a hacer? ¿Te quedas con nosotros?

El capitán Smith estaba a su lado junto a la barandilla, delante del puente de mando, mirando al muelle y al torrente continuo de pasajeros que desembarcaban. Hacía una hora que estaba saliendo gente. Aunque no iba a reconocerlo, ni siquiera ante sí mismo, Jimmy estaba esperando para ver si realmente Claire se bajaba del barco. No habían vuelto a hablar desde su pelea.

–Sí, supongo –contestó Jimmy.

–Qué bien. Hemos echado de menos el periódico estos últimos dos días, estaría bien volver a ponerlo en marcha. Creo que a los pasajeros les ayuda mucho. Y también a los tripulantes. Al menos a los que quedan.

Había reunido a todo el mundo en el auditorio poco antes de que el barco atracara y les había dicho que su intención era permanecer en Miami solamente el tiempo necesario para repostar combustible y buscar provisiones. No creía que fueran a estar a salvo en la ciudad, pero entendía que mucha gente quisiera irse y eran libres de hacerlo.

–No pensé que se fuera a bajar tanta gente –dijo Jimmy–. Aquí están a salvo, incluso después de todo lo que ha pasado, pero ahí fuera... ¿no está todo el mundo muerto?

–No lo sabemos. Hay sitios donde la epidemia ataca, como Santo Tomás, y mata a todo el mundo, pero en otros, ¿te acuerdas de San Juan?, realmente hay bastantes supervivientes. Seguro que aquí han muerto millones de personas, pero habrá supervivientes, tiene que haberlos, y si uno de ellos es tu hijo, tu hija o tu padre, ¿no querrías encontrarlos? ¿O aunque sólo sea asegurarte de que se les da un entierro digno? Supongo que la mayoría desembarcarán, echarán un vistazo por la zona, se darán cuenta de lo mal que están las cosas y volverán lo más rápido que puedan. Otros intentarán

llegar a casa... Puede estar a treinta kilómetros o puede estar a tres mil, pero lo intentarán –se quedaron unos minutos más observando la fila de pasajeros que desembarcaban–. El Sr. Stanford quiere que vayamos bordeando la costa hacia Texas, está convencido de que allí podremos repostar. Después seguiremos yendo de un depósito de combustible a otro todo el tiempo que podamos.

–¿Eso quiere decir que los Stanford se quedan en el barco?

–No, hijo, el Sr. Stanford no tiene tanta paciencia. Va a intentar llegar al aeropuerto. Tiene allí un avión privado y espera poder volar al Medio Oeste con su familia. Tienen una finca muy grande..., un rancho o como se llame. La cosa es que por allí no vive mucha gente, así que cree que será más seguro que intentar aguantar en el *Titanic* o que tratar de sobrevivir en alguna ciudad.

–Pero es su barco, ¿no le importa lo que le pase al *Titanic* ni a la gente que va a bordo?

–Claro que le importa, Jimmy, pero ya ha hecho todo lo que está en su mano. Ha dejado que nos llevemos el barco y ha traído de vuelta al puerto a todos los pasajeros que ha podido, ahora tiene que pensar en su familia. Yo creo que es lo correcto.

Jimmy lo entendió.

–¿Usted tiene familia, capitán?

El capitán Smith respiró hondo.

–Va a sonar muy cursi, Jimmy... –dijo mientras agitaba la mano señalando hacia la proa del barco–, pero podría decirse que ésta es mi familia.

–Entonces no está casado –dijo Jimmy.

–Ah, sí, sí que lo estoy –contestó el capitán–, pero mi mujer es una bruja. No se lo digas a nadie, pero esta epidemia es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ahora tengo una excusa para no tener que volver a casa con ella.

Le guiñó un ojo a Jimmy y después se dio la vuelta y volvió a meterse en el puente de mando.

Jimmy estaba seguro de que lo decía en broma.

O al menos creía estar seguro de que lo decía en broma.

Veinte minutos más tarde, Jimmy vio a Claire saliendo del barco con sus padres. Llevaba un bolso rosa colgado del hombro.

–¡Claire!

Claire no levantó la vista. Jimmy volvió a gritar, pero no obtuvo respuesta. Estaba demasiado lejos.

Bueno.

Se acabó.

Se había ido.

Jimmy suspiró.

Bien. Claire no era amiga ni era nada. Estaría perfectamente él solo.

Dio una patada a la barandilla.

Y entonces echó a correr. Bajó las escaleras de seis en seis, moviéndose más deprisa que cualquier ascensor. Cuando llegó a la pasarela casi no podía respirar del esfuerzo. El primer oficial Jeffers estaba allí de guardia, con un arma en la mano, recordando a todos que miraran el reloj.

–Zarpamos a las seis. Si van a volver, asegúrense de que...

–No se preocupe, joven –iba diciendo la anciana Sra. Calhoon–, mi reloj está perfectamente en hora. Y si por casualidad se me olvida mirarlo, ¡Franklin me lo recordará! –Franklin iba acurrucado en sus brazos. La anciana le levantó una patita y la agitó en el aire–. ¿A que sí, cariño? Franklin siempre..., ¡ay!

La Sra. Calhoon se fue dando tumbos hacia un lado cuando Jimmy pasó junto a ella como una exhalación. Franklin aulló y escondió la cabecita asustado.

–Jimmy, ¿nos abandonas? –le gritó Jeffers.

–¡No!

Ahora Claire estaba en el muelle, a unos cuantos cientos de metros de Jimmy. Estaba parada cerca de la entrada principal de la terminal de viajeros, donde, en circunstancias normales, los pasajeros que regresaban tendrían que haber pasado el control de pasaportes y después esperar para recoger sus maletas. Pero hoy no. Los pasajeros que llegaban iban arrastrando su propio equipaje y no había nadie allí para revisar su documentación. Volvían a estar en tierra firme, pero no era la misma tierra que habían dejado. Las puertas se movían a un lado y a otro por la fuerte brisa, había carritos portaequipajes volcados en el suelo, coches abandonados. Alrededor de la propia entrada había varios cadáveres. No sólo estaban en estado de descomposición, sino que parecía que les habían arrancado casi toda la carne. Claire se quedó agarrada al brazo de su padre mientras los miraban.

–Es espantoso..., espantoso... –dijo la Sra. Stanford.

–Claire.

Claire se dio la vuelta. Intentó con todas sus fuerzas no sonreír al ver a Jimmy. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

–Lo siento –dijo Jimmy.

Claire se encogió de hombros y miró al suelo.

–Ojalá no te fueras –dijo Jimmy.

–Ojalá.

–Es por los ponis, ¿verdad?

–No... Oye, Jimmy, ¿por qué no te vienes con nosotros?

–¿Cómo? ¿Adónde?

–A nuestra finca. Mi padre nos va a llevar en avión.

Jimmy miró al suelo.

–No puedo.

–¿Por qué no? Allí estaremos a salvo, estoy segura.

–No puedo, Claire. Tengo que quedarme en el barco. El capitán Smith cree que algún día lo llevará de vuelta a Irlanda. Es la única forma que tengo de volver a ver a mi familia.

–Pero si seguramente estén... –ella sola se detuvo—. Perdona.

–Ya sé que seguramente lo estén. Pero aun así.

–Claire, ¿quieres darte prisa?

Era su madre, desde la puerta.

–Mamá, ¡ni que fuéramos a llegar tarde a algún sitio!

–¡No seas impertinente! ¡Y espabila!

Claire miró a Jimmy.

Jimmy miró a Claire.

–Bueno –dijo Jimmy.

–Bueno –dijo Claire.

–Voy a seguir haciendo el periódico.

–Ah, eso está bien. No, está genial. Ojalá pudiera...

Suspiró.

–Bueno, nos vemos.

–Sí, supongo.

Jimmy asintió con la cabeza y empezó a darse la vuelta.

–Jimmy.

Jimmy se volvió y entonces Claire simplemente se abalanzó sobre él. Le rodeó con los brazos y le plantó un beso en los labios.

Jimmy no sabía muy bien qué hacer. Así que también la besó.

LOS PERROS SALVAJES

Jimmy estaba hecho polvo. Fue a la redacción del *Times* e intentó ponerse a trabajar en el siguiente número del periódico. Habían recuperado todo el equipo de los diferentes escondites que habían utilizado durante el breve reinado de Pedroza, y Claire incluso había convencido a su padre de que ordenara traer más equipo del *Olympic* antes de que cortaran las cuerdas y el barco se alejara navegando hacia su trágico final.

Pero no conseguía concentrarse.

Ty, que también había decidido permanecer a bordo, le dijo a Jimmy que se relajara, que Claire podría ser reemplazada fácilmente.

–Hay muchos más peces en el mar –dijo.

Jimmy le lanzó una impresora.

Se imaginó a Claire en ese preciso momento, volando hacia una nueva vida en su finca.

No podía estar más equivocado.

El Sr. Stanford había requisado un autobús de las Autoridades Portuarias de Miami y había accedido, no sin cierta reticencia, a llevar a la Sra. Calhoon, a Franklin y a media docena de pasajeros más al centro de Miami.

Llevaban más de una hora en el autobús, pero no habían conseguido recorrer ni dos kilómetros desde el puerto, ya que las carreteras estaban prácticamente intransitables. Coches destrozados y abandonados, cadáveres, edificios quemados y derruidos..., todo combinado para hacerles circular con una lentitud exasperante.

Claire iba de pie detrás de su padre.

–Es imposible –dijo–, vamos a tardar años.

–No hay nada imposible –contestó su padre bruscamente.

Su madre añadió desde detrás:

–Tu padre no se hizo multimillonario diciendo que era imposible hacer las cosas. Cogió y las hizo.

–Qué maravilla –dijo la Sra. Calhoon. Franklin dio un ladrido.

Cuanto más se acercaban al centro de la ciudad, peor era el panorama. Todo eran destrozos y desolación. Los incendios se habían propagado sin que pudieran controlarlos y habían arrasado edificios enteros. No parecía que hubiera supervivientes.

–¡Maldita sea!

Había empezado a salir humo de debajo del capó. A los pocos metros, el autobús dio una sacudida, fue perdiendo velocidad y se paró. El Sr. Stanford hizo bajar a todos inmediatamente y, justo cuando se disponía a examinarlo, el motor estalló en llamas.

–Vale, genial –dijo Claire.

Empezaron a buscar un medio de transporte alternativo en el que cupieran todos. El Sr. Stanford estaba deseando ir directamente al aeropuerto, pero se había comprometido a llevar a los otros pasajeros al centro y sentía que no podía abandonarlos... Y menos con un perro como *ése* mirándolos de esa manera.

Era un animal enorme, como un cruce entre un pastor alemán y un rottweiler, y estaba parado a unos diez metros de ellos, enseñando los dientes y salivando.

–Tranquilo, chico –dijo el Sr. Stanford.

Más o menos a la vez, otro pasajero, un tal Sr. Greening –un señor mayor con un audífono y un bastón–, se tropezó con lo que le pareció un superviviente. Había un hombre tirado boca abajo en la acera, pero parecía que todavía se estaba moviendo.

El Sr. Greening golpeó el suelo con el bastón para atraer la atención de los demás.

–Parece que aquí hay un...

Pero de pronto se quedó callado. De debajo del cuerpo había salido culebreando un pequeño perro que ahora le estaba gruñendo. De los dientes de color rojo brillante le colgaban tiras de carne putrefacta. El anciano empezó a retroceder.

El Sr. Stanford, consciente de que corrían peligro, estaba empezando a llevar a todos de vuelta al autobús para ponerlos a salvo, a pesar de que seguía echando humo, cuando otros dos perros salieron de debajo gruñendo y chasqueando los dientes y les bloquearon el paso hacia las puertas abiertas.

Después apareció otro, luego otro más, y muy pronto el pequeño grupo quedó rodeado por una jauría de perros que los obligaron a juntarse cada vez más unos a otros.

–¡Dios mío! –exclamó el Sr. Greening–. ¡Han estado comiéndose a los muertos! ¡Les gusta la carne humana!

Ahora los perros eran una masa de fieras que chasqueaban los dientes y echaban saliva por la boca, concentrados únicamente en despedazarlos y devorarlos.

Se fueron arrimando cada vez más unos a otros.

Claire se agarró fuerte a su padre, que intentó dar una patada a uno. Sin embargo, en lugar de apartarse, el perro le embistió y le clavó los ensangrentados dientes en el zapato. La Sra. Stanford dio un grito. Ahora el perro estaba intentando arrastrar a su marido. Claire le pegó una patada. El perro se quedó sorprendido por un momento y dejó de morder durante un instante, el tiempo suficiente para que el Sr. Stanford pudiera retorcer el pie, sacarlo del zapato y retroceder arrastrándose.

Los perros volvieron a acercarse.

–¡Pero si solamente hay que enseñarles quién manda!

Era la Sra. Calhoon, que acarició la suave cabeza de Franklin y dio un paso adelante.

–¡No! –gritó Claire.

Pero la anciana no tenía ningún miedo. Mirando a los perros devoradores de carne humana, levantó un dedo en señal de advertencia y gritó:

–*Sit!*

Los perros salvajes gruñeron y rugieron.

–*SIT!*

Un perro le hizo caso y se sentó.

–*SIT!*

Entonces se sentó otro, después otro, y así, uno por uno, los perros que los rodeaban fueron obedeciendo hasta que todos estuvieron sentados.

–Bien –dijo la Sra. Calhoon mientras se volvía y dirigía una gran sonrisa triunfal a sus acompañantes–, ¿qué tal si volvemos todos al autobús? Estoy segura de que no hay ningún peligro.

Los demás vacilaron. Claire fue la primera en moverse.

–Venga, mamá, vamos.

Le cogió la mano y se dirigió hacia los perros que los rodeaban. El Sr. Stanford condujo a los demás hacia delante. Uno por uno, y casi sin atreverse a respirar, fueron pasando entre los perros y empezaron a subir al autobús. La Sra. Calhoon fue la única

que se quedó donde estaba, con el dedo en alto y repitiendo una y otra vez: «Quietos..., quietos..., muy bien, bonitos..., quietos...», hasta que todos estuvieron a bordo.

–¿Veis? Sólo tienen miedo y hambre –dijo la anciana–. ¿Verdad, Franklin?

Levantó al pequeño caniche para darle un beso en la cabeza, pero entonces, de repente, Franklin intentó morderla. Era un animalito consentido y lo había hecho miles de veces, pero ésta era la primera vez en toda su vida que la mordía de verdad. Seguramente no quería hacerlo. Posiblemente sólo estuviera nervioso, con todos esos perros ahí. Pero sus afilados dienteitos se clavaron en la nariz de la Sra. Calhoon, que empezó a sangrar y, estupefacta, le soltó.

Al oler la sangre fresca, los acechantes perros se levantaron de inmediato y empezaron a gruñir.

La Sra. Calhoon sólo tenía ojos para Franklin, que había empezado a alejarse correteando.

–¡Franklin! –gritó mientras iba detrás de él arrastrando los pies–. ¡Franklin!

Los perros rugieron y se fueron acercando poco a poco.

–¡Sra. Calhoon! –gritó Claire desde la puerta del autobús–. ¡No...!

El rottweiler trató de morderla. Inmediatamente, la Sra. Calhoon le mandó que volviera a sentarse... Pero su momento ya había pasado.

Los perros salvajes atacaron.

LA NUEVA TRAVESÍA

El jefe de máquinas, Jonas Jones, anunció que el reabastecimiento de combustible estaba terminado. El primer oficial Jeffers presentó las cifras de la gente que había regresado al barco: de los doscientos pasajeros que habían desembarcado, habían vuelto ochenta y cinco; de los cincuenta tripulantes que se habían bajado del barco, veintiséis volvían a estar a bordo. Descubrieron que el almacén de alimentos que tenía la compañía de cruceros en el muelle estaba intacto y que, aparentemente, el generador que servía para mantener la comida congelada en caso de emergencia había seguido funcionando hasta pocos días antes, por lo que casi todo estaba en buen estado. Habían subido a bordo esos alimentos, junto con varias toneladas de comida enlatada que Jeffers se había «apropiado» en varios supermercados.

—Muy bien, caballeros —dijo el capitán Smith—, en marcha.

Jimmy estaba otra vez en la redacción del *Times*, escribiendo un artículo. Había entrevistado a algunos de los pasajeros que habían regresado al barco, que le habían contado sus experiencias en Miami, y se estaba deprimiendo sólo de escribir sobre ello. La ciudad era un caos.

Había dejado de escribir cuando arrancaron los motores y después se había obligado a sí mismo a seguir. Ahora estaban en marcha, en la siguiente travesía del *Titanic*. Le esperaban nuevas aventuras, estaba seguro. Sin embargo, se sentía vacío.

Solo.

Era cierto que estaba solo, ya que Ty Warner aún no se había atrevido a regresar por si Jimmy volvía a atacarle. Pero... solo de verdad.

Jimmy siguió tecleando durante cinco minutos más y después releyó lo que había

escrito.

Era una basura.

Lo borró y volvió a empezar.

Llamaron a la puerta.

–Lárgate, Ty, estoy ocupado.

Volvieron a llamar.

–En serio, déjame en paz.

Cuando llamaron por tercera vez, Jimmy se levantó de la silla de un salto y abrió la puerta bruscamente.

–¿Te quieres estar...?

Se detuvo.

–Hola –dijo Claire.

–Huy.

–¿A qué viene tanto entusiasmo?

–Ummm..., a nada. ¿Qué haces aquí? Pensaba que...

–Tengo trabajo que hacer, ¿no?

Pasó a su lado y entró en la redacción. Se dirigió a su mesa, sacó la silla y se sentó.

Jimmy se quedó en la puerta.

–¿Claire?

–No es nada del otro mundo. No pudimos ni acercarnos al aeropuerto, estaban todas las carreteras cortadas. Unos perros salvajes se comieron a la Sra. Calhoon y decidimos volver al barco.

–¿Que se comieron...?

–La hicieron pedazos, de hecho.

Jimmy carraspeó.

–Me imagino que no...

Claire le miró con mala cara.

–No, Jimmy, no saqué fotos. Y que sepas que eres un morboso.

Jimmy cerró la puerta y volvió a su mesa. Tecleó algo y, sin levantar la vista de la pantalla, dijo:

–Pasé por la plataforma de embarque dos o tres veces. Para entrevistar a la gente, vamos. No te vi volver.

–No, llegamos tarde. Mi padre tomó prestada una pequeña lancha motora y os

alcanzamos.

–Ah. Bien.

Claire miró fijamente a su propio ordenador y, sin levantar la vista, dijo:

–Oye, todo aquello que te dije, ya sabes, cuando te despertaste, y después en el muelle al despedirnos... Solamente estaba alterada por haber visto a Pedroza morir de esa manera y por tener que bajarme del barco. Nada de lo que dije iba en serio.

–Ya lo sé.

–Yo lo único que quiero es hacer el periódico.

–Muy bien. Yo también.

–Es importante, y divertido, y no tendría sentido que se dejara de hacer.

–Ningún sentido.

Los dos asintieron.

–Damas y caballeros, les habla el capitán.

La voz del capitán Smith sonó por megafonía con un crujido. Jimmy y Claire miraron hacia el altavoz de la pared. Todo el mundo en el barco dejó lo que estaba haciendo. En la sala de máquinas, los maquinistas dejaron de trabajar; en las cocinas, los miembros del personal de hostelería se secaron las manos y se quedaron quietos escuchando; en la piscina, las madres dejaron de echarse crema solar y los niños se quedaron flotando en el agua en silencio.

–En estos momentos estamos iniciando la segunda travesía del *Titanic*, que nos llevará por la costa este de los Estados Unidos de América. En la White Star Line y en el *Titanic* nos tomamos muy en serio nuestra responsabilidad para con nuestros pasajeros y tripulantes. Ya hemos pasado por momentos difíciles, y no cabe duda de que nos esperan muchos más, pero nuestra labor principal continúa siendo asegurarnos de que estén ustedes a salvo. Sólo Dios sabe cuánto durará nuestro viaje, pero es importante que todos colaboremos para conseguir mantenernos con vida. Si ejerce usted de médico en su ciudad, puede ofrecer sus servicios aquí. Si es carpintero o electricista, panadero o contable, necesitamos su ayuda. Incluso si no tiene ningún oficio, podemos formarle. El *Titanic* es el mejor barco que se ha construido jamás, pero necesita el apoyo de ustedes. Gracias por su colaboración y que tengan un feliz viaje.

Tras una breve pausa, añadió:

–Ahora les dejo con el primer oficial Jeffers, que tiene que comunicarles un mensaje importante.

–Gracias, capitán –Jeffers carraspeó y después anunció solemnemente–: Los lavabos de la cuarta planta están atascados, les rogamos que no los utilicen hasta nuevo aviso. Y el Dr. Hill ha dado parte de una plaga de pulgas que creemos que ha sido causada por un pequeño perro que embarcó en Santo Tomás. Si ven a este perro, rogamos se lo comuniquen a un miembro de la tripulación inmediatamente. Extremen sus precauciones al acercarse al animal. Gracias.

NOTAS

¹ Acabo de acordarme del punto 6, que es el motivo por el que a Jimmy Armstrong *el Suertudo* le llaman Jimmy Armstrong *el Suertudo*. Lo dicen irónicamente: desde que el bisabuelo de Jimmy se había hundido en el *Titanic*, la mala suerte había per seguido a su familia. Los Armstrong atraen los accidentes y la polémica como las flores atraen a las abejas en verano. Este Jimmy Armstrong *el Suertudo*, a sus trece años, simplemente estaba siguiendo la tradición familiar.

Título original: *Titanic 2020*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Diciembre de 2011

© Colin Bateman, 2007

La 1.ª edición en Gran Bretaña fue publicada por Hodder Children's Books en 2007. El derecho de autor que Colin Bateman tiene sobre esta obra ha sido ratificado por él de acuerdo con la Ley sobre Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988 [Copyright, Designs and Patents Act 1988].

© De la traducción, Clara Ministrál, 2010

© Ediciones Siruela, S. A., 2010, 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-816-3

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
TITANIC 2020	5
Prólogo	9
1. El nuevo Titanic	18
2. Sorpresa	23
3. La ansiedad del polizón	28
4. El hombre del culo al aire	32
5. Prim	37
6. El terremoto	43
7. San Diego	47
8. El capitán Smith	55
9. Pelear y morir	62
10. Vida en la cámara frigorífica	70
11. Hielo	78
12. Cuestión de fe	84
13. El secreto de Prim	89
14. Jonas Jones	94
15. Miami	102
16. El polizón	110
17. El director del Titanic Times	117
18. Ty	121
19. El Titanic Times	127
20. Epidemia a bordo	131
21. La flota	136
22. Delfines	143
23. El auditorio	148
24. La hoguera	154
25. Ebrios de poder	162

26. El episodio de la pizza	172
27. La playa	180
28. Mamá Joss	188
29. El motín	196
30. «Dispara a alguien»	202
31. La cura	208
32. Tiempos difíciles	212
33. El Olympic	217
34. El barco fantasma	223
35. Pedroza	231
36. Muerte	238
37. El más allá	241
38. Despedidas	246
39. Los perros salvajes	251
40. La nueva travesía	255
Notas	259
Créditos	260